

Verónica Llaca

Lo que el río sabe

DESTINO

Lo que el río sabe

Verónica Llaca

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

A Luis César y a Ana Sofía.
A Luis, siempre.

«Qué desgracia saber tu nombre aunque ya no conozca tu rostro mañana, el rostro que dejamos de ver un día se dedicará a traicionarse y a traicionarnos en el tiempo que le pertenece y le queda, irá apartándose de la imagen en que lo fijamos para llevar su propia vida en nuestra voluntaria o desdichada ausencia».

JAVIER MARÍAS

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

La vida en el cementerio

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

James Cox Owen

Capítulo 25

Capítulo 26

James Cox Owen

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

La vida en el cementerio

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

La vida en el cementerio

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

La vida en el cementerio

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Glosario

Acerca de la autora

Créditos

Planeta de libros

1

Madrid

Victoria se tragó treinta y dos pastillas de lorazepam un día después de su cumpleaños.

Una por cada año de vida.

Dejó una carta de despedida para mí y otra a su madre.

No lo logró. Fracasó en su intento, si es que se puede llamar fracaso a continuar con vida.

No pude volver a ser la misma a su lado. Estaba enojada. Nos pedía perdón a mí y a su madre todos los días.

Teníamos miedo: ella de perderme por haberlo intentado, y yo de perderla si lo lograba en otra ocasión.

Le repetí muchas veces las palabras *traición, miedo, egoísmo*. Comencé a alejarme porque no tenía lo necesario para soportar su muerte, y no estaba dispuesta a perder a más personas. Fue un acto de supervivencia.

Nuestra separación definitiva fue un 16 de enero, mañana serán seis años.

Hoy la necesito para decirle que mi madre se muere y no tengo el valor para verla morir.

Victoria, permaneces dentro de mí, junto con Joaquín, el incendio y las mariposas.

2

Ciudad de México

La voz de su madre flota por encima de su rostro. Abre los ojos despacio, la habitación en penumbra. Estira una mano hacia el buró y toca el celular para encender la pantalla. Son las 5:53 de la mañana. La luz del teléfono colorea las paredes y el techo de azul por unos cuantos segundos. Se recuesta en la almohada, se lleva las manos a los ojos y escucha un par de golpes tímidos en la puerta y la voz de su madre:

—Vico, ¿estás despierta?

Victoria inhala profundo y deja escapar el aire por un pequeño orificio entre sus labios. *Paciencia*, susurra para sí misma. Mira el techo apenas iluminado, se quita de encima el edredón, la sábana y replica:

—Pasa, ma.

Josefina Flores empuja la puerta y se arrebuja su bata amarilla. Victoria escucha el arrastre de las pantuflas, le hace un lugar a su madre en la cama y con los párpados semiabiertos palmea en el colchón junto a ella. Detrás de Josefina entran Diego y Frida, los gatos de su madre. El macho ha perdido la visión casi por completo y la hembra lo guía muy cerca de él; ambos se acurrucan entre las pantuflas. Su madre se había despertado con un ataque de ansiedad a las tres de la mañana y volvió a dormirse casi a las cinco. Victoria le leyó *Las horas de la pasión*, de Luisa Piccarreta, en plena madrugada. Desde hace unos meses su madre solo lee libros de místicos o santos.

—¿Rompemos la fotografía?

—No necesitamos hacerlo, ma. Hemos dormido muy poco y estás muy sensible.

—No, Vico. Quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Desde noviembre del año pasado comenzaron a ir con una nueva terapeuta,

colega de Victoria, a quien conoció en un congreso sobre estrategias de intervención para estrés postraumático. Hace más de un año, su madre tuvo otro ataque de pánico y la ansiedad regresó a su vida. Contrario a su constante actitud negativa, Josefina había aceptado la terapia. Ese cambio de actitud encendió en Victoria una luz en la oquedad donde Josefina se había enterrado desde la muerte de Miguel, su hijo menor. La terapeuta les había dejado una tarea la semana pasada: debían romper juntas una fotografía de Miguel.

—Está bien, mamá. Hagámoslo.

Victoria enciende la lámpara del buró y se pasa una mano por su pelo castaño, muy corto. Entrecierra un poco los ojos por el efecto de la luz en sus pupilas y, acto seguido, su madre extrae una fotografía de Miguel del bolsillo de su bata. La foto fue tomada por la propia Victoria unos meses antes de su muerte. En la imagen, aparece Miguel en cuclillas en el jardín de su casa. Ese día, Victoria intentaba fotografiarlos a él y a su perro, un pastor suizo, a quien Miguel había bautizado como Kiche por *Colmillo Blanco* de Jack London. Miguel llamaba a Kiche con insistencia, pero el perro corría de un lado a otro. En aquel tiempo, Victoria soñaba con ser directora de cine. Victoria disparó el obturador sin hacer caso a Miguel. En la fotografía, su hermano lleva una mano levantada con el dedo índice. Sus cejas, oscuras y tupidas, casi se tocan en el centro de tanto fruncir el ceño, y sus labios quedaron capturados formando un círculo.

Victoria siente una opresión en la garganta al ver el rostro de su hermano. La culpa despierta en ella como si se tratara de un organismo vivo en su interior. Un alienígena presto para romperle de un golpe el pecho.

—¿Ya? —pregunta Josefina.

Victoria afirma en silencio y su madre rompe la fotografía por la mitad. Se miran a los ojos con miedo y dicen al mismo tiempo:

—Te dejo ir.

La madre junta las dos mitades y vuelve a romperlas:

—Te dejo ir.

Los dos gatos maúllan al mismo tiempo, como si entendieran que se trata de una despedida.

La voz se les llena de lágrimas, los cuartos se hacen octavos y dieciseisavos y, con la garganta más anudada, repiten casi sin voz:

—Te dejo ir. Te dejo ir. Te dejo ir.

Permanecen en silencio con el rostro surcado por lágrimas tibias. La foto

hecha confeti. Josefina toma una mano de su hija y le da unas palmaditas. Victoria se acerca más a ella e intenta abrazarla, pero la madre se separa con brusquedad y dice:

—Ya está.

Guarda los pedacitos en el mismo bolsillo de la bata amarilla. Luego, extrae un inhalador del otro bolsillo y aspira profundo: una, dos, tres veces.

—¿Te sientes bien?

Josefina aspira de nuevo y Victoria escucha una ligera crepitación, como si los pulmones de su madre fueran de celofán.

—¿Te sientes bien? —pregunta de nuevo.

—Sí, me falta un poquito de aire, pero ya está. Apúrate o llegarás tarde al consultorio. Yo voy al cementerio, pasa por mí Eduardo.

—¿Eduardo?

—Sí, el del Uber, ¿te acuerdas?

—Esa vida tuya en el cementerio.

—Hay más vida en el cementerio que dentro de esta casa.

—En cuanto tenga tiempo, buscaré un chofer, pero te aviso que no puedes despedirlo.

—Se meten demasiado en mis cosas, ya sabes.

—Nadie se mete en tus cosas, mamá. En fin, me voy. Hablaré con ese tal Eduardo de Uber; a lo mejor le interesa trabajar de fijo con nosotras.

Josefina levanta los hombros, se lleva el inhalador a la boca y aspira de nuevo.

—¿Todo bien? —Victoria insiste, acercándose a su madre. Josefina asiente con un movimiento de cabeza, al tiempo que se da media vuelta. Diego y Frida salen detrás de ella.

Dos horas después, Victoria levanta la vista de la pantalla de su laptop, se retira los lentes y se masajea la nariz con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Una punzada de dolor en las sienes la obliga a presionarse la cabeza con ambas manos.

—Victoria.

Jonatan Blanco, asistente, psicólogo y cuántas funciones más requiera Victoria, irrumpe en su consultorio.

—Acaba de llegar Mónica Montero, para lo de la entrevista.

Ella levanta los párpados despacio. El dolor se extiende por la cabeza conforme escucha las palabras de Jonatan. El muchacho la observa masajearse las sienes y pregunta:

—¿Migraña? ¿Quieres una pastilla?

Victoria asiente, de forma casi imperceptible, con los ojos cerrados.

—¿Hago pasar a la licenciada o la cito para otro día?

—¿Quién…? —intenta preguntar, pero un pinchazo le taladra el costado izquierdo del cráneo. La migraña dejó de caminar de puntillas y, con paso firme, está decidida a dejarla fuera de combate.

—Te traigo el analgésico primero—señala Blanco.

—No dormí bien.

—Nunca duermes.

—Mi madre tuvo un episodio.

Jonatan no sabe con exactitud a qué se refiere cuando habla de los episodios de su madre, pero prefiere no preguntar, evita inmiscuirse en asuntos ajenos al trabajo. No le gusta sentirse atado a un lugar o a una persona más de lo necesario; valora la libertad de poder largarse de un sitio, despedirse sin culpa, sin cadenas sentimentales. Pero a estas alturas, después de casi cinco años trabajando con Victoria, no le será tan fácil irse si algún día decide hacerlo.

—¿Le pido a la licenciada Montero venir otro día?

—No, no. Hazla pasar.

—Ah, y no se te olvide la cita con los padres de la chica de Los Elegidos de Dios. Lleva dos días sin insulina y están preocupadísimos.

—Lo tengo anotado en la agenda —dice, con los ojos cerrados.

—Me pagas para recordarte los compromisos en tu agenda.

—La verdad es que no quiero nada con Los Escogidos de Dios. Sus redes van mucho más lejos de lo que parece y, para ser sincera, no sé si debamos meternos de nuevo con ellos.

—Elegidos.

—¿Qué?

—Son Elegidos, no Escogidos.

—Eso dije.

—No, dijiste Escogidos.

—Elegidos, Escogidos… lo que sea, no quiero nada con ellos.

—Lo sé, pero no puedes negarte.

En junio del año pasado se presentó en su consultorio una mujer cuyo hijo

estaba con Los Elegidos de Dios. Había acudido con Victoria después de escucharla en una entrevista en la radio donde hablaba de sectas y grupos coercitivos. En el programa explicaba los cambios de comportamiento de una persona y cómo, al volverse adepta de cierto grupo, mantiene en secreto las actividades que realiza, además de mentir en lo referente a sus prácticas y manejos. Victoria detalló a la entrevistadora sobre cómo los participantes comienzan a manifestar cambios emocionales muy notorios, distracción permanente, indiferencia. Pero, sobre todo, el cambio de actitud hacia sus familiares y amigos, tratándolos como a desconocidos.

Hizo una radiografía de mi hijo de catorce años, le dijo la mujer a Victoria en el consultorio. La mujer explicó que había seguido a su hijo hasta el lugar dónde se reunían, pero el muchacho se había dado cuenta y había dejado de dormir en casa. Pasó una semana desaparecido hasta que recibieron la llamada de un hospital donde lo había llevado una ambulancia, muy golpeado y, además, había sido violentado sexualmente. Victoria estuvo atendiéndolo durante meses hasta que el chico habló de los abusos sexuales del líder. Cuando lo denunciaron, Victoria fue implacable en su declaración. Como resultado, el hombre estuvo detenido seis meses, y cuando salió de la cárcel envió una primera amenaza a Victoria, previniéndola de no meterse más con ellos.

—Tu espíritu de madre Teresa nos va a traer problemas —dice Victoria a Jonatan Blanco, con las manos sobre los párpados para cubrirse los ojos de la luz.

—¿Qué sería la vida sin un poco de emoción?

Blanco despliega una sonrisa de lado, burlona. Victoria levanta la vista y observa a su asistente con la mirada cargada de reproche. Le gusta el color café muy claro de los ojos de Jonatan, que contrastan con sus cejas y cabello oscuros. Las vetas ámbar del iris le recuerdan un cuento de Ray Bradbury que leía de niña, donde el autor describía a los marcianos como seres de ojos dorados.

Jonatan era su alumno más combativo en la universidad donde, hasta hoy, imparte las materias de Práctica de intervención psicológica e Intervención psicológica en emergencias. El día de su entrevista, Jonatan se presentó con una corbata anticuada y el nudo mal hecho: todo un cliché. Estaba a punto de terminar la carrera y Victoria le había ofrecido realizar sus prácticas con ella. Lo escrutaba con atención mientras él hablaba de su falta de experiencia, de sus sueños de tener un consultorio propio, de su promedio en la escuela y las opiniones de los demás profesores. A media conversación, el muchacho apoyó

la mano derecha sobre el escritorio y ella descubrió el lunar rojo que se extiende entre su dedo medio y el anular. Los dedos de ella realizaron un movimiento, casi sin consultar con el pensamiento. Victoria todavía recuerda cómo tomó la mano de Jonatan entre las suyas, con más mimo que curiosidad, casi acariciándola, repasó con su índice izquierdo el lunar del joven. *Mi hermano tenía una marca de nacimiento parecida, pero en la izquierda*, le dijo sin levantar la vista de la mancha como si se tratara de un mapa en miniatura. *Lo siento*, dijo él. Ella se encontró con su mirada ámbar e intentó engarzar algunas palabras. El recuerdo de su hermano le provocó un dolor en el pecho y una sombra oscureció su rostro. *Lo siento*, repitió Jonatan, pero Victoria no logró recomponerse y despidió al muchacho, prometiéndole que hablarían después. Al día siguiente le ofreció el trabajo.

—Buenos días —anuncia Mónica Montero su presencia. Su sonrisa aviva el dolor de cabeza de Victoria—. ¿Estás bien?

—Con migraña. Pero ahora se me pasa, siéntate.

—Disculpa, no debí entrar así. Lo siento.

Victoria niega con la cabeza, se lleva los dedos índice y pulgar a la nariz y vuelve a masajear.

—Voy por los analgésicos —declara Blanco al salir de la oficina.

Mónica había llegado a su consultorio en octubre del año pasado para pedirle ayuda con la escritura de un guion para un documental sobre sectas en México. Victoria se negó al principio. *Tengo dos libros escritos sobre el tema y poco tiempo para dar entrevistas*, le dijo, acostumbrada a rechazar y desdeñar todo lo irrelevante e intrascendente para su trabajo. Así ha rechazado desde celebridades en busca de colgarse de las desgracias ajenas, hasta periodistas detrás de notas amarillistas. Mónica hablaba con vehemencia; su cola de caballo rubia se mecía de un lado a otro como para enfatizar sus palabras. *Podemos hacer un cambio en la mentalidad de las personas*, le dijo aquel día. Luego se quedó en silencio por unos segundos y cuando abrió la boca de nuevo fue para para hablar de su madre, quien trabajó durante años con los migrantes centroamericanos. La madre de Mónica Montero conseguía recursos económicos y legales para el albergue de los hermanos jesuitas. Ahí conoció a la Caravana de Madres Centroamericanas, quienes buscan a sus hijos desaparecidos en México, y se comprometió a ayudarlas. En 2014, un comando armado disparó una ráfaga de metralleta sobre un grupo de la caravana, y tres

mujeres perdieron la vida: una salvadoreña, una guatemalteca y la madre de Mónica.

Mónica tuvo un duelo largo y difícil. En algún punto buscó a los jesuitas, quienes al principio le hablaron maravillas de la labor de su madre; luego, la invitaron a acompañarlos en el albergue, ella se involucró porque creyó que su madre estaría orgullosa. Sin embargo, a los pocos meses llegaron dos adolescentes a quienes los sacerdotes habían recuperado de la secta del sonado caso de Casitas del Sur, donde desaparecieron quince menores. Los adolescentes estuvieron ahí pocos días, mientras hacían contacto con sus parientes. Ese fue el principio de todo: la partícula que infectó a Mónica Montero y la llevó hasta Victoria Beltrán Flores, psicóloga especialista en abuso psicológico, desprogramación y sectas.

Victoria escuchó atenta su historia. Conocía el caso de la madre de Mónica, pues fue sonadísimo en los medios y nunca capturaron a los asesinos. Victoria aceptó ayudarla y Mónica comenzó con el trabajo hace unos días; se habían citado hoy para entrevistar a la propia Victoria e ir juntas a Valle de Bravo donde Miguel Beltrán, el hermano de la psicóloga, desapareció veinticuatro años atrás.

—Si quieres, movemos la entrevista para otro día. No quiero forzarte con ese dolor de cabeza.

—No, no, casi no dormí. Estaré mejor, eso me pasa muy seguido.

—¿Vamos a ir a Valle de Bravo?

—Te respondo cuando acabemos con la entrevista, ¿sí?

Jonatan regresa con agua y dos pastillas. *No te olvides de Los Elegidos de Dios*, le dice al oído. Ella niega con la cabeza, mientras se mete las pastillas a la boca. Jonatan, después de suspirar largo y pasear la vista por la habitación, se encamina a su propio consultorio. *Es una mala idea hacer una entrevista*, piensa Victoria al tragar los analgésicos. Se dedica a indagar en el pasado de las personas, pero no le gusta bucear en el suyo, mucho menos si es acompañada. Ya escribió un libro de más de quinientas páginas hablando de lo sucedido. Pero le gusta la actitud de la guionista: la observa acomodar las cosas, se percata del mechón de pelo rubio que se le escapa de la cola de caballo y mira cómo intenta domarlo detrás de la oreja. Mónica Montero es delgadísima, y Victoria se ha contenido de preguntarle si tiene algún trastorno alimenticio. Mónica acomoda su cámara en el tripié y echa una mirada a través del objetivo, mientras Victoria se pasa una mano por el cabello castaño, ya salpicado de

algunas canas:

—¿Estoy bien? —pregunta, mientras se pellizca con suavidad las mejillas.

—Guapísima, como siempre.

—Ni la burla perdonas. —Victoria siente el calor subirle por la cara.

—Te enfoco, dame un segundo. Te ves estupenda. A ver, ¿lista?

—¿Así? ¿Sentada?

Victoria observa el horizonte de su escritorio: folders rosas y amarillos apilados en dos columnas, su laptop, la taza de café, el bote de galletas que ahora sirve para guardar plumas, lápices y plumones de colores, su agenda negra, un portarretratos con la foto de Miguel. Intenta ordenar un poco, quita los expedientes y los pone en el piso, pero se arrepiente y los regresa a su lugar, no sin antes esconder la fotografía en un cajón.

—Tranquila. No necesitas acomodar nada, así está bien. —Mónica le guiña un ojo.

—¿Estás segura?

—Sí, deja que se vea natural, tal y como es tu espacio. Luego haremos un par de tomas más en Valle, ¿de acuerdo?

Victoria responde con un movimiento de cabeza indefinido. Mónica se acerca a ella y, de su bolso, saca su maquillaje en polvo:

—¿Puedo?

Victoria abre mucho los ojos, le incomoda la cercanía de las personas. Respira profundo y emite un sí casi gutural. Con una brochita, Mónica esparce los polvos por el rostro de la psicóloga: espolvorea los pómulos y luego, un poco en la frente y en la nariz. Victoria se deja hacer, conteniendo la respiración.

—Un poquito de rímel en las pestañas —dice Mónica.

Cuando toma las sombras de ojos, Victoria levanta una mano en señal de que ya es suficiente. Echa hacia atrás la cabeza con tanta fuerza que la silla alcanza a levantarse.

—¡Cuidado! —grita Montero.

—Ya, ya, vamos a grabar. Tanto maquillaje está aumentando mi dolor de cabeza.

—Así estás muy bien, sí, ¿necesitas tomar otra pastilla?

—No. —Victoria inhala y exhala un par de veces con los ojos cerrados—. Vamos a hacerlo antes de que me arrepienta y mande todo a la chingada. —Refunfuña, sin entender la turbación que le provoca Mónica Montero.

—Muy bien. Empezamos con las preguntas: explícame qué es una secta. —

Mónica le entrega una hoja con el guion de la entrevista.

Victoria afirma en silencio, echa una mirada por encima al papel y comienza a hablar:

—¿Cuál es la diferencia entre un culto o secta y una religión? —Hace una pausa. Mónica asiente con la cabeza y Victoria prosigue—. El tiempo. Si una secta persiste el tiempo suficiente como para recibir la aceptación de las personas, se convierte en una religión. Así comenzaron las más grandes. Los primeros seguidores de Cristo fueron una secta perseguida; sus miembros debían esconderse, negar ser parte de ella, y sus reuniones eran secretas. Se unieron más adeptos y con el paso de los años se convirtió en religión. Jesucristo fue un *hippie* en mitad de aquella época convulsa, el gurú de la túnica y la barba larga que llegaba con un mensaje esperanzador, un lenguaje revolucionario que hacía frente al imperio romano. Un Mesías con la propuesta de una comunidad amorosa. *Yo soy hijo del Padre y existe una comunicación directa entre Él y yo. Peace and love* y mucho *namasté*. Si yo hubiera vivido entonces, las familias de los apóstoles me habrían contratado para sacarlos del culto

Mónica ríe en voz alta y detiene el andar de la cámara. Victoria remata:

—Perdona.

—Háblame de ti —dice Mónica, sonriendo.

—Estuve muchos años dentro de una secta llamada Nueva Armonía —comienza a narrar, casi puede escuchar la voz de su madre decirle, como cada fin de semana, *Buenos días, Vico, es día de campamento.* Victoria se sacude el pensamiento, pasa una mano por su cabeza y vuelve a la charla—. La diferencia de entonces hasta nuestros días está en el lenguaje. Mientras que los cristianos muertos se convirtieron en mártires, los muertos de sectas actuales son, a ojos de los demás, subhumanos con un cerebro manipulable que adoran a un loco. Mis padres formaban parte del grupo inicial de Nueva Armonía. Papá fue uno de los primeros impulsores del proyecto, de la creación de la comunidad. En ese entonces era la mano derecha de James Cox, nuestro pastor. Si Cox no hubiese muerto, viviríamos ahí. Esa era la intención de papá y del pastor: formar una comunidad aislada. Pero la vida de Nueva Armonía fue corta, muy corta.

Victoria vuelve a hacer una pausa y recuerda las tardes de estudio con su madre, cuando la sacaron de la escuela y su educación escolar debió continuar en casa. Su madre contrató a una maestra que le enseñaba las materias

correspondientes a su grado escolar, le aplicaba los exámenes y se encargaba de hacer los trámites con la Secretaría de Educación Pública. Su madre siempre estaba presente durante las sesiones. En algún momento se le unió Clara y las dos estudiaron en el comedor de Victoria hasta el día de la muerte de James Cox Owen, también conocido como el Hermano James, fundador de Nueva Armonía.

—Conozco el interior de un grupo coercitivo, por eso intervengo con personas atrapadas dentro de ellos. Intento desprogramarlas. Es complicado, yo misma tengo a veces un sentimiento parecido a la nostalgia por Nueva Armonía. Cuando estás dentro no lo ves, es como preguntarle a un pez acerca del agua. *¿Cuál agua?*, preguntaría, extrañado. Ese grupo se convierte en tu familia: crees que ellos te entienden mejor que nadie; ahí es donde perteneces, entre personas especiales. Las sectas son como una droga, y yo era adicta al gozo de escuchar a James Cox. Era adicta a sus castigos, a los premios, al hormigueo provocado por su aprobación; a la euforia de estar en Valle de Bravo, con mis hermanos de vida, con Clara. Salir de ahí produce un estado parecido al síndrome de abstinencia.

Las palabras de Victoria están llenas del recuerdo de su hermano Miguel, de la añoranza por la persona que era su madre antes del incendio y de su vida en Nueva Armonía, con Clara. El ejercicio de romper la fotografía y la falta de sueño exacerban su emotividad, así que suspira largo y prosigue:

—Estudié psicología, una maestría en Conducta Criminal y Perfilación y un doctorado en Evaluación de Persuasión Coercitiva en Contextos Grupales. Necesitaba responderme muchas preguntas, o quizá intentaba que el estudio llenara el espacio en mi cabeza, y no me diera tiempo para hacerme preguntas.

—¿A qué se dedica tu consultorio? —pregunta Mónica, luego de revisar su lista de preguntas.

Victoria lo piensa un momento, da un trago a su vaso de agua y dice:

—Nuestra consulta se ha convertido en un problema para quienes prefieren dejar en expedientes traspapelados, en el mejor de los casos, las denuncias de todos los familiares, así como los abusos dentro de las sectas, grupos coercitivos, cultos o cómo quieran llamarle. Eso sin hablar de las conductas sectarias dentro de las parejas o las familias. No solo doy consulta, me siento obligada a llevar los casos hasta donde pueda, derrotar a quienes se aprovechan de los demás, no permitirles… suena panfletario, ¿verdad? Como discurso de superhéroe barato.

Victoria hace otra pausa, desvía la vista de la cámara e inhala profundamente.

—¿Quieres parar? —pregunta Mónica. Victoria niega con la cabeza y la guionista pregunta—. ¿Qué pasó con tu hermano?

—Miguel… —dice Victoria como si pronunciara una palabra sagrada—. El 21 de enero de 1995 mi hermano cayó dentro de un pozo cerca de la comunidad de Nueva Armonía. Nos tomó dos años encontrarlo.

—Quizá sea mejor hablar de Miguel en Valle de Bravo.

—No sé, de verdad, no he dormido nada. Me siento fatal, no creo ser de mucha utilidad hoy.

Mónica y Victoria se habían reunido en un restaurante tres semanas atrás. Hablaron toda la tarde. En el lugar se exhibían, en repisas, una colección de frascos de conservas que le recordaron a Victoria los que utilizaba su madre como ceniceros durante los dos años de la desaparición de Miguel. Llenó frascos y frascos de colillas y cenizas, y cuando ya estaban hasta el borde los tapaba y los guardaba en una caja en el sótano. Esos ceniceros fueron testigos del tiempo de incertidumbre, representación física de la consunción de Josefina, de su familia, de Victoria misma. Cenizas. Solo quedaban cenizas, como las del campamento. La colección del restaurante fue un detonante inesperado, dinamitó cerraduras y candados y a Victoria se le escaparon las palabras: *Cuando murió Miguel se habló de un asesino, se culparon a los hijos del Hermano James, pero nada concluyente. Ese día, Tomás Huerta, otro compañero de Nueva Armonía, apareció muerto junto al río y el cuerpo de Miguel desapareció dentro de un pozo durante dos años. Dos largos años sin saber si estaba vivo o muerto*. Victoria resumió veinticuatro años en un café, cuatro cervezas, un platito de aceitunas y otro de papas fritas. Cuando terminó de hablar, Mónica, como si tuviera una epifanía, le sugirió entrevistarla en Valle de Bravo. La psicóloga negó primero con la cabeza, luego con la boca y estuvo a punto de levantarse y marcharse del restaurante. No sin antes decir, en voz muy alta, que para ella lo sucedido no era un pretexto cinematográfico, ni el clímax de un documental.

Los comensales cercanos las miraron de reojo. Después de las disculpas de Mónica, Victoria se ablandó un poco. Al final, al calor de los tequilas, fijaron el 16 de enero como fecha probable para ir a Valle.

—¿Serán suficientes dos ibuprofenos para tu dolor de cabeza? ¿Quieres

otro? —insiste Mónica.

Victoria niega con la cabeza, pero cede.

—Vámonos, estoy a punto de arrepentirme. Tú conduces —De camino a la salida, rectifica—. Jonatan, cualquier cosa me llamas al celular. No sé si en Valle de Bravo tendremos señal, si es algo importante me mandas un mensaje y en algún momento lo veré.

—Sí, claro. Yo aquí me quedo a cargo.

—Encantada de ser tu chofer, señorita. Así, en el camino me cuentas lo del asesinato de Tomás Huerta y el incendio en Nueva Armonía —dice Mónica al salir de la oficina.

—Ya leíste mi libro, yo no sé para qué repetir lo que está escrito.

Mónica levanta los hombros y sonríe de lado.

— Además, es un hecho público, no es difícil encontrar información en Internet.

—Yo sé. Tengo guardadas en una carpeta todas las noticias que hablan sobre Nueva Armonía y la muerte de mi hermano.

—Lo siento. —Mónica da unas palmaditas en el antebrazo a Victoria—. He vivido en carne propia lo mismo: la historia de mi familia convertida en noticia.

—Terrible lo de tu madre, una chingadera como muchas que suceden en este país. Lo siento.

Mónica se encoge de hombros. Con una mueca a medio camino entre los labios fruncidos y la sonrisa de lado, cierra los ojos, y al fin dice:

—Vámonos a Valle antes de ponernos dramáticas.

3

Madrid

Soñé a mi madre cubierta de hormigas. Caminaban por sus brazos, piernas, tórax, la cabeza. Yo palmoteaba su rostro para quitárselas de encima.

La invadían y se multiplicaban.

Hormigas cafés, negras, rojas.

Mi madre permanecía inmóvil, recostada como un gigante colonizado, mientras las mandíbulas de los insectos se llevaban pedacitos de ella. Abrió los labios y de su boca salieron miles. Un hormiguero colosal.

—¡Mamá! ¡Levántate! —le gritaba, le ordenaba, la sacudía.

—Clara. Clara.

Pronunció mi nombre despacio, con la lengua y los dientes colmados.

—Clara, hija… La Hormiga Reina ha muerto.

Grité y mi grito traspasó el sueño. Me incorporé de golpe. No podía respirar. El corazón en fuga.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo, asustado.

Lo miré en silencio. Las lágrimas en mis ojos desdibujaban su figura y le dije, con las palabras asfixiadas:

—Las hormigas se la comieron.

—Ya, tranquila —dijo, y me atrajo hacia él. Me recosté sobre su pecho, me acarició la espalda por unos minutos y volvió a dormirse enseguida.

Durante mi infancia y parte de la adolescencia, mamá estuvo en guerra contra las hormigas. Se ensañaba con ellas para expulsar su furia y desquitarse de las agresiones de mi padre. Peleaba en dos frentes: la cocina y el jardín. En el jardín defendió, durante años, al durazno, que era objetivo constante del ejército rojo: hormigas arrieras, a quienes parecía no interesarles ningún otro

árbol. El diminuto ejército negro, hormigas de azúcar, se atrincheraba entre los trastos de la cocina.

—Se pueden comer un árbol entero en una noche —aseguraba, mientras vaciaba veneno en la boca de un hormiguero. Nos mostraba el polvo hasta el cansancio—. No es azúcar blanca, no se les ocurra comérselo.

Lo entendimos después de llevar de urgencia al veterinario a Daisy, nuestra perra salchicha, convulsionada y con el hocico polveado de blanco. Murió por la intoxicación. A raíz de ese episodio, mamá atacó a las hormigas con cloro, café, limón, bicarbonato de sodio y vinagre. Pero, con todos sus esfuerzos, las hormigas tan solo desaparecían por unos días y los caminos amarillos en el pasto reverdecían bajo su cuidado.

Regaba con la mirada siempre alerta para descubrir cualquier conato de los insectos por regresar. Sembraba plantas nuevas y limpiaba la hierba. Le gustaba la jardinería, llenarse las manos de tierra y las lombrices buenas, como ella las llamaba: *cavan túneles y ayudan a la tierra a respirar*, decía. Nunca me atreví a sostener una lombriz en la mano como ella. *Qué asco*, pensaba al mirar al pequeño anélido retorcerse sobre su palma llena de tierra. En ese tiempo, la espiritualidad de mi madre estaba conectada con la naturaleza: podía ver la creación del universo en los anillos de una lombriz y dejarse asombrar por ello.

Una mañana cualquiera podría brotar de nuevo un volcán, en plena erupción de hormigas color magma, cuyo piquete dolía casi como quemadura de lava. Iban y venían, apresuradas por llenar el cráter con pedacitos de hojas antes de ser descubiertas por mi madre.

—¿Las escuchas morder? —me preguntó al rociarles vinagre.

Era un día muy luminoso; el cielo de la Ciudad de México se veía azul, limpio. Mamá brillaba en su vestido vaporoso, lleno de flores. Siempre fue delgada; ahora, con la enfermedad, se le notan los huesos. En aquel tiempo le gustaba llevar el pelo largo recogido en una feliz cola de caballo que bailaba de un lado a otro, ajena a cualquier disgusto. Mamá poseía la levedad de las mariposas: más que caminar, parecía que levitaba. Hasta que conoció al Hermano James y se encadenó a la tierra.

—¿Las escuchas? —volvió a preguntar.

Permanecí con la respiración sostenida. Concentré todo mi ser en el tímpano, en la vibración de los huesitos del oído medio provocada por el chasquido de cientos de mandíbulas caminando en doble sentido por las ramas y el tronco del durazno. Ella apretaba mi mano entre las suyas; acuclillada

junto a mí, parecía como si fuera a compartir un milagro. Casi no parpadeaba; su rostro estaba tenso, y los ojos color miel volvían hacia la derecha, luego arriba, a la izquierda. Atenta a todo.

—¡Sí, las escucho! —grité emocionada, cuando una especie de crujido se hizo evidente—. Las escucho morder.

Ella afirmó con la cabeza y con todo el cuerpo.

—Se pueden comer el árbol entero —dijo, y volvió a rociar las hojas con vinagre. Observé su gesto y noté en su mejilla un moretón por debajo del maquillaje, apreté su mano con más fuerza.

A veces, al encontrar un árbol atestado de hormigas, me detengo, cierro los ojos y espero paciente ese leve crujido. Quizás es solo el recuerdo del momento con mi madre y la sensación de haber habitado dentro de una especie de burbuja compuesta por el silencio expectante. Uno de esos raros momentos que compartí con ella, quise hablarle de mi padre, pero no pude y me concentré en las hormigas.

En la cocina, el reguero de hormigas negras era parecido a un montón de migajas de pan quemado. *No dejen nada de comida*, nos advertía mamá. Una morona en el piso y, al día siguiente, nos encontrábamos con una columna que entraba y salía por un diminuto agujero entre las juntas de los mosaicos o sobre la encimera. Mi madre tapaba la abertura con yeso, silicón, plastilina; incluso, mandó traer un albañil para que sellara todas las grietas, por minúsculas que fueran. Yo intentaba cerrarles el paso con cinta adhesiva, e imaginaba millones de ellas reptando debajo de la ciudad.

Por ese entonces, aprendí datos que repetía en voz alta cuando mi padre entraba en mi habitación y yo me sentía dentro de un hormiguero. Él me mandaba a callar, pero yo escapaba de mi cuerpo y comenzaba:

Hormiga arriera.

Hormiga bala.

Hormiga roja de bosque.

Hormiga de fuego.

Hormiga de mandíbula trampa.

Un ser humano pesa un millón de veces más que una hormiga media.

Existen unas veinte mil especies en el mundo y miden desde un milímetro hasta treinta.

Hay millones de billones en el planeta y pesan casi lo mismo que todos los seres humanos.

Él trataba de silenciarme, tapaba mi boca y yo enumeraba con el pensamiento hasta que él salía de mi recámara.

Hace unos años mi madre tomó una decisión inesperada: enterró a las hormigas. Cubrió el pasto con cemento. Construyó un patio muy feo, mal hecho. Ni siquiera contrató un albañil, lo hicieron entre ella y mi hermano Álvaro. Fue la última batalla. Las enterró a todas. Llenó el patio de macetas con plantas de todo tipo y colocó una banca debajo del jazmín.

Las hormigas no han vuelto.

4

En algún lugar de México

No sabe si es de día o de noche, tampoco cuánto tiempo ha pasado en ese lugar.

Se despierta con la urgencia de repetir su nombre y reafirmarse. La densidad de la oscuridad amenaza con invadirlo por dentro. *No te dejes, cabrón*, se dijo después de abrir los ojos y encontrarse inmerso en las sombras. Poco a poco, recuerda dónde está y el sueño luminoso se desvanece en el negro de su habitación.

Te llamas Benjamín Salgado González. Repite su nombre como un mantra, mientras se hace un ovillo con la cobija roja.

Benjamín Salgado González.

Benjamín Salgado González.

El Benja. Ben, te dice tu madre, la única que te llama así.

Benja, Ben, Benji.

Tienes una vida, cabrón. Ahora estás aquí, pero vas a salir. Si no te sueltan, te escapas, porque eres un chingón.

Vas a salir y vas a ver a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos.

Vas a salir, pendejo, vas a salir.

No llores, cabrón. Tienes que estar fuerte.

Escucha pasos a lo lejos que lo obligan a controlarse.

Silencio. Límpiate la cara.

La puerta se abre de golpe, aunque la luz lo deslumbra y su vista tarda un poco en acostumbrarse al resplandor.

—Apestas a mierda —exclama el hombre, llevándose una mano a la cara.

Levántate. Golpéalo. Tú eres más alto, más atlético. Corre.

Benjamín hace un intento por levantarse y llegar hasta el hombre, que deja en el piso un plato con un bolillo y frijoles. La cuerda atada al pie le impide

llegar hasta él y cae estrepitosamente.

—Cabrón, entiende. Contrólate y ponte sumiso; igual y así te dejemos ir al baño.

¡No llores, carajo, no llores!

—Te voy a hacer un favor, carnal. Voy a dejar la luz prendida. No hagas pendejadas.

Benjamín lo observa a través de las lágrimas. Siente un dolor en su tobillo derecho. Repasa con la mirada la habitación y sus ojos se detienen en el lugar donde vació sus intestinos y su vejiga.

—Come —le ordena el hombre con un gesto indeciso, a medio camino entre el odio y la lástima; entre la hueva de cuidar a un pendejo y mandar todo a la mierda.

—Por favor, señor.

—¿Señor? No mames, chamaco.

—No sé cómo llamarlo.

El hombre permanece en silencio. Un nombre pasea por sus neuronas, pero ya no le dice nada, hace mucho tiempo dejó de representarlo, de nombrarlo:

—Don Teo. Puedes llamarme don Teo.

—Señor, don Teo, por favor, déjeme ir.

La puerta se cierra con fuerza y las palabras de Benjamín chocan con ella.

5

Valle de Bravo

Victoria abre los ojos, desorientada. Se quedó dormida en el camino, sin darse cuenta, y le cuesta trabajo despegarse del sueño. A media conversación se rindió ante el sueño. Detesta cuando eso le ocurre, cuando el cuerpo y sus necesidades pasan por encima de su voluntad.

—Buenos días —le dice Mónica, con una sonrisa y la mirada fija en la carretera—. ¿Te sientes mejor? Te iba a despertar, porque de aquí ya no sé por dónde ir. Ya pasamos algunos señalamientos a Valle de Bravo, otro a Telmascaltepec y el Sauco. El GPS nos está llevando al Santuario de la Mariposas, pero no encuentro el camino a Nueva Armonía.

Victoria toma una respiración profunda y estira los brazos, con un bostezo entre dientes.

—Lo siento. ¿Qué hora es? ¿Me dormí mucho?

—Son casi las once. Te dormiste como una hora.

—No lo puedo creer. Es rarísimo. Nunca me duermo, pero entre el tránsito y…

—Mi charla aburrida.

—No, no, discúlpame, no era aburrida. Fue el cansancio, casi me desmayé, pero no fue tu plática.

—Ya, ya, es broma. Necesito que me guíes. ¿Hacia dónde vamos? —pregunta y señala hacia el camino.

Victoria observa el paisaje. Le gusta el cielo azul de invierno, las nubes blancas y esponjosas.

—Iremos por la desviación hacia el Sauco. Yo te aviso dónde dar vuelta, falta un poco más. —Victoria se pasa una mano por la cabeza, baja la visera para mirarse en el espejo y acomodarse el pelo—. Espero no haber roncado.

—Un poco.

—¿De verdad?

—No, no, es broma.

—Nunca hablas en serio.

—En realidad, no suelo ser bromista. Algo me pasa contigo, no me sentía tan a gusto con nadie desde hace mucho tiempo.

—Jonatan dice que soy tan divertida como ver secarse un muro recién pintado.

—Es mentira, eres divertida.

—Ahí, vuelta a la derecha —señala Victoria.

Al girar, dejan atrás el asfalto y comienza el terreno de gravilla. Victoria abre la ventana y el aire frío, boscoso, verde, se conecta con su memoria: el olor de las últimas cosas antes de que la vida cambiara para siempre. *Es el olor del trauma*, le había dicho un profesor, *los recuerdos olfativos permanecen claros en la memoria*. Quizá no es el olor a bosque sino a leña quemada lo que la alarma. La zona tiene ese olor perpetuo a fogata, a chimenea. Durante años, todo le olía a lo mismo: fuego y carne quemada. Avanzan, pero ella siente que va hacia atrás, hacia el pasado.

Una mariposa monarca se estrella contra el parabrisas y se deshace en polvo naranja y amarillo, un pedazo de ala y una sustancia viscosa. Mónica presiona una palanca; un chorrito de agua moja el vidrio y los limpiadores desaparecen el cadáver.

—Es un asco el relleno de los insectos.

—Hemolinfa.

—¿Qué?

—Los insectos tienen hemolinfa.

—Ahora eres entomóloga.

—No, para nada. Tenía una amiga, Clara, que le encantaba investigar sobre insectos, hormigas, mariposas. Se sabía un montón de datos inútiles. Ve más despacio. Las monarca recorren casi cinco mil kilómetros desde Canadá para terminar embarradas en tu parabrisas.

—Trataré de esquivarlas, pero son muchísimas.

—Para las culturas antiguas, representaban la vida misma. Nuestro espíritu preso en un capullo, tras romperlo dejamos atrás nuestra vida animal y los placeres de los sentidos para liberar el alma. Con el cuerpo permanecemos ligados a la Madre Tierra; con el alma, al convertirnos en mariposa, nos

unimos al Gran Espíritu Creador.

—Qué lindo —dice Mónica, guiñando un ojo.

—En la universidad me volví fan de la mitología prehispánica. *«Quetzalpapalotl»* significa «mariposa» en náhuatl.

—Me impresionas.

Victoria niega con la cabeza y sonríe.

—No te burles.

—Es en serio.

—Te impresionas con muy poco. *Mictlanpapalotl* es la mariposa de la muerte del Mictlán.

—Son mucho más interesantes las mariposas nocturnas.

—Cuando desapareció mi hermano, mis padres y yo nos convertimos en mariposas nocturnas, polillas sin una luz que seguir. La desaparición de Miguel y la muerte del Hermano James nos dejaron a oscuras. —Victoria levanta los hombros y señala un sitio a mitad del camino—. Estaciónate ahí, seguiremos a pie.

Victoria apoya un pie en las piedritas y las escucha crujir debajo de sus zapatos. Baja del coche despacio, con una sensación en el cuerpo parecida a un escalofrío, y una ligera vibración en su columna. Es el miedo. Traga saliva, pasa una mano por su cabeza y cierra los ojos. Mónica le da un par de palmaditas en la espalda:

—¿Estás bien? —le pregunta.

Victoria tarda en responder.

—No he estado aquí en mucho tiempo y es como si hubiera sido ayer. Carajo. Para la memoria no existe el paso del tiempo.

Mónica abre la cajuela. Se cuelga una cámara al cuello y guarda su cuaderno de notas en una mochila. Cientos de mariposas vuelan alrededor de ellas. Mónica agita las manos para alejarlas, nerviosa. Mientras tanto, Victoria señala el terreno donde casi ha desaparecido el verde y la superficie es amarilla, naranja, negra, con un manto de alas inquietas que parecieran los latidos de la tierra.

—Son hermosas —dice Mónica, con una ligera inquietud en su voz.

—Clara decía que ella y yo estamos hechas del mismo espíritu de las monarca.

—Hablas mucho de ella.

—No puedo evitarlo. Clara está unida a Nueva Armonía. Todavía me

pregunto cómo un lugar tan hermoso pudo torcer por completo el rumbo de nuestras vidas.

Victoria se detiene a la entrada de los restos del campamento de Nueva Armonía. *Nuevo Infierno*, lo llamaron los medios después del incendio. Hablaban de corrupción dentro del gobierno para establecer su sede cerca de la reserva especial de la biósfera, como se le llamaba hasta antes del 2008 cuando la UNESCO la nombró Patrimonio de la Humanidad. Hablaban de grupos de ultraderecha impulsando el campamento.

Las dos mujeres pasean la vista por los restos de las cabañas. Victoria inhala profundo y siente el picor del humo de aquel día en la nariz. Las nubes se multiplican; ocultan el sol, trastornan el ánimo y agitan los recuerdos de Victoria. En su mente, el silencio se ha llenado de voces y casi puede ver a sus compañeros, a sus amigos. *¿Arderías conmigo?*, resuena en su mente. James Cox les preguntaba lo mismo muchas veces.

Camina hacia la cabaña donde compartían litera ella y Clara. En su memoria, la construcción está de pie. Ahí llegaron a dormir casi treinta niñas hacinadas y hambrientas durante los fines de semana. Victoria pasa por el hueco donde antes había una puerta, y esquiva los troncos derruidos, quemados, tragados por los insectos y el tiempo.

—Aquí dormíamos las niñas y ahí estaba nuestra litera. —Se acerca hasta el sitio exacto, mientras el piso cruje cuando pisa la mescolanza de hojas, insectos y mariposas muertas—. Clara dormía abajo y yo arriba.

—¿Cómo logran recorrer tantos kilómetros esos insectos? —pregunta Mónica.

—Son las almas de los muertos al regresar a la tierra —dice Victoria.

—Las almas de los muertos —repite Mónica.

—Vamos, te mostraré dónde encontramos a mi hermano. Tendremos que caminar un poco más, pero está muy cerca de la entrada al santuario, casi a dos kilómetros de aquí.

Las mariposas, parecidas a hojas otoñales gobernadas por el viento, cuelgan en racimos de los árboles y doblan las ramas por el peso; una se posa en el brazo de Victoria y, segundos después, otra se le une. Mónica se acerca a ella y alarga una mano muy delgada, nerviosa, hacia los insectos.

—Clara y yo les repetíamos nuestros nombres, para que nos recordaran al volver al año siguiente. —Victoria hace una pausa. Más monarca han

aterrizado sobre de ella, como si se sintieran atraídas. *Victoria, soy Victoria*, les susurra.

—Dejamos de existir cuando nuestro nombre se olvida por completo. Clara y yo imaginábamos a las mariposas repitiéndolo por generaciones, sin olvidarnos. En el campamento nos daban otros nombres, el Hermano James nos bautizaba al llegar.

—¿Otros nombres?

—Cuando estaba aquí me parecía lógico, era distinta. Durante muchos años pensé que Victoria era el nombre de la mentira, porque no representaba quién era yo, era solo una careta ante el mundo: el mundo peligroso, como advertía el Hermano James, un mundo maldito. Aquí me llamaba Salomé.

—¿Salomé? No va contigo para nada.

Victoria sonríe de lado, deja escapar el aire, pero sabe que cuando bajó del coche sintió que despertaba Salomé para reclamar su lugar.

—Ya sé que es complicado de entender —dice—. Solo los *armonitas*, como nos llamábamos entre nosotros, lo entendemos.

Mónica asiente en silencio. Echan a andar juntas, acompañadas del mudo batir de miles de alas, el canto de los pájaros, el viento que despeina los árboles.

—Psiturismo. —Mónica interrumpe el silencio.

—¿Qué?

—El sonido de las hojas en los árboles siendo acariciadas por el viento.

—¿Cómo sabes?

—Bueno, podría decirte que soy súper culta y conozco un montón de palabras raras, pero no. Lo aprendí en Instagram.

Victoria emite un sonido a medio camino entre la risa contenida y la sorna, pero después sacude la cabeza y dice:

—El Hermano James se transformó con el paso de los años. Se volvió más exigente y radical. Ahora, después de tanto, entiendo cómo la violencia se esparció entre nosotros. Algunos fines de semana, cuando estábamos aquí, nos despertaba a las tres de la mañana. Orábamos todo el día, no comíamos ni tomábamos agua, no teníamos permitido hablar y los sermones duraban horas. Terminábamos dormidos de pie.

—¿Siempre era así?

—No, en ocasiones éramos más libres, como el día de la muerte de Miguel y Tomás. Hoy, pienso que James Cox actuaba en respuesta a lo que se esperaba de él. No poseía la personalidad completa de un líder de secta, pero sí la

paranoia suficiente para contagiarla. Cox desconfiaba de todos y de todo, poco a poco dejó de permitir las réplicas, las preguntas, nadie podía oponérsele. ¿Sabías que las personas con una psicopatología paranoide son, casi siempre, más inteligentes que la media?

Mónica niega con la cabeza, al tiempo que se concentra en alejar a los insectos.

—James Cox llegó a tener delirios de grandeza. En un punto se creyó un Mesías. *¿Arderías conmigo?*, nos preguntaba muchas veces. Debo confesarte que hubo un momento en que yo hubiera respondido que sí sin dudarlo. Pero no puedo precisar cuándo dejé de creer en él. —Victoria apunta con el dedo índice al frente de ellas—. Mira, es ahí.

Mónica fija la vista en la dirección señalada.

—Ahí murió mi hermano.

Mónica permanece un momento en silencio, y lo rompe solo para decir:

—Voy a tomar un video del lugar.

—¿Aquí? —pregunta Victoria, pero Mónica ya gira sobre sí misma para grabar los alrededores—. Este lugar es sagrado para mí.

—Una toma rápida. Cuando venga con todo el *crew*, lo haremos mejor y pondremos tu voz en *off*. Vamos, explícame qué sucedió.

Mónica le apunta con el celular. Victoria la observa dudosa; carraspea de nuevo, se pasa una mano por la cara y el pelo y, finalmente, comienza a hablar.

—Mi hermano desapareció durante dos años. Los ejidatarios habían comenzado a hacer un pozo, pero lo dejaron a medio terminar y Miguel cayó en él. No sabemos si alguien lo mató y luego lo arrojó al pozo o no fue más que un accidente. Estuvimos tantas veces por aquí y no lo vimos. Ni los perros, ni las personas. Nadie. El incendio se extendió hasta acá. Los restos de árboles quemados lo ocultaron: las cenizas, las hojas carbonizadas, las mariposas muertas. Durante años he tratado de entenderlo.

—Disculpen —interrumpe un hombre.

—¡Qué susto! —Victoria da un salto. Introduce la mano en el bolsillo de su chamarra y quita el seguro del gas pimienta que trae con ella siempre.

—No pueden estar aquí —dice el hombre.

—¿Aquí? ¿Dónde? —pregunta Victoria, a punto de sacar el aerosol.

—La entrada al Santuario de Piedra Herrada es por el otro lado. Deben pagar boleto.

—No vamos a pagar nada, ya nos vamos.

—Estos bosques son públicos. —Mónica comienza a grabar al hombre con el celular.

Victoria toma del brazo a Mónica.

—Ya nos vamos.

Pero apenas caminan un poco hacia atrás, cuando escuchan:

—¿Victoria?

Victoria apunta con el gas pimienta.

—Soy Sergio, ¿no te acuerdas de mí? Era un chiquillo cuando nos conocimos. Soy hijo de Ramiro, el jardinero y vigilante del campamento.

—No lo puedo creer, Sergio. Claro, eras un niño cuando te dejé de ver.

Victoria le explica a Mónica que Sergio y su familia vivían en una de las cabañas.

—Su padre era el velador, el jardinero, el vigilante… en fin, el mil usos del lugar. Sergio y sus hermanos convivían con todos nosotros. ¿Cómo me reconociste? Tenías once o doce años cuando venía a Nueva Armonía. Casi te baño con gas pimienta.

Sergio ríe y Victoria recuerda su rostro infantil.

—Fue fácil, te he visto en televisión.

A Victoria la habían entrevistado por el lanzamiento de su libro *Lo que el río sabe*, donde hablaba sobre su experiencia en Nueva Armonía. Hubo tantas llamadas del público para preguntar sobre el tema de las sectas que terminó yendo varias veces al programa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Victoria, sin disimular el asombro por volver a ver a alguien de su pasado.

—Mi familia se quedó en Valle después del incendio. Cuando mi papá pudo volver a trabajar, ayudó en la reforestación de los bosques. Yo no me imaginaba en ningún lugar lejos de las mariposas. Estudié entomología y aquí sigo, defendiendo los territorios de la Monarca.

—Entomólogo —repite Victoria.

—Cristina Cox me pagó la universidad.

—¿Cristina Cox? ¿La esposa de James?

—Sí. Después del incendio llamó a mi mamá un par de veces y no volvimos a saber de ella. Un día se presentó un abogado en casa, decía que venía de parte de la señora Cristina Sandoval. Quería darle a mi papá una compensación y pagarnos la universidad a mí y a mis hermanos. Mi viejo murió hace casi diez años, el fuego le jodió los pulmones y una neumonía se lo llevó. Estuvo

internado durante mucho tiempo en el Seguro Social de Toluca. Le costó mucho encontrar trabajo, nadie quería a un hombre con la cara y el cuerpo quemados.

—Lo siento. Tu padre era muy bueno con nosotros, lo recuerdo con cariño.

—Así es la vida, ¿qué le hacemos? Con mi padre se suma un muerto más a aquel día.

—¿Cuántos muertos? —pregunta Mónica.

—Muchos —responde Victoria.

—Demasiados —agrega Sergio—. Tiempo después del incendio, la gente comenzó a hablar de apariciones; decían que por las noches escuchaban los gritos de los hermanos Cox. Que Nueva Armonía había sido una secta satánica. Las historias hablan de un hombre quemado que ronda el campamento en enero, y eso hace que muy pocos se acerquen a las ruinas, por miedo a los espíritus. En ocasiones, a principios de año, el bosque se ilumina como un incendio, pero ya hemos corrido muchas veces a apagarlo y, cuando llegamos, no hay nada. Nada. El olor a carne quemada permaneció durante años. Desde hace veinticuatro años, cada veintiuno de enero, las mariposas se inquietan, vuelan sobre los restos de las cabañas. Por la noche se ven luces, como luciérnagas.

—Sergio, eso no puede ser, son creencias de pueblo. Estupideces de lugareños.

—Tengo toda mi vida aquí y te lo puedo asegurar, lo he visto con mis propios ojos.

—A mis padres los buscaron algunas personas afirmando que el fantasma de Miguel se les aparecía para decirles dónde estaba su cuerpo.

—¿Les creían? —pregunta Mónica, al tiempo que mueve las manos para alejar a las mariposas.

—Sí, Moni, les creíamos a todos. Imbéciles que abusan del dolor de los otros, esos hijos de la chingada.

—Con el tiempo —continúa el entomólogo— llegaron los del Cártel Jalisco Nueva Generación. A esta plaza la dominaba la Familia Michoacana, entonces la cosa se puso fea de verdad. Hubo más muertos y balaceras; luego, encontraron dos cadáveres de narcotraficantes cerca de la entrada de Nueva Armonía. Su fama de ser un lugar maldito aumentó; los de Jalisco querían apropiarse de las tierras, y por eso se volvió prioridad evitarlo, dada la cercanía al santuario y la cantidad de turistas. Esos cabrones no respetan nada, se

quedan con todo.

»Tenemos una guardia ciudadana que ayuda a vigilar las tierras, porque los policías no se meten, nos tienen amenazados a todos. A esos cabrones sí les tenemos miedo, no a los fantasmas de Nueva Armonía. Durante algún tiempo intentamos localizar a Cristina Cox, porque el predio del campamento era suyo, pero al final el gobierno acabó expropiándolo. El crimen organizado está aquí y en los bosques de Michoacán. Allá traen, además, la bronca de los sembradíos de aguacate. A todos los activistas ecológicos nos tienen amenazados. Conocen a nuestras familias. A veces pienso que van a terminar quedándose con todo, hasta con los recursos naturales; entonces sí, acabarán con toda la reserva de las mariposas. A las ruinas de Nueva Armonía siempre les estamos echando un ojo. Miren, estamos muy cerca del río.

Sergio señala al frente y las mujeres asienten con la cabeza. Mónica respira profundo, mira a su alrededor, cierra los ojos y avanza detrás de Sergio y Victoria. La brisa agita las ramas de los árboles y provoca un escalofrío en el frágil cuerpo de la guionista.

—Cómo ha cambiado el paisaje, no lo hubiera reconocido. Ya casi desaparece el río, no lo puedo creer —dice Victoria, con la imagen de aquellos días cuando James Cox bautizaba a los *armonitas* en las aguas de ese río.

—La sequía y los campesinos que sacan agua para sus cosechas lo vaciaron.

—Aquí nadábamos. Era nuestro lugar favorito, de Clara y mío.

—El año pasado aventaron el cuerpo de un muchacho por aquí —apunta Sergio.

—¿Qué? —Victoria da un paso hacia atrás, tropieza con una piedra y casi pierde el equilibrio.

—¿Estás bien? —pregunta Mónica, alargando una mano para ayudarla.

—¿Aquí? —Victoria suelta la mano de Mónica—. ¿Un muchacho? ¿Quién era?

—Aquí hay muertos a cada rato y nadie hace preguntas.

—¿Podemos regresar cerca del coche? Me ponen muy nerviosa los insectos. Lo siento. —Mónica aletea con más fuerza para alejarlos.

—Vamos, yo tampoco quiero estar aquí. Fue una pésima idea venir —dice Victoria.

—Voy con ustedes.

Mónica abre la puerta de su automóvil. Se sienta por un momento, inhala y exhala un par de veces para tranquilizarse.
—No soy muy fan de la naturaleza —confiesa, en tanto Victoria enciende un cigarro. Sergio le muestra una foto en su celular.
—Dios mío, no puede ser. Parece una copia de la muerte de Tomás Huerta —dice al ver la imagen. De repente, un mareo la invade y se recarga en el BMW rojo de Mónica.
—¿Estás bien?
—Sí, solo necesito sentarme un momento. —Victoria abre la portezuela trasera y se sienta—. ¿Por qué tienes una fotografía del muchacho muerto en tu celular?
—Guardo las fotos de los muertos que encuentro. Hacemos lo mismo todos los que trabajamos por aquí; en este país hay tantas madres buscando a sus hijos que las guardo por si alguien pregunta por ellos.
—Déjame ver la foto de nuevo.
Sergio obedece, le entrega el celular y Victoria acerca y aleja la imagen varias veces. Una ráfaga de viento frío levanta la tierra suelta y la psicóloga cierra los ojos por un momento, mientras se pasa la mano por la cara. De pie frente a ella, el entomólogo gira el cuerpo contra la corriente de aire:
—Todo está sequísimo —dice—. No ha llovido lo suficiente.
—¿Te fijaste en su ropa? —pregunta Victoria a Sergio apenas vuelve a abrir los ojos, y el hombre asiente con la cabeza.
—¿Qué pasa? —pregunta Mónica.
Victoria le regresa el celular y prosigue.
—Trae una playera blanca con las iniciales *NA*. La misma que usábamos cuando veníamos a Nueva Armonía.
—La coincidencia más grande es que lo encontramos el veintiuno de enero.
—¿El veintiuno de enero? No puede ser. La misma fecha del asesinato de Tomás, de la muerte de mi hermano. —Victoria se lleva las dos manos a la boca y luego al pecho, su respiración descontrolada.
—Victoria, tranquila —dice Mónica, al tiempo que la toma por los hombros.
—El veintiuno —repite Sergio.
Victoria mueve el cuerpo hacia delante para sacar la cabeza y vomita el café a milímetros de los zapatos del hombre. Mónica busca un pañuelo desechable en su bolsa y se lo entrega junto con una botella de agua que tiene en el coche. Victoria se limpia la boca.

—Lo siento, no debí decirte nada —se excusa Sergio.
—Dame tu contacto. —Victoria anota el número y se vuelve con Mónica—. Vámonos, por favor. No debí venir.

6

Madrid

Marco el número de Álvaro, mi hermano. Estoy ansiosa. Han sido eternas las horas que esperé para no despertarlo y preguntarle por mamá. La distancia alarga el tiempo.

—¿Es muy temprano?

—No, estaba despierto.

—Álvaro, ¿cómo está mamá?

—Clara —dice, y lo escucho dar un sorbo a su café. Lo toma todos los días apenas despierta, sin importarle las cantaletas de su mujer con respecto a su gastritis.

—Soñé con ella —digo, para rellenar el silencio de su pausa.

—¿Qué soñaste?

—La soñé cubierta de hormigas. Invadida. Me desperté asustadísima y con inmensas ganas de llorar. No he podido sacármela de la cabeza. Estoy muy sensible por lo de Mariana y mi madre.

—Clara, mamá se está muriendo —me interrumpe, y entonces alcanzo a escuchar el bip de la máquina entre sus silencios.

El ritmo del corazón de mi madre es la música de fondo. Desde hace unas semanas, la línea de vida de mi madre se dibuja en un monitor, los latidos de su corazón toman forma de picos, valles y montañas. *Bip-bip, bip-bip, bip*. Bernabé, el esposo de mi madre, insistió en ponerle un monitor de signos vitales; muchas veces ha tenido una expresión muy parecida a la muerte.

—Todos estamos muriendo desde el nacimiento, ¿no? El temporizador se dispara en cuanto asomamos la cabeza.

—Clara, cállate. No me vengas con tus pendejadas de siempre. Escúchame: ayer comenzó a respirar distinto, y mi mujer se dio cuenta. Parecen estertores.

—¿Desde cuándo Sofía es experta en asuntos de la muerte y sabe de estertores?

—No, no es experta en la muerte, tonta. El médico lo dijo. Ahora sí es el principio del fin. También lo dijo Bernabé. El pobre está deshecho.

—Pobrecito. —Bernabé ha sido más un padre para nosotros que el nuestro —. Salgo pasado mañana en la noche. ¿Debería adelantar el vuelo? El cambio me sale carísimo.

Abro la puerta del balcón; de pronto me falta el aire. Me recargo en la baranda y la iglesia de San Idelfonso me observa con su único ojo y el aire, helado, me hace consciente de mi cuerpo. El cielo no debería estar ni tan despejado ni tan azul. Pero al cielo de invierno le importa un demonio las palabras de mi hermano. Mi madre se muere y el sueño es su forma de avisarme que ya es tiempo: pronto estará bajo la tierra cubierta de hormigas.

—No sé si deberías cambiarlo, no soy adivino. ¿Tienes mucho trabajo?

—Un poco. Terminar de vaciar un piso, lo de la venta en la Plaza de San Idelfonso y dejar todo listo. Mamá me esperará.

—No lo sabes. Debes venir ya, la muerte no te va a esperar y te vas a arrepentir. Es lo menos que puedes hacer.

—¿Lo menos? ¿Qué quieres decir? ¿Reclamarme porque me fui de México? ¿Cómo iba yo a saber lo del tumor?

—Eso es por pensar solo en ti, no tienes espacio para nadie más. Yo vivo con ella y…

—Vives con ella porque quieres, nadie te obligó. No vengas a hacerme sentir mal ni a manipularme.

—Ya, ya, está bien, no vamos a pelearnos ahora. Pero haz lo posible por venir pronto.

—Sí, lo siento. ¿Has sabido algo de papá?

—Nada, ¿lo extrañas?

—No, no es eso, ¿cómo lo voy a extrañar? A veces pienso en él. Quizá deberíamos avisarle que mamá se está muriendo, ¿no?

—¿Estás loca? ¿Por qué le importaría si mamá se muere o no?

—Tienes razón. ¿Has visto a Mariana? Me escribe mensajes amenazadores, dice que no va a perdonarme si no llego al parto. Sería capaz de adelantar el nacimiento del bebé con tal de hacerme sentir mal.

—Clara, es tu hija, no hables así de ella.

—Cuando la hormiga reina muere, la colonia sobrevive unos pocos meses —

digo, despacio, para cambiar el tema.

—Increíble, otra vez tú y las hormigas.

—¿Sobreviviremos sin mamá?

—Clara, la pesadilla te ha dañado el cerebro, estás más loca que otros días. Avísame lo del vuelo, voy por ti al aeropuerto. De verdad, te puedes arrepentir. Dale un beso a Inés, la extraño.

Mamá tiene las manos tachonadas de manchas y lunares. Son quemaduras por la cocina, decía. Cuando éramos niños abrió un negocio de comida casera. Todas las mañanas se levantaba antes de las seis y se dedicaba a cocinar. A las doce y media en punto comenzaba a entregar los pedidos a empleados de oficinas y bancos. *Comida casera para hacernos sentir menos miserables*, decían sus clientes.

La sinfonía matutina de casa se componía por pitidos de olla exprés, líquidos en ebullición, el motor de la licuadora, la batidora, el golpe de los cucharones dentro de las cacerolas. Guisar, escalfar, rehogar, rellenar, aderezar, hervir, freír, hornear, dorar, tostar, gratinar, calentar: todos eran verbos de uso común en el lenguaje familiar. La cocina fue nuestro punto de encuentros y desencuentros, el lugar donde se fermentaban nuestras relaciones. El libro de cocina de mi madre era como una especie de diario donde anotaba partes importantes nuestra historia, entre ingredientes y condimentos.

Después de Nueva Armonía, tratamos de utilizar el mismo lenguaje de forma cotidiana. Quisimos arraigarnos a esas palabras, transitar lejos de verbos complicados. Intentamos aderezar, dorar, pasar por agua nuestras vidas, calentar los afectos para evitar su putrefacción. Desde muy pequeños, mi hermano y yo, aprendimos a pelar y picar. Nos cortamos los dedos infinidad de veces y mamá nos curaba con la piel de la cebolla: le quitaba una capa muy delgada y nos envolvía la herida con ella, nunca utilizamos banditas adhesivas. *La piel de cebolla cura todo*, afirmaba. Pero eso no es cierto, porque hay heridas que ni la cebolla puede curar.

Álvaro y yo nos parecemos a mi madre. Quizá uno decide a quién parecerse y no la genética. Los dos somos bajitos, como ella, y tendemos a subir de peso con facilidad: un cacahuete de más se nos nota.

La sabiduría sobre las plantas emanaba de mi abuela materna, Mercedes, quien se dedicaba a curar con herbolaria. Cuando mi abuela llegó a México, se estableció con sus padres en Querétaro, en pleno centro del país, donde a mi bisabuelo le aguardaba un empleo como capataz en un rancho. Una de las

cocineras la inició en el camino de la herbolaria desde niña. Con el tiempo, mi abuela abrió una tienda de remedios naturales, pero no pudo curar la tuberculosis de su hija menor, quien creció frágil y enfermiza.

—Yo escucho —decía mi abuela—. Puedo escuchar el alma y el cuerpo enfermo, porque crecí en un lugar donde se escucha la respiración de la Tierra, su inhalación y exhalación como un animal enorme.

Sin embargo, su hija, mamá, jamás se sintió escuchada. Esa falta de audición de mi abuela es la piedra fundacional del carácter de mi madre.

De niña imaginaba a la abuela como una especie de bruja buena. Mamá intentaba ser como ella para ganarse su amor, pero solo logró conseguir la alquimia suficiente para hacer combinaciones culinarias simples, justas para satisfacer la necesidad de comida casera de los empleados de oficinas y así mantenerles la ilusión de una vida.

Hace pocas semanas llevé a mi hija, Inés, a Llames de Pría, el pueblo de mi abuela en Asturias. Ahí, la erosión, el agua y la lluvia crearon grietas en la roca caliza que conecta al mar con la tierra. Cuando la marea sube, el agua escapa a gran altura y aparecen los bufones de Pría. Grabé con el celular el sonido del golpe del oleaje debajo de los acantilados, el vaivén de las olas parecido a una inhalación y una exhalación: largas, contundentes, como el resoplar de un gigante oculto en una cueva bajo nuestros pies. La grabación es para mi madre, mi abuela jamás dejó de hablarle de ese lugar.

Inés, al escuchar el mar, repitió las palabras de mi abuela:

—Mami, respira.

Cada día me parezco un poco más a ti, mamá. Con la edad, nuestros antepasados se hacen presentes en nuestro rostro. Me he alisado el cabello para desaparecer los rizos, herencia de mi padre. Mis ojos oscuros y las pestañas largas son herencia de mamá. Ensayo frente al espejo gestos para desaparecerte. Necesito parecerme a mí, dejarte ir. Mis manos empiezan a mancharse; quizá tenemos la misma constelación de puntos color café en la piel. Nunca lo sabré.

La piel de mi madre es un territorio inexplorado. Ya no me detengo a observarla con atención o curiosidad amorosa; me cuesta dejar la vista anclada

en ella desde la detección del tumor cerebral. Te veo sin verte. Con prisa, con miedo, con culpa por haberte dejado. Con resentimiento, porque permitiste tantos abusos de mi padre.

Entre nosotras existe una especia de comunicación vegetal, como una red de raíces vinculantes, un campo morfológico que se extiende desde México hasta Madrid. Pablo, mi marido, fanático de la botánica, me habló de la comunicación entre los miembros de un bosque. Lo hacen a través de una red orgánica conformada por el micelio. A partir de él, finos hilos de hongos se desenvuelven en el interior de la tierra y sus raíces comunican el exterior con el interior. Tú haces algo parecido, mamá: no dejas de hablarme en sueños, susurros, en pensamientos que no son míos. Nos enviamos mensajes a través de nuestras raíces.

Mi nieta nacerá, la hormiga reina morirá y se cumplirán veinticuatro años de la muerte de Joaquín. En enero, por las mismas fechas de siempre, como en un bucle. ¿Por qué?

Todo sucede tan lejos, a nueve mil sesenta y tres kilómetros de aquí. Once horas y dieciocho minutos de vuelo. Y mientras esté tan lejos, nada parece real.

Escribo un mensaje a mi hija mayor: *Mariana, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Cómo van las contracciones? ¿Ya comenzaron? Te mando un beso, muchos. Te quiero.*

No lo envío de inmediato. Dudo, como siempre al escribirle; me tomo mi tiempo para poder encajar su respuesta o su silencio.

Lo borro y vuelvo a redactar:

Mariana, llegaré a tiempo.

Presiono enviar para no arrepentirme. Le daré cinco minutos; si no lo lee, lo eliminaré.

7

En algún lugar de México

—Benjamín —dice un hombre.

Pon atención, pórtate bien, se ordena. *No la cagues. Ponte listo.*

Ponte listo. Así le decía su padre. *Ponte listo, Benja, el mundo es un sitio lleno de gente mala. Dentro de todos, incluso dentro de ti, vive otro a quien no conoces y es capaz de hacer cosas inimaginables. Uno no se debe fiar de nadie, ni siquiera de uno mismo.*

Ponte listo, se repite mentalmente.

Benjamín se arrastra hasta la esquina de la habitación donde se encuentra un colchón desnudo con una cobija arrugada. Se hace un ovillo, se abraza las piernas y trata de esconder la cara entre las rodillas. No ha dejado de tiritar. Al principio no soportaba el olor de la cobija ni la picazón en el cuerpo, pero poco a poco se ha ido acostumbrando. Solo tiene eso para calentarse.

No te escondas. Míralo a los ojos, cabrón, levanta la vista.

—Benjamín Salgado González —dice el hombre.

—Por favor —suplica el muchacho, mientras recorre con la vista al hombre: más alto que don Teo, con barba de candado. Su calvicie le recuerda a su padre hace unos años, antes del injerto de cabello; pero su padre no es tan alto, ni tan delgado.

—Por favor, ¿qué? —pregunta el hombre.

—Quiero ir a mi casa. Por favor.

—Benji. Así te dicen, ¿verdad? Voy a ser sincero contigo: no te vas a ir a tu casa, lo siento. Mejor que lo sepas desde ahora.

El hombre da otro paso dentro del cuarto. Se lleva una mano a la cara, extrae un pañuelo de la bolsa de su pantalón y se cubre la nariz con él. Huele a la loción de después de afeitarse; la misma de su padrastro, quien le enseñó a

perfumar el pañuelo: para cuando debiera ofrecerlo a una mujer o necesitara cubrir su nariz para evitar un olor desagradable.

—Por favor —repite Benjamín. No puede contener el llanto, un estremecimiento le sacude su cuerpo entero.

—Voy a dejar que te laves. Te daré ropa limpia.

—Déjeme ir.

—Mira, muchacho, no tengo mucha paciencia.

Ya, cállate.

—Sí, sí, lo siento, lo siento. Muchas gracias. Gracias.

El hombre, sin retirar el pañuelo de la cara, cierra la puerta.

—Llévalo al baño y le limpias su cuarto. Te dejé una bolsa. Lo vigilas bien, pendejo, no como al otro.

—Sí, señor.

El hombre del pañuelo —así lo distinguirá Benjamín— es el patrón de don Teo. No, no es su patrón: es su dueño.

Benjamín escucha al hombre encaminarse a la salida, y aunque no puede verlo, lo escucha girar el cerrojo dos veces, cerrar por fuera y meter la llave dentro del bolsillo delantero de su pantalón. Tampoco puede ver cómo se detiene por un momento en la calle, suspira y se limpia unas gotas de sudor con ese mismo pañuelo perfumado.

8

Ciudad de México

Mónica lee en voz alta.

—El cuerpo sin vida de un joven, presuntamente asesinado, fue abandonado en un claro en Piedra Herrada, Valle de Bravo, muy cerca del Santuario de la Mariposa Monarca. Los restos de la víctima de entre 14 y 15 años fueron hallados esta mañana por un vecino de la zona, ataviado con un pantalón gris de algodón, playera blanca y tenis color blanco. Elementos de la policía municipal se trasladaron al lugar, acordonaron toda la zona y pidieron la intervención del Ministerio Público para dar fe de los hechos.

—¿Es todo?

—Es todo. Está fechado el veintiuno de enero del año pasado.

Victoria observa la imagen que acompaña la nota. Mira el cuerpo del muchacho, tal como lo había visto en la fotografía del entomólogo, solo que con el rostro cubierto.

—¿Se puede? —interrumpe Jonatan.

Al regreso de Valle de Bravo, se habían encerrado en el consultorio de la psicóloga a buscar información sobre el muchacho muerto.

—Olvidaste a los padres de la muchacha de Los Elegidos de Dios —dice Jonatan.

—¿Por qué no me llamaste?

—Traté de hacerlo, pero no me contestabas. Estuve con ellos, y necesitan más seguridad. Han recibido amenazas de muerte por querer sacar a su hija de ahí. Todos los días les envían videos y fotos de personas torturadas, diciendo que eso mismo les va a pasar. No quieren acusar ni señalar a nadie, solo rescatar a su hija. Estoy tratando de ver quién en la Fiscalía puede dar seguimiento a lo de las amenazas. Pero el último agente con quien hablé me

dijo que no era mi pedo y que no me metiera donde no me llaman. ¡Hijos de puta!

—Tranquilo, Jonatan.

—¿Cómo voy a estar tranquilo? En fin, llamó el licenciado Díaz. Te va a buscar Gloria Salgado —dice, mientras pega una nota amarilla en su pantalla —. Debes verla, tiene un hijo desaparecido y sospechan de secuestro, pero todavía nadie se ha comunicado con sus papás.

—¿Un secuestro? Lo último que quisiera ver ahora es a alguien con un hijo secuestrado.

Recién abierto el consultorio, a Victoria la buscaban pacientes con traumas, desorden de conducta, trastorno de ansiedad o depresión. Unos meses después de publicar su libro sobre Nueva Armonía, acudió a consulta una mujer con un hijo desaparecido dentro de una secta. Como si el destino le jugara una mala broma, su hijo se llamaba Miguel. Victoria se empecinó tanto en encontrarlo que terminó destapando una rama de la secta de los Narcosatánicos, en la misma Colonia Cuauhtémoc donde en 1989 capturaron a los integrantes de esta banda criminal y encontraron muerto al líder, Adolfo de Jesús Constanzo. El grupo hallado por Victoria no era muy grande; contaba apenas con unos veinticinco miembros, el muchacho iba a ser sacrificado en un ritual. Después de eso la reputación de Victoria creció, y ahora cada vez más personas con familiares dentro de grupos coercitivos la buscan para desprogramar adeptos y ayudar a sacarlos del grupo. También ha colaborado en algunas investigaciones policiales.

—¿Quién es Díaz? —interrumpe Mónica, quien había permanecido en silencio, atenta a la conversación.

—Subsecretario de la Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana —responde Victoria—. ¿Apoyo? ¿Qué le pasa a Díaz? Si necesita apoyo esa mujer que venga a verme. ¿Por qué tengo que ir yo?

—No lo sé, pero hizo hincapié en lo de un favor personal. En estos momentos, tenemos que complacerlo con todos los favores personales, porque vamos a requerir su apoyo para lo de Los Elegidos de Dios. El muchacho desaparecido se llama Benjamín Salgado González.

—Está bien, me comunicaré con… Gloria Salgado —dice, al leer la nota y pegarla en su agenda—. Ahora, acércate una silla, siéntate junto a mí.

—Yo me voy al escritorio de Jonatan, así estarán mejor —dice Mónica al

levantarse con su laptop.

El asistente ocupa su lugar y Victoria le muestra la pantalla.

—El año pasado mataron a un muchacho en Valle de Bravo y solo hemos encontrado una noticia.

Blanco desvía la vista de la imagen.

—¿Por qué es importante eso ahora?

—Porque el 21 de enero de 1995 mataron a un muchacho en Nueva Armonía y lo dejaron exactamente en la misma postura y en el mismo lugar. Ya te había hablado de eso. —Victoria cierra el ojo derecho y se presiona la frente con la mano izquierda.

—¿Regresó la migraña?

—Sí, hace rato.

—¿Estás bien? ¿Ya te tomaste algo?

—Todavía no, pero pon atención a la pantalla.

Victoria resbala la vista por la marca roja de la mano de su asistente mientras él lee la nota. Si alguien se lo preguntara, jamás lo aceptaría, pero lo contrató por ese lunar tan parecido al de Miguel, su hermano.

—No entiendo.

—Quiero saber quién era ese muchacho, por qué traía una playera con las iniciales de Nueva Armonía. ¿Podrías preguntarle a tu contacto en la Fiscalía del Estado de México?

—Sí, claro.

—A mí jamás me contestarían, después del problema con el matrimonio de La Luz del Mundo.

—Fue una maravilla verte gritarles que eran unos hijos de puta, ineptos y corruptos.

Victoria levanta los hombros

—Soy muy intensa, qué quieres. Además, no le caigo a la gente tan bien como tú.

—Yo soy más simpático.

—Más payaso, querrás decir. Pide informes sobre el muerto del año pasado: quién era, de dónde era, si la investigación se cerró, se resolvió, qué pasó. Yo trataré de sacar algo de información a Díaz.

—Muy bien, jefa. Traes cara de zombi. Te urge dormir.

—Sí, sí, ya dormiré. Investiga eso por favor, te envío el enlace de la noticia a

tu WhatsApp.

Jonatan asiente con la cabeza y subraya:

—Acuérdate: Gloria Salgado. Benjamín Salgado. Encargo. Díaz. Llámale.

—Sí, sí, ya no me lo repitas.

Jonatan cierra la puerta del despacho con un portazo. *Lo siento, perdón,* se disculpa desde el otro lado. Mónica regresa con Victoria; la encuentra junto a la ventana abierta y un cigarro en la boca.

—No debería buscar más información sobre el muchacho de Valle de Bravo.

—¿Cómo?

—No, Moni, nada me une a ese muerto. No necesito saber quién es. En mi alma hay demasiados fantasmas, no necesito otro.

9

Madrid

—La historia de este árbol es muy reciente —comienza Pablo su explicación. Lo observo junto a su grupo de turistas. El rumor de sus palabras me llega entremezclado con voces, gritos, risas y las notas del saxofonista sentado en los escalones frente a la biblioteca. Pablo dirige visitas guiadas y cuenta a los turistas sendas historias sobre la vegetación:

—Es un abeto de Masjoan descubierto en 1950 por Nicolau Masferre, dentro de su finca de Motseny: una mezcla entre los abetos blancos y los pinsapos. Lo bautizó así por el nombre de la Masía donde se encontró. Una mezcla como la de mi mujer y yo: inesperada —dice y me señala.

Los turistas, envueltos en sus chaquetas de plumas y abrigos, se giran para verme, algunos me saludan. Sonrío, levanto la mano, me doy vuelta. Ruborizada, tomo a Inés de la mano. Mi hija le grita a su padre y él le manda un beso; la gente a su alrededor ríe y cuchichea. Apuro el paso. No deja de sorprenderme el amor de Pablo.

—Hola —saluda Inés al saxofonista al pasar a su lado. Él le guiña un ojo con el instrumento en la boca. Extraigo una moneda del bolsillo, la entrego a mi hija y ella la deposita en el estuche del músico. Regresa a la carrera y me pide ir más rápido hasta el estanque.

Me gustan estas tardes frías. El color del cielo me recuerda esa frase de Eva, mi cuñada: *de Madrid al cielo y, desde ahí, un agujero para verlo*. Llegué hace cinco años y a veces me permito, apenas unos minutos, antes del asalto de la conciencia, dejar al azul meterse dentro de mi cuerpo, de mi mente. Le permito encender mi alma, noquearme, hacer que me olvide de todo y permanecer dentro de una burbuja sin pensar cuándo estallará. La eternidad debe ser azul. Inés grita entre la gente y mi corazón se templa, pese al aire frío.

Pablo nos alcanza frente al estanque. Inés arroja migas de pan a los peces. En el 2001 encontraron una carpa de doce kilos. Son perturbadores los peces de los lagos artificiales; un pez de ese tamaño debió parecer casi un monstruo. Pablo me besa en la boca y se sienta junto a mí. *Ya, ya,* le digo y lo empujo un poco. Él me toma la mano, se la lleva a los labios y luego la deja sobre su pecho. Yo lo observo, luego miro a Inés y cierro los ojos. Como un obturador, quisiera encontrar el modo de guardar en la memoria algunas instantáneas de donde echar mano por si la vida vuelve a oscurecerse.

—¿Somos una combinación inesperada?

—Absolutamente.

Pablo apareció así, de forma inesperada. Tenía poco tiempo en España cuando lo conocí y me quedé por él.

—¿Has encontrado algún tesoro hoy, cariño?

—Películas.

—¿Más películas?

Doy un empujón con el codo a mi marido.

—Sí, en VHS y en CD.

—No sé dónde las vamos a acomodar, ya no tenemos espacio en casa. Además, todas las películas están en Internet.

—Eres un exagerado. Los anticuarios nos compraron casi todo. Lo demás lo pondremos en el puesto de la plaza, el sábado.

—¿El sábado? ¿No vas a cambiar tu vuelo? Clara, yo no he querido meterme en tus decisiones, pero debes irte.

—Podría ser de nuevo una falsa alarma. Me costará una pasta cambiar el boleto.

—¿Y tu hija? ¿Has pensado en Mariana? Ni la muerte ni los partos tienen palabra. No vayas a llegar tarde y te arrepientas.

—Suenas a mi hermano. Y Mariana no contesta mis mensajes.

—Llámala.

Me encojo de hombros; prefiero cambiar la conversación y hablarle del trabajo de hoy por la mañana.

Me dedico a vaciar pisos y trasteros con Eva, hermana de Pablo. Somos tres: Eva, Leo —un venezolano altísimo— y yo. Montamos el negocio tras la muerte de uno de los vecinos del edificio donde Pablo es portero, en la Torre de Valencia. El vecino, un hombre mayor, tenía la costumbre de pasarse un

rato por la mañana con Pablo. Intercambiaban libros, películas; el hombre le hablaba de la guerra, de sus padres. Se presentaba recién bañado y afeitado; luego, caminaba una hora en el Retiro, desayunaba en el Café de Gijón y terminaba su mañana en la Biblioteca Nacional. Las tardes las pasaba encerrado en su departamento con un libro o una película. Después de no verlo por dos días, Pablo fue a buscarlo. Tocó la puerta y, al no recibir respuesta, se decidió a entrar con su copia de la llave. Lo halló sentado frente al televisor, con los brazos caídos y un libro sobre el regazo. El lugar estaba atestado de libros, películas, ropa, macetas con plantas vivas y muertas, un árbol de navidad en pleno agosto. El hombre no tenía a nadie, ni parientes ni amigos a quien contactar. Entre los dos nos encargamos del entierro y de vaciar el piso, que el casero reclamó a los pocos días. Yo me quedé con todas las películas y Pablo con algunos libros; lo demás lo tiramos, lo donamos o lo regalamos.

Entre una vuelta y otra, se me ocurrió la idea de dedicarme a vaciar casas y trasteros. A la semana, ya había convencido a Eva; pegamos publicidad con nuestros datos en los postes de la calle y subimos la información a Internet. No tardaron en aparecer los primeros clientes listos para quitarles de encima trastos innecesarios, pasado excesivo, recuerdos estériles. Algunos no quieren ni mirar lo que nos llevamos. Cargamos la furgoneta y luego separamos las cosas; con eso, dejan de ser los objetos de alguien para convertirse en mercancía para los vendedores de antigüedades, la mayoría de ellos en la calle Ribera de Curtidores, en la Plaza del General Vara del Rey y sus alrededores. Los sobrantes los vendemos nosotras en un puesto en el mercadillo de la Plaza de San Idelfonso. Un *side job*: la basura de los otros, como la llama Pablo, nos deja dinero extra.

—Vaciamos la casa de un militar, franquista —retomo, para no permitirle a Pablo hablar ni de mi madre, ni del viaje a México—. Un lugar lleno de títulos y fotografías con su uniforme. Había pilas de enciclopedias, revistas sobre los muebles y en el suelo; máquinas de escribir y ordenadores de distintos modelos, como para hacer un museo de la historia de la computación; vajillas, álbumes de fotos, basura. No te imaginas el lugar. La cueva de Ali Babá.

—Así terminará nuestra casa —me interrumpe.

Elevo la mirada al cielo, muevo la cabeza de un lado a otro y continúo.

—Nos contrató el nieto, lo acaba de heredar. Quería venderlo y largarse. Su madre y él vivían en una habitación al fondo, terminaron encerrados ahí porque no cabían entre tantas cosas. ¿Te imaginas? Las cosas invadieron el

espacio, tomaron la casa. Montaron una especie de mini apartamento ahí dentro: una habitación con una cama donde dormían madre e hijo, una mesita para comer, un refrigerador pequeño y un horno de microondas. Las cosas ya habían comenzado a invadir la recámara, un poco más y los objetos hubieran terminado por apropiarse de la casa entera. La madre no lo dejaba deshacerse de nada hasta su muerte. Hace una semana se suicidó y el muchacho no quiso ni mirar, nos dejó las llaves y se largó.

La historia del suicidio de la madre me trae el recuerdo de Victoria y su intento por quitarse la vida. Pablo mueve la cabeza de un lado a otro; quisiera leer su mente.

—Tienes el Diógenes.

—¿Qué?

Inés se sienta en medio de los dos y recuesta la cabeza sobre las piernas de su padre.

—El síndrome de Diógenes. Lo tienen las personas acumuladoras de objetos, desperdicios, basura.

—Sí, sí, ya sé qué es el síndrome de Diógenes —digo, molesta.

—Guardas cosas relacionadas de algún modo con tu pasado.

—¿Con mi pasado?

—Como si armaras un *puzzle*.

—¿Un *puzzle*? ¿Ahora eres psicoanalista?

—No, no soy psicoanalista. Te observo.

—Solo guardo películas.

—Podría hacerte un inventario de todo lo que has llevado a casa.

Lo pienso por un instante. Dejo de mirar a Pablo y pierdo la vista en el estanque con sus peces repulsivos. La naturaleza contenida de las ciudades tiene algo sobrecogedor; dentro de los parques, aun y con las hectáreas de árboles, crecen engendros, mutantes adaptados al entorno, al cemento, al aire contaminado, a la basura. Los habitantes de las ciudades somos una anomalía.

—Cuando era pequeña, vivía frente a nuestra casa un hombre con muchos, muchísimos gatos. Maullaban todo el día. Más de cien.

—Vaya, hablas de tu pasado, eso es nuevo —bromea Pablo, pero lo reprendo y le ordeno callarse o no hablaré más.

—Las vecinas se organizaron para expulsarlo de la calle, pero no pudieron; no es un delito hacinar gatos. Rondaban por los techos, el jardín, las casas de todos. Mamá los rociaba con la manguera. Me daban miedo. Los escuchaba

maullar por la noche, como si suplicaran, como si fueran un coro de bebés abandonados. Trepaban a mi ventana y arañaban el mosquitero. Algunas noches todavía me parece escucharlos.

—¿Miedo? ¿Te daban miedo los gatos?

—Mi vecino se murió y lo descubrimos cuando comenzó a apestar. Los gatos le habían comido parte del cuerpo.

—Qué horrible historia —dice Pablo.

—Gatos malos —dice Inés.

—No, no se lo comieron —le digo a Inés, la tomo entre mis brazos y la acuno—. Es una broma, los gatos no se comen a las personas.

—Mamá hace unas bromas malísimas —dice Pablo, acariciándole la cabeza y el pelo. Me lanza una mirada asesina y mueve la cabeza de un lado a otro. *Lo siento,* le digo entre dientes. Digo muchas tonterías cuando estoy nerviosa, y desde la pesadilla me he sentido intranquila.

Nos conocimos ahí mismo, en 2014, cuando me apunté a una visita guiada por él. Al finalizar el tour me acerqué a pagarle y le pregunté cómo se había interesado por el parque y las plantas. *Para conocer chicas guapas como tú,* afirmó con una sonrisa en pleno flirteo. Tras un par de cervezas, me confesó haberlo hecho por su padre, quien había trabajado de jardinero en el Retiro y todos los días le habló de los árboles como si fueran su otra familia. *Mi padre nos hablaba de las plantas para no hablar de sus pérdidas durante la guerra. Hablaba de semillas, flores, árboles, de vida,* dijo entonces, con la cerveza entibiándose en su mano, como el ambiente a nuestro alrededor. El padre de Pablo murió en el atentado de Atocha, en el 2004. Eva y su padre iban en el tren. Llegó vivo al hospital, pero no tardó en morir. Eva perdió la movilidad de sus piernas. Pablo ya trabajaba en la Torre de Valencia y comenzó con lo de las visitas como un homenaje a su padre.

—*Quelo* un gato —dice Inés.

—Ya veremos —le respondo y la abrazo—. Cuando vuelva de México lo pensaré; por lo pronto, ya nos vamos a casa a dormir, señorita. Es muy tarde para usted.

10

En algún lugar de México

El trapeador parece disolver los restos de suciedad. No sabe cómo exprimirlo en la cubeta, cómo mantenerlo limpio para no embarrar el suelo de nuevo. *Yo no soy tu pinche sirvienta, limpia tú,* le había dicho el hombre cuando le llevó una cubeta y un trapeador.

—Necesito cambiar el agua.

El hombre no responde. Lo observa limpiar; trae un rifle colgado y Benjamín piensa en un AK-47. Lo conoce porque ha utilizado un arma así en *Call of Duty. ¿Hablarán los noticiarios de mí?, se pregunta. Quizá no, tal vez las cosas se mantienen casi en secreto porque sacarlo al aire podría entorpecer las negociaciones. O tal vez he visto demasiadas series policiacas y en la realidad las cosas funcionan de otro modo,* concluye.

¿Cuánto habrán pedido por ti? ¿Cuánto vale tu vida?

La respuesta de una cifra se queda en el aire o estancada en el agua, a la que le hubiera gustado vaciarle una botella entera de cualquiera de los productos para limpiar la casa.

—¿Podría cambiar el agua? —pregunta de nuevo a don Teo sin mirarlo a los ojos, con un tono desafinado. La voz no ha terminado de cambiarle por completo. Cuando está nervioso, su timbre fluctúa entre grave y agudo. Don Teo alterna la vista entre el muchacho y el celular; el reguetón llena el espacio, le gusta ver a las mujeres agitar las nalgas y los senos—. Por favor, solo quiero cambiar el agua.

—No. Es más, ya terminaste, cabrón. Ya me cansé de cuidarte.

—Una pasada más con agua.

—No. A la chingada. Qué vergas contigo. Se te da la mano y agarras las patas. Deja todo ahí —señala un lugar con el arma junto a la puerta.

—Es que…

—¡Ahí!

Benjamín mete el trapeador en el agua y se los lleva a recargar en la pared frente a la que comienza a llamar *su habitación*. El sitio parece una cabaña pequeña.

La habitación de Benjamín luce más limpia, aunque la peste continúa. Don Teo cierra la puerta y el muchacho observa por un momento el sitio, que a oscuras le parecía más grande. Se huele las manos. *Le hubieras pedido que te dejara lavarlas. Debe ser una cabaña en un bosque,* piensa, pero ha visto demasiadas series de narcos. Nunca se imaginó protagonizar una. Si fuera una película, un asistente le pondría una bata, le daría una bebida para refrescarlo y lo llevaría a su camerino a descansar, porque se siente agotado. Camina los tres pasos de separación con el colchón, el intento por limpiar lo dejó exhausto. Se recarga contra la pared, vuelve a olerse las manos. Por lo menos es ropa limpia, nueva, de algodón. Nunca se imaginó sentirse tan bien en unos pants grises calentitos. La playera blanca tiene dos iniciales: NA. Recargado en la pared, se deja resbalar hasta terminar acostado en postura fetal. Por primera vez el cansancio supera al miedo. Su cuerpo se suelta, y olvida su instinto de lucha y huida. La maestra de psicología le había hablado de esa reacción en la escuela; hoy, esa clase le parece sacada de otra vida. Ahora su respiración está menos acelerada, la adrenalina ha bajado y le permite cerrar los ojos. Es una barca mecida en el océano de su desesperación, acunado por el consuelo de la ropa limpia.

Te van a matar. Te permiten ver su rostro porque te van a matar.

En este preciso segundo no le importa. No le preocupa morirse; bien podría hacerlo abrazado a sus rodillas con sus *pants* grises, tibios y afelpados.

11

Ciudad de México

El viento le desacomoda el cabello, Victoria pasa una mano por su cabeza cuando la puerta se abre:

—¿Victoria Beltrán? —pregunta una muchachita.

Victoria intenta adivinar su edad mentalmente. *¿Quince? ¿Dieciséis?* Tiene la costumbre de adivinar la edad de las empleadas domésticas; una forma de esclavitud moderna, ha repetido muchas veces.

—Sí, soy yo.

—Pase, la señora la está esperando.

Victoria atraviesa el umbral y comienza a desanudarse la bufanda. Hace unos días la temperatura bajó de nuevo; el frío se le quedó en el cuerpo después de ir a Valle de Bravo, y la sacude un ligero temblor. Victoria llamó a la mujer y concertaron una cita para esa misma tarde. Luego, le escribió al subsecretario de Seguridad Pública y Protección Ciudadana de la República, quien le explicó la cercanía del padre del muchacho secuestrado con el presidente, dueño de una constructora muy importante para el gobierno federal. *Te vamos a deber una,* le dijo Díaz. *Debes tranquilizar y darle apoyo a esa mujer.*

—La señora la espera en la terraza —señala la empleada doméstica.

Victoria no responde. Asiente con la cabeza, mientras continúa empantanada en los recuerdos; sobre todo, en la fotografía de la nota del periódico.

—¿Quién es usted? —escucha detrás de ella.

Victoria se da vuelta despacio, mientras un muchacho la apunta con su dedo índice.

—Soy Victoria Beltrán —atina a decir, pero antes de terminar la interrumpe una mujer.

—¡Federico! —dice, desde la puerta de la terraza—. Por favor, disculpe el tono de mi hijo. Estamos muy nerviosos.

—No, no se preocupe.

El muchacho se queda en silencio con el rostro enrojecido.

—Pase, vayamos a la terraza. Federico, quiero hablar a solas…

—¿Vas a hablar de mi hermano?

—Voy a hablar de cosas privadas.

—Papá ordenó que no habláramos con nadie.

—Déjame, es una orden.

Federico respira agitado; observa a su madre con ganas de fusilarla con la mirada y corre escaleras arriba. Extraña a su hermano mayor y cada día tiene más miedo. Cuando eran niños llevaban una mejor relación, pero ahora llevan meses peleando por todo. *Ojalá no regrese,* pensó cuando su padre le comunicó la desaparición.

—Pase —dice la mujer—. Disculpe, estamos muy alterados.

—Es normal.

—Siéntese. Espero no le moleste el frío. Últimamente la terraza es el único lugar donde puedo permanecer más tiempo. Ahí me siento menos ansiosa.

—Está muy bien.

—¿Café o té?

—Agua.

—Mi hijo se llama Benjamín —dice la mujer, después de dejar el vaso de agua frente a Victoria. Gloria se sienta despacio y se lleva su taza a la boca—. Benjamín. —repite.

Una oración anidada en sus neuronas, como un mantra, se pierde en el efluvio del café: *Dios, no permitas que sufra.* El nombre de su hijo le quema los labios; ni siquiera siente el ardor del café caliente al dar un trago, pero continúa.

—Su nombre fue una necedad de mi marido. Una maldición.

Victoria levanta las cejas en un movimiento involuntario

—¿Cómo?

—Un hermano de mi suegro murió de niño. Se llamaba Benjamín; hay un nieto Benjamín en cada familia. Yo quise rebelarme, porque ese es el nombre de un muerto, pero mi marido dijo que todos los nombres son de muertos. Ante eso, no pude discutir más. Hoy no dejo de pensar en el nombre maldito.

Regresa la taza a sus labios, da un sorbo más y pierde por un momento la

vista en el jardín. Victoria también desvía la mirada y observa el pasto recién cortado, la jacaranda sin hojas, el arriate de agapantos alrededor del tronco. *El día es precioso, reflexiona. Una pena echarlo a perder con niños desaparecidos y asesinados.* Victoria trata de concentrarse en las palabras de la mujer frente a ella, pero no puede dejar de pensar en el muchacho de Valle de Bravo.

Gloria toma la cajetilla de cigarros y ofrece uno a Victoria, quien niega con la cabeza.

—El licenciado Rogelio Díaz me propuso contactarla porque usted apoya a los familiares de personas desaparecidas.

—Bueno, en realidad no hago este tipo de visitas. Lo hice como favor para el licenciado Díaz; generalmente atiendo en mi consultorio. Trabajo con familiares de personas desaparecidas por mi experiencia personal; sin embargo, no es mi especialidad y no sé qué espera usted de mí.

El rostro de Rogelio Díaz aparece en su mente. Se conocieron hace algunos años, cuando él trabajaba en la Procuraduría General de la República, antes de ser subsecretario de seguridad. Él la buscó para conocerla. *He escuchado mucho sobre usted,* le dijo. Victoria tenía poco con su consultorio y se había involucrado con un grupo de adeptos a la iglesia de La Luz del Mundo, la primera vez que trabajaba con una secta. Lo había decidido desde la universidad: trabajaría con víctimas de grupos coercitivos. Entonces, se dejó llevar por el ímpetu y la inocencia de la juventud. Las cosas crecieron, y en una entrevista acusó al gobierno de estar coludido con el líder y hacerse de la vista gorda. A partir de ese día, comenzaron a buscarla más víctimas o familiares de víctimas que habían experimentado técnicas de persuasión y control, sobre todo con sectas destructivas. Las amenazas a su vida comenzaron y Rogelio Díaz apareció en el panorama para abrirle algunas puertas. *Te ayudaré a hacer cambios, no a todos en el gobierno nos gusta hacernos de la vista gorda,* le había dicho a Victoria.

—He vivido la desaparición de un ser querido y entiendo su situación —le comenta Victoria.

—Estoy desesperada. No sé qué hacer, ni a quién pedirle ayuda, y mi marido no dice nada... —Gloria se detiene por un momento. Los ojos se le llenan de lágrimas; se lleva una mano a la boca y respira profundo—. Disculpe.

La voz se le quiebra. Vuelve a dar una calada a su cigarro y, en una exhalación larga, trata de echar fuera la ansiedad.

—Señora Salgado —dice Victoria, después de unos segundos. Ha visto

tantas veces esa agonía, en sus padres primero y luego en todas las personas a quienes ha acompañado. Piensa de nuevo en Valle de Bravo, pero suspira para regresar al presente—. Comencemos por el principio. ¿Cuándo desapareció Benjamín?

—Hace dos días —responde y se echa un poco hacia atrás en la silla. Se pasa una mano por el cabello lacio, recto hasta los hombros. Victoria se da cuenta de sus raíces blancas. Gloria se lleva el dedo medio a la boca y con los dientes muerde un pedacito de uña con el barniz rojo y descascarado—. Encontraron su coche en Santa Fe, con su cartera y sus identificaciones. Llamaron a mi marido para reconocerlo. Díaz se comprometió a estar al pendiente del caso. ¿Se estarán guardando información?

—Lo siento, no trabajo en la fiscalía. Pero tiene razón, dicen poco a los familiares.

La madre de Benjamín extrae un nuevo cigarro y lo enciende con parsimonia, mientras su memoria comienza a desenhebrar un recuerdo.

—No lo vi por la mañana, ¿sabe? Ese día. He pensado mucho en ello. No me levanté a acompañarlo a desayunar; me sentía cansada y me volví a dormir. A mediodía salió, creí que el chofer había pasado por él. Así son los adolescentes, a veces ni siquiera se despiden. ¿Tiene hijos?

Victoria niega con la cabeza.

—Ah, lo siento.

—No tengo hijos porque no quiero, así que no lo sienta.

—Ya, discúlpeme, no quise decir eso. Estoy tan nerviosa. Por la mañana, Benji tuvo una discusión con su padre, no recuerdo por qué. Mi marido le dijo que si no le gustaba cómo son las cosas aquí se podía largar. Luego, Antonio se fue a la oficina; trabaja casi todos los días del año, y su desconexión con la familia ha sido motivo de discusiones eternas entre nosotros. Lo siento. Eso no es lo importante.

Gloria vuelve a servirse café para desviar la vista de Victoria. Parpadea con rapidez para mantener las lágrimas dentro, pero una se desliza por su mejilla y salta al vacío para estrellarse junto a la taza. Se limpia presurosa la cara con una servilleta.

—¿Más agua?

Victoria, atenta al cambio en el ánimo de su interlocutora, niega con la cabeza y pregunta, esperando cambiar el tema:

—¿Cómo son los amigos de su hijo?

—Son chicos normales, nada fuera de lo común. Ya sabe, hacen cosas de muchachos que quieren crecer muy pronto, como todos a esa edad —responde, limpiándose la nariz; se esfuerza por hablar—. Mi hijo es el pequeño del grupo. Está un año adelantado, entró a prepa a los quince, y en unos meses cumple dieciséis.

—¿Qué quiere decir con *cosas de muchachos*?

—Nada en especial. Comenzaron a tomar alcohol en las fiestas; en un momento sorprendí a Ben con un cigarro y me juró que no lo haría más. Aunque, debo confesarle, doctora, con el tema del cigarro me siento sin autoridad para exigirle nada —dice al señalar la cajetilla de la mesa—. Es solo que no quisiera verlo enganchado en un vicio. Es difícil educar a los hijos, ¿sabe?

Victoria levanta los hombros, afirma con la cabeza y trata de dominar el ansia por encender uno.

—¿Podríamos hablar en la habitación de Benjamín? Quizás, si ve las cosas de mi hijo, pueda darse una idea de qué pasó con él.

—Señora, le repito: no soy investigadora. Si quiere, podría contactarla con un detective que ha trabajado con nosotros.

—No. Sí. Lo siento. No sé qué hacer…

La madre de Benjamín se lleva las manos a la cara, se tapa los ojos y no puede reprimir un sollozo largo, que bien podría ser un aullido de loba por el cachorro ausente. Victoria se levanta despacio y le coloca las manos sobre sus hombros.

—Ninguna madre debería pasar por este sufrimiento. Estoy contigo —le dice, con un nudo en la garganta. La visita a Valle de Bravo abrió las costuras de una herida que nunca va a sanar.

—Ya deberían de haber pedido rescate, ¿no? —pregunta Gloria con el tono de voz más agudo, estrangulado—. Eso me daría un poco de tranquilidad, ¿sabes? Quizás está vivo. Dios mío.

Victoria no responde, la deja llorar.

Gloria se limpia la cara con torpeza y palmea la mano derecha de Victoria

—Gracias, gracias. ¿Vamos a ver la recámara de mi hijo? Solo por verla, necesito mostrarle su habitación.

—Si necesita estar ahí, vamos.

Gloria señala el camino y Victoria se limpia la cara con discreción. Toma su celular y camina detrás de su anfitriona, mientras observa los movimientos de

la mujer. La mira apoyarse de vez en cuando en la pared, un mueble, la barandilla de la escalera. Camina encorvada; Victoria conoce bien esa postura para proteger el corazón: las costillas cerradas, la pena que vence al cuerpo, el peso de la ausencia afianzándose en los huesos. Suben una escalera de mármol, Victoria observa las fotografías ordenadas sobre un mueble junto a la baranda de la segunda planta. El distribuidor de las habitaciones es un cuarto de televisión, donde los sillones grises contrastan con la alfombra de colores cálidos: rojos, naranjas, amarillos. Echa una rápida mirada al librero. El aroma a lavanda se extiende por las dos plantas.

—¿Han tenido alguna amenaza de secuestro?

—No, nunca.

—¿Su hijo podría haberse ido de casa? Quizá quiere castigar a su padre. ¿Asiste a algún grupo ultracatólico en su escuela?

—No… bueno, las pláticas normales con los sacerdotes del colegio.

—No existen pláticas normales, Gloria. Hay que vigilar siempre los grupos a los que acuden los hijos.

—Sí, doctora, tiene razón.

—Lo siento, estoy un poco exaltada —Victoria suspira largo. *¿Alguno de los exmiembros de Nueva Armonía mantendrá activa la secta?*, se pregunta mentalmente.

—No lo creo capaz de causarme un dolor tan grande…

—Disculpe, me perdí un poco. Lo siento.

—Le decía que ninguno de sus amigos sabe nada. Nadie. Él no sería capaz de largarse así y causarme tanto… Hemos preguntado a todos los compañeros, sin excepción. Llamé a todas sus amistades fuera del colegio. He pasado horas en el teléfono y nada.

—Los adolescentes tienen reacciones inesperadas, incongruentes con su educación.

—No, doctora, mi hijo no es así. Mi Ben es un bueno, jamás me haría pasar por esto.

Gloria habla con la misma vehemencia con la que había explicado a su marido, una y otra vez, que no se había dado cuenta de que Benjamín se había llevado el coche sin chofer o escolta. Se siente culpable por no haberlo visto, por haber dormido de más y no saber lo suficiente como para adivinar los pensamientos de su hijo.

Victoria asiente con la cabeza; piensa en su propia madre.

—Los hijos somos egoístas y muy capaces de lastimar a nuestros padres. —Se le escapa el pensamiento en voz alta.

—Sí, está bien, pero como castigo ya sería suficiente. Conozco a Benjamín.

Victoria mira el reloj.

—Señora Salgado, necesito hacer una llamada. Permítame un minuto.

Victoria se aleja un poco y se detiene frente al librero donde habitan varias enciclopedias. *El tesoro de la juventud* también existía en su casa, así como la Grolier azul y los tomos del diccionario Larousse. Por un momento recuerda a su madre con sus pagos quincenales y el sobre amarillo donde guardaba el dinero para el vendedor de enciclopedias.

—Mamá —dice, y se da la vuelta para darle la espalda a la dueña de la casa, quien se aleja unos pasos más para darle privacidad—, ¿ya te tomaste la medicina? No, mamá, escúchame. El medicamento, mamá… Pásame a Maricarmen, quiero hablar con ella… No, no te trato como a una niña, tómate la medicina, ahora no puedo ir… Sí, sí, te llevaré a pintar el pelo en cuanto termine. Comunícame con Maricarmen, por favor… Mari, ya se pasó la hora de la pastilla de mi mamá, ¿por qué no se la ha tomado?... Sí, ya sé que no la quiere, pero tu obligación es que se la tome. Iré en cuanto me desocupe, gracias.

Victoria cuelga el celular y se queda, por un momento, con el aparato pegado al pecho y la vista en el lomo azul de la enciclopedia de los clásicos. Suspira antes de devolver el teléfono al bolsillo.

—En mi casa teníamos las mismas enciclopedias. Ahora son un anacronismo con el Internet, un adorno.

—Un adorno, sí. Estas son herencia de casa de mis padres. No me atrevo a tirarlas, pero quizá cuando muera mis hijos se deshagan de ellas. —Gloria hace una pausa con la vista en los libros, pero el pensamiento en otro sitio. Conoce la historia de la familia de Victoria, su empeño por encontrar a su hermano y cómo terminó todo—. ¿Cómo pudo seguir viva su madre con un hijo perdido?

Victoria siente en el estómago una punzada conocida, como cuando alguien le pregunta sobre la desaparición de Miguel.

—Mi madre no vivía. Se quedó en un espacio sin tiempo; en la inacción, a la espera del hijo perdido, no sé cómo explicarlo. Nadie sabe qué hacer con su vida cuando un ser querido desaparece. Unas se quedan en pausa. Otras remueven la tierra por todo el país. Algunas más se quitan la vida o se dejan

morir. Las reacciones de cada ser humano son distintas, no se puede generalizar, aunque, en definitiva, las conductas se parecen.

Gloria vuelve a dejar salir las lágrimas acumuladas.

—Disculpe, enseguida se me pasa —dice, y se encamina al baño para sonarse la nariz.

La vibración del celular distrae a Victoria, que pronto lee el nombre en la pantalla: *Mamá*. El aparato vibra de nuevo en su palma y decide rechazar la llamada.

—Trato de controlarme —dice la madre de Benjamín al regresar.

—No se controle. Conmigo no es necesario, se puede desahogar con libertad. Las madres creen que deben mostrarse fuertes, pero llorar no es falta de fortaleza. Al contrario. —Victoria señala una fotografía sobre un mueble—. ¿Puedo?

Gloria asiente y se lleva una mano a la nariz para limpiarla. En la imagen aparece la familia completa. Gloria señala a sus hijos, que llevan el mismo estampado en la camisa.

—Aquí están Ben y Fede.

Victoria regresa el marco a su lugar y levanta otro. Ahí, los dos hijos de la pareja parecen un poco más grandes. Atenta, recorre con la vista el rostro del muchacho, quien sonríe desde el otro lado del cristal: cabello castaño oscuro, peinado hacia atrás con mucho gel; cejas y las pestañas tupidas, ojos aceitunados, una sonrisa llena de aparatos de ortodoncia y algunas espinillas repartidas por el rostro.

—Son muy guapos todos. Tienen una familia muy bonita.

—Sí, gracias. Están guapos, ¿verdad? Son buenos muchachos. ¿Pasamos a la habitación? —Gloria señala una de las cuatro puertas—. Díaz y dos agentes estuvieron aquí, se llevaron algunas cosas y dejaron la habitación revuelta. Cuando se fueron, intenté acomodarla como él la había dejado. A Benji no le gusta que desacomoden sus cosas, ¿sabe? Cuando vuelva no debe encontrar su cuarto desordenado o se molestará conmigo.

—¿Jugaba al ajedrez? —Victoria señala el tablero.

—No, este ajedrez se lo regaló mi padre. Es un capricho mío: quise jugar con mis hijos alguna vez, pero a ninguno le interesó. He estado jugando una partida imaginaria con él. Cuando vinieron los agentes me senté en su escritorio, avancé un peón y me imaginé jugando de frente a él. Yo lo hacía con mi padre cuando era niña. No fuimos una familia de grandes conversaciones,

así que el ajedrez era nuestro modo de estar juntos: papá me felicitaba cuando hacía buenas jugadas o me explicaba por qué había perdido. Durante la partida, me hablaba de los grandes jugadores, y yo aprendí a alargar el juego para estar más tiempo con él. Eso es justo lo que he estado haciendo: alargar una partida imaginaria con Benjamín; hasta le hablo como si estuviera frente a mí. Pero ya no sé cómo alargarla más, estamos en ese momento cuando uno de los dos tiene que perder, así que me siento aquí durante mucho tiempo a pensar en la jugada que pueda empatar la partida. Por eso la llamé.

Victoria regresa la vista al tablero y afirma en silencio. Observa las fichas: la reina blanca deberá declararle mate al rey negro.

—Gloria, ¿está tomando algún medicamento para ayudarla a estar más tranquila?

—Mi médico me recetó unas gotitas de clonazepam, pero no me las he querido tomar. Quiero estar alerta, no atontada.

—No estaría atontada. Si la dosis es la correcta, le ayudarán a estar más tranquila y manejar el pensamiento ansioso.

—Quisiera que hablara con mi marido.

—¿Con su marido?

—Según él me tiene al tanto de todo, pero hay algo más, yo sé. Quizá Benjamín ya está muerto y no quiere confesármelo. No lo sé, ¿podría hablar con él? Necesita a alguien que lo escuche y le ayude a serenarse también. Alguien que le ayude a tomar decisiones, si se debe tomar alguna. No sé ni qué decirle. Pero él necesita apoyo también; quizá tomar algún ansiolítico, algo.

—Señora Salgado, no entiendo muy bien cuál es mi papel con usted. Estoy aquí porque el licenciado Díaz me lo pidió. Yo le puedo sugerir algún calmante, ligero, para no tenerla atontada todo el día. Puedo escucharla y podría atenderlos a los dos, ver a su marido e indicarle algo, si es el caso, pero más que eso no puedo hacer.

—Por favor, hable con él, apóyelo, déjeme hacerle una cita. Él no irá a verla a su consulta pero, por favor, ¿podría venir de nuevo? Mi marido tiene la presión alta y no quiero que... bueno, como un favor especial a mí, a Rogelio Díaz. Me preocupa mucho. Disculpe, pensará que soy una tonta. Esto es terrible, doctora, no se imagina… no puedo ni explicarle.

Gloria Salgado pierde la voz y las palabras no logran volver a salir. Victoria la toma del brazo y la ayuda a sentarse en la cama, mientras la mujer se cubre el rostro con las manos y un quejido sacude y arquea su cuerpo. Victoria la

abraza para acompañarla a atravesar el dolor. En cuanto levanta la vista, mira al tablero de ajedrez frente a ellas. Conoce la desesperación de la mujer y, casi sin pensarlo, le dice:

—Comenzaremos por tutearnos. Esa será nuestra primera jugada, ¿está bien?

12

Madrid

Mi padre amenazaba con morirse cuando tenía la sensación de pérdida de control sobre nosotros. La primera vez que amenazó nos preparábamos para ir al rancho de un político amigo suyo. A mí no me interesaba asistir; debía de ser alguien importante porque nos compraron ropa nueva. Mamá era un atado de nervios. A punto de irnos, papá la empujó contra la pared, aunque no recuerdo la razón. *Déjala en paz,* le dije, sin pensar, casi como un reflejo. Él me tomó por el cuello del vestido y me zarandeó, luego dijo: *tú no vas a ir con nosotros, te quedas aquí.* No me importaba. Era mejor no ir con él, pero ya estaba enojado con mamá y por mi culpa iba a lastimarla, así que debía acompañarlos. Pensé que si me subía al coche no le quedaría más remedio que llevarme. Una estupidez. Tal vez mi cerebro ha rellenado el recuerdo con mentiras. Pablo me habló sobre un estudio en Harvard donde comprobaron que los recuerdos son fácilmente manipulables: lo que creemos recordar a pie juntillas es un invento del cerebro. Recuerdos falsos, sin importar si uno cree tener buena memoria. Para revivir un suceso debes conectar con la sensación experimentada en ese momento preciso. Según Pablo, esto es imposible y, a veces, lo recordado nada tiene que ver con lo que sucedió en realidad. *Entonces, ¿nuestra vida es una mentira?,* le pregunté a Pablo. *No, no es una mentira,* me respondió. Lo importante no es el pasado, sino el presente. El pasado es como barro sin secar, se remodela cada vez que lo tocas, inclusive los recuerdos de otros se mezclan con los nuestros, creando algo distinto cada vez. Jamás tendremos acceso al momento original. Los recuerdos no se evocan, se reconstruyen. Así que quizá miento y el pasado no existe y las remembranzas son reedificaciones y no somos quienes pensamos que somos. Barro. Según la Biblia, Dios creó al hombre de tierra. Somos arcilla, alfareros que nos modelamos cada amanecer.

En mi reconstrucción de aquel día, mi padre ordenó subir a mi habitación y quedarme ahí. *No,* le dije, *yo voy a ir.* Levantó el puño y corrí por la casa, él detrás de mí. O quizá no. Tenía tanto miedo, eso sí lo recuerdo bien. Temblaba. De algún modo logré salir hasta el garaje, donde esperaban mi madre y mi hermano. Llegué hasta la verja y vi que estaba cerrada con candado. La sacudí con desesperación, imaginando a mi padre sobre mí. Miré hacia atrás y, entonces, vi a mi madre en el suelo junto a su marido.

—Me voy a morir —gritaba él, mientras me señalaba—. Me voy a morir por tu culpa.

Caminé despacio hasta ellos, casi puedo ver la escena: mi padre en el suelo, recargado en el sillón de cuadros amarillos y blancos, respiraba agitado. Mi madre repetía su nombre muchas veces:

—Enrique, Enrique, ¿estás bien? ¿Llamo a una ambulancia? ¿Al doctor?

Él movía la cabeza de un lado a otro con una mano sobre el pecho. Su respiración, los gritos y las preguntas de mamá colmaban la escena. Él levantó la vista y la dejó anclada en mis ojos. Su pecho subía y bajaba.

—Por tu culpa me voy a morir. Tú me vas a matar.

Me llevé la mano a la nariz para evitar su aliento agrio.

A gatas, mi madre me tomó del antebrazo, y nos arrastró junto a él.

—Discúlpate, pídele perdón. No vas a ir con nosotros y te quedarás en casa.

No podía hablar, ni desprenderme de los ojos oscuros de mi padre. Él se apretaba el pecho.

—Pídele perdón —me suplicaba mi madre, haciéndome daño en la muñeca.

Las palabras no acudían a mi boca.

Él respiraba cada vez más agitado, sudaba y su tufo ácido, penetrante, conocido, me provocó una arcada. Mamá corrió a la cocina por un vaso de agua para darle una pastilla.

—Voy a llamar al médico —dijo, acercándose al teléfono.

Mi padre seguía en el suelo; yo, de pie frente a él. Mi hermano desapareció de la historia.

—¿Me vas a pedir perdón? Pídeme perdón.

Lentamente, negué con la cabeza. Corrí al patio y trepé la barda como cuando era niña; ese día tenía trece años y era una adolescente torpe. Salté y corrí sin saber a dónde ir. Atravesé la Plaza de Santa Catarina, corrí por la calle de Melchor Ocampo y crucé la avenida cuando un coche alcanzó a frenar a escasos metros de mí. Salté a la banqueta y caí. Una mano me tomó del

antebrazo, levanté la cabeza, segura de encontrarme con mamá o papá.

—¿Estás bien? —me preguntó un muchacho, mientras se acuclillaba junto a mí—. ¿Te lastimaste?

—No, no me pasó nada —respondí con la respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —repitió una mujer. Era la madre del muchacho, Cristina Sandoval, quien, asustada por el rechinar de las llantas, salió alarmada de casa —. ¿Te pegó el coche?

Negué con la cabeza.

—Entra, ven, pobrecita. Debes estar asustadísima, déjame curarte esa rodilla.

Mi pierna derecha sangraba.

—¿Cómo te llamas?

—Es Clara —intervino el muchacho—. Vive frente al Merendero de las Lupitas.

—Debes ser más cuidadosa.

Cristina me condujo, por primera vez, dentro de la casa de los Cox.

—Vamos a curarte esa rodilla y te daré un poco de agua. Soy Joaquín —dijo el muchacho, y me ofreció su brazo de apoyo.

Joaquín.

Me dejé llevar.

Atravesar la puerta de los Cox es el pistoletazo de inicio, la cuenta regresiva hacia Nueva Armonía. Pero, en retrospectiva —que es como mejor se entiende la vida—, me pregunto: si volviera a ese momento exacto, ¿lo repetiría? ¿Renunciaría a conocer a Joaquín para que él siguiera vivo? ¿Estoy reconstruyendo ese recuerdo desde cero o en verdad existió?

Mi madre usaba expresiones en latín —*¿Vas a dejar tu cuarto tirado per sécula seculórum?*—, frases categóricas —*Es mi última palabra y sanseacabó*—, apelaba a santos para explicar comportamientos —*Te está dando el mal de san Vito*—. Cuando éramos pequeños y se cansaba de nosotros o bien, cuando tenía algo importante que hacer, nos mandaba con las vecinas para pedirles un poquito de *tenmeaquí*. Siempre regresábamos con las manos vacías, carentes de aquellos famosos *tenmeaquís*. Ante cualquier provocación, mamá repetía: *¡madre del amor hermoso!*

Eran las ocho de la noche y ya no podía quedarme más tiempo en casa de

Joaquín. Regresé temerosa de la muerte de mi padre por no disculparme y dejarlo tirado en medio de la sala. Quizá estaría ingresado en terapia intensiva. Me decidía entre trepar de nuevo la barda y quedarme a dormir en la cochera, o buscar un lugar en la calle donde pasar la noche; entonces, vi a mi madre sentada en el escalón de la puerta de la entrada. Se levantó deprisa.

—Madre del amor hermoso, ¿dónde estabas?

No respondí. Ella abrió la puerta, no le habían echado llave. No supe si entrar o quedarme afuera.

—¿Dónde estabas? —repitió.

—Por ahí —respondí.

Aunque los Cox vivían cerca, casi no teníamos contacto con ellos. Mi madre no nos permitía acercarnos a su casa, ni entrar a casas de desconocidos, porque nos salíamos del perímetro de su radar.

—Contéstame. ¿Dónde estabas? Te buscamos todo el día.

Levanté los hombros en respuesta. Mamá se cubrió la cara con las manos para esconder el llanto, detenerlo, devolverlo al lugar de donde quería salir. No pudo. Sollozó fuerte. No supe si debía abrazarla, correr de nuevo o huir a mi habitación. Se descubrió la cara, me atrajo hacia ella y me rodeó con sus brazos; yo la escuchaba llorar y la sentía estremecerse.

—Lo siento —le dije—, perdóname.

Quería preguntarle por mi padre, tal vez lloraba por él. Sin soltarme cerró la reja, echó llave y me llevó dentro. Era muy temprano para tanto silencio.

—¿Ya cenaste?

Asentí, pero mentía. Me acompañó a mi recámara, me dio un beso y cerró la puerta.

13

México

Gloria Salgado observa las fichas de ajedrez en el tablero. No ha hecho ningún movimiento. El aroma a manzana del líquido para limpiar los pisos se extiende por la casa. Gloria escucha a la empleada doméstica mover las sillas en la cocina, meter y sacar el trapeador de la cubeta y exprimirlo. Observa por la ventana la luna casi llena. Se levanta, vuelve a pasar la mano por la cama de Benjamín. Toma la almohada, se la lleva al rostro y aspira, desesperada por encontrar el aroma de su hijo. Cuando los agentes estuvieron ahí, revisando y desordenando sus cosas, dejaron la almohada en el piso. Gloria la encontró con una huella color gris oscuro. Sintió un asco profundo. Quitó sábanas, edredón, fundas, cojines y ordenó lavar todo.

Ahora, lejos de ese día, arranca la funda a la almohada y trata de rescatar algún hilacho del humor de su hijo. Se arrepiente de haberla lavado después de la visita de los agentes.

Tiene la costumbre de cambiar las almohadas cada seis meses. Para ello, ordena a la empleada retirarlas de la cama y tirarlas a la basura, pero la muchacha no lo hace: las guarda en su habitación y se las lleva a su casa. A Gloria le dan asco los ácaros desde niña. Cuando era pequeña su madre le enseñó a tender una cama correctamente, y le dijo:

—Estirarla no le quita los ácaros: hay que sacudir sábanas, colchón y almohadas, porque están infestadas de bichos microscópicos.

La Gloria niña casi pudo verlos caminar. La estocada final la obtuvo en la escuela, cuando encontró en el libro de Ciencias Naturales la fotografía de un ácaro al microscopio. Su compañera de pupitre lo consideraba una belleza; *si hasta sonríe,* le dijo. Gloria terminó en el psicólogo que al fin le explicó lo de la ácarofobia. *Qué nombre tan estúpido,* pensó. Y por más estúpido que se escuche,

no puede evitar deshacerse de las almohadas. Ahora estarán repartidas, con todo y sus microscópicos y sonrientes bichos, en casa de su empleada y de los parientes de la muchacha. Quizás hasta estén agradecidos por la fobia de Gloria y su afán por comprar carísimas almohadas antiácaros, *diseñadas para un buen descanso y el óptimo cuidado de las cervicales.*

Hoy, con la nariz perdida en la almohada, no piensa en ninguna fobia. Lo único que le importa es rescatar el olor de su hijo por encima del suavizante de telas.

14

México

Victoria permanece con la mirada fija en la pantalla de su laptop.

El cursor parpadea como un segundero, un latido o las intermitentes de un coche, impaciente. La intermitencia la hipnotiza. ¿Cuándo le envió un correo por última vez? Cierto: cuando Clara se largó a Madrid. Después de eso, juró no volver a escribirle.

Mentira. Esperaba un pretexto para volver a hacerlo. *Carajo,* piensa en voz alta, mientras el cursor aparece y desaparece en la pantalla. *Te largas,* le escribió esa vez. *Me dejas.* Clara no le respondió y ella dio por terminada la conversación. Enviar o no enviar, esa es la cuestión. Quizá ya cambió su *e-mail* y mandarlo será un esfuerzo inútil. El cursor sigue en sincronía con su indecisión:

Sí. No. Sí. No. Sí. No.

Chingada madre.

Desde la partida de Clara a España, Victoria no deja de pensarla. La frecuencia disminuye cada día, y se ha vuelto casi nula desde la aparición de Mónica. *Apareció,* repite la palabra mentalmente, como si Mónica fuera un milagro, un conejo sacado de la chistera, plomo convertido en oro. Llegó a su vida por generación espontánea, como las mosquitas de la fruta. Después de haber escrito el nombre de Clara, no sabe por dónde comenzar. El cursor la apura.

Luego de la visita a Gloria Salgado, conducía y hablaba consigo misma. *La llamaré,* se dijo, pero lo descartó de inmediato, porque no tenía su número. *Un correo será mejor.* Así, comenzó a redactar la misiva en voz alta, como si se la dictara a un interlocutor invisible:

Te envío la noticia de un muchacho muerto el año pasado. Murió el 21 de enero. Este no es un

pretexto para volver a ponernos en contacto, porque sería muy perverso. Tampoco es una broma. Te gusta descascarar el pasado con pelapapas: capa por capa, me decías. No fue a propósito. Desde ayer, aquella noche de hace tantos años se repite como disco rayado en mi memoria.

Circulaba por el bulevar Manuel Ávila Camacho en piloto automático, más atenta al río de pensamientos que al camino:

Fui a Valle de Bravo, a Nueva Armonía, con una amiga. Me sorprendí hablándole de las mariposas. En realidad, escondía mi asombro frente a haber descubierto cuánto te extraño todavía, cuánto extraño estar ahí. Nueva Armonía está destruida. En mi mente podía verla intacta. Caminábamos hacia el santuario cuando nos encontramos con Sergio, el hijo del vigilante, ¿te acuerdas de él? Aún no estoy segura de este correo, no te escribo para retomar el contacto. Ya no sé cómo dirigirme a ti. En fin. Sergio me enseñó la foto del muchacho, y…

El correo imaginario se esfumó, Victoria no alcanzó a frenar a tiempo y se impactó contra el coche frente a ella. El conductor del Mazda bajó de inmediato.

—¡Vieja pendeja! ¿Por qué no te fijas?

A Victoria le tomó unos minutos reaccionar; mientras tanto, el hombre revisaba la salpicadera abollada.

—Tengo seguro —atinó a decir ella, cuando por fin descendió—. Discúlpame, no alcancé a frenar.

—Eso es evidente.

—Ahora le llamo a mi ajustador.

Victoria abrió la guantera y buscó la póliza. *Chingadamadre*. Los demás automovilistas los insultaban a bocinazos.

—Te va a salir más caro el deducible, mejor nos arreglamos —dijo el conductor, señalando su coche—. ¿Traes dinero?

—Como dos mil pesos —respondió Victoria de regreso al auto para buscar su bolso—. Dos mil trescientos —aclaró, al contar los billetes en su cartera

—Dame tu número de celular y el dinero. Va a salir más cara la compostura, pero tengo prisa. Ya te buscaré para cobrarte el resto. Pinches viejas, son un peligro al volante —declaró, al guardarse el dinero en el bolsillo del pantalón.

El hombre tomó los datos, le pidió su licencia y corroboró su nombre.

—Un día de estos vas a matar a alguien, fíjate —le dijo al cerrar la portezuela.

Para ese momento, ya habían recibido varias mentadas de madre por parte de los demás conductores, quienes se abrían paso entre ellos. Victoria arrancó y

no volvió a pensar en el correo imaginario ni en Valle de Bravo; en su lugar, se obligó a poner atención al camino.

Ahora, Victoria cierra los ojos y mueve su adolorida cabeza de un lado a otro. Busca en su escritorio la caja de ibuprofeno y se toma dos comprimidos con el café frío de la mañana. Vuelve la vista a la pantalla de la computadora, adjunta la liga de la noticia al correo en blanco con la dirección de Clara y anota en el asunto: *«Muerto el 21 de enero del año pasado»*.

Lo envía, sin escribir nada más.

15

Madrid

Pablo ronca junto a mí. Él ronca y yo no duermo. Amanecerá pronto. Tengo insomnio crónico. Es decir: padezco insomnio, porque no es lo mismo *tener* y *padecer*. Suelo irme a dormir con las imágenes del incendio en Nueva Armonía y de mis compañeros muertos. Prefiero llamarlos compañeros y no amigos; el dolor es distinto con una palabra u otra. Sin embargo, por encima de su muerte, me mantiene despierta una imagen: Joaquín convertido en una antorcha humana.

Los gritos.

Gritos capaces de disolver los pensamientos, arrancarme la cordura desde adentro. Se cimentaron en mi esqueleto, en mi cráneo, y los escucho por encima de los ronquidos de Pablo.

Recibí un correo de Victoria. No lo he abierto.

No lo abriré. No. O no sé.

Es una granada sin seguro.

Putamadre.

Carajo.

No lo voy a abrir.

16

En algún lugar de México

—Mi padre me largó —dice Benjamín en voz alta—. Mi padre me largó, por eso estoy aquí.

Durmió un rato y, al despertar, intenta recordar cómo lo secuestraron. Mira las vigas del techo como si pudiera extraer de ellas las imágenes de ese día, ahora tan lejano.

Ese día se había encerrado en su cuarto hasta que su padre se fue a trabajar. Tenía escondido un duplicado de las llaves del Seat Ibiza gris, que utilizaba uno de sus trabajadores para los encargos o él mismo, cuando su padre le permitía salir a dar una vuelta dentro de Bosque Real, con uno de los escoltas al lado. Ahora se pregunta cómo pudo salir de casa con tanta facilidad. Quizá tenía que ver con que se había puesto una gorra del mismo color de la del trabajador, para confundir a los de seguridad. Nadie lo detuvo cuando abrió el portón con el control remoto. *Desde que saliste de casa te siguió una camioneta. Sí, detrás de mí estaba una Rav 4 negra.*

Más adelante, en el semáforo, el conductor de la camioneta le dijo que traía una llanta sin aire. *Le creíste, pendejo, y te orillaste. Ese fue tu error.*

La Rav 4 se detuvo detrás de él.

Dijo que te ayudaría a cambiar la llanta y le creíste. Tú ni sabes cambiar una llanta. Eso te pasa por inútil.

Se apeó del coche. Ese es su último recuerdo antes de despertar donde está ahora. ¿Lo habrían golpeado?

No, no te golpearon. Te sedaron, eso fue.

Sí, quizá me sedaron. Soy un idiota.

Sí, eres un idiota.

17

Ciudad de México

Victoria lleva más de una hora dándole vueltas a Internet. Busca cualquier rastro de información sobre el cuerpo encontrado en Valle de Bravo el año pasado. No lo puede evitar, necesita saber más. Su celular vibra y ella responde, sin poner atención al nombre en la pantalla.

—Debes venir ahora mismo. —Su madre está del otro lado de la línea.

—Ahora no puedo ir, estoy ocupada.

—Candil de la calle, oscuridad de tu casa.

—Iré en cuanto termine.

—Un día de estos me voy a morir y serás libre.

—Dale el teléfono a Maricarmen.

—No quieres hablar conmigo.

—¡Pásame a Maricarmen!

—¿Sí? —La cuidadora se escucha dudosa, como a la espera del regaño de Victoria.

—Maricarmen, ¿qué pasa?

—Tu madre quiere otra pastilla, pero no se la puedo dar, tú lo sabes…

—No necesitas explicarme nada. Dale otra pastilla, por favor. Todavía tengo algunos pendientes aquí en la oficina, pero en cuanto pueda iré a casa.

Victoria cuelga. *Mierda. Mierda.* Se recarga en la silla y se queda con el aparato en la mano, pegado al pecho. Gira la cabeza y observa por la ventana las ramas del laurel de la india iluminadas por los faroles de la calle. Deja el celular sobre el escritorio, toma una cajetilla de cigarros del cajón y sale apurada de su oficina. Su despacho está en la última planta de un inmueble de su padre, quien se fue de casa diez años después de la desaparición de Miguel. *Ya no soporto a tu madre,* fue su explicación. Victoria se reúne con él una vez a

la semana. *No entiendo tu decisión de estudiar psicología cuando tenemos una empresa, una empresa tuya,* le dijo en aquel tiempo, pero igual la contrató para que llevara parte del departamento de recursos humanos de la maquiladora de ropa.

A Victoria no le gusta estar con la nueva familia de su padre. No congenia con su esposa, pero trata de mantener una relación con su medio hermano, varios años menor que ella, a quien su padre le puso el mismo nombre de su hermano muerto: Miguel. Su madre lo llama el Usurpador y ella, el Miguel de repuesto. Cuando el Miguel original desapareció, algo irreparable se rompió en el matrimonio Beltrán Flores.

El 21 de enero de 1995 volvieron a casa aturdidos y sumidos en el desasosiego. Su madre, como si de pronto volviera a encajar las piezas de humanidad perdida junto al río, le ofreció un té caliente a su marido. *La tila te va a caer bien. Vete a cambiar la ropa, a darte un baño,* le dijo, como si hubieran salido de día de campo y se les hubiera arruinado el plan con la lluvia. Victoria la siguió a la cocina y permaneció recargada en el marco de la puerta; el agua todavía chorreaba de su ropa y formaba un pequeño charco en las baldosas blancas, justo debajo de sus tenis enlodados. La quemadura en su brazo le ardía, pero no iba a hacer nada al respecto: era su castigo por la desaparición de su hermano. Josefina iba de un gabinete a otro. Prendió la estufa con el cabello revuelto y el maquillaje embadurnado por el llanto y la lluvia. Victoria la vio ir y venir con la ropa enlodada, empapada. La había escuchado gritarle a su hermano en medio de la oscuridad, desgañitarse como nunca imaginó verla. Josefina se distinguía por su cabello largo, liso, negro, perfecto. Sus uñas rojas, siempre de ese color, la ropa impecable, elegante: todo a juego.

Victoria vio a su madre trastear y sorber los mocos, poner a calentar el agua con las hierbas en una tetera, acomodar la taza sobre el platito, verter el agua sin derramar una gota y encaminarse hacia a su recámara. La siguió en silencio. Subieron la escalera; su madre iba descalza, con los pies enlodados y lastimados. Había perdido los tacones en el bosque. A partir de ese día, dejaría de utilizar zapatos altos y los cambiaría por calzado deportivo para buscar a Miguel.

El tintineo de la taza contra el platito, que al principio apenas se asemejaba a unas campanitas, subió de pronto de intensidad. Antes de llegar a la puerta de su habitación, a Josefina Flores la partió un sollozo por la mitad. El líquido se

derramó sobre su cuerpo y el piso. Victoria se acercó deprisa. El sonido de la vajilla al romperse alertó al padre y salió de la habitación con la misma ropa empapada, se hincó junto a su mujer y la abrazó. Victoria nunca los había visto llorar de ese modo y nunca más volvería a verlos abrazados. Se quedó de pie frente a ellos, sin llorar, con la vista fija en los pedazos de porcelana que crujieron bajo el peso de su padre. El sonido reverberó en las paredes de la casa como un sismo de baja intensidad, que dejó cuarteaduras irreparables y permanentes en el hogar de los Beltrán Flores.

Las primeras noches, después de la desaparición de Miguel, el matrimonio se acostó en la misma cama de siempre. La mujer se acercó a su marido, pegó su cuerpo al de él con la esperanza de sentir calor. Poco a poco se fue instalando el tufillo de la desesperación entre ellos. Él no soportaba el perpetuo estado nervioso de su mujer, sus respuestas erráticas, su manía de entrelazar y separar las manos, de suspirar y de llorar todo el día. Josefina le exigía que hiciera algo para devolverle a su hijo, pero él se sentía frustrado e impotente. El ambiente en la casa era una neblina espesa compuesta por los humores y las exhalaciones de cada batalla. Su padre se largaba a trabajar todos los días. *No puedo quedarme aquí sin hacer nada, la policía se encargará de todo,* le repetía a su mujer. Pero no iba a la oficina, daba vueltas en el coche por todos los lugares donde se imaginaba que podría estar su hijo: una aguja en un pajar en la ciudad más habitada del mundo. A veces, cuando iba a trabajar, sus socios le aconsejaban quedarse en casa. *El mejor remedio contra la desesperación es el trabajo,* les respondía. No obstante, la tristeza y la desesperanza del contador Rafael Beltrán se extendía y se convertía en un foco de contagio de la mala suerte. El dolor ajeno es una amenaza para el delicado equilibrio donde se desarrolla la existencia humana. Beltrán salía de casa temprano y regresaba muy tarde. Josefina, en cambio, no quería despegarse del teléfono por si había noticias de su hijo. La cama del matrimonio se convirtió poco a poco en un espacio inhabitable, devastado.

Victoria baja por las escaleras del edificio. Sale a la calle Texas en la colonia Nápoles, enciende un cigarro y se recarga en la pared. La luz del farol la ilumina, filtrándose entre las ramas del laurel frente a la entrada. Sus raíces han levantado la banqueta y la altura del árbol casi alcanza la mitad del edificio. Por la ventana del consultorio de Victoria se ve la copa en plenitud. Después de la primera calada, siente el efecto tranquilizador de la nicotina en su sistema.

—¿Me regalas uno? —escucha de pronto junto a ella. Es Mónica Montero. No la vio acercarse, fumaba con los ojos cerrados.

—Moni, un día de estos me vas a matar de un pinche susto. ¿Qué haces aquí? Es tardísimo, son casi las once de la noche —dice, alargándole la cajetilla de Benson and Hedges.

—Te gustan los cigarros de velador —apunta Mónica mientras toma uno.

—¿Qué?

—Nada, nada, es un chiste. Te gustan los cigarros largos, como los de un velador para… olvídalo, es un chiste malísimo, no sé ni por qué lo repito.

Victoria la observa con el gesto extrañado y la sorprende una carcajada inesperada.

—¿Te parece gracioso?

—Es malísimo. Tu chiste es malísimo, de verdad, pero es lo mejor que me ha pasado en el día. Con decirte que hasta choqué.

—¿Chocaste? ¿Estás bien?

—Sí, bien. Solo fue mi coche. Pero, ¿qué haces aquí?

—Cuando te dejé, olvidé mi celular y soy una inútil sin él. Dependo al cien del chingado aparatejo, y no me sé ningún número de memoria, ni el tuyo. Me alegra muchísimo que seas una *workaholic*, no sabía si iba a encontrarte.

—¿Dónde lo dejaste? No he visto nada.

—En el escritorio de Jonatan, creo.

—Vamos, tengo que recoger mis cosas. Voy a casa con mi madre.

—Te acompaño.

—No, no es una buena idea. Mamá está un poco alterada y es tardísimo.

—Tal vez necesita una visita.

—¿A estas horas? No, de verdad.

—Mira, hagamos algo: si se pone mal me voy, ¿te parece? —Mónica pasa un brazo por encima de los hombros de Victoria. Sus rostros quedan muy cerca el uno del otro. Victoria se deshace del abrazo, nerviosa, mientras una descarga eléctrica recorre su columna—. Subimos por mi celular y tus cosas y nos vamos.

Victoria abre la puerta. *¿Ma?*, pregunta, con la esperanza de que su madre ya esté dormida. Lejos de los nubarrones de tormenta que había previsto, Josefina agradece la visita: está parlanchina y ocurrente. Maricarmen le había dado otra pastilla, por lo que la madre de Victoria flota en una nube de químicos con una sonrisa boba. Sus palabras aletargadas y vaporosas pierden el

peso del enojo y liberan la atmósfera en casa.

—Mañana debo ir temprano al cementerio —dice Josefina.

—¿Al cementerio?

—Mi madre casi vive ahí.

—Hay vida en el cementerio, ya te lo he dicho. Deberían ir un día. Es más, deberías hacer un documental. —Josefina habla sin perder la sonrisa, entreteniéndose en las erres.

—No es mala idea —dice Mónica—. Habría que titularlo *La vida en el cementerio.*

—No te burles —dice Victoria.

—No, no es burla.

—*Mi vida en el cementerio* —repite despacio Josefina, como si saboreara cada palabra. Luego de eso, permanece en silencio.

Pasa poco tiempo cuando Mónica señala con los ojos el sillón donde Josefina se ha quedado dormida, sin perder esa sonrisa. Maricarmen suspira:

—No me gusta verla drogada —dice la cuidadora.

—A mí tampoco —apunta Victoria.

Entre las dos la trasladan a su cama, la desvisten y le ponen el pijama. Maricarmen pide permiso para irse a dormir.

—Sí, claro. Descansa.

—Yo te ayudo con tu madre si se ofrece algo —interviene Mónica.

—Hace más de un año, mamá tuvo un ataque de pánico; desde entonces comenzó con miedos y una ansiedad muy fuerte, por eso necesita compañía durante el día. No soporta estar sola. Mamá no es fácil y Maricarmen es la tercera cuidadora que contratamos. Tuvo unos años muy buenos en los que hacía las visitas diarias al cementerio; fuera de eso, llevaba una vida casi normal: había vuelto a pintar, montó una exposición, daba algunos cursos. En fin, no quiero agobiarte con cosas de mi madre. Hay una botella de vino en la despensa. Es blanco y está al tiempo, pero no hay más alcohol en esta casa.

—Con eso está bien.

Mónica se levanta sobre las puntas de los pies para tratar de alcanzar la repisa más alta. Victoria se acerca a ella y, con una sonrisa, mueve la cabeza de un lado a otro para alcanzarle la botella.

—A una enana le conviene tener una amiga de altura.

—*Bajacocos,* me decía Clara. Ella mide algo así como metro y medio; yo le llevo por lo menos veinte centímetros. Nos hacían burla en la escuela por la

diferencia de estatura. Tengo la pésima costumbre de tener amigas bajitas —dice, mientras guiña un ojo a Mónica.

—*Bajacocos.* Bueno, es exagerado el apodo.

Mónica gira el sacacorchos mientras Victoria toma dos copas de la vitrina del comedor.

—Solo una copa, que mañana debo madrugar y tengo el día lleno de pendientes. Necesito ver al licenciado Díaz temprano; no quiero llegar cruda y, además, todavía no se me quita la migraña.

—Necesitas relajarte. Ha sido un día de muchas emociones, así que por esta noche nos olvidamos de muchachos en el río, ¿está bien?

Victoria afirma con un sonido que pareciera entre una afirmación y nada. Mónica escancia las copas y se acomodan en el sillón café.

—Vamos a hacer un brindis —dice Mónica.

—¿Por qué vamos a brindar?

—Por nosotras, por nuestra amistad. Porque escribamos un gran guion para despertar conciencias y dar visibilidad a las personas atrapadas en sectas.

—Son muchas cosas para brindar.

—Sí, lo siento, me dejé llevar. Por nosotras —dice y choca su copa con la de Victoria.

—No es tan bueno el vino —dice Victoria, después de dar un sorbo.

—Es la compañía lo importante.

Mónica sonríe y vuelve a dar otro sorbo:

—No está tan mal, no te quejes. Mejor cuéntame de Clara.

Victoria suspira en silencio y dice:

—Clara… quizá no es el día para hablar de ella.

—No, tienes razón. Volveríamos a lo de Nueva Armonía. Discúlpame, fue una muy mala pregunta.

—Traeré algo de comer.

Victoria se levanta y abre el refrigerador, de donde toma un queso, y al darse la vuelta se encuentra con Mónica. Trata de decir algo, pero las palabras se disuelven entre la lengua y el sabor de la saliva de la guionista. Cierra los ojos y sus pensamientos se pausan por un momento; se quedan atascados ante la respuesta de sus propios labios ante el sorpresivo beso. Deja el queso sobre la encimera; Mónica toma su cara entre las manos y la observa por unos segundos; después sonríe y vuelve a besarla. Una corriente sube desde su clítoris y contrae su gesto. *No,* dice de pronto y empuja a la guionista. *No,*

repite con la respiración sofocada.

—Lo siento —responde Mónica.

Victoria se lleva las manos a la cara.

—Mi madre… —Quiere continuar.

Mónica vuelve a besarla. Aprieta los párpados y siente las manos de Mónica buscar el botón de su pantalón sin dejar de besarla. Introduce una mano dentro de su braga y se abre paso. Victoria muerde el labio de Mónica, quien gime de placer y dolor; suelta su boca, contrae el rostro, deja caer la cabeza hacia atrás, abre los ojos y el foco del techo de la cocina la deslumbra. Está atrapada entre la encimera y el cuerpo de Mónica. Al enderezar el cuello, se encuentra con sus ojos oscuros. Mónica detiene el movimiento de su mano debajo de la braga.

—¿Quieres…?

Las lágrimas escurren por el rostro de Victoria. Escucha la voz de su padre en su mente: *la homosexualidad es una aberración*; luego, se aparece la voz del Hermano James: *los homosexuales merecen el infierno.*

—Tranquila; a ver, lo siento —le dice Mónica.

—Esta soy yo —dice Victoria en voz alta, acallando las voces en su cabeza —. Esta soy yo.

Mónica intenta preguntarle algo, pero los labios de Victoria apresan las palabras. Mónica presiona el lugar exacto que disuelve por completo la voluntad de la mujer.

—Aquí no. —Sus palabras son casi insonoras—. Vamos a mi recámara, no quiero despertar a mamá.

La migraña ha desaparecido.

La vida en el cementerio

La mañana siguiente al entierro de Miguel, Josefina despertó casi a las diez. Abrió los ojos y se sorprendió de no encontrar a su marido junto a ella. Tomó su reloj del buró y miró la hora. Inhaló profundo y se sintió culpable por haber dormido toda la noche. Pensó en Miguel y se obligó a recordar su rostro, pero la imagen que aparecía en su mente era la del cuerpo que extrajeron del pozo. La tierra pegada a una calavera que no acababa de serlo.

Pese a la orden de su marido el día anterior de quedarse en casa y no acompañarlos a Valle de Bravo, ella se negó, se subió a su coche e ignoró los gritos de Victoria y Rafael, quienes fueron en caravana detrás de ella durante todo el trayecto. Victoria, temerosa de un accidente, se sorprendió de lo bien que condujo su madre. Rafael Beltrán renegó de su mujer parte del camino y Victoria se esforzó en ignorarlo. Todavía le dolía el corazón; había escuchado un crujido en su pecho cuando recibieron la llamada del hombre que les informó dónde estaba el cuerpo de su hermano. Ocupó el asiento del copiloto con la esperanza de que fuera mentira. Su padre no quiso avisar a las autoridades de Valle de Bravo, pues ya lo habían hecho ir tres ocasiones por falsas denuncias. No comprendía la crueldad de algunas personas.

Los pensamientos de Victoria eran contradictorios. Por un lado, deseaba que fuera verdad, que terminara la incertidumbre y por fin supieran qué había pasado con Miguel. Por el otro, pensaba que mientras Miguel no apareciera, aún existía la esperanza de que estuviera vivo. En ambas posibilidades, la constante era la culpa por no haberlo acompañado ese día al bosque. Se preguntó, una vez más, si debía contarles a sus padres lo que había pasado, que Miguel le había pedido acompañarlo al bosque para seguir a Tomás Huerta.

—Es mi culpa —interrumpió su padre, como si le hubiera leído la mente—. Fui yo quien apoyó y fomentó las ideas del pendejo de Cox. Quizá si no hubiera creído en él, si no lo hubiera escuchado. Pendejo. Pendejo. Pendejo —dijo, sin dejar de ver el camino ni mirar a su hija. Hablaba más para sí mismo,

necesitaba decir las palabras que durante dos años habían revoloteado en él como polillas en un foco—. Pensé que la amistad entre tu mamá y Cristina Sandoval existía para que yo conociera a Cox, como cosa del destino. El puto destino que me había escogido para dirigir una comunidad junto a James Cox. Pendejo.

Rafael Beltrán volvió al silencio, atento al coche blanco de su mujer delante de él. Despacio, giró la cabeza para ver a su hija, quien no quitó la vista del frente:

—¡Cuidado! —gritó Victoria, cuando el coche de su madre se detuvo.

Rafael Beltrán pisó el freno hasta el fondo y alcanzó a detenerse a centímetros de Josefina. La pala y los implementos que llevaban para excavar se estrellaron en el maletero. Victoria recordaría esa escena muchos años después, cuando acompañó a una paciente suya, junto con otras mujeres, a una aparente fosa clandestina donde quizá hallarían los restos de su hija.

Cuando llegaron a Valle de Bravo pidieron ayuda a campesinos que se encontraron en los alrededores, pero al final debieron llamar a los bomberos. Les tomó toda la mañana dar con el lugar. Ni Victoria, ni Josefina, ni Rafael habían visto nunca un cadáver en proceso de descomposición, pero los tres supieron que se trataba de Miguel.

Esa mañana, al día siguiente del entierro, Josefina no tuvo estómago más que para un café. Sin decirle a nadie, salió rumbo al Panteón Francés de San Joaquín. Cuando estaba frente a la tumba de su hijo, cubierta de las flores moradas de las jacarandas y con la tierra recién removida, escuchó a una mujer que la interpelaba. Era María Huerta, madre de Tomás, quien la abrazó y le susurró al oído:

—Nadie te va a comprender mejor que yo.

Los sollozos de las dos mujeres se mezclaron entre los llantos, los murmullos, el canto de los pájaros, el soplo del viento entre las hojas y el lenguaje discreto de los árboles a su alrededor.

18

Madrid

Cuando llegué a Madrid visité muchas iglesias. Buscaba el silencio dentro de ellas. Me refugiaba con frecuencia dentro de la cripta de la Catedral de la Almudena. En la quietud de la muerte, trataba de revivir lo que el Hermano James me hacía sentir con sus palabras en su iglesia. No he querido escuchar a ningún sacerdote, ni pastor; entro a las iglesias cuando no hay servicio y solo el silencio me habla.

Estudié primaria en una escuela de religiosas: Carmelitas descalzas. Mi madre se creía incapaz de transmitirnos alguna creencia religiosa. Mamá no se sentía digna de Dios. Tampoco se sentía digna de nada. Recuerdo los cantos diarios en el colegio: *Carmelitas de hoy surgen ya, que la Iglesia te invita a luchar.* Las misas de viernes, las confesiones de los jueves, los pellizcos de las monjas, las lecturas de la Biblia y el grupo de catequistas que nos preparaban para la primera comunión. Sobre todo, recuerdo los deseos de mi madre. No fue hasta que escuché hablar al hermano James que comencé a creer y a hablar con Dios. Hoy, Dios se ha convertido en un ser difuminado en mi vida, muy parecido a mirar el mundo sin lentes. Hablo con él porque no contesta, o reclama, o condena. Porque después de la muerte del Hermano James no volveré a tener guía espiritual, pero sí la necesidad de sentir esa conexión con mi alma.

Llegué a España poco después de la muerte de mi abuela; ella me envió aquí. Al decirlo así me siento un paquete transportado por DHL. Yo qué sé. Tal vez sea así, y soy el paquete que mi abuela mandó de vuelta a su tierra. Vine a traer sus cenizas al lugar donde nació y a cumplir con su última voluntad: devolverla al sitio donde se escucha la respiración de la tierra.

Solo una vez regresó a España para enseñarles el aliento de la tierra a mi madre y a uno de sus hermanos. Entonces, solo eran ellos dos. Cuando

nacieron los otros tres no volvió, decía que la nostalgia era insoportable. Dejó muy claro que al morir sus hijos debían dividir sus cenizas en dos, con los mismos gramos: dejarían una mitad en México y otra iría a España. La abuela utilizó el pretexto de sus cenizas para sacarme del país y poner un océano de por medio entre mis pocas ganas de seguir y una esperanza de vida. *Dejas mis cenizas y el dinero te lo gastas en ti,* me ordenó.

En cuanto abro el correo de Victoria, me invade una urgencia por salir de casa, atravesar la calle y permanecer sentada en la soledad de la iglesia de San Idelfonso. Sumergir el miedo en su silencio.

Observo al Cristo de la Misericordia. El ambiente huele a cera y a frío. Le pido una explicación. No puede ser. Tiemblo. Carajo, un chico muerto. ¿Qué me envió Victoria? ¿De quién se trata? ¿Es una broma?

Victoria. Tanto tiempo sin saber de ti.

Salgo de la iglesia. Rodeo el cuerpo recostado a la entrada del edificio; se trata de nuestro vecino: un vagabundo sincero, que lleva un letrero de cartón que dice: *Soy honesto. Pido para comprar alcohol.* Algunos días pone ese letrero y, otros, uno donde busca trabajo. No le gusta sentirse atado a nada, le gusta la libertad, dice. Asegura haber estudiado hasta la universidad. Lo he escuchado decir que es abogado, financiero o economista.

—Cada día estorbas más.

—Tuvimos una mala mañana, ¿eh? —dice.

Se levanta con mucho esfuerzo, y riega el tufo a alcohol por la calle. Yo entro deprisa para que la peste no se cuele dentro del edificio. De mi madre heredé un olfato muy sensible: como de sabueso, lo llamaba ella.

Debo terminar la maleta y escoger la mercancía para el mercadillo del sábado. Al abrirse el elevador, me encuentro con la vecina del tres, ella me saluda y yo le respondo entre dientes. Empujo la puerta y escucho a Inés. *¡Mamá!* Corre hasta mí y me abraza por las piernas. Eva, mi cuñada, se da la vuelta con la silla de ruedas entre los muebles y su perra chihuahua, Bicha, sentada en las piernas.

—Ya no puedes traer más cosas aquí. No te lo voy a permitir.

—Hablas como Pablo.

Me quito los zapatos, levanto a Inés y camino con ella en brazos. Es mi pequeño milagro, mi reconciliación con la vida. A Mariana la cargué poco; no le gustaba, así que dejé de levantarla cuando tenía tres o cuatro años. Mariana es el vivo retrato de su padre. Le daban miedo las cicatrices de las quemaduras

en mis brazos, por lo que trataba de vestirme siempre con manga larga para no impresionarla. *Tu mamá tiene brazos de monstruo,* le decían en la escuela. A Inés parece no importarle, aunque con el tiempo se han borrado un poco. O quizás ya me acostumbré a ellas.

—A ver, es una cosa de supervivencia. Ostras, casi no puedo mover la silla con tanto trasto —insiste Eva.

—Sí, lo sé, tienen razón. En cuanto regrese, me desharé de algunas cosas.

—Comenzaremos por ese Napoleón, hija. Nos vigila todo el tiempo y me pone de los nervios. Cuando estés en México, se quedará encerrado en un armario.

—Ese Napoleón saldrá conmigo cuando muera o me vaya de aquí, no antes. Así que ni se te ocurra desaparecerlo.

A mamá le regaló el busto de Napoleón una enfermera del hospital, donde estuvo un mes interna luego de una golpiza de mi padre. Regresó a casa con el Napoleón y explicó que se lo regaló para recordarle que debía conquistar su propia vida y su propio espacio. Es muy feo, la verdad, pero mamá tenía pocos días felices y el busto parecía alegrarla. Yo lo veía como potencial arma contra mi padre. Procurábamos no llevarle la contraria en nada; si para ella la escultura era bonita, no había más discusión. Era común encontrarla enfrascada en conversaciones con Napoleón. A veces me detenía a escucharla, por si respondía el emperador. Esto me producía una combinación entre terror y fascinación.

Mamá me lo regaló cuando el diagnóstico del tumor la desahuciaba. A Napoleón le cuento lo que no puedo decirle a ella, no solo porque su cerebro está invadido por esa mierda de enfermedad, sino porque a mamá nunca pude hablarle sin sentir enojo, resentimiento y culpa. El emperador es el perfecto intermediario para sostener conversaciones imaginarias con ella.

Inés escapa de mi abrazo y se sienta en el sillón lleno de objetos y cajas. Reviso el celular: ningún mensaje nuevo. Mariana continúa sin responder.

—¿Qué hacías en la iglesia? Debemos darnos prisa para montar el puesto.

Eva se había levantado temprano para organizar los objetos del piso del militar que vaciamos y así poder venderlos en el mercadillo de la plaza.

—Amanecí con un poco de ansiedad. Necesitaba calmar mi cerebro —le respondo, al acomodar en una caja algunos objetos.

—¿Calmar tu cerebro?

—Ya sabes cuánto me estresa ir a México. Necesitaba un momento de

silencio. Mariana no me escribe y me tiene muy nerviosa —explico, pensando en el correo de Victoria.

¿Qué quieres, Victoria? ¿Por qué me mandas una nota sin más explicación?

Mi primer impulso fue llamarla, pero estaba en la cama con Pablo. Estuvo mejor, así tuve tiempo para meditarlo. Quizá Victoria solo quiere llamar mi atención y espera mi llamada, porque conoce mis reacciones. No lo voy a hacer. ¿Un chico muerto como Tomás Huerta? No lo entiendo. Quizá es cierta la teoría del asesino. Pero, ¿por qué tantos años después?

—He llamado a mi madre y vendrá a ayudarnos a Pablo y a mí con Inés. Está contentísima —me dice Eva, y sus palabras evitan que me hunda en mis pensamientos—. Así te irás más tranquila. No es sencillo lo que se te viene: serás abuela y, bueno, lo de tu madre, cariño. Lo siento muchísimo, de verdad. Yo no me imagino sin mamá.

Levanto los hombros, no sé qué responder. El mensaje de Victoria le robó importancia a la muerte de mi madre y al nacimiento de mi nieta.

La madre de Pablo no la pasa bien en Madrid. Se fue a vivir a una residencia en Azuqueca, junto con su hermana, le deprime ver a Eva en la silla de ruedas. En marzo se cumplirán quince años del atentado y ella no termina de superarlo. Ninguno en la familia, pero solo ella habla de ese día. Acompañaba a Eva a las reuniones de los sobrevivientes del 11 de marzo, pero su hija ya no quiso escuchar los mismos relatos y las mismas quejas contra el gobierno que no llevaban a nada.

La vida sigue, le decía Eva. *Una bomba quiso detenerla en un momento preciso, pero la vida es como esos trenes, continúan pese a todo. Volverá a descarrilarse, porque la naturaleza de la vida es salirse de las vías.*

—Debo terminar la maleta —digo. Eva me sigue en silencio y se queda en el pasillo afuera de mi habitación. Inés corre hasta mi recámara, se sube a la cama y desacomoda la ropa doblada—. Inés, ten cuidado.

—No te olvides de los regalos para la bebé —dice Eva, desde la puerta.

—Ya están guardados, también los de Inés para su sobrina. ¿Trajiste tu mercancía?

Mi cuñada es distribuidora de una marca de vibradores. Dice ser especialista en trastornos sexuales y de Diógenes, refiriéndose a nuestro negocio de vaciar casas y trasteros.

Libero a las personas de su apego a las cosas viejas y las ayudo a encontrar el

placer, sentirse satisfechas con su sexualidad. En resumen, las ayudo a ser más libres y felices, explica cuando le preguntan a qué se dedica.

—Sí, nos han llegado estimuladores de última tecnología y voy a quedarme con uno, aunque tú digas que no lo necesitas. No te imaginas la cantidad de mujeres satisfechas.

—Quizás un día de estos lo pruebe.

—A ver si el purista de mi hermano te lo permite. No entiendo de dónde ha salido tan mojigato; se moriría si supiera que mamá tiene uno.

—¿Tu madre?

—Sí, hija, mi madre. ¿O eres de las que piensa que las viejas ya no sienten? También necesitan un momento de relajación, de placer, joder; quizá por eso mi madre está tan bien. Tal vez es hasta ahora que ha sentido un orgasmo. Las mujeres de la generación de mi madre debieron de pensar que el orgasmo era una leyenda. En fin, cuando quieras te doy una cátedra completa sobre sexualidad.

—No me puedo imaginar a tu madre hablando de consoladores.

—No te imaginas la cantidad de mujeres mayores que los compran. Además, son vibradores, estimuladores, dildos; eso de *consoladores* es malísimo. ¿De qué consuelan? ¿De la soledad? ¿De la falta de hombre?

—No seas tan técnica, es solo una palabra. Además, a tu madre debe disgustarle que vayas por la vida contando sus intimidades.

—¿Qué dices? Ella promueve los aparatos entre sus amigas y se lleva una comisión, ya ha vendido por lo menos diez. Apréndete esto, cariño: las palabras importan, y mucho.

Río con Eva al imaginar a mi suegra como la proveedora del placer. Eva es lo más parecido a una hermana; es mi mejor amiga desde Victoria. Inés levanta a Bicha del piso, la abraza y luego la deposita en el regazo de su tía. La perra camina poco, parecería tener parálisis en las patas traseras; por el contrario, el veterinario asegura que está perfectamente, y que no tiene ningún impedimento físico para caminar. También dice, como todos, que lo hace por solidaridad con Eva.

Inés se abraza a mis piernas. *No te vayas, mami.*

—Serán pocos días. Vas a estar muy contenta con la abuela y papá y la tía y te mandaré muchas fotos de tu sobrina cuando nazca —le digo y me esfuerzo al hablar, se me hizo un nudo en la garganta. Cuando viajo a México, tengo miedo de no volver. No puedo sacudirme de encima esa sensación, ahora

exacerbada por el correo de Victoria. El pasado terminará por atraparme y no podré regresar. Un temporizador se dispara al momento de poner un pie en el aeropuerto; la cuenta atrás para dinamitar mi vida en Madrid.

Partir es partirse, siempre.

Partir es convertirse en extranjero hasta en la propia tierra.

19

Tomás Huerta

El 21 de enero de 1995, Tomás Huerta se levantó más abatido que todos los fines de semana que había asistido a Nueva Armonía. No hubo nada que presagiara su muerte. Casi no durmió. Había aceptado el reto lanzado por sus compañeros para demostrar su valentía, su hombría. Las manos se le rebelaban y le costó tanto trabajo vestirse, que estuvo a punto estuvo de negarse a ir. No obstante, ya intuía la respuesta de su padre: *la niña de mamá.* Así lo llamaba desde pequeño, *solo te falta jugar a las muñecas*, le decía cada vez más seguido desde los doce años. Sacaba las mejores calificaciones, pero eso no era suficiente. Y así, *suficiente* se convirtió en su palabra: lo definía, se le quedaba entre los dientes como una cáscara de palomita. Ese día, a sus casi dieciocho años, todavía le aterraba la reacción de su padre.

La cuenta regresiva para el día de su muerte había comenzado el 6 de marzo de 1994; cuando también se disparó la cuenta atrás para el asesinato del candidato del PRI —el partido oficial en el poder— a la presidencia de México. Luis Donaldo Colosio ofrecía un discurso en el Monumento a la Revolución diecisiete días antes de su asesinato. Se dice que el discurso de doce cuartillas fue su sentencia de muerte, en el sexagésimo quinto aniversario del partido. Todas esas fechas y números no tuvieron tanta importancia como la casualidad. Entre los casi cinco mil asistentes al mitin, tuvo lugar una conversación entre Fernando Huerta —padre de Tomás, quien entonces trabajaba con el presidente Salinas— y James Cox Owen. Una amistad en común los presentó y dejó caer un comentario burlón hacia el Hermano James, y que en Huerta tuvo el efecto de una bomba. James dirigía un grupo claramente religioso que organizaba campamentos los fines de semana. Ahí educaba a quienes tienen tendencias a *batear de zurda*. *Los enderezo*, él mismo

afirmó a Fernando Huerta.

Huerta asintió y luego preguntó, en privado:

—¿A qué se dedican en su campamento?

James Cox movió la cabeza de un lado a otro.

—Oramos, sanamos, tenemos charlas. Sembramos la semilla que nos permita crear, algún día, una nueva comunidad: vivir ahí, al lado de mejores seres humanos. Para ello se debe reconducir, entre otros comportamientos, la anomalía.

Fernando Huerta dudó en mandar a su hijo a ese sitio. El tema evangélico lo hacía dudar; había recibido una educación católica y para él, todo lo que estaba fuera de la iglesia era un culto.

Tomás Huerta comenzó a asistir al campamento tiempo después de recibir a un huésped en casa durante un semestre de intercambio. Era hijo de un pariente de su padre, un joven de veintiún años que llegaba con la ambición de trabajar en el gobierno. La cercanía de Fernando Huerta con el presidente Salinas le abriría algunas puertas.

El huésped incrementó en Tomás, como un catalizador, la velocidad en la reacción química para descubrirse y clarificar un sentimiento nuevo: el deseo. Sintió atracción por el huésped, a quien le habían asignado la cama de su hermano, que convenientemente estaba junto a la de Tomás. Hablaron con reservas al principio, dando saltos precavidos entre los seis años de distancia. Atravesaban por preguntas huecas con respuestas cortas, desconfiadas. Tomás Huerta recorría el cuerpo del huésped con una apetencia desconocida, intensa, confundido entre pensamientos viejos y nuevos. Sus anhelos se concentraban en un punto cardinal: su piel. Quería probarla. Una noche, cuando escuchaba su respiración pausada y profunda, Tomás mordió su propio brazo. Atravesó con desesperación su piel, sintió el dolor, el sabor de su sangre. No debía sentir lo que sentía, era un pecado, una aberración.

—¿Qué haces?

—Nada —respondió con los labios entintados, aún con la media luz del farol de la calle el huésped alcanzaba a distinguir el color rojo.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar, mientras corría al baño por una toalla para envolverle el brazo.

El huésped lo miró a los ojos y le otorgó a Tomás el don de la consistencia, de la existencia. Limpió sus labios con el dedo índice. Tomás no emitió sonido alguno, pero descifró su propia biología.

La mayor dificultad, a partir de eso, consistía en esconder la felicidad dentro de casa. Comportarse como su padre quería: como hombrecito. Hacer intentos desesperados por sobresalir en algún deporte. Asistir a Nueva Armonía y escuchar a James Cox hablar de la creación de Dios y las aberraciones cometidas por los seres humanos, los actos contra natura como la homosexualidad. No se nace así, Dios no se equivoca. Creyó en un Dios porque tanta felicidad era lo más parecido a una religión. Los hombres de su casa no lo notaron; fue la madre, la mirada femenina capaz de leer lo no escrito. La agudeza en los detalles, las charlas pequeñas, los gestos apurados. Sobre todo, la profunda percepción en los estados de ánimo, como un pájaro al sentir el viento puede entender las corrientes de aire; así su madre percibía su energía, su vibración, su borrachera de felicidad.

El huésped se fue intempestivamente y Tomás cayó en un estado donde no le importaba nada; la felicidad había abordado un avión de regreso a Monterrey, dejándolo con el corazón resquebrajado, pero con el precioso conocimiento de quién era. Entonces apareció un compañero de Nueva Armonía para ayudarlo a salir del fango donde se había atascado. Tomás se dejó llevar por el impulso de volver a sentirse aceptado.

Pasaron semanas que se convirtieron en meses. Tomás volvió a sentir algo parecido a lo que había sentido con el huésped, pero el compañero no estaba tan seguro de quién era ni cuáles eran sus sentimientos, surgidos de la empatía y la solidaridad con Tomás, a quien no dejaban de acosar. Se besaron un día, fue todo; el compañero no pudo soportar el sentimiento de culpa, de odio a sí mismo, y se alejó de Huerta.

Tomás Huerta se presentó ese 21 de enero de 1995 a aceptar un reto estúpido lanzado por sus compañeros de campamento, porque sentía que ya lo había perdido todo.

Cuando apareció muerto junto al río, su madre, María Huerta, envió al huésped un sobre con una fotografía que les había tomado. La mujer debió rogarles para fotografiarlos; *más cerca,* les había dicho. Tomás había rodeado con un brazo los hombros del invitado, con demasiada emoción; el huésped no supo cómo reaccionar y dejó las manos dentro del pantalón.

No lo olvides, escribió María Huerta en el reverso de la foto y con ese detalle, ella misma se encargó de que no lo hiciera.

20

Ciudad de México

El sueño naufraga tras el grito de su madre. Victoria abre los ojos, desorientada. La oscuridad a medias, interrumpida por la lamparita de noche conectada junto a la puerta. Desde la muerte de su hermano no puede dormir a oscuras: la negrura le recuerda el pozo donde lo encontraron. Mira el techo y gira la cabeza despacio hacia su izquierda y observa el rostro de Mónica. Sonríe y reprime el impulso de acariciarle la mejilla para no despertarla. Mira la hora en su celular: 5:40 de la mañana. Escucha los pasos de su madre en el cuarto contiguo y se levanta, silenciosa.

—¿Victoria? —pregunta Mónica, sin abrir los ojos.

—Shhhh. Duérmete, debo ver a mi madre. Duérmete, todavía es muy temprano, enseguida vuelvo.

Mónica ronronea un poco, se voltea de lado y vuelve a dormirse de inmediato. Victoria envuelve su cuerpo desnudo con la bata de baño y sale en silencio. La luz de la recámara de su madre está encendida.

—¿Mamá?

—Vico. Ven, siéntate junto a mí.

La niña dentro de ese cuerpo de mujer responde al apodo infantil. Su madre tiene las manos entrelazadas sobre las piernas, encorvada y con los ojos medio abiertos. Por su postura, parece una niña perdida. Victoria se sienta junto a ella.

—Vico, desperté y debí hacer un esfuerzo para traer a tu hermano a mi mente. Miguel no fue mi primer pensamiento, me sucede cada vez más seguido. ¿Será cosa de la terapeuta y sus ejercicios? ¿Lo estoy olvidando? ¿Cómo puedo olvidarme de mi hijo? ¿Será por haber roto la fotografía?

—Mamá, ¿cuántas veces debo repetirte que debes dejar ir a mi hermano?

Son demasiados años —dice, mientras levanta a Diego del suelo y lo acurruca en su regazo. Frida salta a la cama y se acomoda en las piernas de Josefina, quien acaricia su lomo antes de volver a hablar.

—Vico, déjame terminar. El recuerdo de tu hermano está aquí. —Apunta con el índice derecho a algún sitio en su pecho, por debajo de la clavícula; luego, toma la mano de su hija y la envuelve entre las suyas. Josefina tiene sesenta y siete años, pero parece mayor; la tristeza y la ansiedad permanentes multiplican su edad.

—¿Podrías llevarme a pintar el pelo después de ver a la terapeuta?

—Sí, mamá, trataré de hacerme un espacio para llevarte. Ahora vuelve a dormirte otro rato; aún es muy temprano.

Josefina deja a Victoria acomodarla en la cama. Los gatos se echan junto a ella y Vico la arropa, apaga la luz y sale del cuarto.

—Gracias, hija —alcanza a escuchar antes de cerrar la puerta por completo.

Se encamina a su habitación y antes de entrar se arrepiente; se le ha ido el sueño, y aunque quiere recostarse junto a Mónica, no quiere despertarla. A punto de bajar la escalera escucha la voz de la guionista detrás de ella.

—¿A dónde vas?

Victoria se gira despacio sin poder evitar una sonrisa:

—Pensaba prepararme un té, o ponerme a trabajar. No quería despertarte.

—Soy de poco dormir; levantarme a las seis de la mañana a trabajar es normal.

—¿Quieres un té?

—Si es irremediable.

—Puedes tomar lo que quieras.

Mónica niega con la cabeza y levanta los hombros.

—Estoy de broma. ¿Qué pasó con tu madre?

—Se despertó ansiosa, espero se vuelva a dormir. Iba muy bien, pero estos días la alteran. La fecha de la muerte de Miguel la pone mal, nerviosa, deja de dormir. El año pasado empeoró, tuvo un ataque de pánico muy fuerte. Pasaban los días y seguía igual, hasta que la llevé al hospital. La tuvieron que sedar para tranquilizarla.

Victoria llena dos tazas de agua y las deja unos minutos en el horno de microondas; luego toma una y la deposita con prisa sobre la encimera para no quemarse la mano.

—Eso pasa por calentar el agua en el micro.

—No son horas para usar una tetera —dice Victoria, y se vuelve a quemar la mano al sacar la segunda taza—. ¿Manzanilla?

—Sí, manzanilla está bien. Dormida repetiste muchas veces el nombre de Clara.

Mónica abre el paquete y sumerge el sobre en el agua.

—En un impulso, le envié la nota del muchacho muerto por correo. No debí hacerlo, me arrepentí todo el día. Tal vez por eso soñé con ella. Ojalá no haya abierto el correo. En el transcurso del día le escribiré alguna explicación. Hemos pasado por tanto juntas.

Sin darse cuenta, se lleva la mano izquierda a su antebrazo derecho.

—¿Esa cicatriz te la hiciste…?

Mónica intenta tocarle el brazo, pero Victoria abre los ojos de golpe y permanece en silencio con el brazo contra su pecho. Siente ardor en la cicatriz; un ardor enquistado en su mente, en el recuerdo. Hace años dejó de sentir molestias y hasta se enojó por ello; por lo menos el dolor le aliviaba un poco la culpa.

—Lo siento, perdóname, es…

—Nada, no te preocupes. Pero, quizá podría aceptar tus disculpas en la cama, ¿regresamos?

21

Madrid

Conversación con el busto de Napoleón.

¿Llegaré a tiempo a ver a mi madre y a Mariana?

¿El correo de Victoria es una broma?

¿Volveremos a ser amigas?

Cuando vi su nombre, antes de abrirlo, mi corazón se aceleró, te lo confieso solo a ti. Me emocionó recibir un mensaje suyo. No sé qué esperaba. Un saludo, un ponerse al día.

¿Le debo contestar?

Dile a mamá que me espere.

Por favor.

22

En algún lugar de México

—Benjamín —lo llama un hombre.

¡Despierta!

Benjamín abre los ojos de golpe. Tarda unos segundos en recordar. Desde niño le sucede lo mismo cuando duerme profundo; a veces, incluso despierta y no reconoce su propia habitación. Estaba tan cansado.

—Benjamín.

Un hombre, más bajito que él, entra en la habitación con paso decidido. El hombre no lo sabe, pero a Gloria Salgado, la madre de Benjamín, le gusta ir al cuarto de su hijo a hurtadillas, de madrugada. Su hijo no escucha el crujido del piso de madera, ni el rechinido de la perilla de la puerta, y le enternece hasta las lágrimas observarlo dormir. En esa otra vida que ahora debe esforzarse en recordar, Benjamín acostumbraba a despertar tarde los fines de semana. Se dejaba arrastrar dentro de las aguas extrañas de los sueños de la mañana, que siempre son distintos a los de la noche: incoherentes, ansiosos, desarticulados, pegajosos, pero siempre placenteros. Dormir la mañana entera era uno de sus placeres favoritos.

Se levanta deprisa, sacude la cabeza; el golpe de adrenalina lo estremece y lo pone en guardia.

—No es justo morir sin saber por qué. Estoy aquí para explicártelo.

—¿Me van a matar?

A Benjamín se le doblan las rodillas, ya de por sí vencidas por el peso de las palabras del hombre. Hiperventila, se siente mareado.

—Tranquilo, Benjamín. Escúchame. Yo no soy una mala persona. Soy una víctima de las circunstancias, como tú.

—¿Va a matarme?

—No, yo no soy quien va a matarte —continúa el hombre bajo al adentrarse en la habitación —. No soy partidario de lo que ha pasado, odio todo esto. Es una putada. Mañana termina todo, con dos muertos para recomponer el orden. Para empatar el partido. Se trata nada más de un marcador. No fue sencillo. No puedes imaginar el esfuerzo… Yo no soy un asesino. Pero si tu padre no hubiera matado a Tomás, tú no estarías aquí. Nuestro pasado hubiera sido otro. Tal vez Tomás estaba predestinado a morir joven, pero de otro modo: una enfermedad, un accidente, no asesinado. Yo no debería vengar su muerte. Tomé muchas malas decisiones. En fin, hace tiempo dejé de pensar en los posibles pasados; es un ejercicio inútil, desgastante. Lo cierto es que cuando tu padre tenía dieciocho años asesinó a Tomás Huerta.

—¿Mi papá? ¿Asesinó a quién? Mi papá no… no pudo. Lo está confundiendo. Está equivocado.

Benjamín se arrastra sobre el colchón hasta recargarse en la pared, recoge las rodillas y se abraza a ellas.

—Yo también tengo mi parte de culpa, no pude evitarlo. Tomás no sabía defenderse; él no era de ese modo, no le gustaban las peleas. Yo debí haber estado con él.

El hombre se detiene por un momento. Inhala una bocanada de aire y da los pasos suficientes para recargarse en la pared. Benjamín levanta la vista del piso y observa su rostro.

Te va a matar.

—Por favor. No me quiero morir.

—Al final, la muerte de Tomás nos ha consumido a todos. No dejó espacio para otro pensamiento, otro plan de vida: vengarlo para soltar el pasado y vivir.

Benjamín niega con la cabeza. Las lágrimas no dejan de caer por el rostro empapado; en la garganta, un nudo. Siente una extraña combinación de emociones; el miedo lo rebasa, no sabe cómo su cuerpo lo ha soportado sin reventar por dentro.

Es mejor la muerte, descansar.

El hombre termina de hablar y mira a Benjamín. El muchacho vuelve a cerrar los ojos y piensa en su madre: quizá a él ya no le importa morir, pero su corazón se rompe al pensar en ella.

23

Ciudad de México

—Vamos a hablar de secretos —dice la terapeuta—. Los secretos familiares habitan y duermen en nuestra cama. Son fantasmas gordos, alimentados de la culpa, la vergüenza y todos nuestros miedos. Activos heredados a la siguiente generación y a la siguiente y a la siguiente. ¡Debemos matarlos! ¡Exorcizarlos! ¡Liberarnos de ellos! ¿Están listas para hablar de secretos?

Termina, exaltada, de pie. Josefina, la madre de Victoria, la mira recelosa. Victoria la incita con la mirada a obviar el ex abrupto de la terapeuta. Josefina se revuelve en su sillón; inhala profundo, sostiene el aire con los ojos cerrados y piensa en el secreto que ocupa gran parte de su pensamiento. Pero no lo dirá, no puede hacerlo. En vez de eso, pronuncia:

—Yo engañé a tu padre. —Las palabras se escuchan como un globo al desinflarse. No tuvo tiempo de pensarlas. Tuvo que decir algo para evitar decir lo que no debe.

—¿Qué dijiste? —pregunta Victoria, pasmada. Su mente se había ido a sus propios secretos, sin imaginar que su madre tuviera uno.

Josefina vuelve a tomar aire. Pide un vaso de agua a la terapeuta y se alisa la falda, como para sacudirse las palabras que se le cayeron de la boca.

—Eso. Engañé a tu padre.

—¿Podrías elaborar un poco más? —Victoria explora el bolsillo de la chaqueta donde guarda los cigarros; toca la cajetilla y echa fuera el aire con la boca en forma de O, como hace cuando está en un lugar donde no se permite fumar.

—No voy a elaborar mucho; no quiero lastimarte de más.

—Ma, ya estamos lastimadas. A eso venimos: a echarle sal a las heridas.

—Echarle sal —repite Josefina.

—Tranquila, Jose —interviene la terapeuta—. Estás en un lugar seguro, contenido.

La madre de Victoria afirma con la cabeza, despacio. Mira su falda y sacude más moronas invisibles: los restos del miedo.

—Cuando Miguel tenía díez años, tu padre y yo tuvimos una temporada muy mala, quizá lo recuerdas.

—Sí, lo recuerdo.

—En ese tiempo me sentía muy cansada de todo. Cansada de hacer lo correcto. Cansada de rezar, de la iglesia, de tu padre y su exigencia con la religión. De James Cox y su insistencia en el pecado, en la perfección, en una comunidad nueva. Estaba harta de no poder salir de nuestro círulo de amistades, de la falta de libertad. En fin. Parece un pretexto mi cansancio. No lo sé. Así me sentía.

Victoria afirma despacio, en silencio. Conoce tan bien esa misma sensación de hartazgo.

—Tratamos de disimularlo, pero era complicado —continúa Josefina—. No lo busqué. Lo conocí en una exposición de pintura de mi madre. Estaba de pie frente a un retrato que me hizo mamá cuando era niña: yo en una ventana rodeada de flores de bugambilia. Se quedó durante mucho tiempo frente al cuadro; movía la cabeza, la inclinaba a la derecha, luego a la izquierda, se acercaba y se alejaba. Cuando era niña, me daban mucha vergüenza esos retratos, detestaba que me dijeran: *Eres tú, ¿verdad?*

—Mamá, te estás perdiendo.

—Déjala hablar —dice la terapeuta.

—Sí, me disperso, perdón.

—Tranquila, Jose, no hay prisa —dice la terapeuta.

Josefina afirma en silencio, cierra los ojos y continúa:

— Yo era una niña muy bonita, eso decían.

—Eres bonita, mamá, todavía.

—Ay, Vico, Vico. Yo fui la modelo de mamá y la gente compraba esos retratos. Era raro pensar en mi cara colgada en la pared de quién sabe quien. Me imaginaba con el poder de ver dentro de las casas donde se llevaban un cuadro mío, como si compraran un pedazo de mi alma, de mi escencia; me concentraba en conectar con la yo de cualquier cuadro y ver dónde estaba. Qué tontería. Lo hice tantas veces. De algun modo, me creía omnipresente. Ya, disculpen, me disperso… regreso a lo importante. Ricardo estaba tan

embebido en la pintura, que no se dio cuenta de mi presencia.

»*¿Te gusta?* —le pregunté; él dio un salto y se llevó la mano al pecho e inhaló profundo—. *Lo siento.*

Él levantó una mano como para pedirme un momento. Parecía a punto de darle un infarto, así que corrí a traerle agua.

—Ya regresa el alma al cuerpo —me dijo.

—Perdón por el susto —dije y le ofrecí el agua.

—Algunas pinturas me hablan, abren una puerta secreta para mí. Esa niña mira el futuro.

—Y, ¿qué ve?

—Este preciso momento. Tú, en el cuadro, miras esta escena, el momento cuando nos conocemos.

Victoria se muda de la silla al suelo. Siente una especie de vértigo, una de las secuelas tras la muerte de su hermano. Cuando se siente sobrepasada por algo necesita sentarse en el piso; a veces, incluso recostarse.

Su madre sigue hablando. No se detiene al ver el gesto de asombro de su hija: regresa a ese momento preciso, cierra los ojos y con su mano izquierda acaricia su brazo derecho, como si quisiera volver a sentir la piel erizada de aquella vez que lo miró a los ojos. Como si más que mirarlo, por primera vez lo recordara.

Comenzaron a verse en eventos específicos: una exposición de arte, una presentación de libro, una conferencia. El marido de Josefina jamás la acompañaba. Ni siquiera podía imaginar la posibilidad de que su mujer lo engañara. Su mujer era una mujer religiosa, como él, guiada por los preceptos de Dios.

A Josefina la poseyó una repentina fuerza creadora y el único lugar de su casa donde se sentía en calma era en su estudio: en los pinceles desahogaba la energía del deseo. Eso ocasionó que la relación con su marido diera un giro y se volviera más apasionada. Dentro de ella bullía una conmoción. Cuando Ricardo y ella se veían, lejos de saciar el deseo, este se multiplicaba, se exponenciaba. A veces, se descubría con un dedo en sus propios labios, o dentro de su boca, buscando su sabor. *Debes parar o escoger,* le dijo un día su madre.

—¿Cómo se dio cuenta la abuela?

—Era demasiado obvia; caminaba entre algodones, con una sonrisa ridícula.

Estaba convertida en una loca. No terminé con él por tu padre; él terminó conmigo cuando lo nuestro comenzó a parecerse a un matrimonio. Los celos me enloquecían y comencé a exigirle más. Estaba dispuesta a dejarlo todo por él.

—Entonces tendremos algo muy parecido a lo que tenemos en nuestras casas, dijo y fue todo. Todo.

Josefina suspira largo y vuelve a sacudir las arrugas imaginarias de su falda. Junta las manos como si fuera a rezar; las lleva por un instante sobre sus labios y, con los ojos cerrados, dice:

—Murió hace dos años. Su viuda me envió la esquela de su muerte junto al cuadro con mi cara entre las bugambilias.

—Ay, no chingues.

—Lo de tu hermano fue como un castigo. Había dejado de importarme nuestra familia. Quería mandar todo a la mierda: a ustedes, a tu padre, todo. Me rebelé contra Dios. Cuando terminamos me esforcé por ser perfecta, resarcirlos a ustedes, a tu padre. Quería intentar amarlo de nuevo. Escuchar de nuevo a James Cox y regresar a su iglesia. No pude hacerlo; era tan falsa cuando escuchaba el sermón. Asentía y hasta parecía conmovida, pero mis lágrimas no eran por las palabras de Dios: eran porque extrañaba a Ricardo con toda mi alma.

—No lo puedo creer.

—Victoria —interrumpe la terapeuta—, no se puede dudar del otro cuando comparte un secreto, ya lo sabes.

—Carajo, lo siento, no supe qué decir. Ma, no entiendo cómo no me di cuenta. Nunca.

—El ser humano perfecto se acabó cuando tu hermano desapareció. Uno de esos días de tanto desconcierto y desesperación, cuando tu abuela me insistía en que debía pintar, levantárme de la cama, le grité: *Tú,* ¿qué adversidad has vivido? *Perdí a mi nieto y no sé cómo ayudar a mi hija,* me respondió. *No es lo mismo*, le dije, *no es lo mismo*. Tu abuela se quedó en silencio, abrió y cerró la boca para decir algo más. Tomó su bolsa y se fue.

Victoria se levanta, se hinca frente a su madre y se abraza a ella. Josefina la rodea con los brazos; luego, le da unas palmaditas en la espalda y le dice:

—Es tu turno para contar un secreto.

Victoria se sienta sobre sus talones en el piso sin dejar de mirar a su madre y confiesa:

—Me gustan las mujeres.
—Ay, Vico… se trata de contar secretos, no obviedades.

24

Madrid

Ya comenzaron las contracciones.

El mensaje de Mariana llega mientras duermo a Inés. Me acurruco junto a ella. Cuando afloje el cuerpo, cuando su respiración se vuelva más pausada y profunda, saldré de su cama con cuidado para no despertarla. Es la última noche antes de irme a México y no dejo de tener la sensación absurda de no volver; exacerbada, claro, por el correo de Victoria. Quizá esa sensación corresponde a mi madre, a su muerte. No he querido pensar en ella, en que no voy a verla más. Perdonarnos. Abrazo fuerte a Inés, le cuento la historia de su nacimiento. En voz baja, le desgrano ese día, recordándole lo feliz que me hace todos los días. La historia de nuestro nacimiento nos define. A Mariana le dije tantas mentiras sobre ese día, y la línea entre lo real y lo imaginario se ha difuminado tanto que no soy capaz de extraer los acontecimientos reales.

Salgo de la cama de Inés, le doy un beso en la frente y la observo dormir por unos segundos.

¿Cómo estás?, le respondo a Mariana.

Me sirvo un vaso de agua y me siento en la mesa de la cocina; no quiero recibir su respuesta de pie. Una palomita en el mensaje. Quiero escribirle algo más, pero con mi hija mayor mi mente se ralentiza, se apendeja. No ha recibido mi mensaje. Me bloquea y me desbloquea según le conviene.

Le escribo a la pareja de mi hija: *¿Cómo está Mariana?*

Dos palomitas azules.

Lo veo escribir y borrar, me imagino preguntándole a Marina qué responder.

Mariana está bien, todavía no hay contracciones importantes.

Luego escribo a mi exmarido, Alejandro: *¿Cómo está Mariana?*

Me responde: *Mariana se queja, sería raro si no lo hiciera.*

Escribo a mi hermano: *Álvaro, ¿cómo está mamá?*

Me responde: *Viva, todavía*.

Escribo a Bernabé, el marido de mi madre: *¿Cómo está mamá?*

Me responde: *Tranquila, te esperará*.

Siento una fractura en el corazón. El WhatsApp jamás acercará lo suficiente a las personas del otro lado del Atlántico.

Pilar Sandemetrio Sosa, no te mueras todavía.

James Cox Owen

Vietnam, 1969

El soldado raso James Cox Owen se ajustó el casco, tras haberlo removido para rociarse un poco de agua en la cabeza. *Little Johnny*, con su más de metro noventa de estatura, lo previno de cuidar su agua para beber. Además, con un poco de mala suerte, volvería a llover en cualquier momento; en esa selva de mierda lo único seguro era la lluvia. James Cox movió la cabeza y dedicó un levantamiento de cejas al más alto de todos los miembros de su compañía. Hace unos días le había hecho una fotografía: *Little Johnny* junto a cinco vietnamitas liliputienses. Cox les había pedido a los asiáticos posar para la imagen. Enfocó el objetivo, presionó el disparador, el obturador hizo clic. No había bajado la cámara cuando *Little Johnny* y Samuel Eagle levantaron sus fusiles y abatieron a tiros a los cinco hombres sin dejar de reír. Cox, con una expresión pasmada, guardó en su mochila, junto con la cámara, la culpa que cargaría toda su vida por la muerte de esos hombres. Llevaba siete meses en Vietnam.

Tenía diecinueve años. Pasó ocho semanas en entrenamiento básico y dos meses en avanzado para ser parte de las tropas americanas.

Cuando llegó la carta de reclutamiento, la leyó en presencia de sus padres y sus dos hermanas. No lo quiso hacer solo; necesitaba de su familia. Había viajado desde Bloomington, donde estudiaba filosofía. Se había ido a estudiar a la universidad en un acto de rebeldía; se sentía sofocado por su madre para seguir los pasos de su padre y convertirse en pastor.

Antes de Vietnam vivió dentro de una utopía: New Harmony, Indiana. Su madre, Caroline Owen Elliot, originaria de ahí, era descendiente directa del fundador de la ciudad: Robert Owen. Su padre era el pastor John Cox Wright. Se habían casado veintiún años atrás y en 1948 había nacido su primogénito: James Cox Owen.

James Cox había escuchado desde niño las historias sobre su familia y la vida del legendario pariente, Robert Owen. No solo se hablaba de él en las

reuniones familiares: también lo había estudiado en la escuela, visto en documentales, leído en decenas de libros. Cada 14 de mayo conmemoraban su vida con conferencias donde se hablaba de su filosofía, su obra y su vida.

Robert Owen nació en 1771 en un pueblo de Inglaterra, dejó los estudios a los diez años para trabajar en una tienda de ropa en Londres, y permaneció en ese empleo hasta los dieciocho, para luego trabajar en una fábrica de algodón como superintendente. Se casó con la hija del dueño y, a la muerte de su suegro, tomó la dirección y reestructuró la empresa para cambiar las miserables condiciones laborales. Construyó escuelas gratuitas para los niños que trabajaban ahí, redujo las horas de trabajo y mejoró las condiciones de limpieza y de hábitos entre los trabajadores, además de abrir una tienda donde ofrecía productos muy baratos para sus obreros.

Owen se enteró de un sitio llamado *Harmony*, en Indiana. Se trataba de una comunidad religiosa fundada por un alemán llamado George Rapp, quien puso a la venta el pueblo. En 1825, Robert Owen lo compró para fundar ahí New Harmony. Así emigró de Inglaterra: decidido a fundar una comunidad experimental, con una nueva moral y la más alta educación para todos sin ningún costo. Invirtió gran parte de su fortuna en su experimento social; reclutó voluntarios, hombres de ciencia, maestros, artesanos, artistas, químicos, naturalistas. *Una utopía* la llamaba la mayoría; *un mundo mejor*, lo llamaba Owen.

No funcionó el experimento, diría Owen al volver a Inglaterra, porque para que una nueva sociedad funcione se debe comenzar con los jóvenes, moldeándolos hasta convertirlos en seres humanos perfectos merecedores de una sociedad perfecta.

La lluvia comenzó a caer cuando llegaban al campamento. El soldado Cox se apuró a dejar su equipo y descargar sus hombros; ese día, el dolor de espalda era insoportable. Se sentía enfermo, estaba cansado de tantas muertes. El día anterior, al entrar en una aldea, se habían encontrado con los soldados de otra compañía jugando al tiro al blanco con un anciano amarrado a un árbol. Algunos de sus compañeros entraron al juego. La idea era darle el mayor número de tiros sin matarlo. Después de escuchar las risas, Cox tomó su M-16 y apuntó al anciano, con la intención de liberarlo del castigo, pero su rifle se atascó. Era común que las armas hechas por los americanos se atascaran y prefirieran las armas rusas, en especial los AK-47. James Cox miró el rifle en

sus manos y luego al anciano vietnamita, quien levantó la vista por un instante. Lo miró, dejó caer su cabeza y expiró. Alguien disparó al vietnamita por última vez en el cráneo, mientras los demás reían; Cox se dio media vuelta sin saber hacia dónde ir para escapar del infierno que se le metía dentro sin remedio. Trató de recordar alguna de las oraciones repetidas mil veces con su padre, pero no logró articular ni una palabra.

Unas semanas después, el soldado raso James Cox Owen se levantó por la mañana con una picazón distinta en el cuerpo. La batalla más ruda era contra los moscos y las hormigas, pero ya se había acostumbrado a ese tipo de picor en la piel; lo sentía por dentro, como si las hormigas caminaran por sus venas. Recogió su equipo, estaba afiebrado y sus ojos lo engañaban. Los árboles se veían de un verde casi fosforescente. La consistencia fangosa debajo de sus botas le recordaba al betún de chocolate de su madre. Pero este no olía a azúcar, sino a un hedor al cual no podía acostumbrarse.

Avanzó detrás de los demás, concentrado en dar un paso y luego otro; toda su atención dirigida a sus botas. Los sonidos de la jungla le hablaban y le decían palabras comprensibles solo para él. Sus compañeros caminaban sin una pizca de asombro y solamente él parecía capaz de decodificar esa especie de clave morse. Una mariposa amarilla depositó una palabra en su oído y él la repitió: *Mina*. Lo dijo primero bajito y luego casi en un grito. Todos se detuvieron al instante.

—Ahí. —Señaló al terreno lodoso, justo donde el insecto agitaba sus alas.

—¿Qué pasa, Cox? —le gritó el teniente.

—¡Una mina! —vomitó la palabra y el contenido de sus tripas.

Cuando terminó de vaciarse, miró al cielo, elevó los brazos y dijo:

—Los ángeles me llevarán con ellos.

Y se desplomó en el lodo. Desviaron el curso y se dirigieron a una pagoda atendida por tres monjes, quienes vivían en una choza construida con pedazos de madera y ramas. Dentro del templo el ambiente era más fresco, aunque los muros estaban derruidos en distintos lugares. Por los agujeros se colaban la humedad, las plantas y algunos insectos. El techo estaba constelado por espacios donde se alcanzaba a ver el cielo.

Los monjes recostaron a Cox sobre unas mantas en el suelo. Se acercaron a ver al enfermo, hablaron entre ellos en vietnamita y ninguno de los americanos

pudo captar alguna palabra. Uno de los monjes salió y volvió deprisa con un cuenco donde molió unas hojas con agua. Con esa mezcla refrescó la frente y el cuello del soldado Cox. El médico de la compañía lo dejó hacer, mientras reanimaba al soldado. Se quedarían ahí a pasar la noche. El día anterior el teniente había hablado con Cox; trataba de no intimar con sus hombres, aunque claramente no lo lograba. *Todos son reemplazables*, se repetía.

James Cox Owen cargaba una Biblia en su mochila. Por las mañanas, cuando la niebla era un bloque compacto imposible de penetrar, recitaba una oración inaudible, y las palabras parecían pegarse al vapor de agua. Cox rezaba con una rodilla apoyada en el suelo y la Biblia en la mano. Entre sus hojas guardaba las fotografías de su familia y su novia. En esas horas, cuando la neblina se le colaba por los poros de la piel llenándolo de miedo y desasosiego, Cox rezaba como le había enseñado su padre desde niño. Como lo hacía con su madre cada noche.

—Debería haber sido pastor como mi padre —le dijo Cox al teniente—. Quien se rebela a los designios de Dios conoce el infierno.

El teniente no le respondió; encendió un cigarro para darle a entender que lo escucharía el tiempo que durara el tabaco. Pero a Cox no le interesaba ser escuchado, solo empujaba palabras fuera para contrarrestar los sonidos de la selva. No existía el silencio en ese lugar y el ruido constante lo tenía exhausto. Con quien más hablaba era con Donald W. Evans. *El Pato Donald*, lo apodaban, como si fuera la mejor de las ocurrencias. Donald había pisado una mina semanas atrás. Cuando el humo y el montón de tierra, sangre, músculos, huesos, por fin terminaron de caer y todos en el pelotón perdieron por un instante la visión y el oído, se dieron cuenta de tener el uniforme y la cara salpicados por la sangre y parte del cuerpo de Evans.

Cox alcanzó a ver una sombra camuflada entre las sombras de la selva, con un movimiento rápido, puro instinto. Disparó su rifle y después escuchó el ruido de un cuerpo al caer. Ese ruido no correspondía al sonido de ninguna otra cosa, pensaría después. Permaneció en el mismo lugar, como si el lodo donde estaba enterrado fuese cemento seco. Escuchó gritar a alguien:

—Está muerto. ¡Buen tiro, Cox!

Él solo afirmó con la cabeza. No entendió las órdenes del teniente, decían algo de resguardarse.

—¡Vietcong por todas partes! ¡Quítate de en medio!

Alguien lo empujó y probó el sabor del lodo en la boca. No pudo respirar;

deseó estar en New Harmony, la ciudad con el nombre del experimento de su antepasado. *Un nombre precioso*, pensó. Tal vez ya no podría regresar. No quería ensuciarla con el fango que cubría su uniforme, su rostro, sus manos y piernas, el cuerpo entero. Se extendía dentro de él, en su alma, ennegreciéndola. Levantó la cara y dirigió la vista hacia donde había disparado y ahí lo vio: un muchacho de escasos veinte años, como él. James Cox Owen se sintió envejecer de golpe. Los ojos muertos del vietnamita se le cimentaron en el alma que forcejeaba por salírsele del cuerpo. De eso y más quiso hablarle al teniente, mientras se extinguía su cigarro; pero no se lo dijo, y los ruidos de la selva llenaron los vacíos de una conversación inexistente, hasta que el teniente apagó la colilla en la suela de su bota.

Cox despertó afiebrado. Frente a él estaba el rostro sonriente de uno de los monjes que decía palabras incomprensibles. Sus células espejo imitaron la sonrisa y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

Al día siguiente amaneció sin fiebre. El pelotón había decidido establecerse ahí un par de días, y lo de Cox era lo mismo de todos: exceso de guerra. Pasó ese día con los monjes pensando en su padre. Estuvo con ellos cuando se sentaron a meditar junto a una de las paredes del templo, mientras los demás miembros del pelotón se entretenían en cosas que no le importaban. Se sentó con los monjes y los imitó; los vio cerrar los ojos y repetir un mantra con un collar de cuentas en la mano. No supo qué decir, pero la letanía lo fue arrastrando hasta el silencio, todos los sonidos se diluyeron en palabras sin significado: llaves para abrir exclusas y dejar escapar un llanto silencioso. Volvió a pensar en Dios, el dios de su padre y sus oraciones, no una mera fórmula para espantar el miedo como la de las mañanas. Había perdido la fe en un dios, con una dirección de correo muy lejana a la de ese infierno donde estaba metido.

Después del rezo con los monjes se sintió aliviado todo ese día. A la mañana siguiente, cuando empacaban para partir, los gritos de los monjes lo devolvieron a la guerra; gritaban y señalaban hacia donde se levantaba una columna de humo, un villorrio cercano al templo. El pelotón acompañó a los monjes; Cox y los demás caminaban con el rifle entre las manos y los sentidos alerta.

Los vieron entre el humo y la neblina. Uno de los siete sellos del apocalipsis

se había roto y los demonios se materializaron. Avanzaron entre cadáveres, sangre, vísceras. Los monjes corrían de un lado a otro. *Como niños*, pensó James Cox: parecían niños jugando al escondite, uno macabro. Entró despacio a una choza y lo vio: arremetía contra un muchacho por lo menos treinta centímetros más bajo, delgado; un cuerpo casi sin vida. Era un militar del Comando Especial que se vaciaba dentro del vietnamita. El soldado extrajo su miembro blando, miró a Cox con fiereza de arriba abajo, señaló su pene y luego a Cox:

—*Do you want it?* —preguntó al momento que el cuerpo del muchacho Vietnamita cayó al piso.

Cox se imaginó levantando su rifle, vaciándolo en el cuerpo del hombre frente a él, pero solo lo imaginó. El soldado se cerró el pantalón, escupió al vietnamita y empujó a Cox, quien no se había movido de la entrada.

Desaparecieron, sería la palabra repetida por el pelotón. Como si la selva y el humo se hubiera tragado a los militares, volvieron al averno de donde habían escapado, y se desvanecieron dejando el horror tras de ellos.

El pelotón se detuvo en el villorrio a sacar a los muertos y atender a los heridos; el teniente no supo qué reportar. Organizaba a sus hombres cuando sucedió: uno de los monjes caminó hasta el centro de los restos de aldea, se sentó en la tierra y dejó el ambiente cargado de un fuerte olor a gasolina; los otros dos monjes se quedaron de pie a unos metros de él. No todos los norteamericanos les prestaban atención, pero James Cox Owen sí. Se acercó hasta él en el momento justo cuando el monje comenzó a arder, como si estuviera en combustión espontánea. Cox quiso apagarlo, pero los otros dos monjes y los demás soldados se lo impidieron. Todos fueron testigos de la protesta, del suicidio, la autoinmolación. El monje se quemó vivo sin pronunciar nada. A James, la imagen y el olor se le colaron dentro. Los sonidos de la selva se ahogaron en el crepitar del fuego y el grupo parecía hipnotizado con la escena. Un disparo rompió el embrujo y el monje se derrumbó.

—Apaguen eso —ordenó el teniente.

25

Ciudad de México

—¿Victoria? —pregunta Jonatan al asomar la cabeza dentro del consultorio.

—Sí, pasa.

—Me informaron que el expediente del muchacho de Valle de Bravo está desaparecido o no existe.

—¿No existe?

—Nadie sabe qué pasó. Sospechan que ni siquiera se abrió una investigación.

—¿Preguntaste por todos los agentes involucrados?

—Al parecer solo estuvieron dos y tampoco se sabe quiénes eran.

—¿Ni el nombre del muchacho?

—Nada.

—Tal vez debo pedirle al licenciado Díaz la información.

—Sí, quizás él pueda ayudarte. ¿Cómo te fue con la mujer? —pregunta, y se sienta en la silla frente a Victoria.

—¿Gloria Salgado?

—Sí.

—Su hijo tiene dos días desaparecido, pero aún no han pedido rescate. A veces prefiero los secuestros, porque tienen una pequeña posibilidad de no estar muertos.

La cuenta de desaparecidos en el país aumenta cada día; el esfuerzo de Victoria es cada vez mayor para evitar la desesperanza cada que atiende a un paciente con un familiar desaparecido.

Su celular vibra, interrumpiéndola. Victoria lo toma y lee en la pantalla el nombre de su madre y lo devuelve al escritorio.

—Contesta, si quieres regreso en un rato.

—No, no, está bien; la llamaré luego.

—¿Necesitas algo más?

—Sí, necesito saber quién era ese muchacho. Echa mano de todos tus contactos. Es importante para mí —dice Victoria. Su mente se ancla en un recuerdo: ella arrodillada junto al cadáver de Tomás Huerta y la lluvia escurriendo por el rostro del muchacho, como si le diera la posibilidad de llorar su propia muerte. Casi puede escucharse repetir incesantemente el nombre de Tomás como un conjuro, para despertarlo.

—Mis contactos no serán suficientes. Debes hablar con Díaz. —Las palabras de Jonatan evaporan la secuencia de imágenes proyectadas en la memoria de Victoria.

—Sí, sí, lo haré. Lo haré.

—Te estás obsesionando, ¿te das cuenta? No te olvides de tus demás consultas.

—¡No me olvido!

—Tranquila, solo no pierdas de vista nuestra prioridad. A los padres de la chica de Los Escogidos de Dios los están amenazando. Dicen que se juntaron con más personas para hacer un grupo y sacar a sus familiares de ahí. Tienes que hablarlo con Díaz para que hagan una intervención, la muchacha puede morir. Además, volvió a llegar un mensaje con amenazas; yo creo que se trata de los de La Luz.

—Elegidos.

—¿Qué?

—Dijiste Escogidos, no Elegidos.

Jonatan vuelve la vista al techo, mueve la cabeza y echa el aire fuera con un bufido.

—Esos cabrones nos tienen comido el cerebro.

—Siento que mi consulta se ha convertido en una agencia antiterrorismo sectario —responde Victoria—. ¿Qué decía el mensaje?

—Las mismas chingaderas de siempre: que nos van a hacer tal, bla, bla, bla…

Victoria levanta la vista y mira a Jonatan; toma aire hasta llenar sus pulmones. Cuando Jonatan entró a trabajar con Victoria, no estaba seguro de quedarse mucho tiempo, deseaba tener su propio consultorio, ganar mucho dinero. Pensaba en los millonarios traumados, como los llamaba en la universidad: él los liberaría de sus traumas y parte de su fortuna, bromeaba con

sus compañeros. Se haría de una reputación con Victoria y luego montaría su consultorio, era su plan. O al menos, ese era hasta que atendió a la líder de un colectivo de Madres Buscadoras, que tenía dos hijos desaparecidos. La escuchó durante hora y media, y ese día se olvidó de los millonarios.

—No sé por qué sigo contigo. Maltratas a las personas, lo sabes, ¿verdad? Lo haces intencionalmente —dice Jonatan.

Victoria se queda en silencio por un instante. *No a las personas en general*, piensa, y de pronto tiene una revelación, uno de esos pensamientos que explican el porqué de ciertas actitudes: *Te maltrato porque me recuerdas a mi hermano que echó a perder nuestra vida*. Victoria se sorprende de su propia reflexión:

—Lo siento, Jonatan. De verdad, lo siento mucho —dice y se lleva la mano a la boca—. Acabo de darme cuenta de algo muy cabrón.

—¿Qué?

—No te lo puedo decir, pero te prometo cambiar mi conducta.

En un gesto, Jonatan resume toda su incomprensión

—Ok. ¿Sigo con lo de Los Elegidos?

—Sí, sí, por favor. ¿Crees que podría ser trata de personas?

—Creo que es más complicado.

El celular vuelve a vibrar. Victoria observa el nombre en la pantalla, duda un momento y al final responde:

—Hola, ma.

—Vico, estaba pensando que quiero contarle a tu amiga Mónica mi historia con Nueva Armonía.

—¿Qué?

—Sí, las espero en casa, ¿está bien?

—Mi madre —dice Victoria, mientras Blanco se pone de pie.

—Seguimos después.

Blanco se encamina a su consultorio. Ella lo observa salir, mientras vuelve a vibrar su celular con un mensaje de Gloria Salgado:

Estoy convenciendo a mi marido para que vaya a verte. No puedo más.

Victoria se lleva una mano a la frente:

—No quiero hablar con su marido. Soy una pendeja. ¡Carajo!

—¿Me llamaste? —pregunta Blanco desde su lugar.

—No. Nada. Hablaba sola.

—No te olvides de Díaz. Háblale de las amenazas de la secta. Los padres

tienen mucho miedo, quizá necesiten seguridad.

—Sí, lo haré. Salgo ahora mismo a buscarlo.

26

Madrid

Pablo toma mi celular de la cama. Mira la imagen en la pantalla, mientras levanta los párpados y los hombros.

—Victoria me ha enviado la noticia de un niño asesinado —me apresuro a decir.

Al momento recuerdo la frase que solía decir mi abuela en situaciones como esta: *disculpa no pedida, acusación manifiesta*.

—¿Victoria?

—Victoria, una amiga. Era mi mejor amiga, y ese muchacho muerto se parece a…

Pablo me mira con una mueca extraña que hasta el momento no conocía en su repertorio de gestos. Quizá lo novedoso es que la mujer frente a él tiene un pasado desconocido. Victoria empujó una piedra cuesta abajo y puede provocar una avalancha.

Fue una imprudencia mía. Había arrojado el celular a la cama con la noticia del muchacho muerto. Estaba terminando de empacar la maleta, distraída, sin pensar en lo que metía en ella, pero con el pensamiento metido en Vico. Este pensamiento ha ido cobrando importancia y carcomido todo lo demás.

Mariposas.

El correo electrónico trajo consigo a las monarcas. Ahora deben de estar ahí, en Valle de Bravo. ¿Quién pudo matarlo y dejarlo como a Tomás? ¿El mismo asesino? Debo preguntarle a Victoria. Lo haré en México.

Estos días de enero me devuelven cada año a Nueva Armonía y anclan mis pensamientos en el incendio. Joaquín, Tomás Huerta, Miguel, Victoria, el Hermano James. Los brazos me arden, como si las cicatrices de las quemaduras se despertaran. Mi cuerpo entero, cada una de mis células lleva un

calendario que enciende todas las alarmas cada 21 de enero.

—¿Por qué te ha enviado esa nota? —pregunta Pablo.

Le arrebato el celular.

—Asesinaron a un muchacho en Valle de Bravo, cerca de Nueva Armonía.

—¿Nueva Armonía?

—Una comunidad de la que formábamos parte Victoria y yo.

Mis cuerdas vocales se anudan y comienzo a hablar de lo primero que me salta a la mente:

—Te he contado un poco acerca de mi familia. Mi padre nos golpeaba y abusaba… bueno, hacía… —hago una pausa, respiro.

Pablo afirma con la cabeza y no sé de qué hablarle. Salto de una idea a otra.

—Algunas veces fui a la escuela con un moretón en la cara. Mis compañeras me molestaban y se burlaban de mi pelo, siempre despeinado e indomable. Yo trataba de domesticarlo en vano con gel, limón, laca. A mi madre le desesperaba y lo cortaba de cualquier modo; donde se encontraba un nudo, ahí metía la tijera. Tal vez era mi estatura más baja, mi sobrepeso, no lo sé. Victoria llegó en sexto grado. Nos conocíamos de Nueva Armonía; fue una sorpresa cuando apareció por la puerta y la sentaron junto a mí. Después me enteré de que nuestras madres habían hablado y la mía le sugirió inscribirla a mi colegio, el único donde la recibieron a mitad de año. La saludé y ella no respondió, como si no me hubiera visto nunca. Yo llevaba poco tiempo yendo a Nueva Armonía.

Pablo me mira y no entiende. Hablo sin sentido, estoy nerviosa. En mi cabeza se abre un hoyo negro: el pasado devora el presente, como Saturno a sus hijos, un cuadro al que mi padre hacía referencia cuando amenazaba diciendo que nadie iba a pasar sobre de él, ni sus hijos, antes los devoraba. La primera vez que vi el cuadro de Goya en el Prado, lloré todo el día. Mi padre es Saturno. Yo también, he devorado partes de Mariana, soy su mayor depredador. Los primeros depredadores somos los padres. La familia es un organismo que nos fagocita y luego nos vomita en el mundo; logramos disimular las partes carcomidas, maquillarlas, pero hay muñones imposibles de esconder.

Victoria llevaba el pelo recto, debajo de las orejas, liso, perfecto. Era la más alta de todas: era ruda y guapísima. Salimos a recreo, yo detrás de ella. Una zancada suya eran dos mías. Yo trabajaba en la tienda de la escuela. Hacía los

sándwiches. Después de mucho rogar, las monjas me permitieron ayudarles. Les supliqué, necesitaba un refugio contra el acoso de las demás. *Aprende a defenderte*, dijeron, pero una de ellas se apiadó y propuso ponerme a prueba, y me quedé. Al principio acomodaba los productos en los estantes: papas, chocolates, dulces; destapaba los refrescos, los servía en vasos. Luego cortaba el jamón y el queso y los dejaba listos para los sándwiches. *No te pagaremos nada*, me advirtieron, pero no importaba. Yo solo quería escapar, evitar la convivencia. *Trabajo en la tienda*, le dije a Victoria cuando por fin se detuvo al bajar la escalera; dudaba hacía dónde dirigirse. Ella me miró en silencio, levantó los hombros y, con sus pasos de gigante, se fue a sentar en una esquina a rumiar su comida; yo regresé a la tienda. *Hueles a monja*, dijo una niña cuando volvimos al salón. *A criada de monja*, dijo otra, y todas las demás rieron, la misma broma estúpida después del recreo. No tenían mucha imaginación, pero igual se reían. Victoria se giró hacía mí y le repetí entre dientes, encogida de hombros. *Trabajo en la tienda con las monjas*. Ella asintió. No dijo nada, sacó el cuaderno de la mochila y dibujó la clase entera en una especie de cómic. Victoria imponía respeto a las demás; quizás era su altura, sus ojos verdes, su pelo oscuro y su actitud varonil que desentonaba con sus facciones. En contraste, su madre se esmeraba en enviarla con el uniforme a punto, los tablones de la falda perfectos y los zapatos impecables. Volvió a ignorarme el fin de semana en Nueva Armonía. Una semana después, cuando dejé de intentarlo, me preguntó cuánto pagaban las monjas. La había visto sentarse con las acosadoras y me había sentido traicionada. *No me pagan*, le respondí, aunque quizás debí mentirle. *Soy la criada de las monjas*. Movió la cabeza de un lado a otro y casi me ordenó sentarme con ella en el recreo.

Su madre me recibió cariñosa la primera vez en su casa; sin embargo, Josefina Flores no pudo evitar el gesto de disgusto cuando pasó la mano por mi pelo. Haciendo oídos sordos de los reclamos de Victoria, me llevó a su habitación, sacó la secadora de pelo, cepillos, tenazas, tijeras y lo domesticó. En unos momentos, me encontré linda en mi reflejo.

—Clara, Clara —interrumpe Pablo mi torrente de pensamientos en voz alta, sin ningún orden ni lógica—. ¿Por qué te mandó la nota de un muchacho muerto?

—No lo sé, Victoria es así, hace cosas inexplicables. Teníamos dieciséis cuando murió un compañero de Nueva Armonía. Lo dejaron en la misma posición del muchacho de la noticia. Se llamaba Tomás Huerta y lo mataron el

21 de enero de 1995, el mismo día que el hermano menor de Victoria cayó dentro un pozo. —Los recuerdos aletean, migran como monarcas desde el pasado—. Nueva Armonía estaba muy cerca de la biosfera de las mariposas monarca.

—Joder, Clara, cariño… ¿qué es Nueva Armonía?

—Nueva Armonía es… era un sueño, una utopía. El proyecto inconcluso de James Cox Owen, el Hermano James. Quería crear una comunidad perfecta; convencer a políticos y gente importante del país de crear juntos una nueva forma de vida con un régimen más humano. Preparar a hombres y mujeres interesados en las artes, el trabajo igualitario, la ciencia, la educación. Cox educaría a los jóvenes y así aseguraría el éxito cuando llegara el momento; por eso, creó una especie de campamento de fin de semana y de vacaciones, y entre semana íbamos a escucharlo en su iglesia. Era nuestro pastor y nosotros su experimento.

Escucho la voz de Cox como si me susurrara al oído. *¿Arderías conmigo?*

—¿Un sacerdote?

—Pastor de la Iglesia Episcopal de Nueva Armonía.

Me acerco al armario, muevo la ropa y extraigo una caja de metal. Antes era una caja de cartón de zapatos de mi madre. Cuando me fui de casa de mamá, guardé los únicos objetos que quería conservar del pasado, como si con ello pudiera elegir los recuerdos, hacerme un lavado cerebral, un enema en el corazón, echar fuera lo que no me permitía vivir y conservar lo justo para saber quién soy. La memoria no solo habita en el cerebro, está en todo el cuerpo, en la espiral del ADN.

Me siento despacio con la caja entre las manos temblorosas y recuerdo así a Victoria, tantos años atrás, abrazando la urna con las cenizas de su hermano; yo, de frente a ella, con Mariana sobre mis piernas. La urna debía pesar menos que mi caja de metal. El cuerpo de Miguel estuvo dos años desaparecido, en descomposición, devorado por las hormigas. Estábamos en el salón de su casa, teníamos dieciocho años. Acaricio la caja antes de abrirla, así como Victoria acariciaba la urna; las cenizas de mi pasado se componen de los cuadernos de recetas de mi madre; entre sus páginas hay algunas mariposas disecadas, flores de jazmín, fotografías, *El Libro de la Oración Común* y el *Cuaderno de Nueva Armonía*, cartas de Joaquín, huesos de durazno, una moneda…

—Cuando tenía trece años, comencé a asistir a Nueva Armonía —vuelvo a

hablar.

La imagen de Joaquín se ha ido deslavando en mi memoria. Tengo dos fotografías de él. Necesito pronunciar su nombre en voz alta. Joaquín. Abro la caja para calmar el impulso y ahí encuentro una fotografía escolar de Victoria con el gesto serio. En otra, aparecemos los tres: Victoria, Joaquín y yo abrazados en Nueva Armonía, sin imaginar el futuro.

—Ella es Victoria —señalo—. Él es Joaquín, el padre de Mariana.

Pablo abre mucho los ojos. Toma la fotografía y la aleja un poco para verla mejor. Hace unos meses comenzó con la presbicia, pero no ha querido mandarse a hacer gafas; dice que obligará a sus ojos a ver de cerca.

—¿El padre de Mariana?

—Ella no lo sabe. Joaquín murió unos meses después de hacernos la foto —digo y me siento un poco culpable con Pablo. Hablar de Joaquín empaña mi estado de ánimo —. Joaquín era hijo de nuestro pastor. El bosque estaba lleno de mariposas cuando nos hicimos la foto, ¿las ves? —le digo, señalando la vegetación tras nosotros.

—Sí, monarcas.

—Monarcas —repito, y cierro los ojos para recordar la sensación del aleteo a nuestro alrededor.

Remover el pasado es como poner granos de maíz al fuego: los recuerdos explotan sin control. Unos días antes de tomarnos la foto, Victoria y yo nos encontrábamos recostadas sobre su cama. Yo le hablaba de Joaquín y escuchábamos música, cuando me interrumpió y me dijo *te quiero*. Le respondí que yo también la quería, pero ella se enderezó en la cama e intentó besarme. La empujé y nos quedamos en silencio. Sentí miedo, pero no por lo que acababa de pasar: tuve miedo de perder a mi única amiga. *Lo siento, lo siento,* le repetí muchas veces. *Por favor, no dejes de ser mi amiga*. Ella negó con la cabeza y sonrió de lado. Luego se levantó, se acercó al librero que había en su habitación y extrajo una moneda de una cajita. Era su moneda de la buena suerte.

—Todavía la tengo —digo, y se la muestro a Pablo. Él toma la moneda de veinte centavos fechada en 1973.

A Victoria se le había regalado su abuelo, Magistrado de la Suprema Corte, para que la usara como amuleto. Era una moneda rara; las dos caras eran idénticas, y tenían la silueta de los dos volcanes, el Popocatépetl y el

Iztaccíhuatl, la pirámide del Sol, algunos nopales y el número veinte.

Cuando comencé la relación con Joaquín, descuidé a Victoria y a mi madre. Al encontrarle algún moretón a mamá, me reprochaba y me sentía culpable mientras la herida estuviera a la vista. Odiaba a mi padre; aguantaba en silencio sus golpes y sus visitas a mi habitación; yo sentía que eran un castigo por perder de vista a mamá. *Relación* es una palabra muy grande para definir un noviazgo entre dos adolescentes. *Noviazgo*, por el contrario, es una muy pequeña para describir la intensidad del sentimiento entre Joaquín y yo. Tal vez sigue tan presente por el modo en que murió.

—James Cox quería crear una utopía. En el fondo, su idea era maravillosa —continúo—. Tener éxito donde su antepasado, el padre del comunismo utópico, Robert Owen, había fallado. Crear una *New Harmony* en México. Hablaba sobre el desarrollo integral del individuo, el crecimiento como persona consciente de su entorno y sus semejantes. Hablaba de la igualdad. Pero las utopías no funcionan así, porque su significado habla de un *no lugar*, y aspiran a crear una sociedad perfecta a través de seres humanos imperfectos. Cox quería moldear jóvenes con quienes poblaría su mundo en miniatura. En su idea de perfección no encajaba la homosexualidad. Él decía que podía curarla y educar a la mente sobre el cuerpo, y esa fue la causa de todo: de las muertes, el incendio, el fin de Nueva Armonía. Incluso, de la muerte de Joaquín.

Me detengo por un instante. Pablo me entrega la moneda y la devuelvo a la caja

—Tomás Huerta era homosexual. O no. Tal vez solo era distinto, tal vez estaba en una etapa de descubrimiento… Éramos tan jóvenes. Desde el primer día fue víctima del grupo de acosadores; entre ellos estaban los hijos gemelos del propio Cox. Tomás era el mejor amigo de Álvaro, mi hermano.

Es normal confundir la amistad con el amor, nos había dicho el Hermano James en uno de sus sermones en el campamento. *La relación entre amigos es la más elevada forma de amor humano. Pero en el amor característico de la amistad no existe la atracción sexual. La homosexualidad es un pecado grave, el demonio en la tierra, y serán merecedores de la repulsión de Dios.*

—¿Estabas en una secta?

—Era una comunidad —respondo. Aborrezco la palabra *secta*.

—¿Qué pasó con la comunidad?

—Se incendió —digo y permanezco en silencio por un instante, indecisa—.

Te contaré todo, lo prometo.

James Cox Owen

New Harmony, Indiana

Por tercera vez, la hermana menor de James Cox Owen depositó la aguja del tornamesa sobre el disco de los hermanos Carpenter. Las notas del piano llenaban de nuevo el ambiente de la casa.

Why do birds suddenly appear
Every time you are near?

Por encima de la voz sensual y oscura de Karen Carpenter, Cox alcanzaba a escuchar a su hermana cantar. Un tono más debajo de la voz de su hermana, reconocía perfectamente los gritos, los disparos. Escuchaba aquel zumbido permanente en sus oídos y el crepitar de las llamas abrasando el cuerpo del monje. Todo se repetía en su cerebro una y otra vez, igual que el disco de los Carpenter.

Fumaba en la cama. Había regresado hacía dos meses de Vietnam. El recuerdo del día en que había llegado allá, el aire caliente y húmedo que lo golpeó en el rostro en cuanto se abrió la puerta del avión, se reproducían en bucle en su memoria. Recordaba, con insistencia, el miedo que se le coló muy dentro, como la humedad. Cuando marchaba junto con los demás soldados, miraba hacia atrás. Se imaginaba corriendo hacia el avión, subiéndose y volviendo a Estados Unidos, una proyección en cámara rápida donde regresaba a su casa, se ordenaba pastor y dirigía a sus feligreses, quienes le aplaudían su sermón, al mismo compás que las botas marchando sobre el lodo con rumbo a lo desconocido.

Los días se le consumían más rápido que aquellos cigarrillos que tanto molestaban a su madre.

Ese día, su padre se había levantado con la decisión y la energía suficientes para enfrentarse a su hijo, obligarlo a salir de casa y sacarlo de ese estado casi catatónico.

Close to you, cantaban los Carpenter en el momento en que su padre entró

sin tocar. Sacudió las manos frente a él para abrirse paso entre el humo del cigarro y se dirigió a la ventana. La abrió de golpe y luego se acercó a su hijo; le arrancó el cigarrillo de los labios y lo arrojó fuera. James, sorprendido y molesto, no dijo nada; se limitó a darse la vuelta en la cama e ignorar a su padre.

—Te esperan en el ayuntamiento en una hora —le dijo—. Te incluirán en la cuadrilla de trabajadores para restaurar los edificios.

James Cox no se movió mientras lo escuchaba. Se esforzaba por ignorarlo y concentrarse en la canción de los Carpenter, pero las palabras se abrieron paso: él también necesitaba una restauración. Quizás, así dejaría de desfilar por su mente esa colección de imágenes que había traído de Vietnam como souvenir; entre ellas, la voz del monje calcinado dentro de él; junto con los ojos de su primer muerto, el muchacho vietnamita, alojados dentro de sus pupilas.

Los meses se acumularon. Cox trataba de encarrilarse a la vida, aunque las postales de guerra eran como minas de tierra dispuestas a explotar ante el más leve movimiento mental. Se había acercado a la iglesia; necesitaba reencontrarse con Dios, volver a creer en su existencia. James no le rezaba, sino que le lanzaba desafíos, lo obligaba a devolverle su fe perdida. Vietnam se la había arrebatado. Provocaba a Dios todas las mañanas: el diablo ya me demostró su existencia, es tu turno. El infierno de la Biblia era una broma comparada con el infierno dentro de él. *Te exijo devolverme las ganas de vivir*, le decía a Dios apenas abría los ojos; las náuseas lo obligaban a vomitar la oscuridad que lo habitaba.

Una mañana, a principios de septiembre de 1971, salía del baño con el cuerpo descompuesto. Había estado exigiéndole a Dios, por enésima vez, que le devolviera las ganas de vivir; se sentó en la cama y escuchó de nuevo la voz del monje dentro de él: *ya es tiempo*.

Se llevaba las manos a los oídos cuando su madre tocó la puerta de su habitación.

—Te busca un amigo.

—No quiero ver a nadie.

—El Pato Donald no se moverá hasta que bajes. —Esa voz que venía de la planta baja resonó en algún lugar de su memoria.

Cox se vistió de prisa. Contuvo las náuseas, se lavó la boca y se encontró con

Donald P. Evans, *El Pato Donald*, y su hermano, sentados en la mesa de la cocina. Vio también a su madre riendo con ellos. Los hermanos Evans habían manejado desde Richmond para convencerlo de acompañarlos a México. Donald maniobró con las muletas, la prótesis de una pierna y el muñón de la otra para abrazar a su ex compañero de pelotón. Irían en coche a un concierto en un pueblo perdido a la mitad del país; Avándaro, en el Estado de México. Sería algo así como un Woodstock, dos años después de Woodstock. Querían cantar, clamar por la paz, protestar por la guerra.

—Sexo, drogas y *rock and roll* —le dijo Donald, como argumento para convencerlo.— Me salvaste la vida. Tienes que ir con nosotros al Festival Rock y Ruedas —aclaró el nombre del festival en un español chapucero, lleno de erres marcadas—. No aceptaremos un no como respuesta.

James Cox Owen pensó que quizás ese excombatiente lisiado y con un raro halo de felicidad a su alrededor era la respuesta de Dios.

Más de doscientas cincuenta mil almas rugían cuando arribaron al lugar. Once bandas tocarían durante doce horas. Los asistentes habían llegado en coche, en autobús y hasta caminando. Miles de jóvenes en la localidad de Avándaro, a dos horas de Ciudad de México. El terreno estaba lleno de tiendas de campaña. Cigarros, alcohol, marihuana, juventud, desnudos, minifaldas, pantalones acampanados, lluvia, lodo, un río, desmadre, música. Un escenario de veinte metros.

Los Dug Dug´s abrieron el concierto en cuanto oscureció.

El 11 de septiembre de 1971, los pensamientos de Cox flotaban en una nube verde, llena de árboles, música y marihuana. De entre la multitud, se materializó frente a él una joven de cabello negro, lacio y muy largo, vestida con minifalda y chaleco de cuero café. Cristina Sandoval bailaba al ritmo de una música que no se distinguía del todo, y cada tanto exclamaba *¡Avándaro!* como grito de guerra junto a Josefina Flores, su mejor amiga.

James Cox estaba dispuesto a largarse de ahí. No soportaba la multitud, los gritos. Donald le encendió un porro liado por él mismo. *Fuma*, le ordenó. Cox había intentado no volver a las drogas desde que volvió a casa de sus padres; estas eran parte de la guerra y, además, drogado escuchaba reírse con más fuerza a los fantasmas.

Se acercó a ella y sus caderas se acompasaron a las de Cristina. Ella le sonrío y bailaron. Se engarzaron en un ritual atávico, animal. Cuando ella abrió los

ojos y lo descubrió inmóvil, sin poder despegar la vista de su cuerpo, se rio de él. Cox calló la carcajada de Cristina con un beso torpe. Ella le metió la lengua. El organismo de Cox respondió despacio; como si saliera de un estado comatoso, la niebla en su cabeza se disipó un poco. Cristina lo condujo a su tienda de campaña. Los aullidos lo confundían e intentaban devolverlo a la guerra. Ella se despojó de la blusa, y los senos sudorosos de aquella mujer —*morada de los bienaventurados*, pensó Cox confundiendo las bienaventuranzas con la excitación—, fueron la total y absoluta respuesta a su exigencia de Dios. La penetró y el éxtasis convocó a las lágrimas para absolverlo y redimirlo.

El Pato Donald y su hermano volvieron a Estados Unidos, Cox se quedó con Cristina y se dejó deslumbrar por la cultura mexicana, su mitología, costumbres, magia, leyendas. Los días pasaron, casi sin sentirlos. A mediados de noviembre, Cristina lo llevó a los bosques de las monarca, donde sus padres poseían unas tierras. Los rodearon las mismas mariposas que hacen escala en New Harmony; en ese momento, estuvo seguro de dos cosas: la existencia de las señales de Dios, y que debía casarse con Cristina. El viaje de las monarca los ligaba.

Regresó a Indiana; después de un noviazgo corto, epistolar, se casaron en la Iglesia Episcopal de Saint Stephen, en New Harmony. El padre de Cox los bendijo y Donald P. Evans dio un discurso en la fiesta, adjudicándose el crédito por su relación.

Se quedaron a vivir en New Harmony. En 1978 nacieron los gemelos Alexander y Edward; un año después lo hizo Joaquín. En 1980 Cox se ordenó pastor. En 1985 nació su hija Isabel. El alma de Cox pareció entrar en un periodo de paz. Ese mismo año murieron los padres de Cristina Sandoval y ella heredó las tierras en Valle de Bravo, junto con otras propiedades. Viajaron al funeral de los padres y se quedaron a arreglar el papeleo y vaciar la casa. Ahí, James Cox soñó, como tantas otras noches, con el monje en llamas pronunciando estas palabras: *Un maestro nace de la necesidad de querer cambiar las cosas. Aquí fundarás tu iglesia.*

27

Ciudad de México

Victoria empuja la puerta entreabierta de la oficina de Rogelio Díaz, subsecretario de Seguridad y Protección Ciudadana.

—¿Se puede? —pregunta, con medio cuerpo dentro.

—Victoria.

Díaz se pone de pie y se quita los audífonos. Victoria alcanza a escuchar algunas notas de la *Suite N°1 en Sol Mayor*, de Bach, antes de que el subsecretario detenga la reproducción en su computadora.

—No te esperaba. ¿Teníamos cita? —pregunta. Se sostiene la corbata roja con la mano izquierda y, acto seguido, se inclina hacia delante para revisar su agenda.

Victoria niega con la cabeza.

—Entra, entra. Siéntate. Mi secretaria no…

—Disculpa, tu asistente no estaba en su lugar y yo... perdona la interrupción, no debí. Lo siento. Vuelvo en otro momento, mejor.

—Estaba buscando una información. —Señala a la pantalla de la computadora—. No era importante. Siéntate, tengo unos minutos antes de una reunión con el secretario.

—El crimen no descansa —dice Victoria, intentando hacer una broma. Cierra la puerta y el bullicio compuesto por computadoras, timbres de teléfono y voces permanece tan solo como ruido de fondo.

—Estuve con la madre de Benjamín Salgado González.

—¿Quién?

—La mujer con quien me enviaste.

—Claro; disculpa, hoy tengo muchas cosas en la cabeza. Desgraciadamente ese muchacho no es lo único que tenemos. Te agradezco haber estado con ella; son gente cercana al gobierno y eres la única a quien podría pedírselo. Enero tiende a ser un mes complicado, más con la ratificación del fiscal general. Ha habido mucho movimiento toda la semana en la oficina y apenas tuve tiempo de enviarte lo del muchacho Salgado. —Díaz señala su reloj y le indica que continúe, con un gesto de la mano.

—Te haré un resumen para no quitarte más tiempo. Siento la interrupción, de verdad. Gloria Salgado quiere que me entreviste con su marido, pero todavía no estoy segura de hacerlo. El tema más importante es que creo que necesitaremos hacer una intervención con una jovencita en la secta de Los Elegidos de Dios; no he hablado con sus padres, pero mi asistente sí y dice que los tienen amenazados. La muchacha es diabética y no le permiten inyectarse la insulina.

—Esos hijos de la chingada. Estamos detrás de ellos, quizá están ligados con la desaparición de dos niños. Aparecieron sus restos con señales de haber sido sacrificados. ¿Puedes conseguirme todos los datos? Podemos mandar a alguien con una orden para recuperar a la chica, hacer una extracción.

—Hablaré con los padres. Lo haremos juntos, ¿verdad? Tendremos que hacer el operativo juntos, para coordinarnos.

—¿Quieres que me comunique con los padres para informarles que estamos trabajando en el tema? —pregunta Díaz y hace algunas anotaciones en su agenda—. Estoy lleno de trabajo, pero me puedo hacer un espacio.

—No, no. Yo hablo con ellos y te aviso.

—¿Algo más? Te contactaré con el agente que se encargará del caso.

—Sí, perfecto. También necesito preguntarte por otro asesinato ocurrido hace un año: un muchacho como de catorce o quince años muerto en Valle de Bravo.

—¿Está relacionado con los Elegidos?

—No, es otra cosa.

—¿Entonces? Eso lo tendrías que ver con…

—Sí, ya sé que no es de tu competencia, pero estuve ayer en Valle de Bravo y un hombre que trabaja en el santuario de las mariposas me habló de un asesinato cometido hace un año. Quería preguntarte si…

—Victoria, tengo prisa.

—Es un poco largo de contar —duda; no puede encontrar las palabras correctas para explicar lo que ni siquiera ella tiene claro.

Díaz se levanta de su silla

—Necesito un café antes de la junta, ¿quieres uno?

Victoria asiente. El subsecretario abre la puerta y dice a su secretaria:

—Mari, ¿me trae dos cafés? ¿Leche? —Se dirige a Victoria, pero ella niega con la cabeza—. Los dos negros, por favor. Mari, le suplico permanecer atenta en su lugar.

—Sí, licenciado —dice la mujer, vacilante. Victoria sabe que la reprende por su culpa.

Minutos después Mari vuelve con las tazas. Victoria revisa el celular, tiene tres llamadas perdidas de su madre y una de Mónica. Mari, nerviosa, deposita las tazas sobre el escritorio y se retira en silencio. Después de revolver dos cucharadas de azúcar, Díaz retoma:

—Continúa, por favor.

Victoria busca la noticia en el celular y se lo entrega a Díaz, quien, con café

en mano, desliza la pantalla para leer.

—¿Por qué te interesa?

—¿Podrías ayudarme a solicitar información? Parece una copia del asesinato de Tomás Huerta.

—¿Tomás Huerta?

—Un compañero de Nueva Armonía, asesinado. Cuando nos conocimos hablamos acerca de la muerte mi hermano y de Tomás en 1995, ¿recuerdas?

—Claro, sí. Lo siento, hoy estoy con la cabeza en otro lado. ¿Vas a investigar homicidios?

—No, no voy a investigar homicidios. Es un tema personal.

—¿Personal?

—Cuando sucedió lo de mi hermano no encontraron al o los culpables. Quiero saber quién era el muchacho, si se relaciona con lo de mi hermano. Tal vez es el mismo asesino. No hay nada en Internet, nada. He buscado durante horas. Necesito conseguir el expediente del caso, saber si se está haciendo algo. Si es una coincidencia, debe esclarecerse, ¿no lo crees? Lo de mi hermano se quedó en el aire y nunca supimos qué pasó. Por eso vengo contigo. Creo que tú puedes investigarlo.

Rogelio Díaz se levanta de su silla. Camina hacia la ventana y la abre; toma una cajetilla de cigarros del bolsillo de su camisa y enciende uno. Victoria lo observa en silencio; su cuerpo reacciona al olor del tabaco.

—¿Puedes fumar aquí dentro?

Díaz levanta los hombros y vuelve a dar una calada.

—Está bien, comprendo tu interés. Voy a ayudarte y haré algunas preguntas; si consigo algo de información, te la envío. No prometo hacerlo muy rápido, porque estamos rebasados. Estoy de acuerdo contigo: un homicidio parecido a otro debe investigarse.

—Gracias, Rogelio. De verdad, muchas gracias —dice Victoria, con un largo suspiro de alivio.

—¿Cómo está la madre de Benjamín Salgado? —pregunta. Apaga el cigarro en el cenicero sobre el pretil de la ventana.

—Mal, imagínate… muy mal. ¿Tienes alguna información que pueda compartirle?

—No puedo, lo sabes, se trata de una investigación vigente. Lo siento.

Díaz esboza una media sonrisa. Victoria mueve un poco la cabeza de un lado a otro y dice:

—Ya no te quito más tiempo, muchas gracias. Te avisaré de Los Elegidos de Dios —termina y se levanta. Él rodea el escritorio y le abre la puerta—. Muchas gracias.

Victoria le acerca una mejilla y truena un beso al aire.

—Licenciada —escucha la voz de la secretaria en cuanto sale de la oficina—, si no estoy, no puede entrar a la oficina del subsecretario. Se lo pido, no puedo perder mi trabajo.

—Sí, está bien. Lo siento, no volverá a ocurrir.

En el camino a la salida extrae un cigarrillo y apenas alcanza la banqueta, lo enciende. Da una larga calada y expulsa el aire, con los ojos cerrados y la cara vuelta al cielo.

28

Madrid

La ansiedad de mi madre por las hormigas tiene un nombre: mimercofobia.

El odio de mi madre a esos insectos tenía una relación directa con mi padre y su imposibilidad para defenderse, defendernos. *Las hormigas llegaron con tu padre*, decía. En cambio, las monarcas eran el otro lado de la historia: el lado luminoso, donde habitaba James Cox Owen. La metamorfosis de mamá comenzó cuando se conocieron y dejó de ser la oruga con sueños de volar. El camino de huevo a mariposa pasa por muchas etapas, que a simple vista no parecerían tan extraordinarias y milagrosas como la transformación final. Las orugas mudan cuatro o cinco veces de piel, y los restos que dejan no son perceptibles porque ellas mismas se las comen. Mamá mudó su piel después de que yo dejara la mía, de niña, sobre la banqueta frente a casa de Joaquín. Ninguna nos dimos cuenta.

Cristina Sandoval timbró dos veces. Escuché su voz por el intercomunicador y abrí nerviosa, deseando que Joaquín estuviese con ella. Me dio un beso en la mejilla, me preguntó por la rodilla y levanté el pantalón para mostrársela. *Ya cicatrizó*, dijo y me hizo una caricia en la pierna, *estarás bien*. Mi madre apareció en la puerta. Cristina se presentó, le explicó que me había caído frente a ella, me había curado la rodilla y venía a ver cómo estaba. No dijo nada del coche que casi me atropella.

—¿Puedo pasar? —preguntó, y mamá dudó un poco. Recibía pocas o ninguna visita.

—Cuando camino por aquí alcanzo a oler el jazmín —dijo Cristina—. La enredadera es espectacular.

Mi madre agradeció el cumplido y la invitó a pasar.

—Me gustan las plantas —dijo mamá y señaló su jardín. El durazno estaba lleno de fruta.

—¿Puedo? —preguntó la madre de Joaquín. Mi madre afirmó en silencio y Cristina cortó uno maduro y se lo llevó a la nariz.

—Es precioso —dijo, admirando el color naranja del fruto, casi tan grande como una manzana—. Es tan bonito que hasta pena da comérselo.

Mamá cortó más y se los entregó.

—Para tu casa.

Los fresnos del fondo del jardín, gigantes poblados de pájaros, distrajeron su atención.

—Así debe haber sido el jardín del Edén.

Al escuchar ese comentario, mamá paseó la vista por sus plantas y la invitó entrar.

—No —dijo Cristina Sandoval—. Prefiero que nos sentemos ahí.

Señaló la mesa de jardín de fierro blanca con sus cuatro sillas. Mamá se fue a la cocina.

—Qué regalo de Dios —dijo, con un índice levantado cuando se escuchó de nuevo el gorjeo de un pájaro—. Es un mirlo.

—Un mirlo —repetí, asombrada de que esa mujer pudiera reconocer la especie por el canto.

Mamá apareció con dos tazas de café, un vaso de agua de limón para mí, galletas, cucharitas, azúcar y servilletas. Era tan extraño recibir visitas que la charola me parecía una novedad. Álvaro salió de la casa. Mamá lo presentó y mi hermano saludó con la vista baja. Cristina le sonrió y le levantó el rostro con un dedo en la barbilla.

—Qué guapo eres. Debes sentirte muy bendecida con estos hijos.

Mamá afirmó en silencio, despacio. Álvaro masculló una disculpa y volvió al interior de la casa. En algún momento de la conversación Cristina dijo:

—Mi marido es pastor en la iglesia de San Lucas Evangelista, ¿les gustaría asistir algún día al servicio?

Entonces, mamá se negó. Respondió, apenada, que éramos católicos no muy practicantes, aunque a veces acudíamos a la capilla de Santa Catarina frente a la casa.

—Te invito a escuchar a mi marido —dijo, y tomó a mi madre de las manos. Tal vez fue ese gesto lo que acabó convenciéndola, o el magnetismo que Cristina Sandoval exudaba por cada poro, hasta hacerla parecer un imán

potentísimo.

Las palabras del Hermano James, como llamaba la congregación a James Cox; la presencia de Joaquín; la afirmación de que Dios estaba dentro de mí, conocía quién era y, aun así, me amaba, movieron mi corazón y me hicieron desear quedarme ahí para siempre. Al final del servicio, James Cox se acercó a nosotras y me sostuvo la cara por un instante, y estoy segura de que vio a través de mis ojos lo que yo trataba de esconder al mundo. Después pasó un dedo por el golpe verdoso que llevaba mamá en la mejilla y nos dijo:

—Dios conoce nuestras necesidades. Abandónense en Él.

Cox encendió una luz y abrió una ventana. Sus palabras, sus gestos, sus oraciones se hicieron necesarias, indispensables todos los días. Me conquistó.

Te conquistó, mamá.

Una semana después, al terminar el servicio, Cristina se nos acercó con una mujer y su hija. Eran Josefina Flores y Victoria. *Estoy segura de que se convertirán en amigas*, nos dijo a Vico y a mí. Victoria levantó los ojos, movió la cabeza de un lado a otro y torció la boca. Yo la observé gesticular; cuando me miró, agaché la vista y me concentré en mis zapatos. La escuché decirle a su madre que la esperaría en el coche. *Adiós*, dijo en voz alta, y su madre se disculpó por la conducta de su hija.

—No te preocupes —dijo mamá—, están en la peor edad.

—La adolescencia es una pesadilla —agregó Cristina, y las tres rieron como si yo no estuviera presente. Le dije a mamá que la esperaría en el coche.

Joaquín se acercó de pronto.

—¿Ya estás bien de tu rodilla?

Respondí que sí, ruborizada.

—Fue una tontería caerme, atravesar la avenida sin fijarme.

—No nos hubiéramos conocido —dijo, y yo afirmé sonriendo.

—Me gustó el sermón de tu padre.

—Bueno, yo lo escucho todos los días, tiene sermones mejores. —Sonrió y levantó los hombros, como para quitarle importancia a las palabras de su padre.

Charlamos hasta que mi madre nos interrumpió. Joaquín se despidió y echó a correr para encontrarse con sus padres; yo lo seguí con la vista. Mi madre estaba exultante, o quizá mi propio entusiasmo iluminaba su rostro.

Algo cambió en ti, mamá. En las dos.

Seis meses después, Cox nos invitó, a mi hermano y a mí, a la comunidad de Nueva Armonía. Dijo que ya era tiempo de que nos iniciáramos de verdad en su doctrina. ¿Qué le dijiste a mi padre? ¿Cómo obtuviste su consentimiento para que fuéramos cada fin de semana?

Mamá, Cristina Cox y Josefina Flores se hicieron amigas, jamás la había visto tan cercana a nadie. Mamá se desahogaba con ellas de algunos episodios con mi padre. Cristina la invitó a trabajar en el campamento cuando la cocinera renunció y estuvieron a punto de cancelar un fin de semana. Mamá pudo escapar de mi padre y trabajar con James Cox, a quien admiraba cada día más. En casa no paraba de hablar de él cuando estábamos solos los tres. Comentaba sus charlas, los textos dirigidos a los jóvenes.

—Pronto, cuando Nueva Armonía se convierta en la comunidad de la que habla James, nos iremos con él, y no volveremos a ver a su padre —nos decía.

El sábado 21 de enero de 1995, ocurrió algo que cambiaría nuestras vidas para siempre. Isabel, la hermana menor de Joaquín, enfermó de salmonela y ella y Cristina, su madre, se encerraron en la cabaña del matrimonio Cox. El día había amanecido nublado y frío, amenazaba lluvia desde las primeras horas. La secuencia de eventos de ese sábado cambiaría nuestras vidas para siempre. Ese día solo fuimos pocos muchachos; doce en cada una de las cabañas. Me había olvidado los zapatos en el coche. Buscaba a mamá para pedirle la llave. Entré a la cocina y los escuché hablar en susurros antes de descubrirlos, ocultos en la despensa. Owen le acariciaba la cara, pasaba el dedo por encima de una ojera morada.

—No puede ser —le decía—. Otra vez, ¿hasta cuándo lo vas a permitir?

Ella se abrazó a él. Mi corazón dio un salto, debió ser parecido a las taquicardias de mi padre. Desanduve el camino en silencio. Me encontré con Joaquín a la entrada de mi cabaña.

—¿A dónde vas? —me preguntó; no le respondí. Él insistió—. ¿Pasó algo?

—Nada, me duele un poco la cabeza, solo eso.

—¿Estás segura?

Me tomó por el codo.

—Estoy segura —le dije—. Necesito ir a caminar al bosque.

Él trató de detenerme.

—No puedes irte sin permiso, pronto comenzaremos las actividades.

Negué con la cabeza y eché a correr. Joaquín me alcanzó, me tomó de la mano.

—Iré contigo.

Nos adentramos entre los árboles, las mariposas nos rodearon. No sabía cómo contarle lo que había visto, decirle que quizá mi madre y su padre eran amantes. Al llegar a nuestro sitio —entre las raíces de un árbol, a poco más de un kilómetro de Nueva Armonía—, se lo conté.

—Perdón, no te enojes conmigo, lo siento —le repetía mientras hablaba.

—No te creo. No pudiste ver algo así, lo imaginaste. Iré con mi padre.

—No, no vayas. Espera, vamos a pensarlo. Tal vez sí lo imaginé.

Temía que se enfrentara a su padre y yo hubiera malinterpretado la actitud de nuestros padres. Me aterraba que termináramos por una estupidez mía. Esa era mi preocupación mayor: que nuestra relación se afectara. Quizás si lo hubiera dejado ir, nuestra historia sería otra y él estaría vivo.

Lo abracé con desesperación. Mi mundo se fracturaba, se abría bajo nuestros pies. Lo besé en la boca, muy fuerte. Le lastimé un labio; en vez de quejarse, él me besó con la misma intensidad. Una secuencia de acontecimientos dispuestos uno tras otro, como un dominó del destino, arrancaron esa mañana.

Joaquín cubrió la alfombra de hojas y líquenes con nuestras sudaderas. Yo tuve la absurda, tonta, romántica y perdida idea de que las mariposas contarían nuestra historia.

Mi madre y James Cox, encerrados en la despensa, no vieron a los gemelos Cox encaminarse al bosque junto a un asustado Tomás Huerta.

Miguel buscó a Victoria y le pidió acompañarlo tras los gemelos, porque se traían algo entre manos. Victoria estaba enojada, celosa de Joaquín; me había visto correr hacia el bosque y quiso alcanzarme; cuando vio a Joaquín ir detrás de mí.

—Qué pendejada —le respondió a Miguel—. No vamos a buscar a nadie y no puedes estar aquí, esta cabaña es de chicas. ¡Lárgate!, —le gritó, y se dio vuelta en su cama. Esa fue la última palabra que le dijo a su hermano.

Joaquín me penetró. Yo gemí y me aferré a él, como si supiera que esa sería nuestra última vez juntos.

—Quédate conmigo —le rogué.

Miguel debió caminar detrás de los Cox. Era un niño curioso, un superhéroe

de trece años.

Joaquín gritó al eyacular dentro de mí. Su esperma se abrió paso hasta el óvulo que fecundaría a Mariana.

—Te quiero desde el día que apareciste frente a mi casa —me dijo.

Me obsesiona buscar los principios, como si descubriéndolos pudiera cambiar la historia. Es más fácil ver los finales, aunque estos son en realidad principios encubiertos. Quizás jamás hubo algo entre mi madre y Cox y toda la historia de mi vida es producto de mi imaginación desbordada.

Después de hacer el amor, Joaquín y yo nos quedamos dormidos. Nos despertaron los gritos de Victoria llamando a su hermano Miguel. Nos levantamos de un salto, nos vestimos y corrimos a buscarla. Oscurecía. *Vico, Vico, ¿dónde estás?*, le gritaba.

El cielo se había encapotado y comenzaron a caer unas gotas. La encontramos frente al cuerpo de Tomás Huerta, junto al río, a donde no teníamos permiso de ir. El cadáver tenía un pie dentro del agua, y la lluvia caía sobre su rostro lleno de tierra. Parecía que lloraba. Un hilo de sangre escapaba por su boca. Victoria y yo nos hincamos junto a él.

La muerte nos impuso su silencio y permanecimos así, azorados, por unos segundos. Joaquín se llevó las manos a la cabeza, se golpeó los costados con los puños y dijo:

—Fueron mis hermanos. Toda la semana hablaron de Tomás. Decían que es un maricón y que se lo iban a quitar. Clara, lo mataron. ¿Qué vamos a hacer?

Victoria se levantó de pronto, volvió a gritarle a su hermano y corrió hacia el bosque; yo corrí detrás de ella. Estuvimos a punto de perdernos.

Cuando regresamos al río, todo era un caos. Habían llegado mi madre, Cristina y James Cox. Mamá me tomó por los hombros, me sacudió:

—¿Qué pasó, Clara? ¿Dónde estabas?

Me solté de sus manos, me clavaba las uñas. Dejó de llover, la lluvia no mojó la tierra lo suficiente como para evitar el incendio. Mi madre se cubría la cara y repetía: *no, no, no, no*. James Cox permanecía con la vista enganchada al cuerpo del muchacho, sin moverse, sin pronunciar una palabra; mamá tiraba de su ropa, pero él ya no estaba: como si lo hubieran desconectado. James Cox permaneció de pie frente al cuerpo de Tomás Huerta, sin tocarlo ni decir nada.

—James, James —lo llamaban mi madre, Cristina, todos, pero él no contestaba.

A su alrededor revoloteábamos Victoria, yo, Joaquín y los demás niños;

batíamos los brazos como mariposas desorientadas; lanzábamos preguntas.

—*Where are the twins?* —preguntó Cox al fin.

—No lo sé —respondió Joaquín, como si la pregunta estuviera dirigida a él.

—Mi hermano, mi hermano —repetía Victoria, aferrada a uno de mis brazos.

—Lo vamos a encontrar. Tranquila.

James Cox se deshizo, como una figura de cera al sol: despacio hasta quedar hincado frente al cuerpo de Tomás Huerta.

—Debemos llamar a la policía, James —dijo mi madre, acuclillada frente a él, y le levantó la cara con ambas manos—. Escúchame: debemos traer a la policía y a los padres de los chicos.

—¿La policía?

—Hay un muerto, James.

James Cox se desmoronaba y todos lo hacíamos con él.

Joaquín y Victoria se encaminaron hacia los árboles. Yo dudé por un momento, pero al final fui detrás de ellos. Quise tomar a Joaquín de la mano.

—Joa… —comencé a decir, pero él hizo un gesto para callarme. Temblaba; escurría agua, frío, miedo.

—Tal vez fue un accidente, Tomás se cayó y se golpeó con una piedra, lo picó un alacrán, lo mordió una serpiente. No pudieron matarlo tus hermanos. No son…

—Si no fueron ellos, ¿dónde están?

—No sé… quizás fueron a explorar y se perdieron. O se están refugiando de la lluvia.

Nos adentramos en el bosque.

—¡Alex! ¡Ed! ¡Miguel! —Alternábamos los nombres.

Nos perdimos y nos caímos muchas veces. La oscuridad se cerraba, las ramas nos golpeaban, las piedras nos hacían tropezar.

—Miguel. Miguel.

Vico se deshizo la voz llamando a su hermano.

No sé cuánto tiempo pasó. Nos desorientamos, estuvimos dando vueltas hasta volver a encontrar un sendero conocido.

Ojalá nos hubiéramos perdido en el bosque.

Joaquín estaría vivo.

29

En algún lugar de México

Benjamín mira el techo de madera; cuenta las vigas de nuevo: siete. Le parece extrañísimo ese número, deberían estar en número par. La cabaña tiene un techo a dos aguas, así que de un lado hay más vigas. Recostado sobre el colchón, estira una mano hacia atrás y toca con un puño la pared. *Tablarroca*, le dice esa voz que se ha hecho más potente. Benjamín trabaja con su padre en la constructora durante los veranos y sabe de materiales. Se levanta despacio y comienza a darle de puñetazos a la pared.

Al tercer golpe, se mira los nudillos; se hizo daño en las dos manos, pero el material parece hundirse un poco. Se quita la playera blanca, envuelve con ella la mano derecha y vuelve golpear. Tras unos minutos, el material cede y se forma un pequeño agujero. Apurado, introduce los dedos dentro del panel de yeso y cartón, y comienza a arrancarlo. Las moronas más pequeñas permanecen suspendidas en el aire por un instante. El muchacho se encuentra con una nueva capa de material, más dura: una espuma de construcción para volver el lugar insonoro, piensa. Recuerda el estudio de grabación casero de un compañero de la escuela; era un baterista que lo animó a tocar la guitarra para formar una banda de rock. Piensa que si sale de ahí aprenderá a tocar la guitarra y formarán la banda.

Su amigo baterista le había enseñado cómo había insonorizado la habitación con el mismo material de la pared. Lo desmorona con los dedos; le tomará mucho tiempo. Se concentra en hacer un boquete más grande en el panel de yeso para quitar con mayor facilidad la espuma.

Un hoyo pequeño… pero, al fin, un hoyo.

30

Ciudad de México

Josefina Flores se arrebuja en un suéter demasiado grande. Victoria se sienta junto a ella, le pasa un brazo por encima:

—¿Tienes frío?

Josefina Flores palmea la mano de su hija.

—Un poco. Soy friolenta, ya sabes.

—¿Estás segura de querer hablar con Mónica?

Josefina asiente en silencio y agrega:

—Necesito hacerlo.

Mónica acomoda la cámara frente a las dos, sin mucho tiempo para enfocar. Entonces, Josefina comienza a hablar.

—Nueva Armonía no era una secta.

—¿Qué dices, ma?

—No, no era una secta. Lo iniciamos tu padre y yo, junto con Cristina y James. Era una gran idea.

Cristina Sandoval y Josefina Flores habían crecido juntas, y fueron vecinas hasta antes de casarse. Rafael Beltrán y Josefina se conocieron en la universidad. Él se declaraba agnóstico; a esa edad, le sonaba interesante la palabra. Se casaron un año después de Cristina y James Cox. Durante el tiempo que los Cox vivieron en Indiana, en *New Harmony*, las amigas alimentaron su amistad con cartas, llamadas esporádicas; estaban pendientes siempre una de la otra. Al volver a México, James y Rafael estrecharon la amistad. *Ven a escucharme*, insistía Cox al padre de Victoria.

La primera vez fue por darle gusto a su amigo. La segunda, porque le había gustado lo que había escuchado. *No son mis ideas*, le decía Cox. *Es el Espíritu Santo, Dios a través de mí.*

Rafael Beltrán jamás imaginó su conversión, su fe exacerbada, el gozo que le producía sentirse parte de *algo*. Ser alguien importante dentro de ese *algo*. Entre los Beltrán y los Cox fundaron Nueva Armonía.

—Te hago un resumen porque nos pasaríamos horas hablando de conversiones, de fe —dice Josefina a Mónica, aunque no sabe si decirlo a ella o a la cámara, o solo decirlo, quitárselo de encima como un suéter.

Victoria escucha en silencio, sorprendida por la apertura de su madre.

—No me imaginaba hasta qué punto eran amigos —dice Victoria.

—Después del incendio en Nueva Armonía, tu padre dejó de creer. Yo me enojé con Dios; pensé que quizá era el castigo por haber dejado la iglesia católica y haber asistido a la episcopal, entre otras cosas… —dice, bajando la mirada, avergonzada con su hija y recordando la confesión en la terapia.

—Son demasiados castigos, ma, ¿no crees? Yo creo que Dios, si existe, no está al pendiente de cada uno para castigarlo por todo. Es mejor tomar responsabilidad y no achacarle todo a Él.

—¿Responsabilidad?

—Pudiste haberle dicho a mi padre que no querías cambiar de iglesia.

—No era tan fácil.

—¿Lo intentaste?

—Eran otros tiempos, las mujeres hacíamos lo que los maridos nos pedían.

—Un momento, por favor —interrumpe Mónica la discusión.

—Lo siento —dice Victoria—. Lo siento ma, soy la peor terapeuta cuando se trata de nosotros. No puedo dejar de engancharme contigo en estas conversaciones.

—Bueno; al final, guardo una colección de culpas…

—Al final no ganas nada —interrumpe Mónica a Josefina—. Yo debía haber recogido a mi madre el día que la asesinaron; había terminado la protesta y me pidió recogerla en el lugar donde les dispararon. Llegué tarde por ella, muy tarde. Bien podemos las dos tirarnos por la ventana con tantas culpas, ¿eh? Por eso, me obligo a hacer cosas que tengan significado: para justificar mi existencia aquí y, de algún modo, resarcir la falta de mamá en el mundo. Pendejadas. En fin, hacemos las cosas por las razones equivocadas.

Josefina afirma en silencio y responde:

—Estamos pletóricas de culpas. Vico, me falta un poco el aire, ¿podrías pasarme el inhalador? Creo que lo dejé en la habitación.

Victoria se levanta y al poco regresa con el aparato; su madre aspira un par

de veces.

—Esto me recuerda al cigarro. Dejé fumar porque era muy dañino y ahora inhalo un montón de químicos gracias a los daños del tabaco. Al final es lo mismo: meterse químicos para arreglar lo que hicieron otros químicos.

—Es tardísimo, ya debería estar en camino para ver a los padres de la chica de Los Escogidos de Dios.

—Elegidos —apunta Mónica, divertida.

—Puta madre, algo tengo con ese nombrecito.

La vida en el cementerio

Josefina sacudió un bicho de las rosas que acababa de comprar a la entrada del Panteón Francés. El insecto negro voló justo cuando una mujer, en el tercer pasillo, levantó una mano y la saludó. Josefina le sonrió, insegura, y apuró el paso. Tenía un año yendo al cementerio y había ciertas personas a quienes se encontraba con regularidad. No quería hacer migas con nadie. *¿Qué me une a ellas?*, se preguntaba, y se respondía sola: *la muerte*. No era suficiente.

Aún le sorprendía la cantidad de vida alrededor de la muerte, además de las personas que viven de ella: los enterradores, los embalsamadores, los dueños, los vendedores de flores y coronas, los que venden comida… también estaban los demás: los vivos atados a los muertos, como ella. Dio vuelta en uno de los pasillos, se desvió del camino hacia la tumba de Miguel y se encaminó al lugar donde sabía que encontraría a María Huerta: en la tumba de Tomás, cerca de la fosa de María Félix. En los meses que llevaba yendo, había recorrido el lugar de cabo a rabo; sobre todo, cuando sentía que la ansiedad ocupaba demasiado espacio en su cuerpo y necesitaba moverse, caminar y seguir caminando. Había intentado volver a pintar; quiso retratar las jacarandas que rodeaban la tumba de su hijo, pero le pareció inapropiado llevar pinceles o hacer un boceto. Así que hizo varias fotografías, pero las dejó olvidadas en un cajón de su secreter.

Se encontró a María Huerta sentada en la banca que había mandado instalar la propia madre de Tomás frente a la tumba de su hijo. Tenía el rostro perdido entre las manos y, aunque no alcanzaba a escucharla, se dio cuenta de que

lloraba. Se sentó junto a ella, le pasó un brazo sobre la espalda y con lentitud la atrajo hacia ella.

—Tal vez debemos dejar de venir —dijo Josefina, antes de que se le cortara la voz. María no respondió. Extrajo un pañuelo de su bolsa y se limpió la cara. Permaneció por unos minutos en silencio, con la vista en la lápida de la tumba; en el ángel que había mandado esculpir, con el rostro muy parecido al de Tomás. Josefina dirigió la vista al mismo sitio, sin abrir la boca ni decidirse a levantarse. Miró el ramo de flores que había dejado en la banca y pensó que no podía quedarse mucho rato o se marchitarían.

—Cuando Tomás tenía quince años, recibimos en casa al hijo de un primo de Monterrey. Entonces mi marido y yo discutíamos mucho por el comportamiento de Tomás. Me decía que yo lo había hecho maricón.

María hizo una pausa. No miró a Josefina, pero se llevó el pañuelo desechable a la nariz.

—Creo que va a llover —apuntó Josefina, solo por cambiar el tema.

No quería escuchar a María; le había costado mucho hablar con ella al principio, cuando comenzó a ir al panteón. Pero era la única con quien podía hablar sobre la muerte de sus hijos sin que la callara o le pidiera ya no darle vueltas, como su marido. Juntas habían intentado armar el rompecabezas de lo ocurrido a sus hijos, con lo poco que sabían, aceptaron que nadie les diría cómo había muerto Tomás, o por qué Miguel había caído al pozo. Clara no había dicho nada sobre las sospechas de Joaquín hacia los gemelos Cox. Victoria insistía en que ella no sabía nada y ninguno de los muchachos que estuvieron ese día dio más explicaciones. Nadie había visto nada. Quizá sabían algo, pero los padres les habían ordenado callar, no inmiscuirse.

—Antes de la llegada del sobrino —continuó María, ignorando el comentario sobre el clima—, mi marido y yo tuvimos un pleito tan fuerte que

yo perdí el control y lo golpeé en el pecho muchas veces. Me empujó, me caí hacia atrás y me abrí la cabeza con el herraje de un cajón de la cómoda. Le enseñé la sangre, le grité que era un bruto y volvió a mirarme con una expresión que me hizo temblar. Bajé la cabeza. Sentí miedo, mucho miedo. Nuestra relación cambió a partir de entonces. La llegada del sobrino relajó un poco el ambiente, no se atrevía a decirme nada frente a él.

—¿Por qué no te separaste? —preguntó Josefina, muy a su pesar, ya estaba dentro de la conversación.

María Huerta levantó los hombros.

—¿Qué te digo? Por miedo, por mis hijos, por tonta. Hubiera querido que el sobrino se quedara más tiempo. Tomás era feliz con él, lo hacía sentir aceptado. Se quedó menos de lo que pensábamos. El primo era un poco amanerado —continúa María, sin saber qué palabra utilizar—. Eso me hizo darme cuenta de que Tomás podría ser homosexual y quizá yo había hecho algo muy malo para que mi hijo fuera así. No supe educarlo. Pensé en todo lo que sufriría; quise cambiar de actitud con él, pero no podía más que abrazarlo cuando su padre lo confrontaba y lo violentaba.

31

Madrid

—Clara, cuéntame de tu padre.

Volvemos del trabajo de Pablo, caminamos por la calle de Fernando VI. Acabamos de pasar por la Plaza de las Salesas. Inés va sentada en las piernas de Eva; Leo, nuestro ayudante en el negocio, empuja la silla de ruedas unos pasos adelante de nosotros. Hace frío. No hay aire y las nubes del cielo permanecen estáticas, como si estuvieran pintadas. Un atardecer perfecto.

—¿Por qué echar a perder esta tarde hablando de él?

—Porque nunca hablas de él.

—Desapareció, no sé dónde está.

—Podría haber muerto.

Me encojo de hombros.

—Podría.

A veces despertaba y él estaba ahí, en mi habitación, en la oscuridad.

A veces me tapaba la boca con una mano y repasaba mi cuerpo con la otra mano caliente, ruda, húmeda, urgente. Otras, abría los ojos justo cuando él cerraba la puerta. Revisaba mis bragas, mi pijama y mi piel, sin saber qué me había hecho. Esas eran las peores visitas, cuando me dormía tan profundo que no me daba cuenta de nada.

A veces me despertaba con la cama mojada.

—Por eso no me gusta la oscuridad —digo a Pablo y me recargo en su pecho. Él me abraza, con fuerza, pero con suma delicadeza, como si pudiera romperme. Me besa el pelo, la frente, el cuello, la boca.

—Voy a encargarme de dejar otros recuerdos en tu piel.

32

Ciudad de México

Antonio Salgado abre un archivo en su computadora para revisar el proyecto del puente elevado. Comienza a ver cifras, cotejar planos, presupuestos. Intenta abstraerse, dejar de pensar en su hijo Benjamín, confiar en la Fiscalía, en la relación tan cercana de su familia con el Gobierno Federal. No puede concentrarse. Se levanta y mira por la ventana hacia los jardines arbolados y las magnolias, que fueron capricho de su padre. Las sembraron cuando se cambiaron de oficina, hace quince años, justo al nacer Benji. Abre la ventana, aspira el aire húmedo de la lluvia y se afloja la corbata.

—Antonio —lo llama Gonzalo, su hermano, desde la puerta—. No deberías de estar aquí.

—¿Dónde más puedo estar? En casa Gloria me vuelve loco. No se queda quieta, fuma como chimenea, insiste en hablar con una psicóloga rara. Grita. Me culpa a mí, a la escolta, al país. Aquí estoy más tranquilo. —Regresa la vista al jardín—. Esas magnolias las plantamos el mismo año en que nació Benjamín, ¿te acuerdas?

El hermano de Antonio asiente, se acerca a la ventana y pregunta:

—¿Te han dicho algo más los de la Fiscalía?

—Nada. El licenciado Díaz se comunicó para decirme que están trabajando, pero todavía no tienen nada. El secretario de Seguridad se dedica personalmente al caso.

En ese instante, el padre de ambos abre la puerta de cristal.

—Me dijeron que estabas aquí. —Antonio se pone de pie y abraza a su padre.

—Hola, papá.No podía estar en casa. Quería estar solo, pero aquí tampoco lo voy a conseguir

Antonio esboza una falsa sonrisa, pero no logra conservarla, pues los ojos se le llenan de lágrimas. Carraspea un poco, se lleva la mano izquierda a la cara y los dedos sobre los párpados, como si quisiera exprimirlos.

—Todo estará bien, hijo —dice su padre, y le da un par de palmadas en la espalda, como cuando era niño. La soledad comienza cuando los padres pierden sus superpoderes y no pueden cambiar el curso de los acontecimientos —. Yo también me salí de casa, tampoco podía con los nervios de tu madre. Se quedó tu hermana con ella. Nuestro Benji regresará, ya lo verás.

El día que su hijo desapareció, se dio cuenta de su ausencia hasta que recibió la llamada de un agente que le informaba el hallazgo de un vehículo con las identificaciones y el celular de su hijo. Estaba en junta en su oficina cuando su secretaria lo interrumpió por una llamada urgente. Habían encontrado un vehículo Seat gris abandonado en la cuneta de la carretera a Toluca, le explicó un agente. Estaba en el kilómetro sesenta y siete, con el número telefónico de la oficina de Salgado entre los papeles de la guantera.

Antonio Salgado colgó el teléfono, fue su primera reacción. *Es una extorsión*, pensó, con una sombra de duda. *¿El hombre había dicho la marca de su coche?*

En ese momento lo llamó Gloria, su mujer tampoco había visto a Benjamín y no podía comunicarse con él. Sin mayor explicación cortó la llamada. El corazón se le salía del pecho. Llamó al número registrado, pero nadie contestó. Media hora después —la más larga de toda su vida—, y después de decenas de intentos de volver a comunicarse, por fin llamaron de nuevo. Él quería ver el coche, pero los agentes le ordenaron no salir de su oficina y esperarlos ahí. Él llamó a su mujer y sin mayores explicaciones le dijo: *ven a mi despacho*, y colgó.

Antonio abraza a su padre y le pregunta

—¿Estás bien? ¿Tomaste tu pastilla de la presión? Deberías haberte quedado en casa con mamá.

—Tú también, hijo. No deberías estar aquí.

—No puedo, papá, me vuelvo loco. ¿Podríamos ver las cifras para el proyecto del puente elevado? Necesito pensar en otra cosa.

—Claro, hijo, lo que tú digas —dice su padre, dudoso.

Antonio Salgado da clic en su laptop para encenderla de nuevo, vuelve a los archivos y los proyecta en la pantalla sobre una de las paredes. Los tres intentan concentrarse en esos números, que días atrás tenían significado; hoy no dicen nada.

La notificación de un correo electrónico con el asunto «Benjamín» aparece

en la pantalla y Antonio se apura a abrirlo. El correo contiene una imagen y seis palabras: *lo puto se quita a putazos*.

—El remitente… —comienza a decir su hermano.

Antonio lo lee en voz alta.

—tomashuerta@gmail.com

Despacio, la fotografía de Tomás Huerta el día de su muerte se despliega en el correo. La misma fotografía de los periódicos: el cadáver junto al río con un pie dentro del agua. Los tres se levantan sin darse cuenta.

—¿Qué…? —intenta formular una pregunta el ingeniero Salgado, pero no termina de hacerlo y se desploma sobre la silla.

—Papá, ¿estás bien? —pregunta Gonzalo, mientras Antonio acerca las imágenes.

—¿Quién? —pregunta Antonio.

—Tú repetías esa frase —dice Gonzalo a Antonio.

—A mi hijo lo tienen los Huerta —exclama Antonio, y toma el celular de su escritorio.

—No —dice el ingeniero Salgado poniéndose de pie y arrebatándole el teléfono—. ¿A quién vas a llamar?

—A Díaz, tiene que saber que el secuestro de mi hijo está relacionado con Nueva Armonía. ¿No lo ves? A mi hijo lo tienen los Huerta.

—La versión oficial dice que Tomás Huerta y Miguel Beltrán se accidentaron —puntualiza el padre—. ¿Qué tendrían que ver los Huerta en esto?

—Fueron los gemelos Cox y Sebastián Gómez. Te lo he repetido mil veces.

—No es verdad, cabrón. Tú también lo hiciste, confiesa, por la vida de tu hijo —insiste Gonzalo.

—Ya, tranquilos; no vamos a discutir entre nosotros. Lo hecho, hecho está. Le vas a reenviar ese correo a Díaz y le vas a exigir que venga de inmediato. Eso vamos a hacer. Nadie va a repetir que estabas ahí cuando murieron esos muchachos.

Antonio afirma en silencio. Le cuesta respirar; saca un frasco de pastillas de uno de los bolsillos de su pantalón y se toma una.

—¿Estás bien? —le pregunta su hermano.

Antonio asiente y se limpia el sudor de la frente con la mano, mientras su hermano se apura a servirle un vaso de agua. Antonio se bebe el agua con los ojos cerrados y la respiración muy agitada. Se quita la corbata y se desabrocha

la camisa; trata de controlarse.

El 21 de enero de 1995, Tomás Huerta se había presentado ante ellos: Edward y Alexander Cox, Sebastián Gómez y Antonio Salgado. El fin de semana anterior habían retado a Huerta: *si logras pasar el reto te dejamos en paz. Trajimos algunas cosas para hacerlo más interesante*. Le mostraron una bolsa de plástico, cinta gris y un bat de beisbol. El bat fue idea de última hora de Antonio; era de su hermano Gonzalo y lo había escondido en su maleta. Tomás Huerta intentó correr. Lo atrapó uno de los gemelos y lo empujó hacia el otro, quien a su vez, lo empujó hacia Antonio, como si jugaran voleibol. Habían formado un pequeño círculo. Antonio volvió a empujarlo, Tomás tropezó y cayó al suelo. Trataron de ponerle la bolsa de plástico en la cabeza. Lo sometieron entre los tres, le restregaron la cara en la tierra y le amarraron las manos con la cinta gris. Sebastián intentaba detenerlos o, por lo menos, convencerlos de que lo dejarán en paz, *la broma ya se les está pasando*. Tomás miró a los ojos a Antonio y le suplicó ayuda con la mirada. Antonio se recuerda sacudiendo el dedo índice en señal de negativa y con una sonrisa amplia en el rostro. Se conocían desde niños, Antonio lo molestaba desde siempre. El padre de Tomás, Fernando Huerta, más de una vez le había dicho a Antonio: ayúdame a hacerlo más hombrecito, como tú.

En su recuerdo, Sebastián Gómez empujó a Antonio, quien cayó al suelo junto a Huerta

—¿Tú también eres puto? —le preguntó, al tiempo que se levantaba.

—Lo vamos a lastimar. ¡Deténganse! Ya fue suficiente, se va a asfixiar —insistió Sebastián.

Levantaron a Tomás del suelo. Uno de los gemelos lo sostuvo por la espalda, otro preparó el bat de beisbol.

—¡No le peguen! —gritó Sebastián.

Un gemelo golpeó a Huerta en el estómago y lo dobló por la mitad.

Siguió el turno de Antonio. Tomás se retorcía con furia; la bolsa en la cabeza lo hacía parecer una crisálida lista para expulsar a la mariposa. Antonio recuerda haber echado los brazos hacia atrás; nunca antes había jugado beisbol, pero al golpear a Tomás se imaginó sacando una pelota fuera del estadio y celebrando el *home run*. Tomás cayó al suelo.

Antonio entregó el bat a Sebastián.

—Es tu turno —le dijo—. Golpéalo o te golpeamos a ti.

Sebastián sopesaba el bat entre las manos justo cuando Miguel Beltrán Flores les gritó. Uno de los gemelos pateó a Tomás.

—Levántate, ya terminamos.

Tomás vomitó sangre dentro de la bolsa y no volvió a moverse.

Entre los cuatro le quitaron la bolsa de la cabeza, la cinta de las manos. Le gritaron, lo sacudieron, lo cachetearon. Miguel Beltrán salió de su escondite y corrió en dirección al campamento cuando Salgado lo vio y corrió detrás de él. Las mariposas echaban a volar a su paso, alertadas. Corrían entre los árboles, en la espesura donde no había senderos. Miguel se golpeó muchas veces, tropezó y la distancia entre su perseguidor y él se acortó.

—Alto, Miguel. No corras.

Antonio alcanzó a frenar antes de caer dentro del pozo que habían perforado para abastecer al pueblo del Sauco, a casi tres kilómetros de Nueva Armonía.

A Miguel se lo tragó la tierra.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¿Estás bien? ¿Me escuchas? Voy por los demás para sacarte de ahí —gritó, pero no hizo nada.

Cuando los hermanos Salgado estuvieron en su casa, Gonzalo acusó a su hermano de haber participado en la muerte de Tomás, pero Antonio lo negó.

—Yo te vi —aseguró entonces Gonzalo—. Te vi con ellos.

En ese momento, el ingeniero Salgado los interrumpió:

—Huerta y yo somos amigos, socios, casi familia, necesito saber qué pasó.

—Fue un accidente. Los gemelos lo empujaron, lo golpearon, lo patearon en el estómago cuando estuvo en el piso. No volvió a levantarse. Yo no hice nada, yo no hice nada —repetía Antonio.

El padre lo agarró de los pelos y le echó la cabeza hacia atrás. Casi entre dientes, empujando cada palabra con la energía necesaria para soldarlas en los oídos de su hijo, masculló:

—No hiciste nada, ese es el problema. No hiciste nada y lo mataron esos muchachos. Por tu culpa vamos a perder los contratos que acabamos de firmar. Ninguno de los dos dirá una sola palabra. Nada. ¿Entendieron, cabrones?

Hoy, veinticuatro años después, acude a su memoria, como todos los días, el rostro de Tomás deformado por la bolsa en un gesto grotesco; la nariz y las mejillas comprimidas, la boca abierta.

—Papá, ¿no lo ves? —dice ahora Antonio con la respiración muy agitada—. No podemos seguir evitándolo. Es alguien relacionado con Tomás Huerta.

—¡Habla con Díaz! No vamos a jugar a los detectives —ordena el padre.

Antonio toma su celular del escritorio, con la sensación de volver a tener diecisiete años. Siente la misma frustración al no poder contradecir a su padre, sin un argumento para convencerlo o defenderse.

—¿Rogelio? —pregunta en cuanto responde el subsecretario de seguridad.

—Discúlpame, Antonio. —Díaz está al otro lado de la línea—. No puedo atenderte ahora, tenemos una emergencia en Tlahuelilpan. Una toma clandestina de gasolina. Hablamos luego. Alguien más del equipo se comunicará contigo. Discúlpame.

Antonio cuelga y repite las palabras de Díaz a su padre y a su hermano.

—No nos podemos quedar así —dice su padre—. Llamaré al secretario del presidente.

El ingeniero Salgado marca dos veces sin ninguna respuesta, y cuelga.

—Tampoco me contesta, el imbécil.

Gonzalo busca en su celular la noticia y lee en voz alta:

Se descubrió una toma clandestina de Pemex a las 14:30 horas y, derivado de esto, a las 15:45 una buena parte de los habitantes de Tlahuelilpan, Hidalgo, se aglomeran en la zona con el fin de reunir combustible que brota en grandes cantidades. Personal de la Secretaria de la Defensa Nacional se ha acercado al lugar para evitar riesgos.

—El fuego, de nuevo —dice Antonio—. Díaz no responderá.

33

Ciudad de México

—Los padres están muy asustados, las amenazas han aumentado. ¿Hablaste con Díaz? —pregunta Jonatan a Victoria en cuanto la ve entrar al consultorio.

—Sí, ya hablé con él; esperará nuestras instrucciones para hacer la intervención. Buenas tardes, soy la doctora Victoria Beltrán Flores —se refiere a la pareja que la espera, y les tiende una mano.

—Armando Domínguez y mi esposa Yolanda —dice el hombre, al ponerse de pie y estrechar la mano de Victoria.

—Doctora —dice la mujer al levantarse—. Ayúdenos, por favor. Estamos desesperados.

Las rodillas de la mujer pierden su estabilidad. En un momento se doblan y se desploma sobre el sillón, ante lo cual, el marido se apura a atenderla.

—Jonatan, trae un vaso con agua a la señora —ordena Victoria—. ¿Está bien?

—Estamos muy preocupados, doctora —responde el marido—. Ya son muchos días que Helena dejó la insulina y no regresa a casa.

—Señores, siento mucho que se encuentren en esta situación. Trataremos de ayudarlos. Pero tengo que dejarles muy claro que no queremos darles falsas esperanzas.

La mujer asiente. Tiene la cara empapada de lágrimas. Victoria le alarga una caja de pañuelos desechables.

—¿Saben dónde se encuentra?

—Creemos que en casa del hombre que la introdujo al grupo.

—¿Están seguros de que se trata de Los Elegidos de Dios? ¿No podría haber solamente escapado de casa?

—Somos cristianos —comienza a decir el hombre.

—Una amiga la invitó a un grupo nuevo de oración —interrumpe la madre, limpiándose las lágrimas—. Una muchachita que no conocíamos de nada. Mi Helena decía que era su compañera en la preparatoria. Yo sospeché desde un principio, pero mi marido me decía que yo siempre andaba con mis miedos, pensando cosas raras.

El hombre levanta los ojos, mueve la cabeza de un lado a otro e interrumpe:

—Eso no es lo importante.

—Sí, sí es importante. Si me hubieras hecho caso desde el principio, no estaría nuestra hija ahí.

—Tranquilos, señores. A su hija no le va a servir de nada que ustedes discutan. ¿Cómo saben que está dentro de Los Elegidos de Dios?

—Comenzó a dejar a sus amigas de siempre, a sus compañeras de la iglesia —explica la mujer—. Luego, comenzó a verse con ese hombre.

—¿Qué hombre? —pregunta Victoria, haciendo anotaciones en una libreta.

—No sabemos su nombre —responde el marido.

—Mi hija dejó unos cuadernos —dice la mujer al sacar unas libretas de su bolso—. El Hermano Asmodeo —señala una página donde está escrito el nombre muchas veces, entre símbolos y corazones.

—¿El Hermano James? —pregunta Victoria.

—Asmodeo —aclara la mujer.

Victoria se disculpa y se reprime mentalmente:

—Sí, lo siento… Asmodeo —repite, tomando el cuaderno—. Asmodeo es un demonio.

—Lo sabemos —dice el hombre—. Necesitamos sacar a mi hija de ahí; no sabemos en qué está metida, pero sí sabemos que puede morir por la falta de insulina.

—Hasta hace algunos años, dada la proliferación y la maldad que ha aumentado en los grupos coercitivos, comenzamos a hacer intervenciones, a extraer a los adeptos acompañados de la policía. No es el método más ortodoxo; de hecho, a veces provoca un trastorno de estrés postraumático mayor…

—No nos importa —interrumpe el hombre—. Es preferible a que muera.

—En nuestro país se necesita hacer ese tipo de intervenciones, debido a la peligrosidad y la constante relación de las sectas con el crimen organizado —dice Victoria.

El celular de Jonatan vibra; el muchacho se disculpa y sale del consultorio.

—Debemos estar seguros de con quién está Helena.

—Mire el cuaderno, ella misma lo escribió.

El padre abre el cuaderno y le muestra a Victoria cuatro páginas donde se lee: *Yo soy una elegida de Dios.*

Victoria afirma despacio, mientras da vueltas a las páginas:

—Me pondré de acuerdo con el subsecretario de Seguridad Pública.

—Hoy mismo —dice Yolanda Domínguez.

—Sí, trataremos de hacerlo hoy mismo.

—Se puede morir —insiste la madre, al tiempo que extrae de su bolsa tres fotografías de su hija—. Ella es Helena.

—Sí, lo entiendo, pero no podemos enfrentarnos solos a esos grupos.

Jonatan Blanco regresa al consultorio y hace una seña a Victoria para que lo acompañe.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llamar un agente. No quiso darme su nombre, pero me mandó los nombres del muchacho de la nota de Valle de Bravo y de su madre. Casualmente, una mujer se había presentado en la Fiscalía a hacer un escándalo porque no han hecho nada para encontrar al asesino de su hijo; ha pasado un año y no ha sabido nada de nada de nadie. No la han buscado, ni llamado. Nada. El agente había acudido ese día a levantar el cuerpo hace un año, pero no los dejaron quedarse ni a él, ni a otro compañero, y hasta los amenazaron. Se quedaron a cargo otros agentes, pero de ellos tampoco sabía sus nombres, o no quiso decirlos.

—¿Por qué no te dijo su nombre el agente?

—Por miedo. Hay chingaderas y chingaderas, me dijo, y él no va a ser de los pendejos que desaparecen por hocicón. Le dio lástima la mujer y por eso me contactó. Él también tiene hijos, pero no puede hacer más. La madre del muchacho pidió hablar con el fiscal general de la república. Hizo un escándalo. El agente se acercó a ella, le dijo que trataría de conseguirle una cita y le pidió su teléfono.

—Muy bien, Blanco.

—Te voy a cobrar extra por estos trabajitos.

—Qué extra ni qué narices. Reenvíame al Whats-App los datos.

Rodrigo Gómez Sierra

Gabriela Sierra Lozano 5537671256

Lee los nombres en voz alta, dos veces. Se lleva la mano a la boca y cierra los

ojos a la espera de que en su memoria brinque algo de pronto: un recuerdo, una asociación en sus neuronas, lo que sea.

—¿Victoria? ¿Victoria? —Jonatan le toca un hombro y provoca un sobresalto en ella.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tienes a los señores Domínguez esperándote.

—Sí, voy con ellos.

Victoria suspira largo, se dirige a su consultorio, vuelve a sentarse, respira profundo y sostiene la respiración por un minuto. Concéntrate. Céntrate. Centro. Aquí y ahora. Se dice mentalmente.

—Doctora, ¿cuándo sacaremos a mi niña de ahí? —pregunta la mujer, interrumpiendo la secuencia de palabras en la cabeza de Victoria.

—Hoy mismo hablaré con Díaz y les tendré una respuesta. Luego, Jonatan y yo deberemos pasar tiempo con su hija: ayudarla, escucharla. Es muy duro extraer a un adepto, casi como dejar a un drogadicto sin droga, así que deben ser muy conscientes de que será difícil, muy difícil.

—Sí, doctora, estamos conscientes. Será duro, pero estará fuera de ahí, viva. Eso es lo importante.

Victoria se levanta, le pide a Jonatan que acompañe a los señores Domínguez y, antes de que salgan, escribe en Google: *Rodrigo Gómez Sierra*.

Aparece un Rodrigo Gómez Sierra administrador de una empresa en la Rioja; imposible que sea el que busca. *José Humberto Gómez Sierra*, lee el siguiente nombre en voz alta. No.

—Victoria, ¿quieres escribirle a Díaz, o busco a alguno de los agentes que nos han acompañado antes?

—¿Qué? —Victoria ha cerrado todos sus sentidos menos la vista; atenta a los resultados en la laptop, busca las imágenes correspondientes a los nombres.

—¡Victoria!

Victoria levanta la vista de golpe.

—¿Qué quieres?

—¿Qué hacemos?

—No sé, dame un minuto. No me interrumpas; ya sabes que no puedo poner atención a la computadora y a las personas al mismo tiempo. Carajo.

—Ok. Solo te repito que te estás obsesionando. Si no vamos a hacer nada con los Domínguez, lo mejor será dar aviso a la policía para que ellos se hagan cargo.

Victoria, sin inmutarse, marca el número de la mujer que le dio su colega. Escucha el timbre muchas veces y, de repente, salta el contestador: *estás llamando al teléfono de Gabriela*, te llamaré cuando pueda.

Victoria vuelve a marcar. Imagina el celular de la mujer timbrando del otro lado de la línea; quizá no responda a un número desconocido.

Estás llamando al…

—Nada.

Abre Google y revisa los resultados de la búsqueda de nuevo. Descubre una página de Instagram con el nombre del muchacho.

—Aquí está —dice, mostrando la pantalla a Jonatan—. Solo hay una fotografía y muchos comentarios sobre su muerte: *Rodri, fuiste el mejor amigo, la vida es muy perra y se lleva a los mejores. Te voy a extrañar todos los días en el salón de clases.*

Sin darse cuenta, los ojos se le llenan de lágrimas.

—Es una putada. Era un niño. Los niños no deberían de morirse.

—Victoria, debemos centrarnos en la secta.

34

Madrid

Insomnio.

35

En algún lugar de México

—¡Estoy aquí! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme!

Benjamín acerca la boca al agujero perforado en el material para insonorizar y vuelve a gritar, rebasado por la desesperación, el miedo y la tristeza.

—¡Auxilio!

La puerta se abre de pronto. Don Teo se encuentra a Benjamín frente al boquete.

—Carnal, te dije que no hicieras pendejadas —le dice, agarrándolo por el cuello de la playera y arrojándolo al suelo. Luego, se acerca al hoyo para examinarlo.

Benjamín, con una agilidad que no imaginó tener, el reflejo de huida o lucha del que le había hablado su maestra en la escuela, se lanza sobre él y lo golpea con los nudillos lastimados. Benjamín grita, llora, acomete y don Teo trata de quitárselo de encima. Trastabilla y los dos caen al suelo; en medio de eso, Benjamín alcanza el fusil. Intenta sujetarlo para disparar, pero el gordo forcejea con él para arrancarle el arma.

Dos disparos.

36

Ciudad de México

—No —dice Victoria de pronto—. Debí quedarme más tiempo con los señores Domínguez; eso es lo importante, eso es lo que hago. No quiero saber quién era ese muchacho. No quiero más muertos en mi vida, ya tengo demasiados. No sé qué estoy haciendo.

—¿Cómo? —pregunta Mónica, quien maneja el auto de Victoria.

—Ayudo a las personas, eso hago, a eso me dedico… estoy perdiendo foco. —Victoria inhala profundo, cierra los ojos—. Jonatan tiene razón, me obsesiono. No tengo nada con ese chico. Estoy perdiendo el rumbo.

—Tranquila, Victoria.

—Son estos días, lo siento, es mi madre, todo. Son los fantasmas. Estoy llena de fantasmas. No quiero más, cada desaparecido se vuelve mío, cada muerto. Ya no quiero más.

Victoria permanece un momento en silencio. Toma un cigarro de la cajetilla y se lo lleva a los labios.

—No te preocupes, no lo voy a encender, es para matar el ansia —apunta, y se deja el cigarro en los labios—. Todos los años pienso en dejarlo, pero no termino de juntar las razones para hacerlo. El cigarro es la mejor metáfora de la búsqueda de personas: todos son humo. Su ausencia es un veneno, con regusto amargo en la boca —dice y después de una pausa agrega—: tampoco quiero seguir con lo de Benjamín Salgado. Ya no puedo. Le escribiré a Gloria Salgado y le pediré una disculpa por dejarla. Me concentraré en mi madre, en los Domínguez y su hija; ellos son lo importante ahora. Llamaré a Díaz.

—¿Vamos a tu casa?

—Sí, todavía necesito ver a mamá.

Victoria busca en su celular el contacto de Rogelio Díaz. Marca y espera

—Nada —dice, y le manda un mensaje: *Me urge hablar contigo. Hay un tal hermano Asmodeo involucrado en la desaparición de la muchacha. ¿Son Los Elegidos de Dios o es otro grupo?*

37

Madrid

Pablo abre los ojos. Lo observo desde hace un rato en la oscuridad a medias de nuestra habitación. Antes de casarnos, Pablo dormía con las persianas abajo, el cuarto sumido en la negrura total. A mí la oscuridad me da miedo.

—¿Dormiste?

Niego con la cabeza, recostada de lado, sin dejar de mirarlo.

—¿Necesitas algo?

En silencio, encojo los hombros.

—A ti.

38

Ciudad de México

Antonio Salgado recoge las llaves de su auto.

—¿A dónde vas? —le pregunta Gonzalo, alcanzándolo frente al elevador. Su padre y él habían salido de la oficina. Gonzalo endereza la postura, como cuando está junto a Antonio, que es casi diez centímetros más alto y ancho.

—A casa —responde Antonio—. Desde ahí trataré de llamar a Díaz de nuevo; debo hablarle a mi mujer del correo.

—¿Has hablado con ella de Nueva Armonía?

Antonio niega con la cabeza, mientras observa los números sobre la puerta del ascensor.

—¿Te acompaño?

—No, estoy bien. ¿Papá?

—Se fue a su casa. No se sentía bien y quería ver a mamá porque está inconsolable. Lo del correo fue mucho para él.

—Lo sé.

Las puertas se abren y Antonio presiona el botón del estacionamiento.

—No te vayas solo, llévate a la escolta.

—A mi hijo lo tiene alguien de Nueva Armonía y voy a averiguar quién es el cabrón que lo secuestró.

Las puertas se cierran y levanta la mano para despedirse de Antonio. Pasó la tarde recordando ese día: 21 de enero de 1995. Todavía hoy se pregunta por qué su padre lo mandó a Nueva Armonía. Gonzalo sacaba buenas notas en la escuela, trabajaba desde muy pequeño y no se peleaba con nadie. La promesa de James Cox de formar mejores personas convenció a sus padres; además, les daba la oportunidad de deshacerse de sus hijos los fines de semana. Se lo había sugerido el licenciado Huerta, el padre de Tomás, a quien conocía desde la

universidad, y la amistad se había extendido a las familias. El licenciado Huerta era entonces el secretario de Comunicaciones y Transportes del gobierno federal, impulsor de los principales proyectos de la Constructora Salgado con el gobierno; eran socios en casi todo. *Ese campamento me suena como a secta*, había bromeado Salgado. Tenían tantos años haciendo negocios juntos que le pareció normal mandar a sus hijos al mismo lugar.

Antonio sale al estacionamiento y busca su Navigator negra. Junto a ella, en una Durango también negra, están su chofer y los dos escoltas.

Antonio marca el número de Sebastián Gómez. En veinticuatro años no ha perdido contacto con él, pero nadie conoce esa relación. No le responde. Marca de nuevo el número del contacto y escucha el tono. La llamada se corta una vez más. Insiste, desesperado.

Una voz de mujer responde al otro lado de la línea.

—¿Sí?

Antonio aleja el celular de su oído para revisar el nombre del contacto. Es el correcto.

—¿Buscas a Sebastián?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy su mujer.

—Quiero hablar con Sebastián.

—Mi marido no está disponible ahora.

—Necesito hablar con él, es urgente.

—Antonio Salgado. Sé quién eres.

Antonio permanece en silencio, sorprendido.

—Sebastián está en una clínica desde la muerte de nuestro hijo.

—¿La muerte de su hijo?

—¿No sabías?

—No.

Ahora es la mujer quien permanece en silencio, Antonio alcanza a escuchar un sollozo, bajito, luego la oye carraspear.

—Tenemos que vernos —dice la mujer. Después de un rato, Antonio la escucha sonarse la nariz y carraspear de nuevo—. Yo quise buscarte, pero Sebastián me lo prohibió.

—¿Dónde nos vemos?

—Te mando la ubicación.

Antonio indica a su chofer la dirección, abre el navegador y lo conecta al

coche. Media hora después, ordena a la escolta permanecer afuera del restaurante. A punto de entrar, su celular vibra. Es una llamada de Gloria, su esposa, le ha marcado cinco veces durante el trayecto, él vuelve a ignorarla. Una mujer levanta la mano. Antonio Salgado suspira profundo y avanza hacia ella.

39

Ciudad de México

—¿Victoria? —pregunta Josefina Flores, desde su recámara; apenas escucha el sonido de la puerta.

Victoria despide con un gesto de la mano a Mónica Montero. La guionista cierra el portón de la entrada al garaje, arranca y avanza unos cuantos metros para detenerse de nuevo en el semáforo. Baja un poco la ventanilla y se cuelan dentro del coche, con más intensidad, los sonidos de la calle: el taconeo de una mujer que pasa a su lado, los motores de los vehículos, una sirena. Permanece con la mirada perdida en el cielo gris, acompañada del ronroneo de motores. Quisiera haberse quedado con Victoria.

—Sí, mamá, ahora subo —dice Victoria.

Deja su bolsa sobre la consola de madera, a la entrada de la casa; casi vuelca una de las cajas de vidrio que hizo su abuela. Dentro de la caja se revuelve una cabeza de muñeca de porcelana con sus ojos azules de cristal, pestañas negras y tupidas de falso pelo, la boca muy roja debajo de una nariz descascarada, que permite ver el alma gris de la muñeca decapitada. Antes, la muñeca habitaba en la vitrina de la sala de la familia Beltrán Flores. Josefina la había comprado en un viaje a Europa con su marido. Junto a la cabeza, hay una fotografía de la bisabuela de Victoria dentro de un portarretratos antiguo. Una pareja de niños de Lladró con los bracitos rotos, como si fuesen dos Venus de Milo en miniatura. Cuando estaban completos, decoraban el bufetero del comedor. Josefina los había heredado de una hermana de su madre. Dentro de la caja de vidrio está también la caratula de un reloj del abuelo de Victoria, unas flores secas, y el pedazo de un plato con dibujos de peces, parte de la vajilla incompleta que se utiliza todos los días.

La abuela de Victoria, Rita Vallejo, fue pintora de cierta fama en su tiempo.

Después de la desaparición de Miguel, la abuela dejó de pintar; en algún momento, comenzó a crear cajas de cristal donde acomodaba los pedazos de aquello que su hija rompía todos los días.

La abuela de Victoria intentó sacar a flote la vida de su familia, pero hacía agua sin remedio. Josefina desquitaba su frustración y su enojo contra los objetos de su casa; la abuela recogía los pedazos y los guardaba en cajas de cartón. A veces, Josefina dejaba caer un plato, un vaso, una taza. Lo hacía para escuchar el sonido de las cosas al caer. El estruendo atronaba en su cerebro, reverberaba en sus neuronas y fragmentaba su pensamiento; interrumpía el ciclo obsesivo en su cabeza, esas cavilaciones repetitivas de su mente empeñada en recordarle a su hijo. En el 2000, tras el infarto de su marido, la abuela terminó por mudarse con ellos. No regresó a la pintura, pero comenzó a hacer sus cajas de cristal.

Cuando encontraron el cuerpo de Miguel, la abuela y la madre de Victoria intentaron retomar sus carreras artísticas, pero Josefina no pudo escapar de los pensamientos repetitivos de su cabeza. Siempre estaba la imagen de los restos de su hijo dentro del agujero donde lo hallaron, a casi un kilómetro del cadáver de Tomás Huerta. Le atormentaba que su hijo hubiera estado vivo cuando lo buscaban; que hayan pasado por alto el lugar, aunque los agentes y los médicos forenses le aseguraron que Miguel murió al caer, pues su cráneo estaba roto. Esa imagen daba vueltas dentro del laberinto de su cerebro. Era común encontrarla como hipnotizada, con la vista perdida en la secadora de ropa. Podía pasar horas sentada en una silla frente a la máquina; el movimiento y el sonido, de algún modo, aquietaban su mente.

—¿Victoria?

—Ya voy mamá, dame un segundo —responde al reacomodar la caja de la abuela, a la que pasa una mano por encima como si le hiciera una caricia. *No pudiste pegar a tu hija, por más que te esforzaste, abuela*, dice en voz alta abriendo la tapa de la caja para acomodar los objetos.

—No me hables así —reclama Josefina desde su habitación.

—¿Cómo?

—En ese tono. ¿Me podrías llevar a comprar las flores y ordenar la misa?

—¿Ahora?

—Tenemos media hora o cerraran la florería y no quiero ordenarlas por teléfono. Me gusta escogerlas, ya sabes.

—Debo hacer una llamada muy importante. Mañana te llevo a lo de las flores y al salón.

—Déjalo, me voy en taxi. Tú siempre estás ocupada.

—Ma, tengo que hacer una llamada urgente.

—No, ¿sabes qué?, ya lo pensé mejor. Vas a llevarme por flores y velas y, además, vamos a la iglesia a recordarles de la misa de tu hermano. Luego te pondrás a hacer lo que quieras. Vas a dedicarle un rato a tu madre.

—Te he dedicado la vida —dice Victoria, entre dientes.

—¿Qué? Dilo más alto.

—Te he dedicado la vida y lo sabes. No tienes derecho a reprocharme nada.

Victoria cierra los ojos, inhala despacio y aprieta los párpados para que no escapen las lágrimas.

—Está bien, vamos por las flores.

En cuanto abre la puerta del coche, comienza a llover.

—¿Estás segura de querer ir por flores y velas? —le pregunta a su madre, quien se apresura a subir al Golf blanco de su hija.

—¿Chocaste? Tienes la defensa abollada —dice, al acomodarse el cinturón de seguridad.

—Sí, en Periférico.

—Ay, hija, manejas sin poner atención. Vas con la cabeza en otro lado, menos en donde debe estar: atenta al camino.

—Ya, ya, no me regañes. Tengo que pagar mi coche y el del otro imbécil. No nos va a dar tiempo de ir a la iglesia, es tardísimo.

Marca el número de Díaz: buzón. Cuelga sin dejar mensaje y vuelve a marcar. Buzón.

—Licenciado, me urge hablar contigo. Por favor, márcame; es sobre Los Elegidos de Dios. Tenemos que hacer algo hoy mismo.

—Este año quiero cambiar a tu hermano a una cripta —dice Josefina, en cuanto Victoria cuelga.

—Por fin te decides. Me alegra mucho.

—Ya estoy muy vieja para ir al cementerio.

—No estás vieja, eres joven. Pero es una gran idea dejar de ir al cementerio.

—No quería cambiarlo porque le veré la cara a Dios cuando vaya. No quiero que piense que lo visito a Él.

—No debe pensarlo, le dejaste muy claro su injusticia.

—Ojalá así sea. Por eso no había cambiado a tu hermano, por no verle la

cara, pero ya me pesan las visitas al cementerio.

—No necesitas ir diario.

—Además, ya no quiero encontrarme con la madre de Tomás.

—¿Ya no son amigas?

María Huerta y Josefina Flores se vieron por primera vez en una junta de padres de familia de Nueva Armonía, esas reuniones donde James Cox resolvía dudas con respecto a la formación de los jóvenes. Entonces, no había ninguna relación entre ellas, más allá del compañerismo de sus hijos; no tenían nada en común. María Huerta acudió a esa primera junta llena de miedo, su marido no le permitió hacer preguntas: llevarían a su hijo para despertar su masculinidad, tal como James Cox prometía.

Unas semanas después de la desaparición de Miguel y del asesinato de Tomás, la madre de Victoria se presentó en casa de los Huerta. Las dos mujeres se abrazaron largo y tendido, lloraron juntas. La desgracia y la tristeza anudan lazos más profundos que la amistad.

—Bueno, no. María y yo no somos exactamente amigas, más bien es un lastre del pasado que necesito soltar.

—Muy bien, mamá.

Josefina afirma en silencio con la cabeza. Vuelve la vista a la ventanilla y se encuentra con su reflejo.

—Mañana habrá eclipse lunar —dice Victoria, por cambiar el tema.

—Con este cielo no se verá nada.

—¿Por qué siempre sales con un comentario así?

Josefina no responde; mira hacia afuera por la ventanilla empapada.

—No lo sé —dice, después de unos segundos—. Desde la muerte de tu hermano veo el mundo como a través de gotas de agua: deforme, distorsionado. Lo siento, Vico, de verdad.

40

Madrid

—Ayer los escuché hablar —dice Eva, y gira su silla de ruedas hacia mí. Estamos en nuestro puesto en la Plaza de San Idelfonso.

—¿Nos escuchaste?

—Bueno, cariño, el edificio entero os escuchó.

—Hablamos en voz baja.

Eva truena la lengua un par de veces.

—¡Qué va! No me ha costado nada oíros desde la cama.

—Lo siento. Tampoco te lleve al baño en la noche. Lo siento, de verdad.

—Nada; si hubiese necesitado, te habría gritado. Pero no me cambies de tema.

Un hombre merodea por el puesto. Vendemos los cacharros de las casas vaciadas. Los deshechos de otros son tesoros para alguien más. Muñecas viejas, cuadros rotos. Vajillas incompletas, copas de todos los estilos, relojes.

Bajamos tarde a acomodar la mesa al mercadillo. Pablo y yo nos quedamos un poco más en la cama, después de hacer el amor. Es una superstición: si no hago el amor con él cuando me voy a México, nunca más volveré a hacerlo. Una tontería. Soy una coleccionista de miedos. Lo sé. En mis peores momentos de ansiedad y pensamientos catastróficos, imagino que algo me impide regresar: el mundo se paraliza por una guerra o una pandemia, los vuelos se suspenden y no puedo volver con Pablo e Inés. O, por el contrario, no vuelvo a ver a Mariana, a mamá. Pero no es lo mismo, y esto me hace sentir la peor de las madres, la peor de las hijas. Me cuesta reconocerlo, pero soy más feliz en Madrid con esta vida cotidiana, casi aburrida, sin sobresaltos. Cuando soñaba a los quince o dieciséis con ser directora de cine a lado de Victoria, una vida ordinaria era mi peor pesadilla. Ahora, la felicidad es doméstica.

El hombre se detiene frente a Eva y le pregunta por los dildos en voz baja. Debe tener cincuenta y tantos años. Sonrío; ella le señala los modelos y le específica las características de cada uno.

—Es para mi mujer, de cumpleaños ¿Sería un buen regalo?

Eva, con una sonrisa, le responde

—El mejor.

Cuando el hombre se aleja, contento por su compra, Eva retoma la conversación.

—Si necesitas te acompaño a México. Solo tienes que pedirlo; no quiero ser intrusiva. Sería como una rémora, ¿verdad? Una rémora que te quiere.

—No eres una rémora, tonta.

—Vale, tía, no nos pongamos sentimentales.

—Mami, upa— dice Inés, estirando los bracitos.

La levanto y quisiera volver a meterla dentro de mí, como un marsupial, y llevarla a México, pero es muy pequeña para presenciar la muerte de su abuela. No, miento. No quiero derrumbarme frente a ella. No se lo digo ni a Pablo, ni a mi hermano, ni a nadie, pero no imagino la vida sin mamá.

41

Ciudad de México

Gabriela Gómez se levanta, alarga una mano hacia Antonio Salgado y luego le señala una silla.

—¿Cómo me reconociste? —pregunta Antonio.

—Porque Sebastián me habló de ti. Además, es muy fácil encontrar tu imagen en Internet. Llevas una vida social muy activa.

Se sientan los dos, Gabriela con su bolso abrazado sobre las piernas. Un mesero los interrumpe.

—¿Algo para tomar?

—Un whiskey con agua mineral —responde Antonio. Gabriela solo pide agua mineral—. ¿Qué te ha contado de mí tu marido?

Antonio la observa: lleva un pantalón y suéter negros. Tiene el pelo lacio, canoso, muy canoso para su edad, ¿treinta y tantos? Sebastián nunca le ha hablado de ella. Nunca hablan de su vida actual, solamente de la muerte de Tomás Huerta, para comprobar que a ninguno se le ha ido la lengua con nadie.

Una semana después de los hechos de Nueva Armonía, Antonio tomó la decisión de mantener vigilado a Sebastián. Lo sabía débil, inseguro. Fingió amistad para controlarlo. Cuando los dos se casaron, lo llamaba una o dos veces al año. Esos veinticuatro años de celador de la vida de Sebastián Gómez han sido agotadores; no le han permitido dejar ese episodio atrás y concentrarse en su vida actual. Sebastián es una granada sin seguro.

—Sebastián me habló de Nueva Armonía.

—¿Qué dijo?

—Ay, Antonio. Me contó la historia de un asesinato: niños acosando niños.

—¿Dónde está Sebastián?

—A la mayoría de las personas les respondo que en un centro de

rehabilitación. A nadie le parece extraño. Sebastián tuvo problemas con el alcohol y la droga a lo largo de su vida. Para ser completamente sincera, él y yo nos conocimos en una fiesta, muy borrachos.

—Entonces, ¿no está en un centro de rehabilitación?

Antonio estuvo a punto de internarlo en un par de ocasiones. En sus borracheras, a Sebastián se le iba la lengua. Aunque pensó también en alentarlo, convertirlo en un borracho perdido, como miles.

El mesero se aproxima, deja las bebidas

—¿Van a comer?

—No, no vamos a comer. Carajo. Déjanos en paz.

El mesero se retira molesto; Antonio da un trago a su whiskey y Gabriela hace lo mismo.

—Debí pedir un té o un café, tengo frío. Sebastián tuvo un brote psicótico hace unos meses. Un domingo se despertó desorientado; no sabía dónde estaba, ni quién era yo. Reconocía a nuestros hijos, pero los confundía con sus hermanos. Empeoró conforme avanzaba el día. Por la tarde, salió desnudo a la calle; gritaba cosas incomprensibles. Por ser domingo no pasaban muchos coches. No podía convencerlo de regresar a casa; me ayudaron dos hombres a traerlo, casi cargado. En casa no quería vestirse; no dejaba de repetir que su ropa olía a gasolina y se iba a incendiar.

La esposa de Sebastián hace una pausa y luego da un trago a su agua. Antonio la observa en silencio, y levanta en alto su vaso para para pedir otro igual. El mesero le entrega el vaso a Antonio y se lleva el vacío. El silencio repentino se llena con el sonido de las mesas. Gabriela mira a un lado y a otro, intranquila; tiene hambre y el olor de la comida aumenta su apetito, así que vuelve su atención a la mesa.

—¿Qué pasó después?

—Vino un médico a sedarlo. Al día siguiente, lo despertaron las máquinas que pavimentaban la calle. Sebastián comenzó a gritar que venían por él. Quise calmarlo, pero me golpeó y trató de salir. La puerta principal estaba cerrada con llave y no supo cómo abrirla. Llamé a una amiga psiquiatra para pedirle ayuda, ella envió una ambulancia y se lo llevaron al psiquiátrico del Hospital Español. En fin, no sé por qué te platico todo esto. Ni siquiera debe interesarte, estoy segura. ¿Qué quieres?

—Lo siento, de verdad, lo siento.

—No, no lo sientes. ¿Qué quieres? —repite.

—Encontrar a mi hijo.

—¿Tu hijo?

Gabriela vuelve a dar un trago a su vaso. Abraza su bolso de nuevo y se acomoda un mechón de pelo detrás de las orejas.

—Sí, lo tienen secuestrado —dice Antonio echando fuera el aire, como un balón al desinflarse.

Gabriela se lleva la mano izquierda a la boca, y luego la derecha sobre la izquierda, como para no dejar salir las palabras, contener el alarido de su alma. Aprieta mucho los párpados. Su cuerpo tiembla y no logra ocultar un sollozo contenido. Recarga los codos sobre la mesa, deja caer la cabeza y suspira; inhala el aire con un silbido y lo suelta por la boca; repite esto una, dos, tres veces. Trata de mantener intacto el rompeolas en su pecho. Toda la mañana estuvo en la fiscalía; gritó y suplicó para que encontraran al asesino de su hijo.

—Si no fuera por mis otros hijos, yo también estaría loca. Sebastián huyó. Su locura es una evasión. Huye de su responsabilidad. Tu responsabilidad. ¡Por tu culpa asesinaron a mi hijo! El tuyo debió estar en el lugar de mi Rodrigo.

El restaurante se queda en silencio. Los comensales cuchichean y vuelven la vista a la mesa de ellos dos. Gabriela toma su bolsa y se levanta.

—¡Espera! —le grita Antonio—. No te vayas.

Sale detrás de ella, después de dejar un billete de quinientos pesos sobre la mesa. Los escoltas corren detrás de Antonio y Gabriela. Ella se detiene de pronto, dándole la espalda.

—Por favor, no te vayas, dame un minuto. ¿Quién asesinó a tu hijo? No lo sabía. No te vayas. ¿Cómo lo mataron? ¿Cuándo?

Ella niega con la cabeza. El timbre del celular de Gabriela rompe la escena, ella lo extrae del bolsillo de su pantalón.

—Tengo miedo a responder a números desconocidos. Días antes del asesinato de mi hijo, una mujer llamó a Sebastián y le dijo que la única forma de redención es el ojo por ojo.

—¿Qué?

—La culpa es de ustedes. Tuya y de Sebastián.

Gabriela se da vuelta despacio, con una pistola en la mano, una Glock 26 de 9 milímetros, que compró un mes después del asesinato de su hijo. La mantuvo oculta de su marido por meses; si descubrían quién era el asesino, ella misma lo mataría. La idea la mantuvo a flote; el deseo de matar era el parapeto donde se

aferraba para no hundirse en el tsunami de la ausencia, que le pasaba por encima todos los días, apenas abría los ojos. El dolor la desmembraba, pero la imagen de la pistola escondida en el fondo del armario subyugaba a la tristeza y la desesperación. Unía los pedazos de su alma, como el *kintsugi*, esa técnica artística japonesa que surge de la reparación de la cerámica.

Los tres escoltas apuntan a la mujer; la gente en la calle grita y corre.

—¡Alto! —ordena Antonio a sus hombres—. No disparen. Gabriela, tranquila.

—Tú y Sebastián son los culpables del asesinato de mi hijo. Alguien lo mató y lo dejó en el mismo lugar donde ustedes dejaron al muchacho que mataron.

Gabriela levanta el arma, apuntándole a la cabeza.

—¿En el mismo lugar? Gabriela, escúchame, te lo repito: mi hijo está secuestrado.

—¡Por tu culpa!

Gabriela levanta la pistola y Antonio se abalanza sobre ella cuando uno de sus escoltas dispara. Gabriela aprieta el gatillo, cae al suelo y Antonio aterriza encima de ella. En la acera de enfrente, los curiosos gritan y escapan. Otro escolta alcanza a disparar. Antonio, en el suelo, se lleva una mano al hombro; el escolta lo levanta y da un pisotón al brazo derecho de Gabriela. Ella suelta el arma y da un alarido.

—¡Quítate, pendejo, me lastimas!

—¡Déjala! —ordena Antonio, al zafarse del brazo de los guardaespaldas. A lo lejos, se escucha una sirena de policía—. ¡Levántenla y recojan la pistola!

Los hombres toman a Gabriela por las axilas, y caminan llevándola casi en vilo. Gabriela patalea y grita.

—Sube —le ordena Antonio, cuando un guarura abre la portezuela de la camioneta. La patrulla se acerca y Gabriela se suelta de uno de los hombres.

—¡No me toques, cabrón!

Duda por un momento.

—Sube, carajo. No tenemos tiempo.

Gabriela decide subirse. En unos segundos todos están dentro; el chofer arranca, poco antes del arribo de la policía. Antonio se gira para mirar y comprobar que no los sigan. Después de unos minutos, vuelve la vista al frente

—Todo bien.

—Son unas bestias —dice Gabriela, al presionar su brazo derecho contra su cuerpo—. Llévame a mi coche.

—Debemos esperar, nos encontraremos con la policía. Tenemos que hablar.

—Yo no voy a hablar frente a esta manada de imbéciles.

—Déjame ver tu brazo.

—No, déjame en paz.

—Está roto —dice uno de los escoltas—. Lo oí quebrarse.

—Estúpido. ¿Dónde está mi bolso? ¿Y mi pistola?

Uno de los hombres le entrega su bolso

—La pistola se la daremos en su casa.

—Dime qué pasó con tu hijo —pregunta Antonio. Ella niega en silencio y deja caer un poco la cabeza hacia delante; el cabello entrecano y liso, le cubre el rostro. Es su refugio para esconderse del mundo. Lo llevaba casi hasta la cintura cuando era adolescente; luego del nacimiento de su tercer hijo, a los veintiocho años, se lo cortó debajo de las orejas, pero se sintió expuesta sin la cortina que la ayudaba a silenciar a los demás. Lo mantuvo por debajo de los hombros por un tiempo, aunque después del asesinato de su hijo comenzó a perderlo a puños. Aún así, no quiso cortarlo; no sobreviviría sin ese lugar donde desaparecer, como un niño pequeño al taparse los ojos.

—Los odio, a ti, a mi marido y a esos gemelos. Debieron quemarse todos, morir ese día —dice entre dientes.

Antonio asiente.

—Sí, lo sé. Yo también lo he pensado muchas veces.

Gabriela permanece con la cabeza baja durante el trayecto hasta su casa.

—Por favor, explícame cómo mataron a tu hijo —suplica Antonio.

—Se lo llevaron un día… —comienza a hablar, pero regresa al silencio.

Antonio se apea con ella al llegar a su casa.

—Debes ir a un médico.

Ella busca la llave. Trata de introducirla en la cerradura con la única mano buena que le queda, pero no es zurda. Después de varios intentos logra meterla, pero la deja ahí y aguarda, con la vista aferrada en la puerta de metal del edificio. Toma aire y despacio comienza a hablar, de espaldas a Antonio:

—El 20 de enero de 2018 llevé a mi hijo a su entrenamiento de futbol. Fue la última vez que lo vi. Poco antes de terminar la práctica, un hombre lo llamó. Lo vieron dos muchachos, pero las descripciones de ambos son contradictorias, estaban lejos. Ese sábado, como casi todos, se iría con sus compañeros a

desayunar y luego lo traerían a casa.

Gabriela suelta la llave y se da la vuelta con lentitud. Antonio procura no mover un músculo.

—Fuimos al ministerio público y nos ignoraron. No tenía ni doce horas de desaparecido. *Se pudo haber ido con cualquiera, dijeron, ha sucedido muchas veces que aparecen después con cualquier pretexto*. En este país se deben reducir las horas para considerar un secuestro o una desaparición. Al día siguiente, apareció muerto en Valle de Bravo. —Gabriela recarga la cabeza en la puerta y se lleva la mano izquierda a la boca, con los ojos cerrados; luego, sin abrirlos, continúa—. Nunca había visto la migración de las mariposas; es tan hermoso. El espectáculo me distrajo por un momento y casi olvido la razón de estar ahí. Revoloteaban por todo el lugar, entre nosotros, como si nos acompañaran. Nos condujeron unos agentes hasta el río, tú sabes dónde. Ahí estaba mi niño. Mi precioso niño. Lo descubrieron para mostrárnoslo. —Gabriela vuelve a llevarse la mano al rostro y con la voz afectada, llena de lágrimas, dice—: nadie, ninguna madre debería ver a su hijo asesinado.

Gabriela deja caer la cabeza, lleva la vista a su mano rota y mueve un poco los dedos. Antonio la observa en silencio.

—Fue un accidente. No queríamos matarlo. Lastimarlo, sí, pero no matarlo. No éramos unos asesinos. Éramos unos muchachos estúpidos. Fue un maldito accidente, no fue nuestra intención. No podíamos creer que estuviera muerto. —Antonio permanece de nuevo en silencio y agrega—: fueron los Huerta. Los Huerta mataron a tu hijo, ¿quién más podría querer vengarse de ese modo?

—¿Quiénes?

—Los padres de Tomás.

—¿Ellos mataron a mi hijo?

—Debemos buscarlos, ven conmigo.

—No, no te creo. Lo dices para librarte. ¿Cómo lo sabes? De nuevo, tratas de culpar a alguien más. Además, hoy no tengo más fuerzas. Me duele el brazo y debo ver a mis hijos. Pero, te lo repetiré de nuevo: los culpables son ustedes y yo no me quedaré callada.

Gabriela logra girar la llave y luego sacarla de cerradura. Cierra la puerta detrás de ella sin decir nada más.

42

Ciudad de México

Victoria acaricia el rostro de Mónica con un dedo.

—Acabo de tener el pensamiento más cursi del mundo.

—¿Cuál?

La orografía de las sábanas cuenta la batalla amorosa. Mónica la había llamado:

—Mi hijo se queda con su padre —le dijo—. Si quieres, puedo pasarme por tu casa.

Victoria cedió, pese a todo lo que tenía en la cabeza, aceptó, sorprendida de sus propias reacciones con Mónica. Díaz sigue sin contestar.

—Todavía me parece imposible tenerte aquí conmigo.

Mónica ríe y se endereza un poco, con la cabeza sobre su mano derecha.

—Es cursi, te lo dije.

—Es lindo, yo pensaba lo mismo. Es una locura, pero aquí estamos.

El celular de Victoria vibra sobre la mesita de noche.

—No contestes.

Victoria se gira y ve la pantalla.

—Estoy esperando la llamada de Díaz, lo sabes. Es Jonatan, a esta hora debe ser algo importante. Debo contestar.

Unos minutos después cuelga y dice:

—Está en el hospital, le dispararon a los señores Domínguez. Él va hacia allá, me avisará qué hacer. Dios mío.

—¿Qué hacemos?

—Esperar —dice, levantándose de la cama. Mientras se encamina al baño, marca al número de Rogelio Díaz.

Buzón.

43

Madrid

—De niña, me gustaba comer piedras —le digo a Pablo. Vamos al aeropuerto. Inés duerme en el asiento trasero.

—¿Comías piedras?

—Tendría una deficiencia de calcio, de hierro o zinc.

—La pica.

—¿La pica?

—La pica es un trastorno alimentario en el que las personas comen piedras, gises, barro, tierra, hielo, papel, cabellos…

—También comía hielos y papel —agrego, apenada.

—Se llama *pica* por la urraca, porque pica y pica, roba y come cosas que no son alimento.

Los datos que Pablo tiene en su cabeza no dejan de sorprenderme.

—Te vas a quedar sin espacio en el disco duro —bromeo.

—Lo sé porque uno de los jardineros del Retiro comía piedras. Un día se quejó de un dolor abdominal y le sacaron dos piedras del estómago.

Cuando Mariana era niña, la sorprendí comiendo tierra, le di un manotazo muy fuerte y no volvió a hacerlo. Con Mariana, hacía lo imposible para que no se pareciera a mí en nada. Yo comía tierra, piedras, macetas de barro; incluso el yeso del marco de la ventana, donde había hecho varios agujeros que podían disimularse con la cortina. Las piedras debían ser muy porosas, parecidas a la piedra pómez; encontrar una buena siempre fue difícil.

Dejé de comer piedras a los dieciséis años después del diagnóstico. Las náuseas, los mareos y el vómito eran síntomas del embarazo. Mi padre y yo salimos del consultorio, caminamos en silencio hasta el coche. Antes de subirnos, me abofeteó dos veces. *Eres una puta*. Me empujó a la parte trasera de

su coche. No lloré, no dije nada. Cuando arrancamos, me llevé las manos al vientre. Todavía no me habían sanado las quemaduras de los brazos, los traía vendados. Me senté detrás de él, porque ahí le resultaba más difícil pegarnos. Mi padre gritó, golpeó el volante, me exigió el nombre del papá de mi hijo. No respondí, era imposible. Tenía la garganta cerrada y la mandíbula trabada. Metí la mano al bolsillo de la chaqueta y me encontré un pedacito de piedra. Me la llevé a la boca, y al tragarla, sentí una arcada. Vacié el estómago sobre el asiento. Papá frenó y todavía alcanzó a agarrarme por el pelo; me jaló, me obligó a bajarme y a limpiar el asiento con un rollo de papel de baño. Me concentré en hacerlo sin vomitar; dos veces salí a la carrera por la náusea producida por mi propio vómito. Comencé a llorar mientras limpiaba; lloré todo el camino de regreso y lloré cuando limpié el coche con agua y jabón. Necesitaba sacarlo de mi cuerpo y crear el espacio necesario para la vida que se gestaba dentro: la de Mariana. Nunca más volví a comer una piedra.

Recibo un mensaje: *Espero llegues a tiempo.*

—¿Mariana? —pregunta Pablo; yo asiento y suspiro—. Quisiera poder acompañarte, pero el curro. Me quedo tan preocupado con todo lo sucedido. Tienes que ver a la tal Victoria. Trataré de alcanzarte.

—No, no te preocupes. Lo de Victoria debe ser una tontería, estoy segura. Es la fecha. Estos días me sacan de balance, no he podido evitarlo en tantos años. Solucionaré las cosas con Mariana, aunque creo que hace tiempo cruzamos el punto de no retorno. Con Inés tengo una segunda oportunidad de ser madre.

Pablo me observa en silencio por un instante; luego, regresa la vista al camino y agrega:

—Los hijos no son oportunidades. ¿Sabes de dónde viene la palabra oportunidad?

Niego despacio. No quiero escucharlo, pero tampoco quiero su silencio; necesito llenar mi cabeza de palabras para disminuir la ansiedad.

—La etimología de oportunidad significa, más o menos, estar frente o cerca de un puerto. Para los marinos antiguos, un puerto era una nueva oportunidad. Hasta ahí la definición es muy poética, ¿verdad?

Asiento, en silencio.

—Puerto en latín es *portus*, y se refiere a los espacios, lugares, aberturas para permitir el paso. No se trata de un lugar solo de llegada, también de salida.

Pablo es mi puerto de entrada y de salida —quizá como lo fue, en su momento, mi exmarido—: la posibilidad de escapar de casa y comenzar algo

nuevo, mejor.

—No —digo, en un susurro—. Inés no es una oportunidad.

Vuelvo la vista al celular. Pablo me observa por un momento y alcanzo a verle mover la cabeza.

Mariana, voy rumbo al aeropuerto. Te he extrañado tanto. Estoy emocionadísima.

Me detengo, borro el mensaje.

Mariana, hija, llegaré a tiempo.

44

Tlahuelilpan, Hidalgo/Ciudad de México

El fuego comienza a ceder en una de las aulas de la escuela donde montaron un centro de mando improvisado. Rogelio Díaz espera al presidente de la república. La toma clandestina de gasolina en Tlahuelilpan capturó toda su atención y la del secretario de Seguridad y Protección Ciudadana. Minutos antes de las siete de la tarde, se registró una explosión y las llamas alcanzaron a subir casi veinte metros. Pasadas las nueve de la noche, Díaz arribó al lugar. Vio personas convertidas en antorchas humanas correr y extender el fuego. Cuando empezó su día, jamás se imaginó visitar las puertas del infierno.

Su celular vibra dentro del bolsillo de su pantalón. Antonio Salgado, lee en la pantalla, y duda en responder. Sale del centro de mando y camina hacia donde hay menos gente, aunque el ambiente continúa cargado de gritos. Todo parece inundado por el llanto de quienes han perdido a un familiar calcinado. A lo lejos, se oyen las órdenes de la policía y el ejército. Alcanza a ver cuerpos cubiertos con sábanas blancas.

—¿Sí?

—Díaz, tengo toda la tarde marcándote, ¿por qué chingados no me contestas? Recibí un correo, a mi hijo lo tiene… lo deben tener… mierda, Díaz. Acabo de hablar con una mujer que le secuestraron a su hijo el año pasado y lo mataron. Van a matar mi hijo, Díaz, ¡tenemos que encontrarlo!

—Lo siento, Antonio, pero ahora no puedo. Tenemos una emergencia nacional, estamos a la espera del presidente.

—¡Díaz! ¡Mierda! ¡Lo van a matar! Es una venganza, ¡lo van a matar!

—Antonio, cálmate; te enviaré gente a tu domicilio, pero ahora las cosas están muy complicadas.

—El tiempo se acaba… por favor, Díaz.

—Lo siento, tengo que colgar.

Rogelio Díaz mira por un segundo su celular.

—¡Díaz! —Un hombre corre hasta el subsecretario de seguridad—. Acaba de llegar el presidente.

Díaz mira la hora en su teléfono: 00:45.

***

Antonio Salgado indica una dirección al chofer, conoce la casa de los Huerta. Mira el reloj, es la una de la mañana.

Llegan a la calle Sierra Leona en Lomas de Chapultepec, donde los Huerta han vivido toda la vida. Antonio baja del vehículo con la escolta detrás, golpea la puerta y timbra. Los perros de la familia Huerta, dos pastores alemanes, ladran desesperados y provocan al coro de perros vecinos.

—¡Fernando! ¡María! ¡Abran!

A la entrada de la casa, el guardia de seguridad usa el intercomunicador. Intenta hacerse escuchar.

—Ya viene una patrulla —dice.

Antonio no deja de gritar y pronto escucha la voz del licenciado Huerta por el interfono:

—¡Qué escándalo es ese! ¿Qué chingados pasa?

—Fernando, tienen a mi hijo. ¡Ábreme! Por favor, no lo maten.

El licenciado Huerta puede ver a Antonio hablarle a la cámara de seguridad; lo escucha rogar por la vida de su hijo.

—¿Tu hijo? ¿Por qué carajo tendríamos a tu hijo?

—Lo de Tomás fue un accidente. Por favor, te lo suplico. Él no tiene la culpa de nada. Mátenme a mí.

—Antonio, ¿qué dices? Lárgate de aquí, estás loco.

—¡No me voy a ir hasta estar seguro de que Benjamín no está aquí!

—Toño, hijo, tranquilízate. Voy a verte. Entiendo por lo que estás pasando. Estás muy nervioso. Aquí no está tu hijo.

Dentro de la casa, María, su esposa, le aconseja:

—No abras.

—Cállate, mujer. Te va a oír.

Fernando Huerta se acerca a la puerta de la entrada. El guardia le aconseja alejarse, pero él levanta la mano y le pide estar atento. Luego, le dice a Antonio

que solo lo dejará pasar a él, sin su escolta. Abre la puerta y Antonio entra, como en una exhalación.

—¿Dónde lo tienen? Dime, por favor. ¿Dónde está? Aquí estoy yo, déjenlo a él. ¡Benjamín! ¡Benjamín!

Antonio corre dentro de la casa, gritando el nombre de su hijo; el licenciado Huerta camina detrás de él. María le deja el paso libre. Antonio sube las escaleras y revisa las habitaciones. Conoce esa casa como si fuera la propia. Ahí jugó de niño muchas veces, pues casi cada fin de semana las familias se juntaban en casa de los unos o los otros. Las cosas cambiaron después de la muerte de Tomás; las familias dejaron de verse, pero los padres siguieron con su sociedad y sus negocios.

—¿Estás convencido?

Antonio se abalanza sobre el licenciado Huerta y los dos caen al piso. María da un alarido. El guardia patea a Antonio y lo aleja, trata de levantarse y el hombre lo golpea en la cara.

—¡Déjalo! —ordena Fernando Huerta. En su voz, se nota el esfuerzo para ponerse de pie. María corre a ayudar a su marido.

—Antonio, lárgate de aquí, déjanos en paz. Te lo pregunté hace años y me dijiste que no tenías nada que ver con la muerte de Tomás. Ahora yo te lo digo a ti: yo no tengo a tu hijo. Lárgate de mi casa —ordena María. Antonio debe ayudarse con la pared; tira un cuadro y los arreglos de una mesita.

—Por favor… No lo maten.

—Antonio, lárgate. Te repito: nosotros no tenemos a tu hijo.

Antonio sale a la calle. El guardia de los Huerta lo apresa del brazo, y entre el chofer y los guardaespaldas lo suben al coche. Ya adentro, se recarga en la ventanilla y cierra los ojos.

Gloria de Salgado no se ha movido del sillón de la sala desde la tarde. Aunque sus hijos le preguntaron si quería algo de comer, ella negó con la cabeza y un cigarro entre los dedos; se había cansado de marcarle a su marido. Antonio Salgado se acerca a ella, despacio.

—¿Qué pasó? —pregunta en cuanto ve el golpe en la cara y la camisa manchada de sangre

—Tenemos que hablar —dice el hombre.

Ella se levanta de un salto, le revisa la cara y se encamina al baño por una

toalla húmeda, pero él la toma del brazo.

—Siéntate, necesito confesarte algo —dice, sin embargo, Antonio sabe que las confesiones son un conjunto de verdades a medias, mentiras convenientes y omisiones necesarias.

45

Ciudad de México

Josefina limpia la tierra sobre la sepultura. Se levantó a las cinco de la mañana y a las seis ya estaban fuera de casa.

—Solo te podré llevar al cementerio muy temprano —le había advertido Victoria, pues debía ir al hospital con Jonatan y los señores Domínguez.

El mármol fulgura como si se tratara de un altar mayor; ella se encarga de mantenerlo así. Hace unos años leyó un libro donde una mujer limpiaba todos los días el mausoleo de su familia: entonces pensó que era una exageración, pues nadie podría pasarse la vida en el cementerio. Y, sin embargo, desde que enterraron a Miguel esa ha sido su vida.

—Te gusta que venga a verte, ¿verdad, hijo? —dice en voz alta cuando pasa un trapo por la lápida con el nombre de su hijo y las fechas de nacimiento y muerte—. Mañana no vendré; no quiero encontrarme con María, pero tendrás tu misa; aunque yo esté enojada con Dios, no quiero que también se enoje contigo.

De pronto le falta fuerza en las piernas y debe recargarse sobre la lápida.

—Hijo, ¿qué debo hacer?

—Perdón por la tardanza, ma; no encontraba lugar para estacionar el coche. Qué buena decisión cambiarlo de lugar. Venir al cementerio es una pesadilla: nunca hay dónde estacionarse y las banquetas parecen una romería a todas horas. Hola, Migue, te trajimos la florería entera —dice Victoria, con un ramo de flores entre los brazos —. Ma, ¿te sientes bien? —pregunta, al darse cuenta del estado de su madre. Le pasa una mano por la cabeza—. Estás muy pálida.

Josefina no responde, pero hiperventila; un sudor frío perla su frente.

—Acomoda las flores, Vico, por favor. Se me bajó la presión.

Victoria obedece. Tira las flores anteriores, aún frescas y olorosas; luego,

corre a llenar de agua limpia una cubeta de metal en la pileta. Regresa apurada, llena el florero de mármol y acomoda el ramo. Josefina echa un vistazo y piensa en la poca gracia de su hija para dejar las flores, pero no le importa: quiere salir de ahí. El día había amanecido nublado al despertarse, pensó cuánto le disgustan los días así en el cementerio, cuando la consistencia de los fantasmas se hace más densa. El ambiente huele a flores marchitas y a pinos.

—Jose, ¿te sientes bien? —pregunta una mujer.

—Sí, es solo un mareo. Ya se me pasa.

—Hola, Victoria. Cuánto tiempo sin verte.

—Es que yo paso más tiempo entre los vivos —responde Victoria. La mujer es una de las amigas del cementerio de su madre; tiene a su marido enterrado a dos lápidas a la derecha.

—Llévate a tu madre, niña; no se ve muy bien.

Victoria afirma con la cabeza; termina de colocar las flores, toma a su madre por el brazo y se encaminan a la salida.

—¿Te llevo a la casa? —le pregunta a su madre cuando están dentro del coche. Josefina niega con la cabeza.

—No, no quiero estar sola.

—Yo tengo que ir al hospital, quedé de verme con Jonatan y Mónica.

—¿Al hospital? Déjame ir contigo, por favor.

—No, no puedes ir conmigo. Te voy a dejar a la casa.

—Por favor, no quiero estar sola. No puedo estar sola, algo muy malo va a pasar.

Victoria se lo piensa por un momento, conoce esos instantes previos a un ataque de pánico de su madre. Mueve la cabeza y da un suspiro largo.

—Está bien, pero no creo que nos dejen entrar a todos.

—No importa, me quedo en la sala de espera o en el coche. No quiero estar sola en la casa.

—¿Quieres otra pastilla? Te veo muy nerviosa.

—Sí, Vico, la necesito.

Apenas arranca, recibe una llamada, pero no responde. En la pantalla aparece el nombre de Gloria Salgado. No quiere hablar con ella con su madre presente.

—¿No vas a contestar?

—No, la llamo luego.

Mónica y Jonatan reciben a Victoria en el hospital

—¿Dónde has estado? —la increpa Blanco.

—Lo siento, tenía unos pendientes con mi madre.

—Victoria, de verdad que no entiendo qué pasa contigo. Les fallamos por completo a los Domínguez.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—Fue culpa mía; no debí insistir con lo de Valle de Bravo —interrumpe Mónica.

Jonatan mira a las dos mujeres, pasea la vista de una a la otra. Sacude la cabeza con desaprobación; luego, comienza a explicar.

—Acabo de enterarme de que Los Elegidos de Dios tienen más de un año dentro de dos cárceles en Guerrero para hacerse de una escolta de sicarios para su líder. Los vuelven adeptos incondicionales, de preferencia no muy inteligentes o con el cerebro casi frito por la droga. Nadie sabe cómo salieron de prisión; obviamente, hay muchas personas embarradas dentro de los penales, pero creo que los Elegidos tienen conexiones muy arriba. Los Domínguez y otras dos familias estaban decididos a sacar a sus hijos de donde estaban reunidos, en un motel cerca de Viaducto. Eran dos jovencitas y un chico, todos menores de edad. Éramos su última esperanza; las familias habían pedido apoyo de las autoridades para que los acompañaran. Nadie les hizo caso, como siempre; llegaron solos y uno de los padres iba armado. Armando Domínguez está herido, pero desconozco la gravedad. Tampoco tengo claro qué pasó con los hijos, es todo lo que pudo explicarme un agente.

—¿Alguien murió? —pregunta Victoria.

—No lo sé.

—¿Quién te avisó?

—Yolanda Domínguez. Cuando llegó al hospital me llamó; en el consultorio le di mi número y le pedí que me llamara en caso de alguna emergencia. Me dijo que no sabe nada de su hija, no la encontraron en el motel. Estaba desesperada, colgó muy rápido. No he podido volver a hablar con ella.

—¿Es tu madre? —pregunta Mónica al ver a Josefina sentada en la sala de espera, y se encamina hacia ella.

—Entonces no sabemos qué pasó con su hija.

—Me enteré de muy poco. Les fallamos, Victoria.

El celular distrae a Victoria; de nuevo es Gloria:

—Lo siento —dice, mostrando el aparato a Jonatan con el nombre de la

mujer en la pantalla—. Debo decirle que ya no podré acompañarla.

—Contesta —le dice Blanco—. Por ahora no podemos hacer nada.

Gloria no le da oportunidad a decir nada, pues le pide que se encuentren en la oficina de su marido

—Es urgente, por favor —le suplica, casi sin poder pronunciar las palabras por el llanto.

—¿Por qué ahí? —pregunta Victoria.

—Ahí tendremos más privacidad.

Victoria cuelga el teléfono, arrepentida de haber aceptado, pero con sentimientos encontrados. Se siente culpable de lo sucedido con los Domínguez.

—No pude negarme —le explica a Blanco—. Voy a ver cómo está la situación de la familia Domínguez y luego me voy. Carajo. Por favor, lleva a mamá a casa —pide Victoria a Mónica.

—¿No dijiste que ya no la verías?

—No pude negarme. La escuché muy mal y siento, con lo de los Domínguez, que debo estar con ella. No puedo fallarle también a Gloria.

—No puedes cargar con todos por sentirte culpable —le dice Mónica.

—Ya sé, pero no sé hacerlo de otro modo —Victoria roza su mano—. Voy a investigar quién puede informarnos de la situación de los Domínguez.

Una hora después, Victoria conduce rumbo a la oficina de Antonio Salgado. Cuarenta y dos minutos después ya está sentada en la sala de espera, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda. El aroma a lavanda le pica en la nariz. Mueve los pies ansiosa; su movimiento agita el sillón y produce un rechinido molesto para la secretaria, quien tuerce un poco los labios y piensa en llamar a alguien para arreglarlo o solicitar la compra de uno nuevo.

—¿Le puedo ofrecer algo?

—¿Por qué trabaja en sábado? —espeta Victoria.

—Siempre trabajo los sábados; aquí no se acaban nunca los pendientes.

Victoria asiente en silencio y vuelve la vista a la copia del cuadro de Dalí frente a ella: *La muchacha en la ventana*. Tiene un poster de esa pintura en casa, pegado en su habitación. Se lo regaló Clara, lo había visto en una tienda y le recordó a Victoria asomada a la ventana de su cabaña en Nueva Armonía. Los colores azules del mar, y del vestido de la hermana de Dalí, ya aparecen

decolorados en la copia de su habitación. Palidecen, como la imagen de Clara en su memoria. Cuando era más joven le gustaba perderse dentro de la pintura: imaginaba los pensamientos de la muchacha; soñaba con estar algún día en Cadaqués con Clara y mirar juntas al mar. Después de la desaparición de su hermano, se quedaba en su habitación con la mirada fija en el poster. Casi podía sentir la brisa al mover las cortinas y los rizos de la hermana del pintor. Cuando terminó de fracturarse la relación entre Clara y ella, cuando el desgaste era demasiado evidente y no había modo de poner trabes y palancas a la estructura que se colapsaba, arrancó el poster y quiso hacerlo pedazos; romperlo, así como ella se sentía rota por dentro, sin posibilidad de arreglo. No lo hizo. Al final, solo le arrancó una esquina y la pegó con cinta adhesiva.

—¿Disculpe? ¿Licenciada? —se dirige a ella la secretaria, por segunda vez.

—¿Perdón?

—Licenciada, disculpe. La señora Salgado está retrasada.

—¿Cómo? —Victoria, se pone de pie y se acerca al escritorio de la secretaria.

—Algo se les presentó.

—No es posible, hace una hora hablamos para vernos aquí. La llamaré.

La secretaria se encoge de hombros.

Victoria niega con la cabeza.

—No contesta. Quizás sucedió algo con su hijo. Trataré de comunicarme después. No lo entiendo. Pero no puedo esperarla más.

Victoria sale del elevador a la planta del estacionamiento y levanta un poco la cabeza para buscar su Golf blanco con la defensa abollada. El sitio huele a escape de coche y neumático. Busca su cajetilla de cigarros y el encendedor; cuando suelta la primera calada, escucha detrás de ella una voz de hombre

—Victoria, no te muevas.

Ella gira nerviosa y se encuentra con Gloria y un hombre cuyo rostro no le dice nada.

—Soy Antonio, ¿me recuerdas? Fuimos compañeros en Nueva Armonía.

—¿Antonio? —El nombre le resuena en la memoria.

—Vamos a mi oficina, ahí hablaremos —dice él y apunta al elevador.

—Acompáñanos —interviene Gloria.

Los tres caminan escoltados por dos guardias de Antonio. Victoria los mira con desconfianza. Gloria se da la vuelta para no darle la espalda y le sonríe de soslayo; tiene los ojos inflamados. *Está más nerviosa que la última vez*, piensa Victoria. La madre de Benjamín entrelaza las manos y se truena los nudillos.

Victoria escucha el colapso de las burbujas en las articulaciones. Salgado mira a su mujer, Victoria observa el gesto en silencio, preguntándose quién es ese hombre. Ella lo sabe, se lo ha repetido a muchos de sus pacientes con trastorno de estrés postraumático: solo se recuerda parte de los hechos, porque el inconsciente trata de protegernos frente a situaciones dolorosas. Victoria recordaba escenas de lo ocurrido en Nueva Armonía, no la película completa. Había olvidado nombres y rostros.

Salgado le dice a la secretaria que se vaya a su casa y regrese el lunes.

—Siéntate —ordena, dentro de su oficina.

—Prefiero no hacerlo —dice Victoria, mirando a los dos guardaespaldas apostados en la puerta de entrada.

Gloria se acerca a la ventana y le da la espalda a los demás; su respiración empaña el cristal.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunta Salgado.

—¿Qué?

—¿Dónde está mi hijo? —repite, casi en un rugido.

—No entiendo, ¿por qué me preguntas eso? —Victoria busca con desesperación el recuerdo de Antonio Salgado en su memoria. Da un paso hacia atrás y los escoltas uno hacia delante— Gloria, ¿qué pasa?

La madre de Benjamín mueve un poco la cabeza. Abre la boca, pero no se da vuelta ni dice una palabra.

Estuve ahí cuando mataron a Tomás Huerta, le había confesado Salgado a su mujer hace unas horas. Antonio le habló de Sebastián Gómez y su hijo, muerto el año pasado. *Fueron ellos, yo no lo maté,* le repitió muchas veces. *Aunque traté de detenerlos estuve ahí. El secuestro de Benjamín una venganza.*

Gloria perdió el control y se abalanzó sobre su marido; lo golpeó en el pecho con los puños. *¡Van a matar a mi hijo por tu culpa!*, le gritaba. Salgado permaneció incólume, y continuó hablando mientras ella se desahogaba. Le contó que había muerto otro muchacho, Miguel Beltrán Flores. Se lo dijo con la imagen de Miguel cayendo en el pozo. Ella se detuvo por un momento: *¿Beltrán Flores?*, preguntó al desplomarse sobre el sillón. *Ese es el apellido de la doctora que nos recomendó Díaz, Victoria Beltrán Flores*, dijo, casi sin aliento.

Los ojos de Antonio se abrieron por completo. Gloria no lo supo, pero en ese momento, en la memoria de su marido se proyectaron, a una velocidad irrefrenable, una serie de imágenes: el incendio, Victoria gritándole a su hermano, los policías dispersando a la gente, Antonio con su padre y su

hermano Gonzalo corriendo rumbo a su vehículo.

Cuando vio gritar a Victoria, en medio de todos y con el fuego enmarcando la escena, quiso acercarse y decirle dónde estaba Miguel. Deseó confesarle su caída, aunque él ni siquiera lo había tocado: fue un accidente. No se atrevió. Su padre lo tomó del brazo y lo arrastró hacia el coche. Intentó gritar el nombre de Victoria, pero no pudo. Tampoco dijo nada cuando dio su declaración y dijo haber estado con Sebastián todo el tiempo. Se habían puesto de acuerdo en la versión que darían: ni una palabra más, ni una menos. Sebastián, convertido en un autómata, afirmó y casi memorizó las palabras de Salgado. Cuando Josefina y Victoria llegaron a su casa para preguntar por Miguel, o investigar si había visto algo, lo que fuera, él aseguró no saber nada.

Victoria tiene a nuestro hijo, repitió Antonio cuando terminó de hablar.

Tras la confesión de su marido, a Gloria le había parecido muy básica la idea de acusar a la psicóloga, pero conforme avanzó la noche la acusación fue tomando consistencia en su cerebro. Era algo sólido a lo que aferrarse, una posibilidad para encontrar a su hijo, y ella estaba dispuesta a aferrarse a lo que fuera.

—Es una venganza por tu hermano, ¿verdad, perra? —se acerca tanto que Victoria tropieza con la silla, una imitación Brno, donde termina sentada. Salgado la amenaza con el puño—. Te lo voy a preguntar por las buenas, por última vez. ¿Dónde está Benjamín?

—No lo sé, imbécil. Muévete —le dice y trata de levantarse, pero los dos guardaespaldas la empujan hacia abajo por los hombros.

—Dime, por favor, ¿dónde está mi hijo? —suplica Gloria, al darse la vuelta. Apenas puede pronunciar las palabras.

—¿Por qué buscaste a mi mujer? ¿Quieres vernos sufrir?

—Idiota, yo fui a ver a tu mujer porque me lo pidió Rogelio Díaz. Tú mujer me buscó.

—Entonces están coludidos Díaz y tú.

—¿Coludidos? A ver, vamos a tratar de razonar un poco. Dile a tus animales que me suelten.

—No, Victoria, ¡confiesa!

—Antonio, claro, Antonio... ya te recuerdo. El abusivo del campamento —dice Victoria de pronto, cuando un recuerdo se detona en su memoria y casi puede escuchar a Antonio insultar a los demás.

—Por favor, te lo suplico, dime dónde está mi hijo —Gloria se acerca a ella.

—Gloria, no sé dónde está tu hijo, te lo juro.

—Tú asesinaste al hijo de Sebastián.

—¿Al hijo de Sebastián?

—El año pasado, con una chingada. ¡Deja de fingir! —ruge Antonio tan cerca que unas gotitas de saliva caen en el rostro de Victoria.

Ahora es Victoria quien abre mucho los ojos:

—Era el hijo de tu amigo, en el río… —dice y vuelve a intentar ponerse de pie. Recuerda a Sebastián, le había dado la bienvenida, por orden de James Cox, y le dijo que esperaba que se quedara con ellos.

—¡Carajo! —grita Antonio al dar una bofetada a Victoria. No alcanza a caer al piso porque uno de los escoltas la sostiene.

—¡Cabrón!

Victoria se acaricia la mejilla y cierra los ojos. Su cerebro va a mil revoluciones por minuto para tratar de escapar de ahí. De pronto, en un movimiento reflejo, se levanta y empuja a Antonio; esta vez, los guardaespaldas no alcanzan a detenerla. Antonio se golpea la espalda contra su escritorio, pero a Victoria la atrapa por un brazo uno de los hombres.

—¡Suéltame! ¡Imbécil!

Antonio avanza hacia Victoria con un puño en alto, y Gloria lo detiene.

—¡Alto, Antonio! Esto es una locura.

Antonio, con la respiración agitada y los ojos inyectados, colmados de rabia y desesperación, se detiene, mira a su mujer y luego a Victoria. Se sienta un momento sobre el escritorio con la respiración muy acelerada. Abre y cierra los puños, busca el frasco de pastillas dentro del bolsillo de su pantalón y se mete una a la boca. Victoria mueve la quijada con una mano; le duele.

—Lo siento —dice Gloria y comienza a repetir a Victoria las palabras dichas por su marido sobre el hijo de Sebastián. Luego, Antonio la interrumpe y habla de Gabriela, del correo con la imagen de Tomás Huerta.

—Ustedes asesinaron a Tomás y a mi hermano, ¿verdad? ¿Qué hicieron?

A todas las preguntas, Antonio responde negativamente.

—Debemos ir a Valle de Bravo —se dirige Gloria a Victoria.

—No, yo no voy. Tu hijo no es cosa mía.

Victoria se levanta de un salto

—No puedes retenerme, imbécil. Yo no tengo a tu hijo, carajo. —Un guardaespaldas la toma del antebrazo—. Retenerme en contra de mi voluntad es un delito. Me buscarán. ¿Mataste a Miguel? ¿A Tomás?

—¡Cállate!

El madrazo la toma por sorpresa. Victoria grita, cae al piso, y la sangre brota de su nariz.

—¡Cabrón! ¿Qué te pasa?

—¡Antonio! —interviene Gloria, mientras ayuda a Victoria a levantarse—. No puede ser. Vete, Victoria, lárgate de aquí.

46

En algún lugar de México

Benjamín sigue en el suelo, en el mismo lugar donde cayó hace unas horas.

La primera vez que perdió el conocimiento tenía diez años, en un partido de beisbol. Estaba en primera base cuando un pelotazo le pegó justo en medio de la frente y cayó al suelo. El equipo entero corrió a verlo; su madre, que estaba en las gradas, saltó hasta la cancha sin pensar en la altura. Lo llevaron a la enfermería y cuando abrió los ojos, para su madre fue como si resucitara.

Ahora abre los ojos; tiene la vista borrosa y se esfuerza por enderezarse, pero se siente mareado y regresa la cabeza al suelo.

—Benjamín —escucha una voz de mujer.

—¿Mamá?

El techo, con sus vigas, pierde consistencia.

—Benji.

Gira la cabeza.

Benjamín intenta sentarse. Imagina a su madre junto a él. Benjamín se deja abrazar, cierra los ojos.

—Mamá. Tengo miedo.

—No llores.

Los ojos se le llenan de lágrimas. Por un momento, siente que todo estará bien.

47

Madrid

Abrocho mi cinturón de seguridad. Me persigno como reminiscencia de mi educación católica; un ritual para ahuyentar el miedo a volar. El avión se mueve y miro por la ventanilla; luego, de reojo a mis compañeros de asiento: una mujer mayor y un muchacho. Regreso la vista afuera.

Despegamos.

La ciudad se convierte en una maqueta, un hormiguero. El avión se eleva más y Madrid es ahora una idea bajo las nubes. Cierro los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta la mujer junto a mí, y me da un toquecito en el brazo. Abro los ojos y la miro, sin saber qué responder.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Respirabas muy agitada.

—Estoy bien.

Vuelvo a recargarme en el asiento, cierro los ojos y me hago consiente de mi respiración. Mi país es una trampa pegajosa, como para cazar ratones.

Inhalo y exhalo, consciente no solo de mí, sino de mis vecinos de asiento. Les echo una mirada con los ojos entrecerrados; deben preguntarse si soy uno de esos pasajeros con fobia a volar y, en cualquier momento, me asaltará un ataque de pánico. Puede ser peor: quizás vomite y los salpique. Estoy tentada a fingir; por lo menos, a toser sin control y buscar la bolsa para el mareo. Quizá pidan cambiar de asiento y me dejen la fila entera para mí sola.

—Disculpa.

La mujer vuelve a tocarme el brazo; entonces, abro los ojos y me tiende una botella de agua.

—Gracias —digo y la coloco en el bolsillo del asiento de enfrente. Ella me

mira, molesta. Tomo de nuevo la botella, giro la tapa, doy un trago. Les sonrío; ambos parecen satisfechos. Dejo la botella entre mis piernas. Me incomoda la gente demasiado amable o intrusiva.

Vuelvo a cerrar los ojos.

Todos los días, desde que era niña, tengo la sensación de estar en el lugar equivocado. El único lugar correcto era Nueva Armonía. *Aquí perteneces*, me decía James Cox.

Tengo miedo de ir a México.

En mi mente aparece la imagen del correo de Victoria. Abro los ojos y busco el celular dentro de mi chaqueta; luego, miro la noticia para examinarla con calma, lejos de la mirada de Pablo, Eva e Inés. Me despedí de Inés con prisa, pues Pablo aparcó el coche en doble fila; apenas tuvimos tiempo de darnos un beso rápido, abrazar a Inés y decirles muchas veces cuánto los extrañaré.

Acerco la imagen, el estómago se me encoge y el corazón se acelera. La Clara verdadera: mexicana, madre de Mariana e hija de mis padres, comienza a despertar. La Clara de Madrid, quien finge ser feliz y merecer una vida perfecta con el marido perfecto, una vida casi de Instagram, esa Clara se dormirá. Como si tuviera una doble personalidad.

Examino al muchacho en la imagen; tiene el cuerpo en una postura imposible, estrafalaria. Un cuerpo sin vida es un objeto enigmático, absurdo en cierto modo. ¿Por qué dejamos de nombrar a una persona cuando muere, y su rostro, su ser entero se convierte en solo cuerpo?

Desvío de nuevo la vista a la ventanilla, ahora oscurecida. Me encuentro con mi propia imagen, acomodo un mechón lacio detrás de la oreja. Hace años comencé a alisarme el pelo con productos químicos. Después de divorciarme quería reinventarme, ser otra, y comencé por mi cabello rizado. Quizás, cuando vuelva a Madrid, después de enterrar a mi madre y estrenarme como abuela, me tiña el cabello de otro color; estoy considerando teñirme de pelirroja, como las monarcas. Me esforzaré en adquirir el acento castizo, cecearé y terminaré la metamorfosis. Ya no quiero migrar de un lugar a otro. Aprovecharé la orfandad para renacer.

Pendejadas.

Giro la perilla de aire sobre mi cabeza, necesito respirar. ¿Quién es ese muchacho? Tengo que hablar con Victoria apenas aterrice. Siento la viscosidad, el pegamento de la trampa mexicana.

Un muchacho muerto.

Mi madre morirá.

Mi nieta nacerá.

Mi madre se convertirá en un cuerpo. Despegará como un avión y verá la tierra pequeñita, como un hormiguero gigante. Quizás incluso recuerde el tiempo que invirtió en su guerra contra los bichos. El avión me acerca a ti, mamá: siento con más fuerza tus lazos energéticos. Todavía no sé cómo perdonar, pero estoy buscando el camino.

Mi flujo mental es, en verdad, pendejísimo.

—¿Pollo o pasta? —me pregunta la azafata.

—Pasta —respondo y extraigo la mesa de servicio; me dormí en algún momento. Retiro el papel aluminio del paquete de comida y me asalta el recuerdo de mi madre cubriendo los refractarios donde llevaba la comida para sus clientes. Su menú también se dividía en pasta o carne.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta la mujer junto a mí, con la pasta de tornillo en el tenedor.

Por el modo de comer pasta se conoce el carácter de las personas, decía mi madre, en el modo de enrollarla, cortarla o succionarla, se encuentra la parte esencial de la personalidad.

—Clara —respondo.

—Ana María, mucho gusto —dice, con acento mexicano—. ¿De vacaciones en España?

—No, vivo en Madrid.

—Qué suerte; es un país precioso y muy seguro. Yo vivo en Ciudad de México, en el sur, Coyoacán.

—Qué curioso, yo vivía ahí de niña.

—Ya no será el Coyoacán que conociste. Ha cambiado mucho.

—Mi hermano y mi madre viven ahí todavía.

—¿Vas a visitarlos?

Dudo en responder, ya he contestado demasiadas preguntas:

—Sí, mi hija va a tener un bebé.

—No lo puedo creer, eres muy joven.

—Fui madre a los dieciséis.

—Y yo a los dieciocho. Ahora tengo setenta y no sé por cuánto tiempo me atreveré a viajar sola. Quizás el próximo viaje deba invitar a alguna de mis hijas. Tengo tres mujeres y un hombre. Tus padres estarán muy contentos de ser bisabuelos.

—Mi madre está muy enferma.

—Lo siento mucho.

La azafata retira los restos del servicio de comida. Mientras le entrego mi charola, la vecina de asiento continúa:

—Leí por ahí que el nivel de confianza que tomas con un desconocido es mayor al de un amigo, incluso al de un terapeuta. Tenemos un montón de horas por delante, ¿quieres contarme sobre tu madre? Tal vez te sirva de desahogo.

No sé qué responder; sin embargo, comienzo a hablar. Necesito desenredar mi cabeza, llegar a México tranquila.

—¿Eres psicóloga?

—No, qué va. Soy madre, abuela, tía, amiga. Tengo muchos años, muchos kilómetros recorridos. Los mayores somos mejores que los psicólogos: tenemos la sabiduría para aconsejar, para responder, para entender. Eso no se imparte en ninguna universidad, solo lo da la experiencia de vida. Aunque, en esta época, los viejos somos artículos descontinuados.

Sonrío.

—Espero recordarlo cuando llegue a su edad.

—¿Qué tiene tu madre?

—Un tumor cerebral. La operaron, pero no pudieron sacarlo por completo. El doctor nos dijo que con la quimio lograrían mantenerlo sin actividad; con suerte, desaparecerlo. Estuvo bien por un tiempo, algunos años. El año pasado comenzó con pequeños olvidos, casi inadvertidos, pero no tardaron en hacerse evidentes. Hace unos meses olvidó mi nombre, el de mi hermano, el de su marido, el suyo. A veces pienso que para irse de aquí debió primero deshacerse de su equipaje y morir vacía.

Permanezco un momento en silencio. Luego, agrego:

—Terminó en la cama, con la vista perdida en el cielo raso de su habitación.

—Cuánto lo siento.

—Bueno, es lo que hay.

Las lágrimas rompen el dique y la vecina me entrega un paquete de pañuelos desechables.

—Discúlpeme. Tengo las emociones a flor de piel. La ida a México, mi madre, mi hija, la fecha. —Intento controlarme. Saco los pañuelos y me limpio las lágrimas—. Nunca voy a México en esta fecha; trato de evitarlo, pero es como si el país me llamara. Prefiero pasar estos días en España. —Mi vecina

asiente, como si comprendiera de lo que hablo. Siento dentro la misma turbulencia por la que atraviesa el avión.

Yo no era cariñosa con mamá, no me lo permitía; eso me hacía débil, y yo debía ser fuerte para las dos. No ser cariñosa también era mi forma de castigarla por no divorciarse de mi padre y permitir su violencia, sus abusos.

—Se volvió muy miedosa. Su barrio se convirtió en un territorio desconocido, como casi todo en su vida: un lugar atemorizante. La última vez que la visité me tomó de la mano, como si fuera una niña pequeña, otra hija. La llevé a caminar a los viveros con sus árboles centenarios. Ella los observaba como si fuera la primera vez. Es curioso, pero me sentía feliz de llevarla de la mano, de cuidarla y protegerla. Pero será mejor que duermas. Todavía quedan muchas horas de vuelo. Gracias por escucharme.

48

Ciudad de México

—Victoria no se ha comunicado todavía —dice Josefina a Mónica—. Debemos ir a la iglesia a ordenar la misa, quedó de llegar temprano.

—Todavía nos queda un rato aquí, ya casi terminamos.

Mónica se acerca a revisar el cabello de Josefina, saturado de tinte. Cuando la llevaba de regreso a su casa, Josefina se lamentó por el estado de su cabello, y Mónica se ofreció a teñirlo.

—Soy experta, hice un curso de colorista y estilista, entre los miles de cursos que he tomado —le dijo, y acompañó sus palabras con una risita. Josefina se lo pensó un poco y aceptó la oferta.

—Total, peor no puede quedar.

Compraron el tinte en la farmacia. La ansiedad de Josefina iba en aumento y debió tomar un ansiolítico. *Es la fecha*, se disculpó, *estos días siempre me ponen muy mal.*

—¿A dónde fue Victoria?

—Con un matrimonio. Al parecer tienen un hijo secuestrado, una situación terrible. Se llaman… espera, ahora me acuerdo del nombre.

—Pobre familia.

—Me dijo que estaría aquí lo más pronto posible.

—Ojalá.

—Salgado.

—¿Salgado?

—Sí, así se apellidan.

—¿Cómo se llama el esposo? —pregunta Josefina, poniéndose de pie.

—¿Antonio?

—No puede ser. Quítame esto de la cabeza y llama a Victoria. No puede ser.

¿Por qué fue con ellos?

—No lo sé. Su amigo de la Secretaría de Seguridad los puso en contacto y la mujer le llamó para verse con el marido. ¿Qué pasa? No te puedo quitar el tinte, quedará fatal.

—Ellos son… Dios mío. —Josefina abre la llave del lavabo y mete la cabeza dentro. La cerámica blanca se tiñe de castaño claro dorado. Desesperada, se enjuaga la cabeza, mientras ordena a Mónica llamar a su hija al celular.

—No entiendo, Josefina. ¿Qué pasa? Explícame.

—Es uno de ellos. María Huerta me lo dijo, pero nunca lo imaginé. ¡Quítame esto! —grita mientras escurre la pintura por su rostro.

—Agáchate de nuevo, voy a lavarlo con champú. Victoria no contesta, debe estar ocupada.

—Lávame rápido y vuelves a marcar, por favor.

Victoria cierra la puerta de la entrada. Mónica y Josefina escuchan el portazo y salen del baño. Josefina alcanza a tomar una toalla de manos y se la enrolla en la cabeza, mientras camina rumbo a la entrada. Encuentran a Victoria recargada en la puerta, con la mano izquierda sobre la mitad de su cara.

—¡Vico!

Había pensado ir a urgencias, pero necesitaba hablar con su madre y contarle lo que le había confesado Antonio. Los golpes le dolían, pero en el pecho sentía una especie de vacío, como si algo hubiera ardido en su corazón y ella lo exhalara, igual que el humo del cigarrillo. Le dolían la mandíbula, la nariz, los labios, la mejilla, la cabeza, pero se sentía aliviada de saber lo que había pasado con Miguel. Había conjeturado tanto desde su muerte hasta ahora. Le parece tan estúpida la forma de morir de su hermano: caer dentro de un pozo. Volvió a repetirse que, de haberlo acompañado, quizás no estaría muerto. Durante esos veinticuatro años escuchó las frases más gastadas: era su destino, los tiempos de Dios son perfectos, había cumplido su misión, era un compromiso de almas… estupideces, pensaba. Ninguna explicación la consolaba.

A punto de salir de la oficina de Salgado, Victoria se dio media vuelta y se detuvo por un instante que pareció muy largo. Entonces, cuatro palabras se abrieron paso y esperaron unos segundos en su boca, ansiosas por ser liberadas. *¿Cómo murió mi hermano?*

Salgado la miró en silencio, de arriba abajo, como si la escrutara. No podía mirarla a los ojos, sentía el peso de la conciencia, el rumor de la culpa. Escuchó los gritos que lo han perseguido toda su vida y le reventaron el corazón hace

unos años, cuando no se murió del infarto. Los gritos de Miguel cuando cayó al pozo: *¡Ayúdenme! ¡Antonio, ayúdame!*

Y luego, el silencio cuando terminó de caer.

¡Miguel! ¡Miguel! ¿Estás bien?

Silencio. Un minuto, dos, tres. Oscuridad y silencio. Cuando dio la vuelta se encontró con uno de los gemelos. Se miraron a los ojos y echaron a correr. Volvió semanas después con una linterna y una cuerda, pero no encontró el lugar: el incendio había modificado el paisaje. Evitó hacerse preguntas, entre ellas, la más obvia: *¿Habrá muerto con la caída? ¿Murió de hambre, frío o sed?* Tendría que evitar que su padre se enterara, o lo mataría a él. Tal vez lo encerrarían en la correccional de menores. Imaginó tantos escenarios.

Tu hermano apareció de pronto, comenzó a decir Antonio Salgado con los ojos cerrados. *Corrió. No lo pensé y fui detrás de él. Desapareció frente a mí. Cayó dentro del pozo donde lo encontraron. Eso es todo. Un estúpido accidente.*

Victoria entrecerró los ojos, todo su ser concentrado en comprender las palabras de Antonio. Sopesarlas. Cayeron dentro de ella, hasta el fondo, como Miguel en el agujero. Nadie anticipó su reacción, ni siquiera ella misma. Se lanzó sobre Antonio, lo tiró al piso, lo golpeó con los puños hasta que los escoltas pudieron arrancarla de ahí.

¿Por qué no dijiste nada? Eres un cabrón. ¿Cómo pudiste quedarte callado? Eres un hijo de puta.

Victoria pataleaba en el aire, mientras los escoltas se esforzaban en sujetarla. Antonio se sentó en el suelo y se limpió la sangre de la nariz.

¡Ojalá tu hijo se muera!, le gritó al desprenderse de la garra de los hombres. Luego, salió, de ahí.

Al encender el coche, sintió una especie de vacío en el corazón: se había liberado del peso de la incertidumbre.

—Mamá, debemos hablar —dice Victoria a su madre, a quien le escurre agua con pintura de la frente como si fueran pequeños ríos color marrón.

—Vamos primero a curarte esas heridas —dice Mónica.

—Sí, Vico. Vamos a curarte y luego hablamos.

Sentada en el baño de la recámara de Josefina, Mónica le limpia la sangre seca con una toalla húmeda.

—Al final, Mónica te pintó el pelo —dice Victoria al mirar la caja del tinte, la toalla manchada y el lavabo con restos de pintura. Entrecierra un ojo por el dolor de la cara e intenta sonreír, pero solo consigue un gesto de dolor.

—No hables, no te puedo curar.

Victoria permanece en silencio. El olor a agua oxigenada impregna el ambiente y se queja cuando pasa la gasa por la herida en la mejilla.

—No necesitarás puntos, pero dejará cicatriz —dice Mónica.

—Mamá. —Victoria, se levanta de la silla, se mira en el espejo y palpa la herida de su boca—. Debo contarte dónde estuve.

—Vico, yo…

—Espera, mamá, no me interrumpas.

—¿No deberíamos hablar fuera del baño? —pregunta Mónica.

Las tres mujeres se mudan a la cocina. Josefina sirve un vaso de agua a su hija:

—No tenemos algo más fuerte. El otro día se tomaron lo último de alcohol que tenía en casa.

Victoria da un trago al agua y la boca le duele, pero le dolerá más a su madre remover el pasado.

Comienza a hablar de lo sucedido con Antonio Salgado, desde la petición de Díaz y la primera visita a Gloria.

—Debemos ayudarlos a encontrar a su hijo o lo van a matar —dice Josefina en cuanto Victoria termina la explicación.

—Ma, ¿escuchaste? Él fue culpable de la muerte de Miguel.

Josefina alarga un brazo hasta su hija, le toma una mano y la acaricia.

—¿No sientes alivio por saber cómo murió Miguel?

—Y mucho coraje. El cabrón no dijo nada durante los dos años que estuvo perdido. ¡Dos años! Es un imbécil. Un cabrón. Dos años nos tuvo imaginando lo peor, buscando en los sitios equivocados. Pudo haber dicho que fue un accidente. Quizá él lo empujó, lo golpeó y lo arrojó al pozo. ¿Por qué no dijo nada? ¡Mierda! ¡Mierda! —Victoria acompaña cada palabra con una patada al suelo. Se levanta de su silla, camina en círculos por la cocina—. ¿Será muy tarde para acusarlo? Lo voy a refundir en la cárcel al cabrón. ¡Su hijo se va a morir y va a pasar el luto en la cárcel!

Josefina y Mónica miran a Victoria con desconcierto y luego intercambian miradas entre ellas. Mónica levanta las cejas y los hombros. Victoria es un planeta fuera de órbita. Se detiene de pronto en medio de la cocina, como un trompo al que se le ha acabado el impulso, se dobla por la mitad, no puede evitar una carcajada y termina sentada en el piso. Mónica la observa con una sonrisa. Josefina se retuerce las manos y luego se lleva la uña del dedo índice a

la boca.

—Digo muchas idioteces cuando estoy enojada, ya lo sé.

—La risa es… —Mónica quiere decir algo, pero se detiene a media frase, levanta los hombros y sonríe de lado a Victoria.

Josefina se levanta de su silla y ayuda a su hija a ponerse de pie, Victoria la abraza.

—Mamá, tienes que volver a pintar. Necesitas vivir, necesitamos hacerlo.

Josefina abraza a su hija, le pasa una mano por la cabeza y la rodea con los brazos.

—Gracias —le dice en voz baja—. Gracias, Vico, por quedarte conmigo.

Permanecen así por casi un minuto. Luego, suelta a su hija y le revisa de nuevo las heridas. Se sientan una en cada silla. Victoria le da un trago a su vaso, Mónica le entrega una bolsita de plástico con hielos envuelta en un trapo de cocina para los golpes.

—¿Estás bien? —pregunta Mónica. La psicóloga levanta los hombros y responde:

—Lo mejor que puedo estar.

—Vico —comienza a decir Josefina, hace una pausa para respirar profundo —. Lo que daría por un cigarro —dice de pronto. Hasta a ella misma le sorprenden sus palabras. Hace diez años dejó de fumar, cuando tuvo una neumonía que casi la mata. Sus pulmones quedaron muy dañados y desde entonces necesita los inhaladores—: Hace años, María dijo que quería vengarse de Sebastián Gómez y Antonio Salgado, los asesinos de su hijo.

—¿Cómo?

—Trató de convencerme de vengarnos juntas.

—A ver, ma, ¿qué dices?

—Debí decírtelo antes. Traté de hacerlo con la terapeuta, pero no pude. Si te lo hubiera dicho, no estaría muerto el hijo de Sebastián ni…

—Mamá, mamá, mamá. A ver, explícate más despacio. ¿Cómo sabes de la muerte del hijo de Sebastián?

Josefina le da un trago grande a su vaso y luego se sirve otro poco de agua.

El día de la misa de difunto de Miguel, María se presentó en la iglesia. La noticia había aparecido en los periódicos: *Encuentran cadáver de Miguel Beltrán. Un muerto más del incendio de Nueva Armonía*. Las notas eran muy amarillistas. María y Josefina no se habían vuelto a ver desde el día que la segunda, acompañada de su hija, se presentó en casa de los Huerta unos días después de

la muerte de Tomás; quería saber si Antonio tenía alguna pista de Miguel. Cuando por fin les permitieron enterrarlo, Josefina compró tantas flores para la misa de cuerpo presente —por fin presente— que parecía más una celebración que un funeral.

El aroma de las lilas hizo sentir enfermo a más de uno. Fue una tarde típica en la Ciudad de México: lluviosa y gris. En el cementerio, Josefina escuchaba las paladas de los enterradores, mientras observaba la llovizna morada y lila de las jacarandas del lugar. Se sorprendió pensando en las tonalidades de lila conforme la luz cambiaba.

El día que recibieron la llamada de un hombre diciéndoles el lugar donde había caído Miguel, la esperanza de encontrarlo vivo se apagó, como vela de cumpleaños. Las palabras del hombre sofocaron la llama, dejando un pabilo ennegrecido y un espiral de humo negro salió del corazón de Josefina. Unas flores de las jacarandas cayeron muy cerca, ella las recogió y las guardó en un bolsillo de su pantalón. Se preguntó la edad de los árboles. Había estado muy molesta porque no le permitieron incinerar el cuerpo y llevarlo a la cripta de la iglesia del Pedregal de San Ángel, donde acudía a misa todos los domingos. Las jacarandas, custodias de la tumba de su hijo, le robaron toda su atención y la mantuvieron con la vista alejada del pozo oscuro que se tragaba a su hijo, era menos profundo, pero igual de negro que el agujero donde estuvo perdido dos años. Quizás era mejor que su hijo permaneciera junto a las raíces de esos árboles y no dentro de una cripta fría y también oscura.

Rafael Beltrán, su marido entonces, la devolvió al presente, justo cuando los enterradores se alejaban y ella hacía cálculos de la cantidad de pigmentos azul, rojo y blanco para recrear el tono lila de las flores en sus óleos. La tumba de Miguel se convertiría en el motivo que pintaría todos los días, llenando cuadernos y cuadernos de bocetos con lápices de colores. María se acercó a abrazarla y le dijo, señalando con una mano hacia algún sitio indefinido en el cementerio:

Nuestros hijos murieron el mismo día y ahora están enterrados en el mismo lugar.

La madre de Tomás se limpiaba los ojos húmedos. Josefina no había derramado una sola lágrima.

La visita a las tumbas de Miguel y de Tomás se convertiría en su rutina diaria, su vida en el cementerio.

Al día siguiente del entierro, Josefina abrió los ojos. La asaltó un ataque de tos, ataques cada vez más frecuentes, escupió en un pañuelo una flema roja y

respiró tratando de calmarse. Su marido se empapaba la cara y se miraba, en el espejo del baño, los ojos hinchado. Había llorado gran parte de la noche, tanto que debió voltear tres veces la almohada, había echado fuera el llanto contenido durante dos años. Josefina no lo escuchó: durmió por primera vez desde la desaparición de su hijo. Rafael Beltrán se secó la cara, salió del baño, se sentó junto a su mujer y dijo: *Ya terminó.*

Josefina inhaló profundo. Su marido permaneció en silencio a la espera de su respuesta, pero ella solo dejó escapar el aire por la nariz y movió la cabeza arriba abajo.

No debí arrastrarlos a la iglesia de James Cox, a su pesadilla, dijo él. *Lo siento tanto.*

Josefina lo dejó asumir la culpa. Pensó en Cristina y en su amistad, razón por la que Rafael y James se conocieron. Desde que desapareció Miguel el 21 de enero de 1995, cuando su marido le pidió perdón por primera vez, Josefina había permanecido en silencio, con el sentimiento de culpa carcomiéndole el alma.

Los dos fuimos culpables, aceptó Josefina cuando encontraron los restos. Durante los dos años de desaparición lo había dejado repetir su letanía de haberlos arrastrado a la iglesia de Cox. Había sido tal la necesidad de Beltrán de creer y de fundar una comunidad con tanto ahínco, que a veces parecía que Nueva Armonía era más su sueño que de James Cox.

La relación entre Cox y Beltrán se dio en un momento de crisis por parte de los dos. Una relación codependiente, de espejo. Llegó a ser el amigo más cercano del Hermano James, en quien se apoyaba y con quien compartía sus ideales, el pilar que Cox necesitaba, quien nutría sus convicciones y lo estructuraba. A Beltrán le gustaba decir que él era un *selfmade*, no había conocido a su padre, pues su madre jamás le confesó su identidad. Costurera de profesión, cada vez que su hijo le preguntaba, remendaba tanto la historia que Rafael Beltrán jamás logró desenredar la madeja de su origen. Creció entre hilos y agujas y no fue extraño que terminara con una maquiladora de ropa.

La mañana después de haber enterrado a Miguel, Josefina dijo a su marido por primera vez la frase que se convertiría en su mantra de todos los días: *Voy a ver a Miguel al cementerio.*

—¿Recuerdas que hace unos años María y yo volvimos a ver a Pilar

Sandemetrio? —pregunta Josefina.

—Sí, tiempo después de que Clara se fue a Madrid.

—La culpamos por no haber impedido la muerte de nuestros hijos. La hicimos responsable. Nos reunimos en un café, le dijimos muchas cosas que no debimos haber dicho. Necesitábamos desquitarnos, vomitarle encima todo nuestro enojo. Fue la primera vez que vi las cicatrices de su rostro, la falta de dedos en la mano izquierda y las marcas en los brazos.

—A Cristina Cox y a ella les cayó encima parte del techo de la bodega que se incendiaba —explica Victoria a Mónica—. Pilar, la madre de Clara, estuvo muy grave en el hospital.

—Dios mío —dice Mónica llevándose una mano a la boca.

—Después de ese día, nos vimos con cierta frecuencia.

—Mamá, no entiendo a dónde quieres llegar.

—Espera, estoy nerviosa. Necesito contar las cosas en orden, no me interrumpas.

Victoria afirma en silencio con una mueca de dolor. Se lleva la mano a mejilla, da un trago a su vaso con agua, y luego vuelve a acomodar sobre los golpes la bolsita con hielos para bajar la inflamación.

—Con Pilar hablábamos de nuestra tristeza y de nuestros hijos muertos como con nadie. Todas las demás personas se hartaban de escucharnos, pues a nadie le gusta convivir con una persona rota por dentro. Entre rotas nos completábamos. Un día nos dijo que una persona quería vernos. No nos dijo quién, parecía casi como un juego. Ya verán, no coman ansias. Nos llevó a un hotel sobre Reforma y subimos a la habitación 204.

Josefina rememora las risas nerviosas al entrar a la habitación.

¿Para qué nos traes a un hotel? ¿Tienes a unos muchachones ahí dentro?

Pilar negaba en silencio.

Ya verán.

Cuando se abrió la puerta, vieron a una mujer de espaldas mirando por la ventana. Traía un vestido negro y el cabello lacio debajo de las orejas.

La mujer se dio vuelta despacio. María y Josefina se miraron intrigadas y se encogieron de hombros.

Hola, señoras.

A contraluz no distinguían bien sus facciones. La mujer caminó hacía ellas; cojeaba, apoyada en un bastón. Josefina reconoció de inmediato la voz: Cristina

Cox, la viuda de James.

Cris, dijo despacio, y se acercó a ella. *¿Dónde has estado?*

Ni Josefina ni María la habían vuelto a ver desde la noche del incendio. Se especuló sobre su muerte, había estado muy grave. Dijeron que se había ido a Estados Unidos, sin embargo, la versión de su muerte prevalecía. Josefina fue a buscarla a su casa decenas de veces, tocaba el timbre y golpeaba la puerta hasta que algún vecino le ordenaba callarse. Marcaba su número compulsivamente y permanecía escuchando el tono de llamada como hipnotizada. Necesitaba a su amiga.

Josefina estiró una mano, le tocó un hombro sin animarse a dar un paso más, Cristina se acercó a ella y se abrazaron.

María amenazó con los puños como si fuera a golpearla. La madre de Clara levantó una mano.

¿Sabes cuánto tiempo te buscamos? Por culpa de tus hijos y tu secta de mierda los nuestros están muertos. ¿Cómo es posible que te largaras así?

María empujó a Pilar y se abalanzó sobre Cristina. La viuda de Cox cayó al piso y se golpeó contra una silla. La madre de Clara alcanzó a detener a María.

Entiendo tu enojo, dijo Cristina, al tratar de incorporarse. El vestido había dejado al descubierto las piernas deformes, cubiertas por cicatrices, así como la falta de la pantorrilla izquierda y la prótesis en su lugar. Josefina la ayudó a ponerse de pie y sentarse en una silla; parecía una mujer muy mayor. Le preguntó por qué no la había buscado, cuánto la había extrañado. Ambas lloraban, se contenían una a la otra, se restauraban.

—¿Cristina? ¿Estuviste con ella y no me lo dijiste? —reclama Victoria, casi a gritos.

—Juramos jamás hablar de ese encuentro.

—No lo puedo creer. ¿Por qué no me contaste?

—Cristina nos habló de cómo habían muerto nuestros hijos.

—¿Cómo pudo saberlo?

—Joaquín se lo dijo.

—¿Joaquín? ¿Está vivo?

—Sobrevivió, estuvo más de dos años hospitalizado. Fue él quien nos llamó para decirnos dónde había caído Miguel.

—No lo puedo creer… Joaquín.

—Cristina nos contó que cuando estuvieron los tres hijos con James Cox, encerrados en la cabaña, les exigía saber qué había pasado con Tomás Huerta.

Los gemelos dijeron que todo lo había planeado Antonio Salgado. Había llevado un bat, una bolsa de plástico para cubrirle la cabeza. Lo golpeó con demasiada fuerza. Luego, Antonio persiguió a Miguel y uno de los gemelos salió detrás de ellos y lo vio todo. Los gemelos quisieron avisar a su padre, pero Antonio no los dejó. Entonces, James Cox se bañó en gasolina, se sentó en el suelo de la bodega, dijo sentirse profundamente decepcionado. Lo demás ya lo conoces.

Las tres mujeres permanecen en silencio. Victoria guarda las imágenes del incendio en la memoria.

—Querían vengarse. No pueden estar seguras de nada, les dije, esos pobres niños amenazados por su padre, debieron decir cualquier cosa con tal de salvarse, culpar a otros. No es confiable su relato, les recalqué. ¿Cómo puedes dudar de mis hijos?, me gritó Cristina. No dudo de ellos, es la circunstancia que rodea sus palabras, tal vez Joaquín escuchó mal, le dije. Cristina y Pilar se mantuvieron en su postura: los hijos de Cox habían dicho la verdad. Sebastián Gómez y Antonio Salgado eran los culpables y ellas vengarían a sus hijos. Le dije a Cristina que no la vería hasta que desistiera en esa locura. Salí del hotel. Le prohibí a María Huerta volver a tocar el tema. No volví a ver a Pilar ni a Cristina.

—¿Crees que ellas…? —pregunta Victoria.

—No lo sé. Hace un año, María me envió la nota de la muerte del hijo de Sebastián, no lo podía creer.

—Entonces tuviste el ataque de pánico.

La vida en el cementerio

Los hombres la golpearon por la espalda y la mujer cayó de boca dentro del agujero. Josefina y María aceleraron el paso y gritaron a los hombres, quienes respondieron con mentadas de madre y las amenazaron, con los puños levantados:

—¿Quieren hacerle compañía?

—A ver si tan machitos con la policía —gritó María, con el móvil pegado a la oreja.

Los hombres maldijeron de nuevo antes de echar a correr.

—Sabemos quiénes son —alcanzó a gritarles Josefina.

Después de quince años, conocían a todos los trabajadores del cementerio. Ayudaron a Aurora, quien trabajaba en las oficinas administrativas, pero la habían despedido unos días atrás porque alimentaba a los gatos que merodeaban en el panteón. Todos los días dejaba croquetas en decenas de platitos repartidos entre las tumbas, sin embargo, de unos meses a la fecha, habían comenzado a aparecer gatos muertos. Todos estaban en situación deplorable: crucificados, ahorcados, destripados. No se sabía quién se dedicaba a torturar y asesinar a los animales.

La semana pasada había aparecido un gato muerto en la tumba vecina de Miguel. Josefina lo había visto de lejos como un bulto sin forma, hasta que lo vio de cerca. Vomitó el café con leche y el pan que había desayunado. Las dos mujeres ayudaron a Aurora a salir del agujero: le limpiaron la cara, le sacudieron la ropa, la acompañaron al baño a limpiarle las heridas. Las tres mujeres se habían reunido unos días antes a hacer planes para incrementar la campaña de esterilización y adopción de los gatos del panteón. Josefina y María tenían dos gatos cada una en casa, se habían encariñado con ellos a fuerza de verlos todos los días. En la tumba de Miguel merodeaban un macho y una hembra, uno atigrado y otro gris. Josefina los llamaba *los gatos de Miguel*, le gustaba imaginar que le hacían compañía a su hijo cuando ella se iba. Les

compraba latas de atún en el súper que les dejaba todos los días.

A la tumba de Tomás no acudían gatos con regularidad. María lo prefería, pues cuando veía a su amiga con un gato en los brazos y la ropa llena de pelos le decía que se llenaría de pulgas y toxoplasmosis. Josefina se reía de ella. Al comenzar los asesinatos de los gatos, Josefina dejó de dormir pensando que al día siguiente podría encontrarse a los animales muertos. Habló con Miguel y le explicó que debía llevárselos. Hacía tiempo que su marido se había ido y Victoria recibió encantada a los gatos, Frida y Diego: cualquier distracción de su madre le daba libertad a ella. Los gatos mejoraron el ambiente en casa.

Las tres mujeres subieron al coche de María. En el trayecto, discutieron sobre llevar a Aurora al médico para una revisión o solo a su departamento. Al final, Aurora las convenció de sentirse bien y de que iría al doctor si en el transcurso del día se sentía mal.

—Debemos denunciar a quienes la golpearon —dijo Josefina—. Las cosas no se pueden quedar así.

—¿Y si toman represalias contra nosotras o nuestros hijos?

—¿Represalias?

—Se podrían vengar vandalizando las tumbas, desenterrándolos. No lo sé, tantas cosas.

—Entonces, ¿propones no hacer nada, como con nuestros hijos? —apuntó María con un brillo desconocido.

—¿Qué?

—Me he pasado la vida conteniéndome. Si estaba eufórica no podía demostrarlo, niña no seas escandalosa, me decía mi madre. Si me enojaba, tenía que contar del uno al diez para no explotar. Tampoco lloraba de más, ni siquiera por mi hijo muerto: pareces histérica. Todas mis emociones medidas. Ya no quiero. Necesito saber si Antonio y Sebastián tuvieron algo que ver con la muerte de nuestros hijos.

—¿Qué vas a hacer si fueron ellos? —preguntó Josefina, con la palabra *venganza* en la punta de la lengua.

—No lo sé.

49

Ciudad de México

Se dice que Coyoacán ya se encontraba poblado desde el siglo VII, un lugar dedicado al dios mexica Texcatlipoca: el humo que sale de la conciencia. A Coyohuacan, su nombre en náhuatl, se le representaba con el glifo de un coyote. En el muro de la entrada de casa de mi madre, labrada en cantera, hay una representación del dios supremo de los mexicas. Mi hermano y yo crecimos con esas historias en boca de Bernabé Caballero, primo segundo de mamá, el grado de parentesco era lo de menos, para nosotros siempre fue el tío Bernabé. Mamá vive con él desde hace años. Pero me adelanto.

Cuando la familia de Bernabé llegó de España, vivieron en Coyoacán. Los padres de Bernabé convencieron al padre de mi abuela de escapar de la dictadura y venir a México. Bernabé y su familia eran amantes de la cultura y la historia del barrio que habitaban. Anécdotas, datos curiosos, fechas, acontecimientos importantes y leyendas se mezclaron con la mitología familiar.

La familia de mi abuela llegó a México con pocos recursos, una mano por delante y otra por detrás, mientras que la familia de Bernabé multiplicó su fortuna. Ayudaron mucho a mis bisabuelos en épocas difíciles. La familia Caballero tuvo suerte en los negocios, pero no así con los hijos: tuvieron algunos abortos espontáneos y niños que morían al poco tiempo de nacer. Al tío Bernabé lo cuidaban como si fuera de cristal.

Mi madre fue la mayor de seis hermanos. Cuando tenía un año, mis abuelos tuvieron problemas económicos; a mamá la encargaron con la familia Caballero. Estuvo con ellos casi año y medio, su primo entonces tenía siete. Cuando mis abuelos fueron por mamá, los tíos quisieron comprarla: les ofrecieron darles el dinero suficiente para solucionar sus problemas. Mis abuelos se sintieron ofendidos por la propuesta y se la llevaron. Los Caballero

le mandaban regalos todos los meses. Cuando la tercera hermana de mi madre enfermó de tuberculosis, mamá tenía nueve años y la abuela la envió de vuelta a casa de su primo Bernabé. Mamá se quedó otro año y jamás volvió a sentirse parte de su propia familia.

Cuando terminó la secundaria, se fue de Querétaro a estudiar la preparatoria y la licenciatura en decoración de interiores. Entonces, se quedó para siempre en la casa de Coyoacán, y de ahí solo salió vestida de novia para casarse en la Iglesia de Santa Catarina.

El tío Bernabé le suplicó que no se casara, se arrodilló frente a ella para pedirle matrimonio cuando mamá había aceptado la propuesta de mi padre.

Yo no estaría aquí si mamá se hubiera casado con Bernabé. Tampoco Mariana, ni Inés, ni mi hermano, pero ella habría sido feliz. Muy feliz, mamá.

Unos años después del matrimonio de mis padres, los Caballero se mudaron a Puebla y le ofrecieron a mamá la casa de Coyoacán. Pagarían una renta simbólica, solo para no dejar su hogar en manos de cualquiera. Ahí crecimos Álvaro y yo.

Cuando vuelvo a México, pienso en la historia de la casa y de mi familia, como si fuera un ritual. Mis raíces son tan profundas como las de los árboles del jardín que tanto defendió mi madre de las hormigas.

—¿Dónde estás? —me pregunta mi hermano.

—¿Qué?

—Vas muy callada.

—Pensaba… no sé, me cortaste el pensamiento.

Mi hermano me recogió en el aeropuerto. Pensé irme en taxi a casa de Victoria antes de ver a mamá, pero solo fue un pensamiento. No sé cómo despedirme de mi madre. Hasta pronto, abur, adiós. Jodido tumor, mamá. Con Bernabé, tu vida habría sido feliz hasta la vejez.

—¿Ya le avisaste a Mariana?

—Todavía no.

—¿Qué esperas?

—Que responda mi último mensaje.

—Si quieres, después te llevo con ella.

Asiento con la cabeza en silencio.

Mi hermano se mudó a vivir con mi madre cuando uno de sus tantos negocios quebró y no tuvo más remedio que pedirle asilo. Ahora trabaja con mi ex marido vendiendo seguros de su compañía. Entonces no lo sabíamos,

pero al poco tiempo de mudarse, mamá comenzaría con dolores de cabeza, luego el diagnóstico y el peregrinaje de un médico a otro. Mi hermano se quedó para ayudarles. Nuestra familia nunca acaba de separarse: nos vampirizamos, nos amamos y nos detestamos. Nuestro amor rompe, desgarra, precipita, grita y da vida.

Mi habitación es ahora la recámara de mis sobrinos, quienes me dejan una cama libre, uno de ellos se irá a dormir con sus padres. Nos abrazamos. Los tres obedecen a Sofía, su madre, quien les ordena saludarme. Sofía es lo mejor en la vida de mi hermano. Fue ella quien insistió en no dejar sola a mamá. Los niños me dejan impregnado su olor y corren a la estancia a mirar televisión. Los tres se parecen a Álvaro.

En cuanto salgo de la habitación, aparece Bernabé. Me abraza, lo abrazo. Estoy llorando.

—Se nos va tu madre —me dice al oído, con voz grave.

Quisiera decirle que se fue hace unos meses cuando dejó de hablar, de comer por sí misma, de caminar; cuando se convirtió en casi un objeto. Estar sin estar. Son tan pocos sesenta y dos años.

—¿Quieres verla? —me pregunta.

Me limpió los ojos y la nariz y asiento, pero en realidad no quiero verla. Tengo miedo. Bernabé también se limpia la cara. Está demacrado, ha llorado mucho.

—Estás flaco —le digo, picándole una costilla. Él levanta los hombros y me toma por el codo para guiarme a su habitación. No ha dejado de dormir con mamá, pese a la insistencia de las enfermeras y de mi hermano.

Álvaro y Sofía caminan detrás de nosotros. Quiero ver a mamá a solas y, al mismo tiempo, no quiero. Trago saliva y lágrimas.

—No puedo —le digo a Bernabé a la entrada de la habitación—. No puedo. Cuando me vea se morirá, nada más me está esperando. Lo sé.

—Entra —insiste y yo niego con la cabeza y la cara empapada.

—No puedo.

—Clara —dice mi hermano—, carajo, entra.

—Déjenla —dice Sofía. Yo escapo al baño y me encierro.

Estaba con ella cuando le dio el primer ataque. Cayó al suelo y comenzó a convulsionarse con los ojos en blanco, su cuerpo se movía desordenado, caótico, echando saliva por la boca.

Por un milagro Bernabé estaba en casa y escuchó mis gritos. Yo estaba junto

a ella en el suelo sin saber qué hacer. Colocaba mis manos en sus hombros, en el pecho, en los brazos. Bernabé le metió la mano en boca para que no se tragara la lengua, estuvo a punto de ahogarse, y me ordenó llamar a una ambulancia. Cuando llegaron los paramédicos, la convulsión y los movimientos espasmódicos ya eran más leves. Bernabé se fue con ellos.

Recuerdo la sala de espera. El olor a desinfectante impregnado en el ambiente, la televisión sin volumen con un documental sobre África. Había llegado otra ambulancia con un muchacho accidentado. Bernabé daba vueltas en una órbita muy pequeña, casi como si girara sobre su propio eje. En cuanto la estabilizaran nos permitirían verla, nos aseguró un médico de guardia. La familia del muchacho accidentado llegó en ese instante, la sala de espera se llenó con sus gritos. La madre exigía a la enfermera de la recepción decirle dónde estaba su hijo, mientras el marido y las dos hijas trataban de calmarla. El médico se alejó de nosotros y pidió a los padres acompañarlo. Ambos caminaron detrás del doctor. Las hijas se sentaron debajo del televisor. No podía dejar de observarlas. Cuando se dieron cuenta y nuestros ojos se cruzaron, desvié la vista al documental, donde unas hormigas gigantes en África devoraban un árbol. Las hijas se pusieron de pie de un salto cuando el grito de su madre nos sacudió a todos y, a la carrera, atravesaron las puertas abatibles. En todo ese tiempo, Bernabé, mi hermano y yo habíamos permanecido en silencio, distraídos por los demás, pero el vaivén furioso de las puertas nos devolvió a nuestra realidad.

El muchacho accidentado murió y a mi madre la hospitalizaron. Unos días después, le diagnosticaron un tumor en el cerebro.

—Clara —me llama mi hermano dando unos toques a la puerta del baño—, ¿estás bien?

No respondo, todavía tengo las palabras atoradas en la garganta. *Mamá no me puede ver con esta cara*, pienso al mirarme en el espejo. Después de unos minutos abro un poco la puerta y me asomo.

—¿Tienes una toalla? —le pido a Sofía—. Me quiero duchar antes de verla.

Ella asiente, mi hermano intenta decir algo, pero su mujer levanta una mano con el dedo índice en alto y se lo lleva a los labios. Álvaro se da media vuelta y se encamina a la cocina.

—No debe verme tan triste —le digo a Sofía cuando me entrega la toalla.

—Tómate todo el tiempo necesario —dice y me toma de la mano—. Si te hace falta algo más, me avisas.

Abro el agua, me desnudo y de pronto escucho la campanita de un mensaje al celular. Es Pablo.

¿Has aterrizado?

Ya estoy en casa de mamá, me ducho y te llamo.

Vale.

Me había olvidado de escribirle. Mariana también me escribe.

¿Llegaste?

En cuanto salga de la regadera te llamo.

Mientras espero su respuesta, miro mi reflejo que el vapor desaparece lentamente. Dejo el celular sobre el lavabo. Quisiera derretirme, estar hecha de barro y escurrirme por la coladera.

Desaparecer.

50

En algún lugar de México

Don Teo observa a Benjamín inconsciente y toma una fotografía. Observa la imagen en la pantalla de su celular. No sabe si mandarla o salir del lugar y escapar.

Busca el contacto del hombre.

51

Ciudad de México

El nombre de Jonatan aparece en la pantalla. Victoria duda por un momento y presiona el botón rojo para cortar la llamada. Están recostadas ella y Mónica en la cama.

—¿Quién era?

—Jonatan.

—¿Por qué no contestaste? Puede ser importante.

—Lo llamo en unos minutos. Estoy tomando fuerzas para ir con él y los Domínguez.

—No puedes salir, debes descansar después de la madriza que te dieron.

El celular vuelve a encenderse con el nombre de Jonatan. Victoria suspira y presiona el botón verde.

—¿Victoria Beltrán?

—¿Quién habla?

—La llamamos del Hospital Regional Doctor Carlos McGregor, de parte de Jonatan Blanco. —Victoria escucha la voz agitada de una mujer—. Hace unos minutos unos hombres le dispararon —se detiene unos segundos, Victoria alcanza a escucharla jadear—. Dispararon a doctores y enfermeras. Jonatan está muy grave, me pidió llamarla.

La comunicación se corta. Victoria intenta salir de la cama con rapidez, pero no puede: el dolor del cuerpo la obliga a hacerlo despacio.

—¿Qué pasa?

—Jonatan está… Jonatan está herido, le dispararon en el hospital.

—¿Qué? ¿A dónde vas?

—Al hospital.

—Voy contigo, no puedes ni manejar así.

—Vico, ¿a dónde vas? —pregunta su madre cuando Victoria pasa frente a su recámara.

—Al hospital a ver a Jonatan. Duérmete.

—Te acompaño.

—No, ma, quédate con Maricarmen. Te llamo para contarte.

Las dos mujeres suben al BMW de Mónica. Victoria busca información en su celular y lee en voz alta:

Un comando armado ingresó al Hospital Regional número uno del Instituto Mexicano del Seguro Social, ubicado en la calle Nicolás San Juan y Xola en la Colonia Narvarte. Hasta el momento, se tiene confirmada la muerte de cinco personas. Se desconoce el número de heridos, así como la identidad de los atacantes.

—Dios mío —dice Mónica—. Waze dice que estaremos ahí en veinte minutos, a esta hora el tránsito es poco.

Victoria marca al celular de Jonatan, pero nadie le responde.

—Por favor, que no esté muerto, le ordené irse a su casa. Carajo. Es tan necio. Con una chingada.

La madre de Victoria baja a la cocina. Conforme avanza, enciende las luces, a ella tampoco le gusta la oscuridad. Siente una obstrucción en medio del pecho, como si tuviera una toronja en el esternón. Puede escuchar sus latidos: pum, pum, pum, tan fuerte que le provocan un ligero estremecimiento. Es el miedo, lo sabe: el miedo desmadejado, el presagio al ataque de pánico. No le gusta quedarse sola cuando se siente así: una olla exprés a punto de explotar. El último ataque de pánico lo tuvo en la calle: había ido a comprar óleos y tela para los bastidores, material de pintura para unas nuevas piezas. Meses después de su reunión con María, Pilar y Cristina, comenzó a hacer algunos bocetos. Una idea comenzaba a tomar peso en su cabeza. El cuerpo le picaba: así describía el prurito creador, la necesidad de pintar. Buscó información sobre *Némesis*, el mito y sus representaciones. Sus pinturas tendrían los colores de las monarcas.

Llenaba la cajuela de implementos de pintura cuando recibió un mensaje de María Huerta: la nota del muchacho muerto en Valle de Bravo. La leyó a punto de subirse a su coche y su cuerpo colapsó.

Josefina se sirve agua, se sienta en una silla en la barra de la cocina y escribe un mensaje en el celular:

Necesito hablar contigo.

Lo envía a María Huerta sin pensarlo mucho ni darle tiempo al arrepentimiento. Cuando supo que Victoria había estado con Antonio Salgado, recordó la noticia del año pasado, las reuniones con Pilar y Cristina. La madeja de miedos se revuelve en su pecho como algo vivo, sólido: Medusa a punto de convertirla en piedra. La asalta un ataque de tos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Maricarmen, a medio vestir con una sudadera.

—Nada, tenía sed.

—Ya deberías de estar dormida.

—No me trates como niña, tengo las suficientes canas como para decidir a qué hora me duermo.

—No necesitas responderme así.

—Lo siento, estoy un poco alterada. Victoria salió hace diez minutos.

—¿A esta hora?

Josefina asiente, su celular vibra y la pantalla se ilumina con la notificación de un mensaje.

Márcame.

—Me voy a mi recámara.

Sube los escalones de dos en dos, lo más rápido que la tos se lo permite.

—María —dice, recordando cuando eran más cercanas y se llamaban en la madrugada para acompañar el insomnio—, está secuestrado el hijo de Antonio Salgado, ¿sabes algo?

—Vino Antonio a acusarnos. Prácticamente, aceptó su culpa en el asesinato de Tomás. Te lo dije, él es culpable de la muerte de nuestros hijos.

—¿Lo tienen ustedes? ¿Cristina? ¿Pilar?

—No, yo no secuestré al niño.

—No lo mates, no es necesaria la venganza. Victoria estuvo con Antonio y le contó cómo murió Miguel. Tenían razón, eran los culpables. —Josefina vuelve a toser—. Disculpa, estoy muy nerviosa.

—Jose, se hará justicia.

María Huerta cuelga el teléfono, pero permanece por unos segundos con el celular en la mano. Se levanta de la silla, abre un gabinete y toma una caja de té. Al moverla de lugar, aparece el frasco con polvo de camarón. Su marido es alérgico a los camarones y a los langostinos.

Un mes después de enterrar a Tomás, María por fin salió de su recámara. Había permanecido encerrada en su habitación sin ver a nadie más que a su

marido y la empleada doméstica que le llevaba, tres veces al día, una bandeja con alimentos que casi no tocaba. Encerrada en su habitación, arrancó de los álbumes todas aquellas fotos donde aparecía Tomás. Las miraba y las miraba, como si tratara de adueñarse de cada expresión de su hijo, tatuarla en su memoria. Le hablaba, lloraba, se quedaba dormida a ratos. Cuando se topó con la fotografía de su hijo y el huésped que habían recibido, la miró durante un rato largo, luego se sentó en el escritorio y le escribió una carta que le enviaría después.

No dejaba a su marido acercársele, lo acusaba de su muerte por haberlo llevado a Nueva Armonía por sus ideas machistas y homofóbicas.

Fernando Huerta aguantaba los señalamientos y agresiones sin defenderse, sin decir una palabra. Dejó de dormir en la misma cama y se mudó al sofá de su despacho. El padre de Tomás no derramó ni una lágrima, se concentró en su trabajo para no pensar en su hijo, en haberlo enviado a ese lugar para hacerlo hombrecito. *Compórtate como un hombre*, se había dicho a sí mismo al día siguiente del entierro de Tomás, cuando se levantó para ir a la oficina. Nunca ha faltado a trabajar.

Cuando María por fin salió de su habitación, pidió al chofer que la llevara de compras al supermercado y compró el frasco de polvo de camarón. Lo guardó en su despensa y, a partir de ese día, cuando preparaba la comida, sacaba el frasco y lo dejaba frente a ella. Lo miraba, pensando en espolvorear una cucharada o dos, quizás tres. Imaginaba a su marido retorcerse en su silla, caer al suelo, convulsionarse frente a ella. María lo observaría sin mover un dedo, le repetiría que su hijo había muerto por su culpa y lo vería morir. Ha imaginado cientos, tal vez miles de escenas de la muerte de Fernando.

Los guardias detienen a Victoria y a Mónica a la entrada del hospital. Les costó mucho trabajo llegar hasta ahí, hay patrullas y reporteros en la calle.

—Déjenme pasar. Vengo a ver a una de las personas baleadas.

—¿Es usted familiar?

—Sí, es mi hermano menor, tengo que pasar —miente Victoria.

Los policías se lo piensan un momento, pero ceden cuando Mónica extrae de su bolsa un billete de quinientos pesos y alarga la mano, con el dinero escondido en la palma. Uno de ellos se queda con el billete.

—Su hermano puede morir —amenaza Mónica.

Los guardias se hacen a un lado y uno de ellos le indica:

—Por ahí llegarán al elevador. Terapia intensiva está en el tercer piso.

Las dos mujeres agradecen entre dientes y avanzan deprisa. Mónica la detiene de la mano: *tranquila, nos pueden echar fuera*. Entran al ascensor y, en cuanto llegan a terapia intensiva, se encuentran con gente que va y viene: personal del hospital, enfermeras, doctores, camilleros, agentes ministeriales. Conforme avanzan, el volumen de las voces y la agitación sube de intensidad.

—Doctora —la llama Armando Domínguez con la cara muy congestionada. Viste una bata de hospital sobre sus pantalones, tiene el brazo derecho vendado y en un cabestrillo—. Yolanda, mi mujer, murió… —dice el hombre, casi sin poder pronunciar las palabras. Se recarga en la pared y deja caer la cabeza.

—Señor Domínguez… lo siento mucho, de verdad… Yo debí… No sé ni qué decir, su esposa… Me siento tan responsable. ¿Qué sucedió?

El hombre se lleva un pañuelo desechable a los ojos y niega con la cabeza. Victoria le da unas palmadas en la espalda.

—Lo siento mucho —repite.

Y el hombre la interrumpe:

—Llegaron unos hombres encapuchados y con rifles al hospital, buscando a quienes habíamos ido a buscar a nuestros hijos…

—¿Cómo?

—Ven, acabo de enterarme de Jonatan, acompáñame —interrumpe Mónica. Victoria se disculpa con Armando.

—Ahora vuelvo, se lo prometo —le dice, al tiempo que Mónica la arrastra de un brazo.

Las dos mujeres se encuentran en el pasillo de las habitaciones baleadas. Hay vidrios rotos y toda clase de fragmentos desperdigados entre la sangre de las víctimas. Los peritos toman muestras. Mónica se lleva una mano a la nariz: el olor metálico de la sangre combinado con los químicos y los pequeños charcos rojos le revuelven el estómago. Una arcada inesperada la hace doblarse por la mitad. Intenta mantener dentro el vómito, pero no puede.

—¿Quién carajos dejó entrar a esta mujer? —pregunta uno de los peritos—. Está contaminando la zona.

—Lo siento, perdón.

Mónica se limpia la boca con la manga de su chamarra y permanece unos segundos encorvada, inhalando y exhalando por la boca.

—Respira por la nariz —le dice Victoria, acercándose a ella le ofrece un

pañuelo.

—Lo siento—repite Mónica.

—El baño está por allá —señala una enfermera.

Mónica se endereza y se recarga en la pared.

—Vamos al baño —le dice Victoria.

—Puedo ir sola, ve a buscar a Jonatan.

Mónica se aleja y Victoria pregunta a la enfermera por Jonatan Blanco. La mujer le señala los golpes en su cara, la hinchazón ha aumentado, tiene un ojo casi cerrado y lleva moretones repartidos por todo el rostro.

—Estoy bien, no es nada. Ahora no es importante. Necesito ver a Jonatan Blanco.

—Usted no está bien —le dice, pero Victoria insiste en conocer el estado de Jonatan y hablar con él.

—Jonatan tiene un pulmón perforado —comienza a decir la enfermera—. Recibió tres tiros en total, solo uno comprometió el pulmón.

—¿Puedo verlo?

—Lo están operando.

—Dios mío, Jonatan. ¿Avisaron a sus padres?

—No, a la única persona que nos pidió llamar es a usted.

—Los llamaré.

Victoria se aleja de la enfermera. Mónica, al salir del baño, alcanza a ver a Victoria dar vueltas, con el celular en la oreja.

—Los padres de Jonatan vienen en camino. Debí haberlo obligado a irse a su casa. Yo debí haberme quedado, no él —dice a Mónica luego de colgar.

—Ya es tiempo de dejar de culparte por todo, además, necesitas un doctor que te revise esos golpes.

—Es lo mismo que le dije —apunta la enfermera.

—Necesito llamar a Díaz —dice Victoria.

—¿Me escuchaste?

—Sí, sí, me voy a revisar, pero en este momento me preocupan otras cosas.

—Victoria —le responde Rogelio Díaz. Victoria se aleja de Mónica—. No voy a poder hablar contigo por ahora, debo hacer un informe completo para el presidente, hubo un ataque en un hospital que…

—Estoy aquí.

—¿En el hospital?

—Dispararon a los padres de la chica de Los Elegidos de Dios.

—¿Cómo…?

—Díaz, sé que hoy matarán al hijo de Salgado —interrumpe Victoria.

—¿De qué hablas?

—En Valle de Bravo, lo dejarán como al muchacho del año pasado. Quien tiene al hijo de Salgado es el mismo asesino. Hoy lo va a matar. Quizás ya esté muerto. Tienes que mandar gente a Valle, al mismo lugar donde encontraron el cuerpo el año pasado, del chico de la noticia de la que te hablé.

—¿Cómo sabes?

—Escúchame. Hazme caso. Te lo pido. Manda personal…

—No sé de qué hablas, me tengo que ir.

—Rogelio, sé quién podría ser el asesino.

—¿Quién? ¿Cómo lo sabes?

—María Huerta.

—¿Quién es María Huerta?

—La madre del muchacho que asesinaron en Nueva Armonía hace años. Mi madre me contó…

—Victoria, esa es una acusación muy seria. ¿Cómo lo sabe lo tu madre?

—No te puedo explicar todo, pero envía a alguien a Valle de Bravo, por favor.

—Me tengo que ir.

—Rogelio, chingada madre. Rogelio, espera, manda a alguien a Valle, quizá solo es una pérdida de tiempo, pero quizás no… Rogelio.

Díaz corta la llamada.

—¿María Huerta? —le pregunta Mónica cuando cuelga el celular.

—¿Quién más? En fin, vamos con Armando.

52

Ciudad de México

—Ven —me llama Bernabé.

Está sentado frente a mi madre. El cuarto huele a incienso. Mi corazón se acelera. Escucho la respiración de mamá. Parecen estertores, pero tampoco soy experta. Asiento a Bernabé y trato de sonreírle, pero no puedo evitar las lágrimas. No quiero llorar con mamá. Inhalo profundo y me demoro en exhalar por la boca. Me limpio la nariz. Me trago las lágrimas y los mocos, avanzo despacio. Bernabé se pone de pie y me señala la silla donde estaba sentado. Me siento, la silla conserva el calor del esposo de mi madre. Él coloca una mano sobre mi hombro y se la acaricio. Vuelvo a inhalar profundo y a exhalar despacio.

Hola, mamá.

Ya estoy aquí.

Perdóname.

No quería verte así.

No quiero que te mueras.

Tomo su mano y la llevo a mis labios.

—Esta calentita —digo a Bernabé—. Todavía está calentita. Mamá, ¿me escuchas? ¿Mamá?

—Te escucha, Clara, sí te escucha.

—Sí, sí. Ay, Berna.

Bernabé se encoge de hombros y finge una sonrisa.

Después de lo sucedido en Nueva Armonía, mamá se rompió en pedacitos y Bernabé se dedicó a pegarlos uno por uno. Tres años le tomó reconstruirla.

—Ma, mami, ¿me escuchas?

Alargo una mano hasta su cabeza y acaricio su cabello, muy corto.

—¿Ya no va a despertar? —pregunto a Bernabé—. ¿Se morirá sin volver a abrir los ojos? ¿Sin decirnos nada?

—¿Qué quieres que diga? —pregunta Álvaro. No lo escuché entrar.

—Álvaro.

—Acaba de llegar Mariana. Debo salir, cualquier cosa, me avisan —dice mi hermano.

—¿A dónde vas?

—Tengo trabajo, hubo un accidentado.

Mariana aparece en el umbral. Está tan linda embarazada. La miro a ella y luego a mi madre. La vida y la muerte juntas.

—Mariana —me levanto con la intención de abrazarla.

Ella hace un gesto con la cabeza como único saludo, y sin decir nada se acerca despacio hasta mi madre. Me mira un momento, alargo una mano, pero no la toco. Mariana se acerca a Bernabé, lo abraza y le da un beso en la mejilla, luego se sienta frente a su abuela. La escucho suspirar y me alejo. La observo tomar una mano de mi madre, acariciarla.

—Abuela, todavía no te vayas. Ya casi llega tu bisnieta.

53

En algún lugar de México

Don Teo se sienta en el piso junto a Benjamín y deja el fusil a su lado. Observa al muchacho respirar, apenas se mueve. Una imagen del pasado se sobrepone: el cuerpo de su propio hijo tendido en el suelo. Le habían metido por lo menos diez tiros. Lo habían agarrado unos días antes, el mismo hombre para quien hoy trabaja: su dueño.

Lo torturaron. A él no le importaba morirse, pero el cuerpo es necio, no se muere cuando uno quiere.

Un policía de esos que no se sabe bien a bien con quién está su lealtad se lo dijo:

—Ya se echaron a todos los de tu casa.

Don Teo se convirtió en un animal enjaulado: gritaba, se estrellaba contra los barrotes, se golpeaba la cabeza. Lo mandaron amarrar para detenerlo.

—Mátenme —les gritaba.

Su dueño, a quien Benjamín llama el hombre del pañuelo, se lo llevó con ellos cuando fueron a levantar los cuerpos. Su mujer y su hijo menor estaban en el suelo, la sangre de los dos mezclada en un charco oscuro, seco y viscoso en algunas zonas. El cuerpo de su hijo aparecía en una posición muy parecida a la de Benjamín. Faltaba su hija, la buscó por toda la casa. La encontró en el hueco bajo el piso. Fue la única que pudo esconderse. Pasó dos días ahí, desmayada, deshidratada. El hombre del pañuelo le prometió a don Teo esconderla, protegerla, ocuparse de ella; él, a cambio, se convertiría en su incondicional.

—Vamos a ver qué tantas ganas tienes de vivir, carnalito —le dice a Benjamín al levantarse del piso.

54

Ciudad de México

El cirujano sale del quirófano y comienza a explicarles la situación de Jonatan a sus padres y a Victoria.

—El paciente presentaba una laceración en el brazo izquierdo, a la altura del bíceps. En ese mismo costado penetró una bala, a cinco centímetros del borde izquierdo del esternón. Tenía un sangrado exterior poco profuso, sin embargo, se le extrajeron aproximadamente 80 mililitros de sangre de la cavidad pleural. El proyectil se alojó en el espesor de la pared del ventrículo izquierdo. Tuvo suerte porque la herida del pulmón no sangraba y dejaba escapar muy poco aire.

—¿Se salvará? —interrumpe la madre de Jonatan.

—Sí, tuvo mucha suerte, pudo haber sido fatal. Esperamos una buena evolución. Permanecerá de cinco a siete días hospitalizado, dependiendo de su estado. Lo trasladaremos a una habitación en cuando despierte por completo de la anestesia.

—Bendito sea Dios —dice el padre y abraza a su mujer, quien no ha dejado de llorar desde que llegaron. El padre le había dicho a Victoria que trataría de persuadir a su hijo para buscarse un empleo de menor riesgo.

Victoria se lleva las manos al tórax, el dolor la dobla por la mitad.

—¿Se siente bien? —le pregunta el médico.

Ella niega con la cabeza y él la lleva a un cubículo para revisarla.

—Puede tratarse de un esguince o una fisura en una costilla. Debería hacerle una radiografía, pero ahora mismo tenemos pacientes más graves y el hospital es una locura. Tiene que presentarse mañana a primera hora. ¿Cómo se golpeó?

—Me caí por las escaleras.

—Las mujeres tienen una extraña propensión a caer por las escaleras, si se hiciera una estadística serían cifras tan altas como una epidemia. Para terminar con la violencia a las mujeres se debe comenzar por decir la verdad.

Ella asiente mientras se traga los analgésicos.

—Jonatan insiste en hablar con usted. Le dije que no debe hacerlo, pero dice que es muy importante y eso lo ha alterado muchísimo. La llevaré con él, deme un minuto.

Victoria camina detrás del doctor. Al entrar a un cubículo de la sala de recuperación, Jonatan la llama:

—La si-siguiente eres tú —dice con la voz muy afectada.

—¿Qué?

—U-u-uno de los asesinos me lo dijo. Se van a cobrar lo del año pasa-do, dijo que ya esss-tán hasta la madre de nosotros.

—Ya, no hagas más esfuerzo. Tranquilo.

—Ten cui-dado.

—Sí, sí, me cuidaré. Descansa —dice Victoria, disimulando un escalofrío que le recorre la columna.

Al salir de la habitación busca a Mónica, quien se quedó dormida en una silla.

La vida en el cementerio

Se habían encontrado a la entrada del panteón, María le había pedido acompañarla por un café. Habían adquirido la costumbre de ir ahí cuando necesitaban hablar lejos de sus hijos para que escucharan ciertas conversaciones, cada vez más frecuentes.

Pidieron a la mesera un café americano y el pastel de zanahoria que ordenaban cada vez que iban ahí. Cada vez que María lo pedía, se repetía la misma frase: *recuerda la dieta*.

Lo cierto es que María estaba a dieta permanente. Desde que era una jovencita las tetas le crecieron poco más que a sus compañeras, mucho tiempo antes de que a las demás siquiera les dolieran los pezones. Cuando comenzó a desarrollarse, dejó de usar ropa de su talla y comenzó a comprarse una o dos tallas más para esconder un busto que parecía crecer sin parar. Su madre le señalaba los escotes de más y le prohibió jugar a nada donde los senos rebotaran porque provocaba a los hombres. Su madre no soportaba verla con la cara roja, sudada, despeinada, la ropa arrugada, sucia, y los pechos dispuestos a salirse de su lugar. En el colegio, su preceptora también le hablaba del pudor, y al hacerlo le acomodaba el uniforme y le abotonaba el suéter hasta arriba, aunque hiciera calor. María sintió alguna vez el llamado de Dios influenciada por el catecismo, las charlas a las que asistía con regularidad y la misa de todos los días. Tenía dieciséis años cuando un sacerdote, al darle la bendición después de confesarla, dejó la mano sobre el busto que trataba de esconder. Resbaló los dedos por los senos, arriba abajo, sin dejar de mirarla a los ojos. Estaban solos en la oficina del sacerdote. María no movió un músculo. La respiración del cura se aceleró y dos veces repasó su busto antes de aumentarle la penitencia por provocar a los hombres.

María perdió la vocación y decepcionó a su madre, quien intentó convencerla de que era normal tener dudas: era el demonio queriendo destruir las vocaciones en la tierra.

—Hace una semana fui a casa de los Salgado —comenzó a relatarle María. Dio un trago a su café, se quemó la lengua, pero siguió hablando; las palabras también le quemaban—. No había vuelto desde el día que vimos a Pilar y a Cristina. No podía hacerlo, inventaba pretextos para no ir. No puedo ver a sus hijos, le decía a mi marido, me recuerdan mucho a Tomás. Fernando me reclamaba y me decía que tendría un problema, si perdía la amistad de Salgado por mi culpa. Me obligó a ir a la comida de los veinte años de la constructora. Vi a Antonio y a sus hijos. Pensé que quizá Tomás estaría casado.

—¿Por qué no me habías contado que lo viste?

María Huerta levantó los hombros y negó con la cabeza.

—No se merece ser feliz. Se lo pregunté: le pregunté si él había matado a Tomás.

—No puedo creerlo, ¿qué te dijo?

—No es lo que dijo. Lo negó, claro, lo negó. Fue su turbación, su duda, desvió la vista, se puso furioso: ¿Cómo te atreves a acusarme? No estaba sorprendido, ni indignado, era otra la emoción, por eso creo que sí lo hizo. Al final tuvimos que irnos de la comida Fernando y yo. Me reclamó por haber discutido con el hijo de su socio y me golpeó contra la ventanilla del coche, pero se lo dije: Antonio Salgado mató a nuestro hijo.

55

Ciudad de México

Salgo despacio de la habitación de mi madre, la dejo con Mariana. Mamá tiene un color difícil de definir, como el cielo de la Ciudad de México.

Me distrae el celular.

—*Amore, amore.* ¿Qué tal?

—Bien, estoy bien. ¿Tú? ¿Inés?

—Todos bien, preocupados por ti. Inés se ha quedado conmigo en la cama, no quiere dormir sola.

Mi corazón da un pequeño salto. Para mí es peligroso dormir con un padre.

—Yo también los extraño. Aquí las cosas están complicadas. Mamá ya no… ya no parece estar aquí. Solo está su cuerpo con un color raro.

Me detengo, el nudo en la garganta estrangula las palabras.

—Clara —comienza a decir Pablo, pero lo interrumpo.

—Es muy difícil —digo, cuando me sale la voz—. Mariana está aquí. Se ve preciosa embarazada.

—Clara —escucho detrás de mí, es Bernabé.

—Te llamo después. —Cuelgo a Pablo, sin darle oportunidad a despedirse.

—Tengo que hablarte de algo. Le prometí a tu madre hacerlo cuando muriera, pero saberlo ahora te permitirá despedirte de ella sin cuentas pendientes. —Me lleva de la mano hasta una banca debajo de los fresnos gigantes del jardín—. Entre tu madre y James Cox no había nada.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque tu madre te vio el día del incendio.

Bernabé siempre ha llamado a ese día *el día del incendio*. Con el tiempo, todos lo hicimos también, pues no sabemos de qué otra forma nombrarlo. *El día del incendio* duele menos.

—¿Me vio?

—Pilar estaba enamorada de Cox, o eso creía. Cuando me lo contó quiso suavizarlo. No la juzgo: la vida con tu padre era muy complicada. Tu madre se pudo haber enamorado de cualquiera. Al final me quedé con ella, aunque por poco tiempo.

Bernabé cierra los ojos para contener las lágrimas. Respira profundo y exhala por la boca, despacio.

—Tus padres se conocieron en una reunión. Ella cantaba y tocaba la guitarra.

—¿Mamá cantaba?

—A ti te cantaba todo el tiempo, ¿no te acuerdas? Dejó de hacerlo cuando tu padre la amenazó por primera vez con un puño. Cuando era niña decía que sería cantante profesional. Pilar cantaba una canción de Mocedades cuando conoció a Enrique. Siempre hizo hincapié en lo de Mocedades, como si fuera el dato más importante. *Tienes una voz preciosa*, le dijo tu padre. Eso fue todo. No te imaginas cuántas cosas lindas le dije yo antes de la aparición en escena de Enrique, pero ninguna palabra mía la cimbró como las de él.

—Ay, Bernabé. Debió estar contigo desde el principio, hubiera sido feliz siempre.

—Eso sin dudarlo —dice y me guiña un ojo—, pero tú no estarías aquí.

Pasa un brazo sobre mis hombros, me atrae hacia él y me da un beso en la cabeza.

—Me hubiera encantado escucharla cantar.

—Tampoco era María Callas, no te hagas ideas. Cantaba todo el día, era afinadita, pero eso era todo. Tu padre le dijo las palabras precisas.

—Mi padre conocía las palabras precisas para hacer daño.

—Luego, se enamoró de las palabras de Cox, de su sueño de crear una sociedad perfecta. Para ella, la primera utopía fallida fue su familia. Pilar era incapaz de ver la imperfección en sus ideas. La noche del incendio, cuando estaba con Cox, él veía los golpes de tu padre y la consolaba, eso fue todo. Las palabras de ese hombre abrieron una puerta y tu madre lo confundió con amor. Cox y tu padre eran la misma cara de una moneda: ambos trataban de alienarla, separarla de su familia, sus amigas. Querían convencerla de que no necesitaba a nadie más. Pilar confundía amor con control, el error de tu madre fue quedarse con Cox ese día, en vez de ir a buscarte y darte una explicación. Quizá todo hubiera sido distinto. Le he repetido hasta el cansancio que nada

fue su culpa.

—Yo la culpé. De todo: de los abusos de mi padre, del incendio, de la muerte de Joaquín.

—Lo sé. ¿Sabes que Cristina Cox vino a buscarla hace unos años?

—¿Vino a buscarla? ¿Por qué no me dijo nada?

—No sé. Pilar sentía una vergüenza muy grande, le costaba pensar en todo aquello, sobre todo en los muertos. Cristina sospechaba que tu madre se había enamorado de su marido. No estaba segura de nada, pero necesitaba compartir con alguien el peso del control de Cox: las pesadillas de la guerra, la violencia. La mitad de ese hombre se había quedado en Vietnam. Era un alivio repartir la carga de vivir con un ex soldado, un hombre controlador, lleno de miedos y traumas. Cox le dijo a tu madre que él escuchaba la voz de un monje, quien le dictaba todo lo que debía decir y hacer.

—Sí, lo sé. A mí también me lo dijo y yo le creía.

—Cristina sabía que la cordura de su marido estaba sostenida por un hilo. Tu madre me contó poco de cuando se vieron ella y Cristina. Después de ese día volvió la depresión de tu madre.

—Ay, Berna, y tú sigues con ella pese a todo.

—Yo no sé hacer otra cosa que querer a tu madre —dice, y vuelve a guiñarme un ojo.

—Eres profesional. —Le regreso el guiño— ¿Sabes dónde está Álvaro?

—Salió hace un rato.

—¿Salió? ¿Dijo a dónde iba?

—Algo del trabajo, no lo sé.

—¿A esta hora?

—Clara —dice Mariana encaminándose hacia nosotros.

—¿Ya no soy tu mamá?

Permanece de pie frente a mí en silencio, ese estrepitoso silencio cimentado en nuestra relación desde hace años. Bernabé se levanta de la banca, vuelve a darme un beso en el pelo y hace lo mismo con Mariana:

—Voy a ver a tu madre —dice, y se escapa de la marejada de tensión entre nosotras.

—Ven, siéntate. ¿No estás muy cansada? ¿Cómo te sientes?

Mariana levanta los hombros.

—¿No es tiempo de soltar enojos?

Vuelve a encogerse de hombros, pero alcanzo a notar un leve

estremecimiento en su cuerpo. No me mira, tiene las manos sobre su vientre. Lo acaricia, mece el peso de una pierna a la otra.

—¿No quieres sentarte?

—¿Por qué me has mentido durante tantos años?

—¿Qué?

—¿Quién es mi padre?

—Tu padre es Alejandro, ¿quién más?

—Ya, basta, Clara. Si te lo pregunto es porque lo sé.

Silencio. No sé qué contestarle.

Mi ex marido y yo nos conocimos en la universidad. Mariana tenía cuatro meses cuando Bernabé me obligó a elegir una carrera. Yo no quería regresar a estudiar porque las quemaduras de mamá no terminaban de sanar. Le costó caminar de nuevo, el techo de la bodega le había fracturado una pierna y se le quemaron las dos. Solo la morfina atenuaba su dolor, aunque no por completo. Se pasaba los días drogada. Una temporada, perdió las palabras a causa del medicamento; tan solo fue un ensayo de lo que vendría después con el tumor. Cambiaba unas palabras por otras, en una especie de afasia. La palabra que usaba más frecuentemente era mariposa. Aparecía en los lugares más sorprendentes de una oración: *Mis mariposas ya no me dan comezón. Quiero comer mariposas con verduras. ¿Dónde está tu mariposa?*, refiriéndose a Mariana. Mamá se daba cuenta y se desesperaba, por más que le insistíamos en que mejor señalara a las cosas. Lloraba de tristeza, de dolor, de desesperación. Cuando nació Mariana, comenzó a mejorar. *Quiero ser una buena mariposa, voy a curarme.* Luego, me obligó a ir a la universidad.

Mi padre se había ido por fin de casa, y mi abuela Mercedes y Bernabé se mudaron con nosotros. Álvaro estuvo muy mal durante meses. Después del incendio se volvió muy huraño. Lo dejamos de lado. La urgencia estaba en mi madre, en mí, en nuestras quemaduras y mi embarazo. Álvaro se fue a vivir con mi padre.

Entre mi madre, Bernabé y la abuela me obligaron a estudiar, ellos cuidarían de Mariana. En segundo año conocí a mi ex. Él estaba por graduarse, yo no quería salir con nadie, pensaba en Joaquín todo el tiempo. También me obligaron a verlo. Mariana se enamoró al instante, hubo un flechazo entre los dos. Él trabajaba desde muy joven en la aseguradora de su familia y a sus

padres no les gustaba nada una madre soltera para su hijo. Cuando Mariana cumplió tres años y yo me gradué, nos casamos; fue entonces que mi ex la adoptó. Un par de años después, descubrimos una alteración genética de nombre impronunciable: sus espermatozoides carecían de la fuerza y la forma necesarias para llegar al óvulo. La inseminación artificial no funcionó, y él me convenció de jamás confesarle a Mariana que no era su padre.

—¿Qué sabes? —le pregunto a mi hija.

—Mi padre se llama Joaquín.

—¿Quién te dijo todo eso?

—No importa quién, lo importante es que lo sé. Me mintieron.

Mariana vuelve a levantar los hombros. Cuando nos separamos Alejandro y yo, ella se quedó conmigo, pero a los dieciséis le pidió a su padre mudarse con él y ahí se quedó.

—Sí, sí importa. ¿Quién fue?

—Mi abuelo Enrique. Tu papá.

56

En algún lugar de México

El hombre abre la puerta; antes de ver a Benjamín, se encuentra el piso y el colchón manchados de rojo.

—¿Qué hiciste, cabrón?

El hombre no pudo llegar antes. No debía levantar sospechas; además, el tránsito en la carretera estaba insoportable.

—¿Qué hiciste? —vuelve a preguntar. Don Teo levanta los hombros.

—Estaba haciendo un agujero. —Señala con la punta del fusil un lugar en la pared.

—¿Está muerto?

Don Teo vuelve a levantar los hombros. El hombre de baja estatura se acerca a Benjamín y coloca dos dedos en su cuello, en busca del pulso.

—¿Qué chingados importa si está muerto? Es lo mismo hoy o mañana, ¿no? Vale madres.

—No, no vale madres. Tiene que ser mañana, te lo dije muy claro. Chingada madre contigo, eres tan pendejo.

Don Teo posa una mano sobre el fusil. Siente el deseo de darle un tiro en la cabeza al hombre; aprieta la mandíbula y se imagina el lugar exacto por donde entraría la bala.

57

Ciudad de México

—¿Sigues aquí? Deberías dormir un poco —digo a Mariana. Acabo de despertar, me quedé dormida en sillón del cuarto de mi madre. Bernabé también está despierto, sentado en la cama junto a Mariana. Tiene la mano de mi madre entre las suyas. Escucho a mamá respirar con dificultad.

—No quiere despegarse de su abuela —me responde Bernabé ante el silencio de mi hija.

—¿No estás cansada? —insisto.

Silencio.

—Mariana, te estoy hablando.

Mi hija se levanta de la cama y me acerco a ella.

—Aquí no —señala Bernabé; con un dedo apunta a la puerta del cuarto.

—Lo siento —digo, y salgo detrás de mi hija.

Mariana avanza por el pasillo y se mete al baño.

—Mariana. —Me recargo en la puerta por un momento. Me siento tan exasperada. Abre la puerta, estoy frente a ella.

—Habla conmigo, por favor. Entiendo tu enojo, debí decirte la verdad, aunque le prometí a tu padre no hacerlo.

—¿A mi padre o a mi padrastro?

—Tu padre está muerto.

—Joaquín no está muerto.

—¿Qué?

—No está muerto. Me lo confesó mi abuela, y…

—¿Tu abuela… mi madre?

—¿Quién más?

—Mamá no te pudo decir eso. Quizás se confundió con la enfermedad.

—Ma… Clara, escúchame: Joaquín está vivo, hablé con él.

—No puede ser.

Se me desboca el corazón.

—También hablé con mi abuela Cristina.

—¿Con Cristina? ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro años, un poco más.

—Ahora entiendo tu cambio tan radical conmigo.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? Yo tengo derecho a saber quién soy, no debiste engañarme. Encima, te largas a España y no vuelves nunca, te consigues otra familia y otra hija.

—Y tú no quisiste irte conmigo, te quedaste con tu padre.

—Con quien *creía que era mi padre.*

—Mariana, hija… lo siento, no sabía cuánto te había dolido que me quedara en Madrid. De verdad, lo siento.

—Nunca te das cuenta de nada. Papá, quiero decir, mi padrastro, me contó que solo pensabas en Joaquín. Nunca lo quisiste.

—No debió decirte eso.

—¿Por qué no me lo dijiste? Era lógico que me iba a enterar.

—Se lo prometí a Alejandro. Jamás te lo diría, él se considera tu único padre.

Mariana permanece un momento en silencio, se lleva las manos al vientre abultado:

—¿Te sientes bien? —le pregunto, ella afirma con la cabeza sin mirarme: —¿Por qué tu abuela no me dijo nada? —pregunto.

—Porque Joaquín no quiere que sepas que está vivo —dice Bernabé detrás de mí—. ¿Pueden hablar más bajo? Se escuchan sus gritos como si estuvieran dentro de la recámara. Es momento de acompañar a tu madre, su partida debe ser en paz.

Afirmo con la cabeza.

Joaquín.

Vivo.

58

En algún lugar de México

Tres hombres observan el cuerpo de Benjamín.

—Me voy. Ya saben qué hacer.

Don Teo asiente en silencio.

—¿Te vas a ir? Tienes que quedarte, esto es cosa tuya. Con una chingada. Yo no debería estar aquí, es una putada que te largues así —dice el hombre de estatura baja.

—Tienes una deuda conmigo; así son las cosas. Tengo que irme, todo está muy complicado —responde el hombre del pañuelo, luego extrae su celular y le toma una foto a Benjamín.

—Lo mismo del año pasado: te desentiendes así nada más y te lavas las manos. Yo no planeé todo esto. Yo no lo quería, tú lo sabes. No puedo estar aquí.

El hombre del pañuelo levanta los hombros y se da la media vuelta

—Me avisan cuando todo esté listo; voy a mandarle la fotografía a Salgado.

59

Ciudad de México

Salgo de casa. Hace rato dejó de llover. Atravieso la calle adoquinada, me maravilla el verde que crece entre el empedrado. Huele a tierra mojada y a comida de Las Lupitas y La Catarina. Observo las ventanas de marcos azules del restaurante, la típica lona del mismo color, las mesas en la calle, las sillas amarillas sobre el adoquín lleno de hierba. Esta ciudad es la más contaminada del mundo, pero también es verde, de un verde persistente que se aferra pese a los coches, el humo, la gente.

Atravieso la Plaza de Santa Catarina, llena de niños y perros. El sol se abre paso entre las nubes y titila en los charcos. Quiero concentrarme en los colores, en la iglesia pintada de amarillo, en los fresnos de más de treinta metros de altura, en el busto de Francisco Sosa. Recuerdo cuando hice este mismo recorrido, cuando mi padre amenazaba con morirse por mi culpa. No sabía que este camino definiría mi vida y la de mi familia. Escucho a una vendedora de flores, otra mujer apura a sus hijos y una pareja se besa en una banca. Doy vuelta a la izquierda en Melchor Ocampo. El corazón me va a estallar. Camino deprisa. Enfoco la vista en la barda color vino. La gran diferencia entre Madrid y la calle donde crecí es el color: Coyoacán estalla en buganvilias en todos los tonos de rosado, blanco, morado.

Camino despacio. En las casas abandonadas aún resalta la pintura entre las paredes desconchadas, muros azules, amarillos, guindas, rojos, blancos, naranjas.

Me detengo. Estoy frente a casa de Joaquín y mi cuerpo lo sabe: las manos me sudan, me falta el aliento, el corazón a punto de reventar. Atravieso la calle, me acerco a la puerta. El pasto está muy crecido, la madera de los portones descuidada, vieja, carcomida. La barda, con el alma de piedra expuesta, tiene

grafitis de penes. *Puto el que lo lea*. *Aquí vive el diablo*. Levanto una mano hasta donde estaba el timbre, hoy hay un boquete. Me asomó por los hoyos de la puerta: la maleza se ha apropiado del espacio. La casa parece a punto de caerse, dicen que en ella han vivido vagabundos y drogadictos. Las vecinas dicen, además, que se escuchan ruidos extraños, aseguran que el alma de James Cox no encuentra descanso. Hago este mismo recorrido cada vez que estoy en México, pero hoy es distinto. Joaquín está vivo. Esta casa era como una tumba y hoy, de pronto, parece como si resucitara. Las amigas de mi madre, con quienes crecí, se mudaron; queda alguna, pero dejaron de ser amigas de mamá después de Nueva Armonía.

—¿Busca a alguien? —me pregunta una mujer. Yo doy un salto y el pulso se me acelera.

—¿Disculpe?

—Ahí no vive nadie desde hace mucho —me dice y señala la casa de Joaquín—. Tiene años vacía.

—¿No sabe quiénes son los dueños?

—¿Le interesa la casa?

—Estoy buscando algo por aquí —miento.

—Yo le recomiendo buscar otra propiedad. Esta no le conviene, tendría que tirarla entera y sacar a los fantasmas de ahí dentro.

—¿Hay fantasmas?

—Dicen que hasta el diablo.

Miro la casa y después a la mujer.

—Gracias, tomaré en cuenta su consejo.

—Hágame caso, aquí hay mejores propiedades.

La mujer camina unos metros, abre una puerta y desaparece tras un portazo.

60

Valle de Bravo

El hombre bajo arrastra el cuerpo hasta el lugar. Él insistió en llevarlo. Lo acomoda, casi con mimo.

Don Teo lo observa sin sentir ni pena, ni tristeza, ni compasión, solo rabia.

De la persona que era antes, solo conserva el gusto por la música. Las letras pegajosas les cierran el paso a otros pensamientos, a los recuerdos, a la conciencia a la que apelaba Rodrigo, el adolescente del año pasado, que tenía la misma edad de Benjamín. Rodrigo Gómez le suplicaba escuchar a su alma, a su corazón. *No puedes ser tan malo, escucha a tu conciencia.*

Las monarcas revolotean como marionetas de hilo alrededor de él.

—¡Sáquense, pinches bichos! —les grita y agita las manos.

61

Ciudad de México

Josefina responde el teléfono fijo. Es rarísimo que alguien le llame a este número, piensa.

—¿Bueno? —dice, dudosa.

—¿Jose? —escucha una voz conocida, a quien no sabe si responder o colgar —. Jose, soy Clara.

—Clarita...

—¿Cómo estás? Perdona, espero no haberte despertado. No me había dado cuenta de la hora.

—No te preocupes, estaba despierta.

—¿Cómo has estado?

—Bien… ya sabes, como siempre. ¿Estás en Madrid?

—No, estoy aquí en México. Vine porque mi madre está… bueno, está… ya no le queda mucho tiempo… además, voy a ser abuela, ¿lo puedes creer? Mariana va a tener un bebé.

—Ay, Clarita, siento mucho lo de tu madre, no sabía nada.

—Tiene mucho tiempo enferma. Un tumor cerebral.

—Quisiera verla.

—No sé, estamos esperando. Puede morir en cualquier momento, ya no responde.

—Cuánto lo siento. Déjame despedirme de ella, necesito hacerlo.

—Se lo comentaré a Bernabé y te aviso, ¿sí?

—Por favor, no dejes de avisarme.

—¿Está Victoria?

—No, Victoria salió.

—¿Tan temprano?

—Han pasado algunas cosas. Si quieres, te doy su número de celular y le llamas ahí. Antes, pregúntale a Bernabé, por favor. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

62

Ciudad de México

Gloria Salgado observa el cielo por la ventana de la habitación de Benjamín. Se encerró ahí cuando regresaron ella y su marido. Necesitaba estar sola, ordenar su cabeza y pensar en cómo salvar a su hijo.

—Llévame a Valle de Bravo —le dijo a Antonio—. Yo no sé dónde buscar.

Él le pidió esperar un poco a que los llamara el fiscal o el propio Díaz.

—Nos llamarán, no pueden ignorarnos. No a nosotros, con una relación tan cercana con gobierno.

Gloria mira la luna roja: el eclipse está en su punto máximo, la Luna de lobo. En los noticieros hablaron todo el día del eclipse. Los nativos americanos y los europeos de la Edad Media bautizaron a la primera luna llena de enero como la luna roja de sangre. Ese día, decían, los lobos aúllan a la luna para llamar a su manada, hambrienta por el invierno.

—Luna de sangre —dice en voz alta, sin darse cuenta, mientras un escalofrío recorre su cuerpo. De pronto, sus rodillas pierden estabilidad y cae al piso, junto a la ventana. Un sollozo parte el silencio de la casa: el aullido de una loba por su cachorro perdido.

La Luna ensombrece la Tierra. La madre de Benjamín, con la cabeza recargada en el cristal de la ventana, siente una opresión en el pecho. Le falta el aire. Con torpeza se levanta, abre la ventana y un viento helado la golpea en la cara, le desacomoda el cabello y la obliga a dar un paso hacia atrás. Sin darse cuenta, golpea con el muslo derecho la mesa donde juega la partida imaginaria de ajedrez; el rey negro se tambalea por el golpe. Con los ojos desbordados en lágrimas, observa la pieza rodar por el tablero y precipitarse contra el suelo.

Antonio está sentado en su despacho, ha llamado muchas veces a Díaz sin obtener respuesta. El sonido de una notificación le devuelve la vista al celular.

Se limpia el sudor de la frente y sacude un poco el brazo izquierdo. Mira la pantalla, tiene un correo electrónico. Lo abre sin pensar ni poner atención al remitente, en un movimiento casi reflejo. Una imagen. Una estocada al corazón. Respira por la boca.

—Benjamín —dice Salgado, al reconocer a su hijo en la fotografía. Tiene la playera blanca pintada de rojo. Su dedo índice oscila antes de tocar la pantalla —. Benjamín…—susurra de nuevo.

Su cuerpo responde a la sacudida telúrica originada en el centro de su pecho. Su mano tropieza con el vaso de agua sobre el escritorio. El líquido se arrastra sobre los papeles, mientras el vaso cae al piso. Gloria, alertada por el escándalo de los vidrios, corre al despacho con la respiración agitada. Salgado intenta ponerse de pie, sin conseguirlo, y se deja caer de nuevo en la silla.

—¡Antonio!

Un dolor en su brazo izquierdo lo obliga a llevarse la mano al corazón. Trata de tomar el celular para mostrárselo a su mujer, pero no puede porque la fuerza de gravedad del dolor lo arrastra hasta el suelo. El sudor lo empapa.

—¡Federico! —grita Gloria a su hijo menor, se acuclilla junto a su marido —. ¡Antonio!

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta su hijo. Había permanecido en su habitación con la puerta entrecerrada para escuchar a los padres, que no le comparten nada sobre su hermano.

—¡Llama una ambulancia! Es un infarto.

—Vamos a llevarlo al hospital, va a ser más rápido —dice el muchacho.

—No —gime Antonio. Está temblando—. Tu hermano… —dice a Federico, aferrándose al cuello del pijama de su hijo.

—¿Benjamín? —Federico forcejea para liberarse de su padre, quien lo atrae cerca de su desfigurado rostro. Federico huele su aliento fétido y el sudor ácido que emana. Con una mano, Antonio sujeta a su hijo y con la otra su pecho.

—¡Llama a una ambulancia!

Federico se libera de la garra de su padre. Gloria señala el celular del padre en el suelo, mientras Salgado extrae un frasco de pastillas de su bolsillo y se lo extiende. Ella lo abre, le entrega un comprimido que casi no puede tragar. Federico no puede desbloquear el celular de su padre:

—La contraseña. Papá, dime tu contraseña.

El padre no responde. Una notificación, un nuevo correo electrónico. Antonio siente como si el pecho se le partiera en dos, pero un resquicio en su

cerebro empuja los números de su contraseña y los dicta a su hijo.

—8967 —dice en un suspiro.

Cuando Federico desbloquea el teléfono, se encuentra con la fotografía de su hermano.

—Benji —dice.

Su madre se levanta y le arrebata el celular.

— ¡Benjamín! ¡No! —dice Gloria y se abalanza sobre su marido —. ¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa! —La mujer rompe en llanto con la fuerza de un aluvión y no alcanza a escuchar las palabras de su hijo al leer el correo:

—Lo puto se quita a putazos.

Antonio escucha a su hijo y un relámpago en su memoria ilumina un recuerdo. Con esas palabras se burlaba del amigo de Tomás antes de espetarle un golpe o meterle el pie. Tomás y él siempre estaban juntos en Nueva Armonía, con excepción de ese día. ¿Cómo se llamaba? El dolor que siente es insoportable.

—¡Mamá, deja a mi papá!

Federico separa a sus padres. Gloria hace un esfuerzo sobrehumano para ponerse de pie, se le sale el alma del cuerpo.

—¡Álvaro, se llamaba Álvaro el amigo de Tomás! Álvaro Aguirre Sandemetrio —grita Antonio Salgado antes de perder el sentido.

***

Don Teo mira a Benjamín, mientras recuerda cómo comenzó todo.

—Quiero que trabajes para nosotros como guardia de seguridad —le había dicho el amigo de un amigo.

—¿Quiénes son *nosotros*? —preguntó él, con una caguama en la mano.

Estaban sentados en unas sillas metálicas, mientras escuchaban un corrido al Mayo Zambada, jefe de jefes del narco mexicano:

En serio ando muy molesto,
mucho se metieron ya con mi familia.
No olviden que en mis terrenos yo mantengo el trono,
defiendo la silla.
Son treinta años en el reino, y la gente que tengo
por mí dan la vida.
Lealtad, honor y respeto: tres palabras clave
que ustedes olvidan.

Fue la peda, se excusa por haber aceptado. Semanas después, estaba en algún lugar de la sierra de Guadalajara, en un centro de entrenamiento del Cártel Jalisco Nueva Generación. No le dieron opción, ni a él ni a ninguno de los veintidós cabrones con los que viajó en autobús.

—No hay vuelta atrás —les dijeron—. La única forma de salir de aquí es con las patas por delante.

Lo entrenaron en el uso de armas, pero también lo hicieron dormir con un muerto y comer carne humana en el llamado *Bautizo de Sangre*. Ahí se convirtió en otra persona y dejó de ser el albañil hablador y alegre. Lo obligaron a decapitar a un cabrón que quiso escapar: uno de los veintidós. Le cortaron la cabeza y lo grabaron en un video, que subieron a las redes como advertencia. Desde ese día comenzaron a llamarlo don Teo, se había ganado el tratamiento de don. Tiempo después, cuando era uno más de los sicarios del cartel, lo agarraron en una balacera y su dueño actual lo sacó de prisión.

Una ráfaga de viento repentina lo hace devolver la vista al cuerpo junto al río. Toma su celular para fotografiar a Benjamín, mira la imagen de su pantalla antes de abrir la cámara y dice en voz baja: —Ya estoy cansado, *mija*.

—¡Eh! —grita el hombre bajo, sacando de su ensimismamiento a don Teo, y echa a correr detrás de una persona que los espiaba. Don Teo dispara, el hombre bajo se tira al piso al escuchar las detonaciones y la figura desaparece en el bosque.

***

Gloria Salgado mira a la ambulancia que se lleva a su marido y Federico, su hijo acompañándolo. Se limpia las lágrimas de los ojos, sube a su habitación y busca su teléfono. Duda por un instante, pero marca.

63

Ciudad de México

Victoria se despide de los padres de Jonatan. El médico le ordena irse a su casa a descansar.

—Victoria, ¿qué harás con lo de la amenaza? —pregunta el padre de Jonatan.

—Nada, lo mismo: seguir con mi trabajo. El líder del grupo nos tiene amenazados desde el año pasado, y no podemos detener nuestra vida por sus amenazas. Quizá debería contratar seguridad por un tiempo, no lo sé. Lo mismo te puede matar un muchacho de dieciséis años en un campamento que un sicario. Tengo que ir a hablar con Armando Domínguez.

»Ya es casi medianoche —dice Victoria a Mónica—. Vete a descansar, yo me quedo aquí y me regreso en taxi.

—¿En taxi? ¿De madrugada? ¿En esta ciudad? Estás loca, me quedo contigo.

—De verdad, Moni, ya no quiero desvelarte. Puedo llamarle al Uber que conoce mi madre.

—No, claro que no. Me quedo por ti. Además, aquí hay una gran historia de sectas —agrega guiñando un ojo a Victoria.

—No, vete.

—Ya no insistas. Me quedo y punto.

Victoria asiente, vuelven a pasar frente a los agentes y más adelante se encuentran con Armando Domínguez.

—Doctora —dice el hombre—, acabo de rendir declaración a un agente y me dijo que activaron una alerta con los muchachos desaparecidos.

—Espero que Díaz venga pronto, así sabremos más.

Ambas se alejan del hombre, y se sientan en el pasillo. Victoria echa la

cabeza hacia atrás y suspira.

—Estoy cansadísima —dice, mientras Mónica le acaricia la mejilla.

—Vamos a descansar.

Victoria extrae el celular de su bolso, tiene ocho llamadas perdidas de Gloria Salgado

—No la llames —le dice Mónica. En ese instante, aparece un número desconocido en la pantalla—. Quizá es esa mujer desde otro teléfono —advierte Mónica, pero Victoria toma la llamada.

—¿Vico? —escucha una voz del pasado decir su nombre. El corazón le aporrea el esternón—. ¿Vico?

—Clara. —Victoria no sabe qué más decir.

—Hola, Vico. Llamé a tu casa y no te encontré. Tu madre me dio tu número, y…

—Estoy trabajando.

—Sí, lo sé. Disculpa, no quiero quitarte el tiempo, pero no te llamaría si no hubiera recibido un correo tuyo. Estoy en México, llegué ayer…

—¿Viniste por lo del correo?

—No, no. Vine porque… bueno, tenía unos asuntos que resolver y coincidió con tu correo. No te hablo para vernos, solo quería saber...

—Discúlpame por enviarte el correo, no sé ni por qué lo hice —interrumpe Victoria—. Fue una imprudencia. Cuando te lo envié, no sabía nada más. Es muy largo de contar y no tiene caso que lo sepas.

Victoria siente la urgencia por pronunciar dos palabras: *te extraño*. Inhala profundo sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué pasa?

Victoria escucha la respiración furiosa de Clara.

—Joaquín está vivo.

—¿Qué?

—Mierda, no sé de dónde salió eso. Deben ser la cantidad de analgésicos que traigo encima, me siento un poco dopada… carajo. Joaquín está vivo, me acabo de enterar. Pregúntale a tu madre, ella lo sabe.

—¿Cómo sabes? ¿Quién te dijo? Al parecer todos saben que Joaquín está vivo, menos yo. Me lo acaban de decir Bernabé y Mariana.

—Tu madre sabe más, pregúntale a ella.

—No, no se lo voy a preguntar. No puedo seguir hablando contigo.

Victoria permanece con el celular en la mano, las mejillas empapadas. Deja

caer la cabeza y las gotas saladas aterrizan en su pantalón. Mónica se acerca a ella e intenta abrazarla, pero Victoria se queja de dolor.

—Lo siento, lo siento —dice la guionista. Victoria recarga la cabeza sobre su hombro y Mónica siente la humedad en su ropa.

64

Ciudad de México

Cuelgo. Permanezco en la banca del patio con la vista en el piso que mamá y Álvaro colaron hace unos años. Debe ser el patio más feo del mundo. Una hormiga solitaria, roja, realiza los mismos movimientos erráticos de mis pensamientos.

Vico. Vico. Vico.

Pensé que estaría furiosa al hablar con ella. Recordé el correo después de hablar con Mariana sobre su padre, que había perdido importancia frente a la muerte de mamá. *Te extraño, Vico. Tenía tanto miedo de hablar contigo.*

El aroma a jazmín me envuelve de pronto. Es el olor de casa de mi madre, donde el jazmín florece todo el año. Quien llega aquí, es recibido con la fragancia de las flores blancas.

Mamá, ¿en verdad lo sabías? ¿Por qué todos lo sabían menos yo?

Lleno mis pulmones para tranquilizarme. No debí hablarle a Victoria. Vuelvo a centrar mi atención en la hormiga, me obligo a no pensar en nada más. Parece haber encontrado el camino. Hoy en día, se sabe que las hormigas no se guían por las feromonas segregadas por otras hormigas. Tampoco es cierto que sus antenas solo sirven para comprobar la trayectoria. Mamá intentaba, en vano, destruir ese rastro olfativo para despistarlas. Quería borrarlo, cubrirlo con otros olores para desorientarlas. Pero todo eso era imposible, pues cada quien tiene libre albedrío. Las hormigas necesitan orientarse solas. Seguí durante toda mi vida el rastro de mi madre, aun estando lejos. Las hormigas se orientan por medio de la visión, el reconocimiento olfativo y táctil, captan vibraciones y tienen un sistema que les permite medir las distancias recorridas. Diez metros me separan ahora mismo de la cama mi madre, nueve mil sesenta y ocho kilómetros desde Madrid y un infinito hasta

su alma. Ni el mejor GPS de las hormigas me podría llevar hasta ti.

Joaquín está vivo.

De nuevo, me distrae el aroma. Levanto la vista hacia las flores que se extienden en la pérgola. Uno de los muros de la casa está cubierto de jazmín. La hormiga se encamina al durazno, que ahora es un árbol grande, maduro, y comienza a florecer. Debería impedirle llegar hasta el árbol, pero ahora ya no importa. Tengo frío. Me lleno los pulmones de aquella caricia olfativa; me levanto, corto unas flores del durazno, unas ramitas de jazmín, y me encamino a la habitación de mamá. Mariana se fue a su casa en la madrugada, quise acompañarla, no se puede andar sola en esta ciudad a esas horas. Al final, Bernabé impuso su voluntad y la mandó con el chofer.

Berna me recibe con una sonrisa apagada, acostado junto a mi madre.

—¿Te desperté?

—No, no, nada. Quiero estar muy despierto cuando tu madre se despida.

—Ay, Berna… qué agonía tan larga.

Mi madre tiene las manos entrelazadas sobre su pecho; no estoy segura si ella sola adoptó esa postura o si fue Bernabé el que la puso en esa posición. Acerco el jazmín a su nariz; lo dejo ahí por un instante ahí y ella abre los ojos.

—Ma, aquí estoy.

Bernabé se endereza y se coloca junto a mí.

—Pili —le dice a mi madre.

Mamá nos observa con la vista vuelta hacia dentro. Le acomodo las flores tibias entre las manos y siento un leve, casi imperceptible movimiento de sus dedos. Quiero dejarla ir sin nada pendiente.

—Algo la detiene —dice Bernabé, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Qué?

—Creo que tu madre aún tiene algo por resolver.

Regreso la vista a ella. Alcanzo a ver el rastro salado de una lágrima correr por su mejilla hasta la almohada.

65

Valle de Bravo

Joaquín tropieza y cae sobre el terreno cubierto de hojas. Intenta levantarse, pero un dolor en el tobillo se lo impide, así que se arrastra para esconderse detrás de un árbol, entre sus raíces. Confía en que la oscuridad pueda ocultarlo y los hombres no lo vean. Intenta controlar su respiración y evitar cualquier tipo de ruido. El dolor del tobillo parece ir bajando. En un momento, escucha los pasos y las voces acercarse a donde está. Cierra los ojos, como si eso le permitiera desaparecer. En el silencio, alcanza a escuchar sus propios latidos. La luz de una linterna fractura la oscuridad. Las mariposas se despiertan y vuelan sobre Joaquín. Una a una van migrando a su cuerpo, él permanece inmóvil y su respiración se acompasa al abrir y cerrar de las alas que lo envuelven como una crisálida.

Los pasos y las voces se acercan, pero pasan de largo. En su memoria resuenan las palabras de Clara: *las mariposas nos recordarán siempre*. Cierra los ojos y puede verla desnuda hablándole a las mariposas.

Pronto, la membrana naranja que lo envuelve empieza a elevarse y regresa a las ramas del árbol. Joaquín examina su alrededor, atento a los sonidos que lo rodean. Reconoce el lugar: ese es el árbol donde Clara y él hicieron el amor. Cierra los párpados llenos de cicatrices. Ha pasado por cientos de operaciones; estuvo en coma durante seis meses y pasó casi dos años enteros internado en un hospital. Tuvo que aprender a hablar, caminar, sentarse, comer y utilizar los dedos que le quedaron. Usó una máscara durante años, durante los que pasó de sentirse un monstruo a recuperar, aunque fuera un poco, su humanidad. Isabel, su hermana, permaneció a lado suyo y de su madre.

El pasado, sin previo aviso, lo asalta con los recuerdos del último día con Clara: una película de su vida antes de que el dios del fuego azteca,

Huehuetéotl, la calcinara.

Después de mucho tiempo, se levanta con cuidado, mueve el tobillo y se encamina hacia el sitio donde dejó su automóvil. Cuando abre la portezuela y está por subirse, escucha detrás de él:

—No te muevas.

La sangre se le congela.

—Sergio —dice—. Soy Joaquín Cox.

—Mataste al muchacho.

—¿Qué dices?

—Fuiste tú.

—No, Sergio. No fui yo. Te equivocas.

—Lo acabo de ver.

—Escucha, fueron dos hombres. Me persiguieron.

—Yo no he visto a nadie más.

—Tienes que creerme; quizás la policía pueda encontrarlos, están armados.

Joaquín se gira, despacio.

—Te digo la verdad —le dice a Sergio y en un movimiento inesperado le da un empujón. La sorpresa del movimiento provoca que el hijo del vigilante de Nueva Armonía trastabille y caiga.

Joaquín sube a su coche y arranca. Sergio intenta detenerlo y se para frente a él, pero no lo consigue, luego de unos minutos marca el número de emergencias:

—Necesito una ambulancia, hay un muchacho a punto de morir. Por favor, dense prisa.

Por el espejo retrovisor, la figura del ambientalista se vuelve más pequeña hasta convertirse en un punto.

—Álvaro Aguirre. ¿Por qué? —se pregunta Joaquín Cox en voz alta.

66

Valle de Bravo

—Nos vio alguien —dice don Teo.

—¿Alguien? —pregunta el hombre del pañuelo al otro lado de la línea.

—Un cabrón.

—¿Quién?

—¿Cómo chingados voy a saber? Un cabrón.

—¿Lo alcanzaste a ver?

—¿Cómo lo voy a ver? Estaba oscuro, pero le disparé.

—¿Le diste?

—Sepa la chingada.

—Imbéciles.

—Si no le gusta cómo se hacen las cosas, no le deje el changarro a los otros —dice don Teo y cuelga.

67

21/01/2019, *Ciudad de México*

Victoria se encuentra con su madre sentada en una silla a la entrada de su casa.

—Ma, ¿qué haces despierta?

—Voy a ir a casa de Clara.

—¿De Clara?

—Pilar se está muriendo.

—¿Qué?

—Me lo dijo Clara, llamó y preguntó por ti.

—Hablé con ella, pero no me dijo nada.

Cuando Clara salió del hospital con los brazos vendados hace tantos años, Victoria la visitaba todos los días. Su padre la golpeó cuando se enteró del embarazo y eso le produjo un sangrado muy fuerte y el médico le ordenó permanecer en cama para evitar un aborto espontáneo. No le dijo quién la había golpeado, pero el ginecólogo imaginó que había sido su pareja. Le dijo que no debía continuar con un hombre que la golpeaba, pero que era su decisión.

Clara se mudó a casa de su abuela y se quedó en cama dos meses. Dentro de ella crecía lo único que le quedaba de Joaquín.

Victoria le llevaba los apuntes de la escuela, le explicaba lo visto en clase, le regalaba dulces y *mixtapes* grabados por ella.

La madre de Clara estuvo muchos meses internada, pero ni a Clara ni a su madre se les curaban las otras heridas: las de adentro. Clara se aferró a Victoria y se dejó amar por ella. Pasó la amenaza de aborto, pero ella no pudo levantarse de la cama. Dormir le permitía escapar de la muerte de Joaquín. Victoria, la obligaba a levantarse y caminar por el jardín, se acostaba a su lado y se abrazaban por horas tratando de contener el dolor de ambas.

—Quiero despedirme de Pilar —dice Josefina a su hija.

—¿Despedirte? Pilar nunca fue tu amiga.

—Compartimos otros lazos más fuertes que la amistad.

—Yo también quiero verla.

El sonido del celular interrumpe la conversación y Victoria responde sin poner atención al nombre en la pantalla.

—Victoria, soy Sergio.

—¿Sergio? ¿Qué pasa?

—Joaquín Cox intentó asesinar a otro muchacho, pero no lo logró —dice entre jadeos—. Acabo de llamar a una ambulancia, ya no deben tardar. Intenté detener a Joaquín, no pude y…

—Sergio, Sergio, más despacio. No entiendo.

—Estaba haciendo un monitoreo nocturno cuando escuché disparos. Venían de cerca del lugar donde asesinaron a Huerta y al muchacho del año pasado.

—¿Fuiste a ver?

—Fue una estupidez. Pudieron ser narcotraficantes o talamontes, pero no lo pensé. Vi al muchacho y pensé que estaba muerto, pero aún respiraba. Traté de detenerlo, pero no pude. Voy a colgar. Ya vienen. Ojalá no sea demasiado tarde.

Victoria escucha el ulular de la sirena antes de que la llamada se corte.

—¿Quién era?

—El hijo del vigilante de Nueva Armonía. Dejaron en el río al hijo de Salgado. Voy a llamar a Gloria.

—Pero si te acaban de dejar como un Santo Cristo.

—Mamá, es su hijo.

Gloria responde de inmediato:

—Victoria, por fin. Te llamé muchas veces.

—Sí, no podía… no quería contestarte.

—Perdóname; de verdad, lo siento. Voy rumbo a Valle de Bravo. Alcánzame allá, te lo suplico, no conozco el lugar. Sé que no tengo derecho a pedírtelo. No después de… lo de mi marido. No sabía que iba a reaccionar así… que te iba a golpear. Victoria. Por favor. Es un bruto. La vida de mi hijo. Lo siento, de verdad, lo siento.

—Gloria, escúchame, una ambulancia va por tu hijo. Está muy grave.

—¿Qué dices?

—Desconozco su estado. Te envío el contacto de quien lo encontró, mejor

habla con él.

—¿Está muerto?

—No lo sé... habla con este hombre, se llama Sergio.

—Victoria… Antonio acaba de morir.

—¿Qué?

—En el hospital, le dio un infarto.

—Te envío el contacto —dice y cuelga.

Josefina sigue la conversación de su hija sin moverse de su lugar. Victoria camina de una esquina a otra de la sala.

—Sergio vio a Joaquín —le dice a su madre después de colgar.

—¿Joaquín?

Victoria hace una pausa y se queja del dolor en la costilla. Trata de inhalar profundo, pero le duele inflar los pulmones.

—¿Estás bien?

Victoria asiente despacio.

—¿Crees que Cristina Cox y su hijo…?

Josefina se encoge de hombros y un escalofrío recorre su cuerpo.

—Vamos a ver a Pilar y a Clara.

—Quizás deberías quedarte a descansar.

—No podría dormir ahora. Díaz quedó de llamarme; parece que encontraron el escondite de Los Elegidos de Dios. Ya tendré tiempo de descansar; me tomo un analgésico y estaré como nueva.

68

Ciudad de México

Mariana sube al coche y balbucea un saludo ininteligible. Me acerco hasta ella e intento atraerla hacia mí, pero se rehúsa, no me doy por vencida y palmeo su muslo y su mano.

—¿Cómo te sientes?

—No debiste venir por mí.

—Quería hacerlo.

Necesitaba verla a solas, sin posibilidad de escabullirse. Me mira displicente y luego se concentra en mirar los coches por la ventana.

—Háblame de Joaquín.

Mi hija se gira en silencio. Me observa y casi puedo sentir su mirada en la nuca. La miro de reojo

—¿Eso? —le pregunto para liberar la tensión y señalo un tatuaje en su mano izquierda.

—Nada, es un tatuaje.

—Ya sé, pero, ¿qué es? ¿Cuándo te lo hiciste?

—Las fechas de nacimiento de mi padre adoptivo y mi padre biológico.

Asiento.

—Joaquín y yo no nos hemos visto nunca. Hablamos por teléfono, nos enviamos mensajes —dice Mariana sin mirarme.

—¿Sabes qué pasó con él? ¿Cómo sobrevivió? ¿Dónde vive? ¿Por qué no me buscó?

—Son demasiadas preguntas, ¿no crees?

Los coches avanzan lento. Por un lado, quisiera llegar pronto con mamá; por el otro, necesito este tiempo con Mariana.

—No me ha contado casi nada del incendio. Casi siempre me habla de su

vida actual. Vive en New Harmony, es pastor.

—¿Pastor?

—Sí, parece ser una cosa de familia.

—En New Harmony. No lo puedo creer: al final vive en una utopía.

—Está casado, pero no pudo tener hijos por lo de las quemaduras y adoptó dos niños. Yo soy su única hija de sangre.

—¿Dos niños?

—Tengo una foto —dice cuando nos detenemos en un semáforo. Me entrega su celular: ahí aparece la esposa de Joaquín, una mujer rubia, anodina. Una punzada inesperada en el corazón. Un niño y una niña abrazados a la mujer sonríen. ¿Habrá tomado la fotografía Joaquín?

—¿Tienes una en donde aparezca él?

La luz verde me obliga a avanzar. La familia de Joaquín. Ese futuro era el nuestro, pienso, y me siento mal por Pablo. En el siguiente semáforo, Mariana me muestra otra imagen. Me llevo una mano al corazón para detenerlo y la otra a la boca para no gritar. Hubiera querido no reaccionar así frente a mi hija, pero no pude evitarlo.

—Solo me ha enviado esta fotografía.

Joaquín y yo.

Él sonríe a la cámara, con el brazo sobre mis hombros, y yo miro su rostro. Me abrazaba con fuerza, lo recuerdo. Victoria hizo la fotografía. Contó hasta tres. Los dos la mirábamos en un principio, cuando él, sin dejar de sonreír, entre dientes, me dijo: *Te amo, Clara Aguirre Sandemetrio.* Volteé hacia él con el alma desbordada de felicidad y Victoria tomó la foto. Yo también te amo, Joaquín Cox Sandoval, pienso, ahora, cuando un hombre lanza un chorro de agua al parabrisas y arranca mi atención de la imagen:

—Se lo dejo bien limpio, señito.

No alcanzo a pronunciar palabra.

—Estaba muy sucio, lleno de mariposas muertas —dice Mariana, al darle una moneda al hombre.

—Mariposas monarca. —Tomo conciencia de los insectos en el vidrio. La bocina del coche de atrás, el semáforo en verde. Avanzo.

—Era muy guapo —dice Mariana—. No ha querido verme en persona. Me planteé presentarme en New Harmony, pero me hizo jurar que nunca lo haría, y me prometió encontrarnos sin falta este año. Es por ti. No me quiere ver por ti. Y yo, mamá, alargué el enojo contigo y te dejé de hablar, porque así fue más

fácil no confesártelo todo.

No puedo evitar las lágrimas. Tomo de la mano a mi hija y trato de sonreírle

—Mi niña, lo siento tanto. No sabía. Lo siento, de verdad.

—No es tu culpa.

—Si algún día veo a tu abuelo…

—No, mamá, estuvo bien. Yo nunca me he sentido hija de Alejandro. Lo quiero y no podría haber tenido un mejor padre, pero había en mí algo más. Se sentía como un vacío raro.

—Debí decírtelo, pero no quería romper la promesa con Alejandro.

—Bueno, ya no podemos cambiar las cosas.

—¿Ha preguntado por mí?

—¿Joaquín?

—Sí.

—No, nunca hablamos de ti.

69

Ciudad de México

Necesitamos hablar. Te espero en el vivero en diez minutos.

El mensaje ilumina el celular de Álvaro; él no lo ve porque lo lleva en silencio dentro del bolsillo del pantalón. Está en la habitación con su madre. Sus hijos permanecen sentados en la cama junto a su abuela.

—Ha tenido una agonía larguísima —dice Sofía, la esposa de Álvaro. Él afirma en silencio desde la silla frente a su madre. Se inclina hacia delante y le toma una mano. Las flores se desprenden de los dedos y ruedan por una ladera de edredón.

—Clara y sus ideas —dice Álvaro, al recoger las flores; se levanta y tira el montoncito en la basura.

—Tranquilo —dice Sofía—. Tu madre las adora, lo sabes. Clara dijo que abrió los ojos cuando las olió.

—Sí, así fue —afirma Bernabé al entrar en la habitación.

—¿Abrió los ojos? —pregunta uno de los niños.

—Sí, un poco. —Bernabé pasa una mano por el cabello del niño.

Álvaro mueve la cabeza de un lado a otro, levanta los ojos al cielo raso y le dice:

—Necesito hacer una llamada.

—No puede estar mucho tiempo con su madre —dice Sofía para justificar a Álvaro cuando abandona la habitación—. Fue demasiado para él. Está agotado, ansioso y con trabajo.

—Debería dormir, se sentirá mejor —dice Bernabé.

Álvaro toma el celular del bolsillo. Supone que será un mensaje de don Teo, pero es de JCS, como tiene registrado a ese contacto. Mira la hora: lo enviaron hace diez minutos. Abre la puerta de la entrada y ahí se encuentra con Victoria

y Josefina.

—¿Nos escuchaste llegar? —pregunta Josefina.

—No, no —responde al acercar su mejilla y tronar un beso al aire. Repite lo mismo con Victoria—. Clara no está, fue por Mariana.

—Venimos a ver a tu mamá, queremos despedirnos de ella. Espero no ser imprudente. No queremos molestar —espeta Josefina.

Álvaro levanta los hombros y las acompaña hasta la habitación de su madre.

—Le pregunto a Bernabé.

—El jazmín —señala Victoria al percibir el aroma—. Florea, como siempre.

—Jose, Vico —saluda Bernabé a medio camino. Las mujeres lo abrazan.

Álvaro aprovecha para salir y corre hacia los viveros de Coyoacán.

Ya estoy aquí.

Te espero en el árbol del ahorcado.

Álvaro camina nervioso rumbo al árbol donde se ahorcó un hombre cuando eran niños. Se inventaron un puñado de historias alrededor de ese suicidio, todavía hay quien afirma escucharlo en las noches y verlo de pie junto al árbol. Álvaro divisa la figura recargada en el tronco como si fuera el ánima del ahorcado, pero se trata de un fantasma de su propio pasado. Reconoce los ojos de Joaquín detrás de las cicatrices. Lleva una gorra en la cabeza. Habló con él hace muchos años, cuando Cristina Cox y su madre se encontraron. Pilar le contó todo a Álvaro, porque él necesitaba escucharlo, saber cómo había muerto Tomás. Pidió hablar con Joaquín para escuchar el relato de viva voz y fue la propia Cristina Cox quien los contactó. Joaquín le repitió las palabras de sus hermanos y le hizo prometer que jamás le hablaría a Clara de esa conversación. Para ella, él estaba muerto.

Álvaro no puede sostener la mirada en el rostro de Joaquín. Gira la vista al árbol, al pasto, a la gorra.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo cada año en estas fechas y me quedo en Valle de Bravo unos días.

—¿Para qué?

—Un ritual para recordar a mi padre y a mis hermanos.

Álvaro afirma en silencio, mientras patea una piedra y mete las manos en los bolsillos

—Caminemos —dice Joaquín.

—No puedo estar mucho tiempo fuera de casa; mamá está agonizando.

—Pilar… cuánto lo siento. No lo sabía. Álvaro, ¿por qué mataste a ese

muchacho? No lo comprendo.

—No lo comprendes —repite Álvaro, con una sonrisa burlona—. A los Cox no les gusta comprender. Tu padre era un intolerante y por eso mataron a Tomás.

—Mi padre tenía la guerra dentro.

—Para impedir una guerra se deben permitir pequeñas batallas, decía tu padre. Recuerdo muy bien sus palabras —señala Álvaro, con las palabras cargadas de rencor.

—Tenía un sueño.

—Tu padre se sentía un dios con el derecho a decidir sobre los demás, pero solamente era un pastor con un campamento de niñitos homofóbicos, ridículos, hijos de familias ricas a quienes les estorbaban sus hijos. Era mentira que tuviera un sueño.

—Quería formar una comunidad.

—No estamos aquí para hablar de utopías fallidas, ¿verdad? Debo regresar con mi madre.

—¿Quién era ese muchacho?

Álvaro inhala profundo y retiene el aire por unos segundos; lo suelta despacio, con los ojos cerrados

—Ni yo mismo entiendo cómo llegamos hasta aquí, cómo fue que… —vuelve a hacer una pausa, levanta la vista y suspira de nuevo—. Tomás y yo teníamos algo. No puedo ponerle una etiqueta, porque no nos alcanzó el tiempo.

—¿Qué?

—No me digas que no te diste cuenta. Tus hermanos nos molestaban todo el tiempo, junto a Sebastián y Antonio. Nos golpeaban, se burlaban, nos ponían apodos. *Putos, maricas, jotitos, niñitas*. Cuando ya no lo soporté más, me separé de Tomás. Hace veinticuatro años, lo vi partir rumbo al bosque y le di la espalda.

Álvaro habla con la vista en la tierra. En su mente se proyecta la imagen de Tomás caminando hacia el bosque. Ese día, Álvaro lo miró por un instante, se dio la vuelta y caminó en sentido contrario.

***

Victoria se detiene en la puerta de la habitación de Pilar Sandemetrio. Su celular vibra, es Rogelio Díaz.

—Adelántate —dice a su madre y sale al jardín. La reciben el aroma del jazmín y el durazno colmado de vida, mientras la muerte ronda la casa. Como si el jardín despidiera a Pilar, piensa.

—Victoria, voy rumbo a la Doctores. Encontraron el cuerpo de una muchachita tatuada con la marca de la secta. Ven conmigo.

—No sé si puedo ver a una niña muerta.

—Es tu decisión.

—¿Lo sabe Armando Domínguez?

—Viene en otro vehículo. ¿Dónde estás?

—En Coyoacán.

—¿En Coyoacán? ¿No te ordené irte a tu casa hasta que te hablara?

Victoria había llamado a Díaz desde el hospital, el subsecretario de Seguridad le había asegurado que habían llegado agentes de la fiscalía al sitio donde se reunía la secta. El grupo se había desperdigado después del ataque al hospital y estaban tras ellos.

—La madre de una amiga se está muriendo —responde Victoria.

—Voy por ti, mándame tu ubicación. Estoy cerca.

Victoria duda por un instante. Una ráfaga de viento sacude la enredadera sobre su cabeza y desprende algunas flores, el aire juega con ellas, como pequeños rehiletes blancos que aterrizan en su mano izquierda.

—Está bien.

Cuelga y permanece unos segundos con la vista enredada en el jardín. Aspira profundo y manda su ubicación.

—Vico.

Victoria casi alcanza a escuchar una detonación en su interior. La fuerza del latido aporrea su esternón y le duelen las costillas. Cierra los ojos. Vuelve a inhalar profundo. Gira despacio.

***

—Clara y yo regresamos a las cabañas cuando mi padre estaba encerrado con mis hermanos —comienza Joaquín—. Tu hermana trató de convencerme de no entrar, pero la historia es como es.

Debajo de los lentes oscuros, Joaquín cierra sus párpados quemados, sin pestañas, y recuerda cómo tomó el rostro de Clara con las dos manos y la besó. Era una despedida, lo sabía. Le costó tanto desprenderse de ella. La oyó suplicar cuando abrió la puerta y frente a él estaba James Cox.

—Ya no era mi padre, era un soldado en Vietnam.

Joaquín recuerda a James apuntándole con el dedo índice sobre el pecho. *¿Dónde estabas, cabo?*

—Mi padre se convirtió en un desconocido, como cuando nos golpeaba. Un hombre que vivió en el infierno y no pudo sacárselo del alma. —Joaquín se detiene por un momento; las hojas de los árboles se sacuden, como si los hechos narrados las estremecieran—. No pudo. Dos personas habitaban ese cuerpo: mi padre y el soldado.

La respiración de Joaquín se agita. Álvaro se acerca a él.

—¿Estás bien?

—Sí, solo necesito un momento.

Vuelve a caminar y continúa.

—La primera vez que me vi en un espejo, cuando me quitaron las vendas en el hospital, pensé que era un demonio salido del infierno de mi padre.

Vuelve a detener el paso; los recuerdos se suceden uno tras otro. *Confiesen, soldados, ¿qué sucedió?* Escucha los gritos de los gemelos, los suyos. *¡Papá! ¡Papá!* Casi puede ver a James Cox abrir el bidón de gasolina y vaciárselo encima. *¡Fueron Antonio y Sebastián!*, gritaban sus hermanos. *The truth, tell me the truth. Antonio lo planeó, lo juro,* decía uno. *Persiguió a Miguel*, decía el otro. *The truth, soldier. Fuímos los cuatro,* dijeron, al fin. Su padre pareció tranquilizarse, tal como sucedía después de esos episodios violentos. Como si el demonio que lo poseía se escondiera en alguna grieta de su alma fracturada. Se sentó despacio, empapado en gasolina. El olor saturaba el lugar. Los gritos de su madre resonaban afuera. Sacó despacio el encendedor de su bolsillo. Clic. Un monje ardiendo en una aldea de Vietnam.

***

Me acerco despacio a Victoria. Quiero dar media vuelta y no hablarle, pero mis piernas no obedecen las órdenes de mi cerebro. Mi mano toca su mejilla y acaricio su rostro.

—¿Qué te pasó? —Entrelazo mis dedos con los suyos.

Me cuidó durante los dos primeros años de Mariana. Victoria se convirtió en mi norte y mi sur. Dependía de ella. Me sostenía a mí, a su madre, a ella misma. Fui tan egoísta, veía solo mi dolor. Entonces apareció el cuerpo de Miguel y el dolor de Vico combustionó, un segundo incendio nos abrasó. Durante el entierro de su hermano no derramó una lágrima. Apretaba y aflojaba mi mano entrelazada como si fuera la única comunicación posible, sin llorar. No me separé de ella en todo el día. Por la noche, me pidió quedarme. Mi abuela se hizo cargo de Mariana; mamá todavía batallaba con sus quemaduras, entraba y salía del hospital. Vico se acostó en posición fetal y yo la abracé por detrás, pegando mi cuerpo al suyo. *Quédate conmigo*, fueron las únicas palabras que pronunció en todo el día. Se giró hacia mí. Nuestras caras estaban cerca, muy cerca. Quise besarla. Un deseo inesperado. Permanecimos así, mirándonos a los ojos como nunca he vuelto a mirar a nadie más. Me perdí dentro del verde y el negro de su pupila; aprendí la geografía vegetal de su iris transparente: era como mirar el centro de una flor, el fondo del mar, un arrecife o el valle y el bosque de Nueva Armonía. Nos quedamos dormidas con las manos entrelazadas.

—¿Qué te pasó? —repito a Vico, acerco un dedo a su cara, pero no me atrevo a tocarla.

—Nada… todo. Ahora ya estoy bien.

Nos abrazamos. Quisiera quedarme así por mucho tiempo. La he extrañado tanto.

—Tía Vico —dice Mariana detrás de mí. Victoria me acaricia una mejilla y rodea a Mariana con sus brazos.

—Estás preciosa —le dice.

—Me siento terrible, súper gorda.

Escucho la vibración de su celular.

—Me tengo que ir.

—No te vayas —le digo.

—En cuanto termine volveré, te lo prometo.

Le da un beso a Mariana y se va.

70

Ciudad de México

—¿Qué tienes? —pregunta el subsecretario de Seguridad a Victoria al verle los golpes.

—Tu amigo Salgado.

—¿Mi amigo Salgado?

—Me acusó de tener a su hijo… es muy largo de explicar. Estuvimos juntos en Nueva Armonía. Él y tres compañeros más fueron los responsables de la muerte de Tomás Huerta y de mi hermano.

—¿Cómo?

—Te lo contaré después, pero ahora no hay nada qué hacer. Salgado está muerto.

—¿Muerto?

—Le dio infarto. ¿Por qué no vienes con tu chofer? —pregunta Victoria al bajar un poco la ventanilla. El auto huele a cigarro y a colillas Ella jamás fuma en su coche, detesta la peste a cenicero.

—Me gusta manejar.

—¿A dónde vamos?

—A la Doctores.

—Espero que no sea el cuerpo de la hija de los Domínguez —dice Victoria llevándose una mano al pecho.

—Vienen también los padres de los otros adeptos, no puedo creer que haya gente tan pendeja que no saben dónde se meten sus hijos.

—Es muy complicado darse cuenta. Lleva tiempo, nadie piensa que su hijo esté dentro una secta. Los adeptos cuentan mentiras, enfrentan a sus padres, aseguran ser felices.

—Felices… ¿en una secta satánica?

—Es complicado, te repito.

—¿Cómo te sientes? —vuelve a preguntar Díaz, visiblemente afectado por el estado de Victoria.

—Adolorida, muy adolorida.

—No debería decirte esto, pero tenemos a un sospechoso de los asesinatos de Valle.

—¿Un sospechoso? ¿Los asesinatos?

—No puedo darte mucha información. Vigilábamos el terreno; ya teníamos gente ahí cuando me lo sugeriste, pero no podía decírtelo. Hoy por la mañana el sospechoso volvió a dejar otro cuerpo, pero teníamos ahí…

—¿Tienen a Joaquín?

—¿A quién?

—Joaquín Cox. Lo vio alguien en Valle de Bravo.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. ¿Tus hombres no lo vieron?

—No, solo encontraron el cuerpo del muchacho, y...

—¿El cuerpo? No, el muchacho está vivo, ¿no lo sabes? Está en el hospital.

—No, no está vivo, ¿quién te lo dijo?

—Sergio.

—¿Sergio?

—Te lo conté. Sergio trabaja en el santuario de las monarca, él llamó a una ambulancia y se llevaron a Benjamín... —Victoria se interrumpe.

Una mariposa.

Una monarca atrapada dentro del automóvil de Díaz planea desde el asiento trasero hasta las piernas de Victoria.

—Una monarca. ¿Por qué? ¿Fuiste a Valle de Bravo?

—No, yo… sí. Fui por lo del operativo. No podía decírtelo, son operaciones secretas, confidenciales.

—¿Por qué fuiste? ¿No estabas muy complicado con lo de los huachicoleros? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Victoria, no podía decirte nada. Lo siento, así es mi trabajo.

—Debiste decírmelo, te lo pregunté muchas veces. ¿Por qué no se lo dijiste a los Salgado? Pudiste ahorrarme la madriza.

—Hay tantas cosas que no te he dicho.

—¿Qué?

—Estuve en el funeral de Tomás Huerta y luego en el de Miguel, tu

hermano.

—¿En el funeral de mi hermano? ¿Por qué? No comprendo, explícate. ¿Tienes algo que ver en el secuestro de Benjamín?

Un presentimiento se dispara en el cerebro de Victoria como un cartucho. Observa a Díaz y luego piensa en el gas pimienta dentro de su bolso.

—Te lo voy a explicar, tranquila.

—¿Tranquila? ¡Explícate!

En un movimiento reflejo Victoria extrae el gas.

—Si me rocías, vamos a chocar.

—Explícate.

***

Joaquín lleva un tiempo en silencio. Álvaro lo mira de reojo y el hijo mayor de James Cox Owen lo observa detrás de los lentes oscuros.

—En el funeral de Tomás conocí a un primo suyo —comienza Álvaro—. Terminé sentado a su lado en la iglesia. Fui el único de mi familia que asistió. Clara y mamá estaban en el hospital por las quemaduras. El féretro estaba frente al altar; yo quería abrirlo, ver de nuevo a Tomás. Verlo por última vez. Yo lo encontré en el río. Comenzaba a llover y Tomás no volvía y fui a buscarlo al río. Habían quedado de verse ahí, Tomás me lo había dicho. No me tomó mucho tiempo encontrarlo: como si él me hubiera guiado hasta su cuerpo. Jamás había visto un muerto. Caí de rodillas junto a él. No podía respirar. Carajo, Tomás. Corrí a buscar a mi madre y a tu padre.

En la misa, Álvaro lloraba y se limpiaba la cara con las mangas del saco, el muchacho, unos años mayor, le entregó un pañuelo perfumado. Álvaro le agradeció con un gesto, sin decir una palabra. Se limpió la cara y volvió a los codos sobre las rodillas y el rostro perdido entre las manos.

—Salimos de la iglesia y el primo de Tomás caminó junto a mí. Juntos observamos cómo subían el ataúd a la carroza para llevarlo al cementerio. Él se ofreció a llevarme al entierro. Me dijo que ambos íbamos al mismo lugar.

***

—Tenía veinte años cuando pasé una temporada en casa de los Huerta. Fernando Huerta y mi padre son primos. Tomás y yo dormíamos en la misma habitación —comienza a relatar Rogelio Díaz, despacio, como si las palabras se le pegaran a la lengua y no pudiera echarlas fuera. El flujo de los coches se detiene. Baja la ventanilla, toma la cajetilla de cigarros del bolsillo de su camisa y ofrece uno a Victoria, quien duda en aceptarlo o seguir apuntándole con el gas—. Tómalo, no voy a hacerte nada. Puedes seguir apuntándome. —Díaz se lleva la cajetilla a la boca y extrae uno con los labios; luego, busca el encendedor en el mismo bolsillo, y con él enciende ambos cigarros—. Tomás Huerta —retoma echando fuera humo y palabras.

—¿Abusaste de Tomás? —interrumpe Victoria.

—No abusé de nadie. Quería a Tomás, pero las cosas se salieron de control.

—¿De control? ¿Qué pasó?

Rogelio Díaz da otra calada larga. La brasa del cigarro brilla con la intensidad de los recuerdos. Arroja la colilla a la calle y vuelve a mirar hacia el frente.

—Es complicado.

El padre de Tomás, su tío, le dijo un día cuando regresaba de la universidad que lo acompañara. No le dijo a dónde iban. *Una sopresa*, le dijo. Díaz recuerda cada palabra que dijo su tío. Fernando Huerta se identificó al llegar a Los Pinos, y fueron escoltados hasta una oficina donde los recibió un hombre. *Te presento a la mano derecha del presidente Salinas: José María Córdoba*, dijo a su sobrino, y luego se dirigió al hombre que estrechaba la mano de Díaz. *Él es mi sobrino, Rogelio Díaz. Quiere llegar muy lejos en la política*. Cuando iban de regreso, Díaz no dejaba de parlotear sobre sus sueños, y el empeño que pondría en llegar muy alto. *Soy muy ambicioso, tío, muy ambicioso*. Fernando Huerta afirmaba en silencio con una sonrisa. En algún punto, dio ciertas instrucciones a su chofer, mientras Díaz seguía exultante. Entraron al motel. Cuando estaban dentro de la habitación, Huerta se bajó despacio los pantalones, tomó a su sobrino por los hombros y dijo, empujando su cabeza hacia abajo: *Las ambiciones tienen un precio*.

—Sabías quién era yo. Conocías toda mi historia, la muerte de Miguel. ¿Por qué me has mentido todo el tiempo? —pregunta Victoria.

—Porque no quería que Nueva Armonía estuviera en medio de nuestra relación. Creo en tu trabajo y necesitaba tu ayuda.

—No me vengas con pendejadas.

—Quizás por el recuerdo de Tomás.

—Chingada madre, deja de decir estupideces.

—¿Qué quieres que te diga?

—Secuestraste al hijo de Sebastián Gómez, lo mataste y quisiste hacer lo mismo con el hijo de Salgado.

—¿Me estás acusando?

—¿Lo hiciste?

Rogelio Díaz permanece en silencio. Enciende la torreta y la sirena, y se concentra en esquivar los coches que se mueven para dejarlo pasar.

—Te voy a denunciar.

—No puedes hacer nada. La primera sospechosa serías tú. Salgado es el asesino de tu hermano, razón suficiente para secuestrar a su hijo —dice Díaz, sin despegar la vista del frente.

—Eres un cabrón hijo de puta.

—Toda mi vida he sido un cabrón hijo de puta, pero tú no sabes todo lo que tuve que soportar para llegar a ser quien soy. Disfruta la venganza, la estoy compartiendo contigo.

***

—Después del entierro, el primo de Tomás y yo intercambiamos teléfonos y nos vimos unos días después —retoma Álvaro al ponerse de pie—.¿Podemos volver a caminar?

Joaquín afirma con la cabeza. Intenta pararse, pero le faltan fuerzas y no puede apoyar el tobillo.

—Deberás ir al médico —dice Álvaro al ayudarlo a levantarse.

—Ya lo haré después. Puedo caminar, he vivido con dolor toda mi vida.

—Si no le hubiera dado la espalda a Tomás, nada te habría ocurrido.

—A las personas quemadas el dolor nos mantiene en el presente. Es mejor no pensar en el pasado y agregar más dolor al ahora. El pasado ya no existe, solo sus cenizas.

—El primo de Tomás y yo nos hicimos amigos. Le confesé, porque necesitaba decirlo, que Tomás había sido para mí más que un amigo. Cuando Tomás murió me di cuenta de cuánto lo quería. No, es mentira. —Álvaro calla por un momento, inhala profundo y luego deja salir el aire entre los dientes,

dándose por vencido—. Lo sabía desde antes de que Tomás muriera; por eso no quise acompañarlo ese día: me dolía quererlo, no debía quererlo. No estaba bien. Era una aberración. Un maricón.

Joaquín levanta una mano y la posa sobre un hombro de Álvaro, quien se lleva una mano a los ojos, un sollozo quiebra su voz y no hace nada por detener el llanto.

—Lo siento —dice Álvaro, temblando—. Lo siento mucho.

Joaquín se acerca a él y lo abraza. Álvaro deja caer los brazos, recarga la frente en el pecho de Joaquín y permanece así hasta que comienzan a disminuir los estremecimientos. Cuando se separa de Joaquín, se limpia la cara y sin levantar la cabeza, dice:

—El primo de Tomás y yo nos hemos visto esporádicamente durante estos veinticuatro años. Hace tiempo necesité de él, así que le pedí un favor muy grande. Solo él podía ayudarme, pero jamás imaginé que el cobro sería ayudarle a matar a los hijos de Gómez y Salgado.

***

—Al mes de la muerte de Tomás, recibí una carta de María Huerta hablándome de su hijo. —Díaz habla sin emoción, con los sentidos atentos en el camino—. A partir de entonces, me escribía cada mes. A veces eran cartas largas; otras, apenas de un párrafo. Al principio le respondía cuidando mis palabras, sin hablar de más. Dejé de escribirle después de la tercera carta, porque no importaban mis respuestas, solo lo que ella necesitaba echar fuera. Leía por encima, con prisa, pero las guardé todas: la vida de Tomás está guardada en una caja de archivo muerto. Entonces llegó el correo electrónico donde me contó lo que había hablado con Cristina Cox. Querían vengarse. Me habló de tu madre.

—¿Mi madre?

—Sí.

—¿Mamá es parte de todo esto?

—Al principio, cuando parecía más un juego terapéutico, inventaban venganzas muy parecidas a las series de televisión —dice Díaz, con una sonrisa.

—¿Te parece gracioso? ¿Cómo pudiste mentirme todo este tiempo? Fingiste

no conocer a mi madre, a mi hermano, mi historia. Cuando te hablé del muchacho muerto en Valle ni siquiera pestañeaste, como si tú no lo hubieras matado. No puedo creerlo.

—No los mataron ellas. Tranquila. Todavía no termino. Hace tiempo, Fernando Huerta me envió unas fotografías que podían terminar con mi carrera.

—¿Unas fotografías?

—No puedo explicártelo. Me tiene agarrado por los huevos, no podía negarme.

***

—¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme? —pregunta Álvaro a Joaquín.

—No, aquí todos somos culpables.

—El hijo de Salgado no murió —remata Álvaro.

***

Don Teo escucha el ulular de las sirenas. Vienen por él, lo sabe. Está sentado en la única silla de la cabaña donde tenían encerrado a Benjamín. Mira la fotografía de su hija en el teléfono. Lo deja caer y le da un pisotón para romperlo en pedazos. Se dirige al baño, se lava la cara, se echa agua en el cabello y se peina con los dedos. Mira por última vez el rostro del hombre que no fue y grita su nombre verdadero en voz alta.

La puerta se viene abajo; los agentes entran armados y frente a ellos se encuentran a don Teo en el suelo, con un tiro en la cabeza.

***

El celular de Díaz interrumpe el silencio entre Victoria y él. Él responde y dentro del automóvil se escucha la voz de un hombre

—Encontramos al hombre muerto. Se dio un tiro.

—Llévense el cuerpo y comiencen a preparar el informe —responde Díaz y cuelga.

Victoria lo mira con los ojos muy abiertos y pregunta:

—¿El hombre que tenía secuestrado a Benjamín?

—Sí, el asesino de los hijos de Sebastián Gómez y Antonio Salgado.

—¿Quién era?

—Nadie. Una sombra. Ahora vamos a poner atención en lo importante.

***

Gloria Salgado se recarga en la pared fuera del hospital, cerca de la puerta de entrada de urgencias. Exhala el humo de su último cigarro.

—Mamá —la llama Federico, su hijo, al acercarse a ella, lo acaba de traer el chofer. Gloria lo abraza.

—Todavía no sabemos nada de tu hermano. El doctor me avisará en cuanto salga de quirófano.

—¿Qué vamos a hacer con papá? —pregunta el muchacho y se refugia en los brazos de su madre.

—No lo sé; cuando sepamos algo de tu hermano tomamos decisiones, ¿está bien?

Su hijo asiente, con la cabeza recargada en su pecho.

—¿Señora Salgado? —pregunta un médico.

Gloria suelta a su hijo.

—Sí, ¿cómo está Benjamín? ¿Está vivo?

—Su vida depende de su evolución en las próximas horas. Su estado es delicado.

—¿Puedo verlo?

—Está muy sedado. Puede entrar solo una persona.

Gloria se separa de Federico y lo deja con una caricia en la mejilla.

—Tu hermano está vivo. Va a estar bien. Va a estar bien.

71

Ciudad de México

María acomoda las flores en la tumba de su hijo; acaricia la lápida y se sienta, como todos los días, en la banca de piedra. Cierra los ojos, siente el aire en el rostro, piensa que es su hijo acariciándola, escucha a los pájaros, el rumor de los automóviles, el bisbiseo de los muertos y los padrenuestros de una familia a tumbas de distancia. Suspira. Abre los ojos.

—Ya está. Te lo contaré desde el principio —dice—. Hace unos años Josefina me hizo un cuadro, aquí mismo, frente a ti, ¿te acuerdas? Un galerista la invitó a formar parte de una exposición colectiva y ella le llevó esa pintura: unos manchones representaban a una persona sentada en una banca frente a una tumba. *La vida en el cementerio* la tituló.

María le contó a su hijo que estaba parada frente al cuadro, pensando que nadie podría imaginar que se trataba de ella, cuando un mesero le ofreció una copa. María tomó una, dudó un poco, y luego lo llamó para tomar una más. Con las manos llenas, caminó hasta Josefina, quien sonreía rodeada de gente desconocida para María. *Irreconocible*, pensó la madre de Tomás: esa no era la Josefina que acudía al cementerio, vestida con ropa oscura. Josefina brillaba con un conjunto blanco de pantalón y saco cuando la llamó para presentarle unos amigos. María se acercó con sus dos copas. Se pensó ridícula, traía un vestido que de pronto le pareció anticuado, así que dijo hola y se escabulló. Se bebió el vino con prisa y se encaminó a la salida. Victoria la entretuvo para decirle lo contenta que se sentía al ver a su madre ahí. La madre de Tomás afirmó con la cabeza y Victoria le pidió brindar con ella por el futuro.

Cuando entró a su casa, Fernando Huerta la olisqueó como un animal: *¿Vienes borracha?* María se sentía mareada. Negó con la cabeza en un movimiento extraño y sonrió con esa mueca boba que su marido no soportaba.

Cuando se recostó, Fernando se montó sobre ella, quiso besarla a la fuerza. *A ver si peda eres menos quisquillosa*, le espetó, pero por más que lo intentó, una vez más no logró una erección. *No sirves ni para esto*, dijo María, envalentonada por el alcohol. Él la abofeteó. Furioso, le escupió: *no me provocas nada más que asco*.

Una semana después, María se encontró en un restaurante a su marido con Rogelio Díaz. No le pareció extraño, sabía que muchas veces se veían. Ella se encontraría ahí con su hermana. Se encaminó a saludarlos cuando algo la detuvo. Fue una mirada breve, pero lo vio: la mano de Fernando Huerta sobre el cierre del pantalón de Díaz. Apenas unos segundos duró el movimiento, pero ella lo entendió todo. Salió del lugar y dejó plantada a su hermana. Pensó que Tomás la había guíado hasta el restaurante, para que fuera testigo de esa escena. Hizo lo que jamás pensó que haría: contrató a un hombre para que siguiera a su marido. No pidió mayor explicación cuando le entregaron las fotos de Fernando y Rogelio. Las envió a la oficina de su marido con seis palabras: *vengarás la muerte de mi hijo*.

María se levanta de la banca, mira a un lado y a otro, comprobando que nadie la haya escuchado. Cierra los ojos y siente la brisa y el sol en su cara. Se inclina sobre la lápida, se lleva una mano a la boca para que el viento no esparza sus palabras por todo el cementerio y desliza un secreto a su hijo.

—Hoy voy a hacer sopa con caldo de camarón.

72

Ciudad de México

Pablo me pregunta cómo estoy, cómo están mi madre y Mariana, y yo le contesto con prisa.

—Mami, ven conmigo —me dice Inés en el teléfono.

—Ya pronto —le respondo, con el corazón encogido.

—Quisiera estar contigo —dice Pablo.

—Todo sería muy triste para Inés. Están mejor allá.

—¿Cómo estás? —vuelve a preguntar Pablo, tan lejano.

—Bueno, ha sido un viaje complicado y todavía no termina. Hoy vino la madre de Victoria a despedirse de mamá. No son amigas, pero la vida las ha mantenido unidas. Mamá movió una mano cuando escuchó su voz y abrió los ojos.

Pablo no dice nada y yo continúo hablando.

—A Josefina le afectó ver el estado de mi madre, tan delgada, los ojos hundidos en las cuencas, la piel pegada al cráneo, el cabello blanco tan corto. El color cenizo de su piel. La saludó, tartamudeó un poco, pero luego le habló. Estábamos Bernabé y yo en la habitación cuando se quebró y le pidió perdón por haberla culpado. Le dijo que la muerte de su hijo había sido un accidente, y que podía irse tranquila.

Me detengo porque mientras se lo cuento a Pablo me vuelve el sentimiento. Josefina besó a mamá en la frente y ella movió los dedos en respuesta. Josefina retuvo su mano por unos segundos antes de salir de la habitación. Fui detrás de ella y me abrazó fuerte. *Clarita, cuánto lo siento*, me dijo y se fue.

—Debo irme —le digo a Pablo—. Dale besos a tu hermana, a tu madre y más a Inés. Te amo.

—Clara —me llama Álvaro cuando cuelgo.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

—Tengo que contarte algo. Estuve en los viveros…

Bernabé sale de la habitación de mi madre, interrumpe a Álvaro y nos pide apurarnos. Dentro están todos: Sofía, mis sobrinos, Mariana.

—Es tiempo —le digo a Álvaro—. Mamá se va.

Mi hermano y yo nos abrazamos con el corazón roto. Lo tomo de la mano y nos acercamos a la cama.

Cuando mamá estaba bien tenía una respiración ingrávida, como si quisiera pasar desapercibida y no ser vista por mi padre. Hoy que se va, su respiración se escucha más presente que nunca.

—Mami —le digo al oído—. Te amo. Te amo tanto. Vete en paz, estaremos bien. Gracias, mami, gracias.

¿Cómo se despide a una madre? ¿Qué se le dice?

Cada uno de mis sobrinos le da un beso rápido, alcanzo a notar su gesto asustado y triste al mismo tiempo.

Sofía se entretiene un poco más y le dice que fue como una madre para ella.

Mariana le da un beso en la frente, luego en una mejilla, se agacha y apoya la cabeza en el pecho de su abuela y llora sin poder contenerse:

—Te quiero mucho, abuela. Ay, cuánto te voy a extrañar.

Abrazo a Mariana tratando de contener su dolor, pero lloro con ella:

—Mi niña, mi niña. Te amo tanto.

—Ay, mamá —me dice entre sollozos—, no va a conocer a su bisnieta.

Álvaro se acerca despacio, besa a mi madre en la frente y le dice algo al oído.

Bernabé no ha soltado las manos de mamá:

—Pili, amor mío, gracias por quedarte conmigo. Vete tranquila —dice, sereno, como siempre ha sido.

Busco en mi celular la grabación de aquel día con Inés en Llames de Pría. La enciendo, la pongo en altavoz y coloco el teléfono junto a la almohada de mi madre.

El sonido de las olas llena la habitación.

Álvaro me mira extrañado.

—Escucha —le digo—. Es la playa de la abuela, ¿te acuerdas? Quiero que mamá se vaya escuchando el mar. Lo grabé para ella.

Tomo la mano de Mariana y mi hija la de Bernabé y despacio entrelazamos todos las manos hasta rodear a mamá.

Mi madre parece acompasar su respiración con la de la tierra.

Al llegar al mundo, tomamos una inhalación; al partir, nos despedimos con una exhalación. En el espacio entre ambas ocurre la vida.

En la grabación se escucha el mar golpeándo contra las rocas y entre el sonido del agua la voz de Inés:

—Mami, la tierra respira.

Epílogo

2021

Estoy sentada en una sala de cine junto a Victoria. Tomo su mano, la estrujo y le digo:

—Al final hiciste una película.

—Cuando apaguen las luces no vas a poder gritar así —dice Mariana detrás de mí y me palmea un hombro.

—Además, no es una película: es un documental —aclara Pablo.

—Un documental —repite Victoria—. No lo hice yo —agrega y entrelaza la mano de Mónica—. Fue ella.

—Fuimos las dos. —Mónica besa de prisa a Victoria en los labios.

Las luces se apagan, la pantalla se va a negros y aparece un texto: *A Helena*.

—La vamos a encontrar —dice Victoria en voz alta—. La vamos a encontrar.

Hace un año, Bernabé murió de COVID-19. No supimos cómo se contagió, si era tan cuidadoso. Sus defensas debían estar muy bajas; pienso que no superaba la muerte de mamá y tal vez murió de tristeza. Pasó dos meses intubado en el hospital. Álvaro y su familia se habían mudado a Querétaro. Fue un buen cambio. Mi hermano debía salir de la casa de Coyoacán, lo estaba consumiendo. Bernabé se mudó a un departamento, se llevó con él una maceta con un pequeño árbol de durazno y su porción de las cenizas de mamá. La casa permaneció vacía. Nadie quiso hacer la mudanza ni empacar las cosas de mi

madre, como si esperáramos que su fantasma se hiciera cargo. Las personas a quienes les vacío las casas o los trasteros lo saben: los muertos terminan de irse tras la limpieza de los espacios que habitaron. Pablo, Inés y yo vinimos a cuidar a Bernabé, y la casa nos acogió. Amparo, quien trabajó con mi madre durante años, se encargó de mantener a raya el polvo y las arañas. Bernabé iba una vez por semana, regaba y atendía las plantas, aunque no tenía la misma mano de mi madre, el jazmín aún florece todo el año. Los árboles resintieron la partida de mamá, así que fue mi labor rescatarlos. Eva y mi suegra se quedaron en el departamento de Madrid. Pablo no permitió a su madre volver a la residencia cuando el COVID-19 se llevó a varios de sus amigos. No viven solas: Eva y Leo comenzaron una relación hace un año. Leo levanta a mi cuñada en brazos como si nada; ella dice que el amor le devolvió las piernas.

Bernabé no iba a curarse, así que le pedí a Pablo quedarnos en México para acompañarlo. Renunció a su trabajo de portero. Los vecinos del edificio le organizaron una despedida y quizá lo contraten de nuevo a su regreso. Desde la muerte de mamá, la vida no ha dejado de reconfigurarse y la pandemia nos mostró nuestra fragilidad.

Victoria vive con Mónica. Josefina ha llevado una vida normal, si es que existe tal término en estos tiempos: no usa mascarilla, no se ha vacunado y Vico no ha dejado de regañarla, como si fuera una niña.

—Cuando por fin me decido a vivir, el mundo se cierra. Voy a vivir todo lo que no he vivido en años —sentenció Josefina. La fragilidad de sus pulmones no deja de ser un pendiente para su hija—. De algo nos hemos de morir —sermonea Josefina a quien intente contradecirla.

No supe qué hacer con las cosas de mamá. Las guardé, lo confieso. No estaba preparada. Quizás algún día Mariana contrate un servicio de limpieza de bodegas y se lleven todo de cuanto no he sido capaz de deshacerme. Veinte cajas de plástico blanco cuentan su vida, la nuestra.

Napoleón volvió a México convertido en urna: mi porción de cenizas de mi madre están dentro del busto. Ahora, las conversaciones con Napoleón tienen más sentido.

Una tarde, mientras regaba las plantas, decidí quitar la loza de cemento. Quise destruir el patio feo y sembrar pasto para Inés y Carolina, mi nieta. Los albañiles comenzaron a romperlo una mañana, pero dejaron a medias el

trabajo para terminar al día siguiente. Caminé entre los escombros y removí la tierra con un pie. Recordé a mamá hablando de las lombrices buenas, deseé que sus manos dirigieran las mías, las hundí en la tierra y lo encontré. No era un patio: era una tumba.

—Hay unos huesos en el jardín —le dije a Álvaro por teléfono.

Tardó tres horas en llegar.

A mamá la incineramos pocas horas después de su muerte. Al final, el fuego terminó por consumirla. Me quedé con una porción de sus cenizas y Bernabé con el resto, Álvaro no quiso nada. Mariana rompió la fuente mientras la cremaban y entre varios la llevamos al hospital.

—Entra conmigo —me dijo mi hija.

Jamás imaginé que me lo pediría. David, su pareja, y yo nos ataviamos con batas azules y mascarillas. Un año después serían parte de nuestro atuendo diario.

Mariana pujaba, gritaba. La anestesióloga no alcanzó a llegar. Carolina tenía prisa por nacer. Mariana respiraba con rapidez.

—¡No aguanto más, ya no puedo!

David la sostenía de la mano.

—Estás hecha para esto —yo le repetía—, confía en tu cuerpo.

Carolina asomó la cabeza.

El planeta se detuvo.

Mariana dejó de gritar cuando sintió que Carolina estaba por salir, se calmó, y yo coloqué las manos sobre su vientre.

—En la siguiente contracción pujas fuerte —ordenó la ginecóloga.

Mi hija inhaló profundo y durante unos segundos se produjo un silencio sagrado. Mariana pujó y mi nieta salió entre sangre, líquido y lágrimas.

Asistir al milagro de la primera inhalación de una nieta es presenciar la formación del universo, el Big Bang.

No cabía en mí más amor por Mariana. La amé con mi corazón y el corazón de mi madre y de mi abuela y bisabuela y todas las mujeres de nuestro linaje, hasta llegar a la madre primigenia.

Salí del quirófano sin poder controlar la emoción, las lágrimas empaparon la mascarilla. Me estaba quitando la bata azul cuando lo escuché.

—Clara.

Lo esperaba desde que supe que estaba vivo. Lo llamé con el pensamiento, mi ser entero fundido en dos palabras: *Ven conmigo*.

—Joaquín.

Encadené los nombres amorosos que se agolparon en mi lengua, los nombres con los que solía llamarlo. Comencé a temblar.

—Somos abuelos —le dije.

Me concentré en sus ojos, en el iris y la pupila para no mirar lo demás. Tenía tanto miedo. Debajo de las cicatrices estaba él.

—Somos abuelos —dijo, y un gesto parecido a una sonrisa resucitó a quien creí muerto durante veinticuatro años. Me acerqué despacio. Nos abrazamos.

—Estuviste muerto tanto tiempo.

Cuando entramos a ver a Mariana, nuestra hija acomodó a Carolina en los brazos de Joaquín. Le tomamos una foto y la envió a su madre, a su hermana y a su mujer.

—Es papá —me confesó Álvaro cuando estuvimos de pie frente a los huesos en el jardín.

—¿Papá? ¿Son los huesos de papá?

Hace casi ocho años mi padre se presentó en casa. Mamá trabajaba en sus plantas. Removía la tierra para airearla, aflojarla para las lombrices buenas. Papá aporreó la puerta de la calle.

—No puedes entrar, es mi casa —le gritó mi madre.

Él no trabajaba; se le acumulaban las deudas. Vivía con una mujer y los tres hijos de ella. Tiempo atrás, le había dicho a Mariana quién era su padre y le pidió dinero a cambio de la información. Estaba desesperado. Yo llevaba algunos meses en España, había conocido a Pablo. Papá fue a reclamarle a mamá la mitad del valor de la casa.

—Me corresponde —decía.

Escaló la reja como lo hice yo tantos años atrás, cuando conocí a Joaquín. Mamá intentó correr al interior, pero sus piernas quemadas no le permitieron hacerlo con rapidez. Él la tiró sobre la tierra removida.

—¡Me corresponde! —gritaba, sentado a horcajadas sobre ella con el puño en alto.

Álvaro lo golpeó con la pala. Descargó toda la furia acumulada durante años, la impotencia, la frustración, el odio, el miedo que sentía cuando entraba a su habitación y le tapaba la boca con una mano.

Mi padre cayó junto a mi madre.

—Lo golpeé y lo golpeé hasta hacerme consciente de la voz de mi madre, que me pedía que me detuviera. Lo enterramos ahí mismo —me contó Álvaro, sentados en la tierra removida debajo del jazmín.

Lo dejaron entre las lombrices buenas. Cuando Bernabé regresó, por la noche, los dos fingieron normalidad. Se acostaron temprano y durmieron toda la noche de un tirón.

Al día siguiente los gritos de mi madre despertaron a Álvaro: *¡Una marabunta! Álvaro, las hormigas salen de su cuerpo. Miles de hormigas, Álvaro, millones.*

—Las vamos a enterrar, mami —le dijo Álvaro señalando con el dedo a unas hormigas inexistentes.

Bernabé se encontró una plancha de cemento mal hecha al volver a casa; Álvaro y mamá habían despedido a los albañiles y se las habían ingeniado para colar la loza. Enterraron a mi padre y a las hormigas en el patio más feo del mundo.

Días después, apareció una mujer para preguntar por mi padre. Los dos negaron haberlo visto. Volvió con una patrulla, los agentes los interrogaron y la mujer levantó una denuncia.

El cemento tarda de cinco a siete días en fraguar al cien por ciento. Llenaron el patio de macetas y de miedo.

Álvaro buscó a Rogelio Díaz.

Díaz detuvo la denuncia y envió a unos hombres a amenazar a la mujer.

—Se convirtió en mi dueño —me dijo mi hermano—. Un ser humano posee a otro cuando conoce sus secretos.

Álvaro y yo nos llevamos los huesos de mi padre y los enterramos.

Lejos.

Nota de la autora

Cuando era niña, dos de mis vecinos murieron quemados, a lo bonzo. No tenían ni dieciocho años cuando se unieron a la secta del hermano Roberto.

Nunca supe quién era ese hermano, ni el nombre de la secta.

Se rociaron gasolina y se prendieron fuego.

Eran tres hermanos, pero al final uno de ellos se arrepintió y contó todo.

Jugué muchas, muchísimas tardes de mi infancia con ellos. Se convirtieron en mis primeros muertos.

Los recordé al comenzar a escribir esta novela.

Las palabras removieron la ausencia de mis tres primeros desaparecidos. La escritura se mezcló con la muerte de mi madre y la ficción me permitió hacer el duelo por mis amigos perdidos y por mamá.

Verónica Llaca

Madrid, 2023.

Agradecimientos

Gracias a Anna Soler-Pont, por la amistad, el cariño, la fe, por estar e inspirarme a ser mejor persona. Seguimos, siempre.

Gracias a Luis por escucharme y ayudarme a desenredar mi cabeza cuando escribo. Por la vida que hemos compartido. Cada año es mejor. Por los cuatro, que se han hecho once. Te amo.

Gracias a mis hijos, Ana, Luis, Montse, Juanpa, son mi tesoro. Me insipiran. Les aprendo. Gracias por permitirme ser testigo de su andar por este plano. No podría estar más orgullosa de cada uno. Son unos hermosos seres humanos. Los amo.

Gracias a mi hermana por hacerte más sabia cada día y cuidar de todos.

Gracias a Sergio por leerse todas las versiones de mis novelas. Gracias por tu paciencia y tu generosidad, por permanecer tantos años.

Gracias Pachy, por escucharme, por compartir, por dejarme ser, por leerme, por estar. Gracias a Eduardo por hacernos coincidir.

Gracias Estela por la complicidad, eres la mejor herencia.

Gracias a la psicóloga Laura Merino por hablarme de sectas, desprogramación, por hacerme espacio en tu agenda para resolver todas mis dudas.

Gracias a quienes se dedican a promover la lectura, gracias por su generosidad, por el cariño con el que han compartido mis libros, gracias, sobre todo, por su amistad y cariño: Gabby, Inés, Natalia, Lore, Nora, Nena, Majo, Oscar, Lucy.

Gracias Maura, por tantos eventos juntas y porque me encanta que seamos amigas.

A Luz y a Nieves, gracias por hacerse un espacio para leer, pero, sobre todo, por la amistad.

Esta es un novela sobre la amistad y quiero agradecer a mis amigas: volveremos a San Francisco, pronto. Las quiero tanto.

Gracias a cada una de mis amigas, las quiero con toda mi alma.

Gracias Carol por los ánimos, por tu empeño con mis libros, por ser mi amiga.

Gracias a David Martínez, mi editor; gracias por empujarme a escribir la mejor historia posible.

Gracias a Gabriel Sandoval por volver a confiar en una novela mía.

Gracias a Carmina Rufrancos, por la confianza, las pláticas que no terminamos, por la generosidad y la cercanía.

Glosario

Quetzalpapalotl

La mariposa preciosa. Los antiguos habitantes de México tenían muy presente el proceso de trasformación, evolución, cambio y muerte. Los toltecas hablaban de la metamorfosis del ser humano; en ella, dejaban su naturaleza animal, dedicada al placer de los sentidos, y dedicaban la vida al espíritu encapsulado en un capullo: el cuerpo físico. La mariposa representa al espíritu, desapegado de su naturaleza animal. Con el cuerpo, esa suerte de capullo, estamos ligados a la Madre Tierra; con el espíritu, la mariposa, nos enlazamos al Gran Espíritu Creador.

Mictlanpapalotl

Mariposa de la muerte. Se creía que la mariposa negra (Ascalapha odorata) estaba relacionada con el Mictlán, el lugar de los muertos y la mala suerte. Una polilla en la puerta era señal de que la muerte estaba cerca. Aún se dice que es venenosa y desprende de sus alas un polvo finísimo que podría dejar a cualquiera totalmente ciego.

Texcatlipoca

La deidad más misteriosa del panteón mexica. Uno de los dioses más temidos, que contaba con características humanas relacionadas con la luz y a la oscuridad. Su nombre significa espejo que humea, y viene de los vocablos tezcatl (negro) y poctli (humo). Es retratado como un ser que ponía a prueba a los hombres persuadiéndolos al mal y, al mismo tiempo, castigaba la maldad y recompensaba la bondad. Un dios para lograr la interiorización.

Acerca de la autora

Verónica Llaca es periodista, dramaturga y maestra de yoga. En 2003 fue becada por la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano de Gabriel García Márquez, en Cartagena, Colombia. Durante ocho años escribió la columna diaria «Mi ciudad», en el periódico AM de Querétaro, donde también fue parte del consejo editorial. Sus cuentos se han incluido en diversas antologías y revistas. Su primera novela se titula Cuerpos en renta.

La simetría de los árboles es la novela ganadora del IX Premio de Novela Negra Una Vuelta de Tuerca convocado por Conaculta, el Instituto Queretano de la Cultura y las Artes y el sello editorial Joaquín Mortiz.

© Verónica Llaca, 2025

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / I. Jacqueline Cruz Méndez

Fotoarte: Realizado a partir de imágenes de ©Getty Images

Derechos reservados
© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx
Primera edición impresa en México: marzo de 2025

ISBN: 978-607-39-2512-9
Primera edición en formato epub: marzo de 2025

ISBN: 978-607-39-2659-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

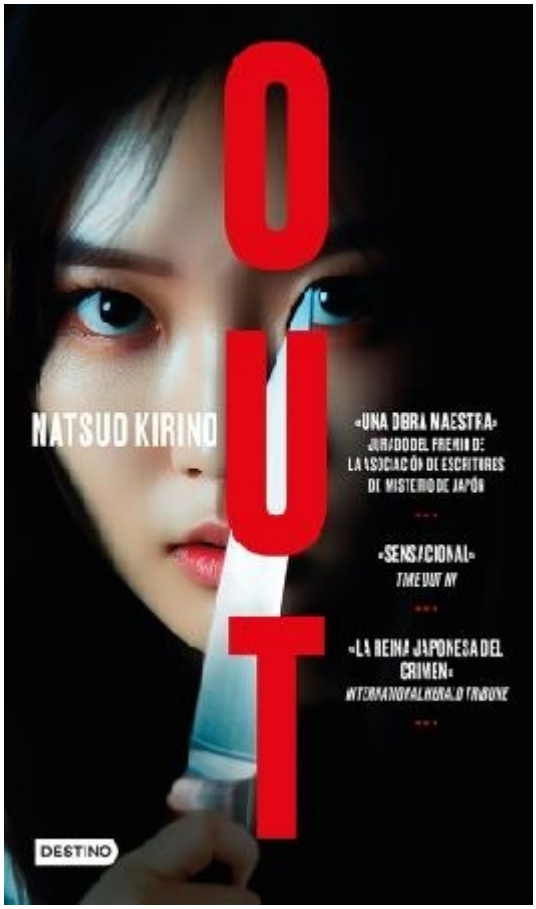
Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE



Out (Edición mexicana)

Kirino, Natsuo
9786073917810
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La reina japonesa del crimen. El lado oscuro de Japón te dejará sin aliento. Masako, Kuniko, Yoshie y Yayoi trabajan en el turno nocturno de una fábrica de comida preparada de los suburbios de Tokio. Todas tienen graves problemas tanto de dinero como familiares (maridos infieles, suegras discapacitadas o hijos imposibles) y se desenvuelven en una atmósfera hostil e inhóspita. Una noche,

Yayoi estrangula a su marido, Kenji, cansada de sus continuas agresiones físicas. Masako, Kuniko y Yoshie la ayudarán a deshacerse del cuerpo. La policía recela de ellas, pero no dispone de pruebas que las incriminen. En cambio, en su lista de sospechosos se halla Satake, el dueño de un casino y un bar de alterne que Kenji frecuentaba. Mientras tanto, un prestamista vinculado a la yakuza las descubre y chantajea a las mujeres para que se ocupen de otros cadáveres.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



A todos los chicos de los que me enamoré (Edición mexicana)

Han, Jenny

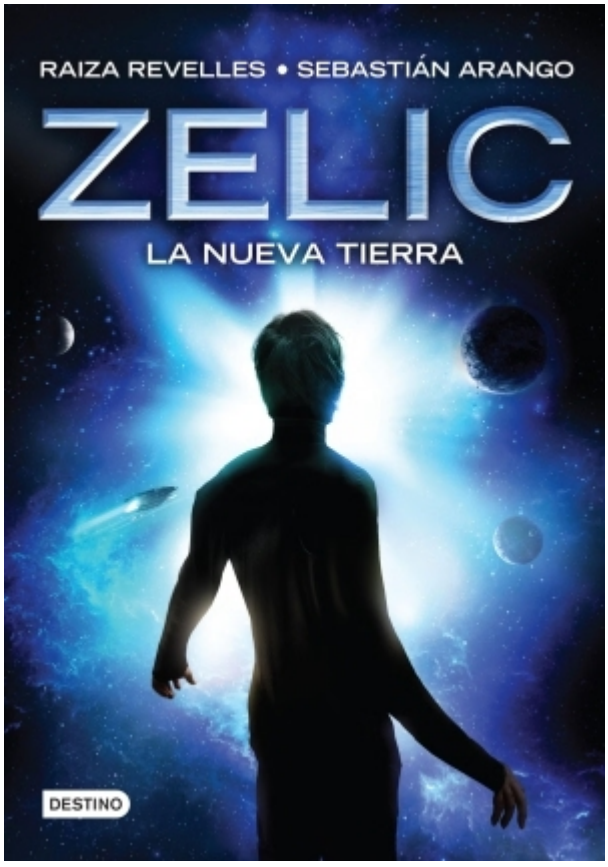
9786070750236

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Lara Jean guarda sus cartas de amor en una caja. No son cartas que le hayan enviado, las ha escrito ella, una por cada chico de los que se ha enamorado. En ellas se muestra tal cual es, porque sabe que nadie las leerá. Hasta que un día alguien las envía por equivocación y la vida amorosa de Lara Jean pasa de «imaginaria » a estar totalmente fuera de control.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Zelic. La nueva tierra

Arango, Sebastián

9786070731624
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete responde al nombre de «ciudadano Y017713937», vive en Hutrón, tiene veintiún rotaciones y es un experto diseñador de software que trabaja en el proyecto Zelic, un modelo único al que quiere darle un cuerpo. Para lograrlo deberá viajar a la Tierra, un antiguo planeta desgastado y consumido casi en su totalidad que, además de ofrecerle la formación que necesita para llevar a cabo su gran proyecto, lo liberará de las normas que han impuesto los comandantes que gobiernan su planeta, pues está cansado de ser una pieza más de esa maquinaria perfecta llamada Hutrón… Desea ser dueño de su vida y su destino. No obstante, tanto en Hutrón como en la Tierra, nada es lo que parece, así que deberá encontrar la manera de enfrentarse al paradigma que representa su nueva vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El dador de recuerdos

Lowry, Lois
9786070795770
216

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La comunidad donde vive Jonas es idílica. Es un mundo sin conflicto, sin desigualdad, sin divorcio, sin desempleo, sin injusticias, sin dolor, pero también sin elección. A los ciudadanos se les asigna una pareja, dos hijos y un trabajo. Nadie hace preguntas. Todo el mundo obedece. Todos son iguales excepto Jonas. Al cumplir doce años, es seleccionado para desempeñar un trabajo muy especial, y comienza a recibir lecciones de un misterioso anciano conocido como el Dador.

Poco a poco, Jonas aprenderá que el verdadero poder reside en los sentimientos. Sin embargo, cuando su propio poder es puesto a prueba y debe salvar a alguien a quien ama, quizá no esté preparado. ¿Es demasiado pronto? ¿O demasiado tarde?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cadena de espinas (Edición mexicana)

Clare, Cassandra

9786073909112

832

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Llega el esperado final de Las últimas horas de la aclamada Cassandra Clare Una ciudad inmersa en el caos. Un peligro mortal. Llegó el momento de arriesgarse hasta las últimas consecuencias. Cordelia Carstairs ha perdido todo lo que le importa. En solo unas pocas semanas, su padre ha muerto y su idea de casarse con James Herondale está destruida. Por si fuera poco, sigue ligada a un antiguo demonio, Lilith, que la despoja de su poder como cazadora de sombras. En un intento por escapar de sus penas, se va a París con Matthew, pero la realidad se impone cuando le llega la noticia de que Tatiana Blackthorn ha escapado de la Ciudadela Adamant y Londres está bajo una nueva amenaza por parte del Príncipe del Infierno, Belial. Cordelia regresa a una ciudad desgarrada por el caos y la disidencia, en la que tendrá que escoger entre el amor por James y la posibilidad de una nueva vida con Matthew. Y sus amigos, destrozados por sus propios secretos, parecen destinados a enfrentarse sin ayuda a lo que se avecina. Cordelia tendrá que tomar decisiones difíciles y arriesgar todo lo que creía seguro para intentar sobrevivir en un futuro cada vez más incierto. Porque si falla, puede perderlo todo, incluso su alma. El final ya está aquí.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)